

Tomás Ramos Orea

MUJERES,  
LUGARES, FECHAS...

III

Madrid, 2007

Francia  
Suiza  
Alemania  
Austria  
 Hungría  
Yugoeslavia  
Grecia  
Italia  
URSS  
Egipto

**Gisela: Goethe Institut: Radolfzell (Alemania), noviembre–  
diciembre 1971. Granada, 1986.**

Mis deseos de aprender algo de alemán venían de muy atrás, quiero decir, prácticamente desde mis años de estudiante en la Universidad Central de Madrid. El inglés no era problema, claro; ni hasta si se me apura tampoco el francés, lengua en la que, a pesar de todas las imaginables deficiencias, uno se consigue expresar... Y no digamos el italiano, o el portugués... Lo mismo. No se siente la necesidad seria de estudiar algo en cuyos entresijos y secretos uno logra defenderse y entenderse. ¡Pero el alemán!... El alemán se me aparecía siempre distinto, algo a lo que uno había de enfrentarse con disposición y método monográficamente serios, si de verdad se pretendía penetrar siquiera en las más inmediatas estribaciones de su particularidad. Me llegué a comprar el libro y los discos Assimil, un poco así como para sostener el compromiso conmigo mismo de no descartar el tema. ¡Qué demonios pensaría yo del asunto como para instrumentar tan pueriles al par que inútiles acciones! Recuerdo que en East Lansing, durante mi segundo año en MSU, 1962-1963, y sobre todo aprovechando mi compra de aquel tocadiscos Magnavox [todavía ‘in full standing’ al cabo de 36 años]... recuerdo que ponía las lecciones mientras que hacía por leer el texto escrito correspondiente. Y las más de las veces sin leerlo..., bien porque estuviera tumbado en la cama, o bien porque no quisiera desvirtuar lo que estoy seguro que yo entonces debía de considerar como inmersión directa en la lengua, la monserga recitada de los diálogos con el fin de que crearan en mi conciencia un caldo de cultivo, “a breeding ground”, una plataforma propicia de sonidos y de estructuras que, aun desprovistas entonces de significación, condicionaran positivamente mis siempre posteriores proyectos, mis siempre postergados proyectos de aplicarme con método organizado al estudio del alemán. Cuanto más inaccesible se me presentaba la cuestión, más categoría de capricho, de consentido deporte, le prestaba mi voluntad. Por supuesto que aquella paliza de los discos no me sirvió de nada, y dejé la materia aparcada *sine die*.

Seis o siete años más tarde, ya en Queen's University, y por mi amistad con una lectora de alemán, Ulrike Paul, volví a marear a la perdiz, pero todavía con menos convicción que la que había aportado a mis pasados intentos. Lo único que saqué en limpio fue una magnífica gramática de alemán, de regalo, que por aquel entonces el correspondiente Departamento de nuestra Universidad mantenía como libro de texto. Hice un gesto último, a través de la Fundación Humboldt, el curso antes de marcharme definitivamente de Queen's y de Canadá, y lo hice... precisamente por eso, porque quería rellenar el tramo de tiempo con el que, al menos en teoría, hubiera justificado mi solicitud de sabático o algo parecido. Fueren cuales fueren mis motivaciones y mis planteamientos, el caso es que enhebré mi "application" creo que a su debido tiempo y con empaque formal. Fue ésta:

Alexander Von Humboldt Foundation  
Description of Research Project

TOMÁS RAMOS OREA

The purpose of my project is to investigate the interrelation among German, English and Spanish Romanticism, both in a general way and a more particular study of the works of Espronceda and Bécquer.

The connection between Byron and Espronceda, the so-called "Spanish Byron" has already been established (Vid. Esteban Pujals "Paralelismo e independencia de Espronceda y Lord Byron" in *Arbor*, Madrid 1948). Some other points which link the German and Spanish literary currents, with the specific reference to Bécquer, are of a major importance to my aim. Dámaso Alonso in *Poetas españoles contemporáneos*, (Madrid, 1958) "Originalidad de Bécquer" illuminates the matter somewhat, although he unfortunately declares not to have been able to consult some of the bibliography mentioned. First, Dámaso Alonso points out the mutual influence of Heine's and Byron's works on each other (Vid. F. Melchior, *Heines Verhältnis zu*

*Lord Byron*, 1903; and W. Ochsenbein, *Die Aufnahme Lord Byrons in Deutschland und sein Einfluss auf den jungen Heine*, 1905), then he goes on to ascertain the influence of German poetry exerted on Bécquer.

In 1857 E.F. Sanz translated into Spanish verse fifteen “Canciones de Enrique Heine” in *El Museo Universal* (Vid. F. Schneider, *Gustavo Adolfo Bécquer. Leben und Schaffen*, Leipzig 1914; Enrique Díez Canedo, *Páginas escogidas de Heine*, Madrid 1918). It is believed that the poems of Anastasius Grün, Count of Auersperg (1806-1876) were known to Bécquer (Vid. F.A. Icaza, in *El Sol*, 6-IX-1922; Nicolás Heredia, *La sensibilidad en la Poesía castellana*, Madrid, (no date given) pp. 292-293; Enrique Díez Canedo in *La Ilustración Española y Americana* (8-V-1914); José María de Cossío “Bécquer y Grün”, in *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXVI, 1950, pp. 362-366). Furthermore, the translation into Spanish by M.C. Sanz of Heine’s *Intermezzo* in 1867 confirms Bécquer’s awareness of German poetry.

By collating the sources mentioned above, I hope to reach conclusions of interest.

TOMÁS RAMOS

Hasta mi jefe administrativo, Mr. Fox, se refirió al tema en carta del 3 de julio de 1970, que conservo:

“I note that Herr Papenfuss reports that the Humboldt fellowship will be awarded some time this month. I am sure you will let me know as soon as you hear the result, whatever it may be, so that we can make plans accordingly for next year”...

Pues bien, no sé si a través del propio profesor Fox, o por mi cuenta, me enteré de que lo mío no había prosperado. Así que regresé a Kingston, consumí mi sexto y último y definitivo año en Queen’s y me devolví a Europa, no sin haber tenido tiempo de poner mis ideas en claro. Y ello no consistió sino en mandar a la mierda toda suerte de

cauces petitorios oficiales para los que siempre, subrayo, *siempre* habría gentes de toda clase y condición más avezados y más hábiles en dotar a su solicitud de algo que moviera las voluntades de quienes fuere para su concesión. Me llamé imbécil por haber perdido el tiempo, y sobre todo por haber actuado tan poco operativamente en una cosa así.

Cortado el cordón umbilical que me unía a Norteamérica y ya en Europa, me apresté a hacer las cosas que quería hacer... en Europa y desde Europa. Decidí preparar por mi propia iniciativa mi estancia con el Goethe en el régimen que fuere. Pedí información. Todo como la seda. Me percaté de que, con excepción de Berlín, las sedes del Goethe Institut se habían establecido estratégicamente en puntos de la entonces República Federal correspondientes a centros urbanos más bien pequeños. Aprobé dicha logística en todo caso porque el régimen de estudio intensivo de una lengua se visualiza mejor en un sitio donde el tráfigo ambiental no constituyera un posible factor señalado de disipación y desarraigo. Tanteé en la parte sur de Alemania, entre Staufen por lo de su enclave en la Selva Negra y el escenario ecológico que ello significara; y el también meridional enclave de Radolfzell, justo un poco a la derecha, al este, quiero decir, junto al lago de Constanza o Bodensee. Me informaron que Staufen estaba ya sin plaza para el curso de ocho semanas del 27 de octubre al 22 de diciembre de 1971, así que... ya habían decidido por mí. Radolfzell era mi destino. Indagué a través de los canales al uso sólo para enterarme de que se trataba de una ciudad pequeña de menos de 10.000 habitantes y “am Bodensee”; o sea, junto al lago Constanza...

Me puse en camino en mi coche Mercedes 200-D entonces con tan sólo cuatro años y medio de edad y uso. Me dirigí a La Junquera para hacer noche en Perpignan. No me queda ni rastro del nombre del hotel. Recuerdo que disponía de un... como patio interior cuadrangular al que se asomaban las galerías en sus distintos niveles, y a éstas, a su vez, las correspondientes habitaciones. No me fue posible reprimir un puntazo de penitencial melancolía, de dulcedumbre mortificante al

contemplar a través del sistema somero de visillos de una ventana a una pareja abrazándose, desnudos, prestos para celebrar los ritos aquiescentes del mutuo afecto. Había coincidido con ellos fugazmente en la Recepción y según pude comprobar nos habían dado habitaciones de la misma planta. Ellos, embarcados en su compartida singladura de amantes jóvenes y entusiastas, encarnaron por un momento para mi alma un horizonte de émulas carencias. Sentí, y nunca mejor dicho, nostalgia de lo no vivido; me percibí viejo, entonces tan joven, por dejar que me inundaran recuerdos injustificados; por dejar que las esperanzas se me instalaran en el pasado, y las rememoraciones en el futuro. Fue una instantánea inevitable y aun más decididamente fugaz por mi parte, la de percatarme de la apostura concorde, enaltecida de la dicha pareja; su expresión, siquiera tan subitánea en la percepción mía, de complacido consentimiento. Recuerdo que me retiré a la soledad no compartida de mi habitación, dispuesto a dar a mi cuerpo, ya que no a mi alma, la recuperación y el repuesto necesario para permitirme continuar mi viaje al día siguiente. Pero nunca se me diluiría la visión de aquellas dos estatuas vivas, desnudas, abrazadas, oficiantes..., ni el poso denso de encontradas sensaciones con el que sobresaltaron a mi espíritu.

Continué, como digo, al día siguiente a lo largo de la carretera Languedociana, hasta Lyon, para desde allí entrar en Suiza por Ginebra. En aquella frontera o, mejor dicho, en uno de sus pasos con nombre de santo, un aduanerito mequetrefe [que a buen seguro desearía ganar mérito ante y entre sus superiores] me tomó por sospechoso de lo que fuera... y me registró el coche minuciosamente, hasta trasteando el muelle que sujeta la estrella de encima de la coraza del radiador, como si en su agujero estuviera escondido el tesoro objeto de la rebusca. Llevaba yo a la familia de mi queridísima amiga Teresa Geissman una caja entera de filminas que ésta me había entregado en Madrid..., y el payaso del gendarme..., buscando lo inencontrable, va... y me las tira sin querer al suelo. Rugí de mala leche. Cuál no sería mi cara y mis ademanes de disgusto que otro aduanero de mayor rango se vino a nosotros, le dijo no sé qué al

celoso de su compañero, me pidieron disculpas y me dejaron marchar. Por lo que pude colegir más tarde, parece que habían recibido un soplo sobre contrabando de algún tipo de droga... ¡Pues mire Vd. qué bien! A algunos nos tendría que tocar.

Llegué ya sin más incidencias a casa de Teresa donde hice entrega de las filminas a su padre y a su hermano, los cuales, amabilísimos y con gran naturalidad, me propusieron quedarme. No recuerdo la localidad..., es curioso, sólo que se trataba de un punto pasado Berna, ligeramente al sur de Basel, acaso Kriegstetten, o tal vez Derendingen, muy cerca de Solothurn y siempre en mi ruta hacia el lago Constanza. No de otra manera puedo justificar la señal, de los citados lugares en un mapa de Suiza que conservo de aquella época, y que muy probablemente utilizara para la orientación pertinente. Sí recuerdo la afabilidad y la hombría de bien del padre y del hermano de Teresa. Además de insistirme en comer algo, y a quedarme si así lo hubiera yo necesitado o simplemente deseado, cosas todas fuera de lugar por lo apretado ya de mi horario, lo que sí que acepté fue su regalo de un utilísimo trozo de tubo o manguera acoplado a una boca de hierro para casos de transvase de gas-oil desde un contenedor al depósito de cualquier coche. Me despedí de ellos con agradecimiento hondo y proseguí sin más dilaciones, deseoso como estaba de llegar esa misma noche a Radolfzell..., cosa que conseguí. El único detalle que creo digno de reseña es que por esa vía hay que penetrar momentáneamente en Alemania por Koblenz/Waldshut, volver a entrar en territorio suizo por Erzingen y hasta Schaffausen, para seguir ya recto hasta Singen y Radolfzell, ya que Suiza confecciona esa parte de su frontera mediante un perfil de sinuoso recorte, a modo de cabeza de hongo. El automovilista, así, en poco más de cincuenta kilómetros entra y sale de Suiza y de Alemania por partida doble.

El caso es que he alcanzado mi destino. La noche de llegada hay que buscarse cada cual la vida. El Goethe sólo garantiza el patrocinio a partir del día... *después*, por la mañana, en que se hacen las oportunas presentaciones y se le asigna a cada cual su alojamiento.



Lo que más abunda, ya de entrada, son turcos. Andando el tiempo tendría yo tiempo de comprender y comprobar la singularidad que constituían los más de dos millones de turcos en la Alemania Federal, sólo en Berlín cerca de trescientos mil. Ahora se trataba de la generación nacida de los primeros contingentes llamados y empleados en la reconstrucción del país a partir de 1945. No hablamos de los reclamados, o simplemente llegados y... permanecidos. En cualquier caso, montones de ellos por todas partes. El primer jovencuelo con quien me encuentro es... un turco que no sabía palabra de nada. Lo peor del Instituto es la realidad de tener que habérselas uno con mozalbetes (la mayoría) de 20-25 años: niños de papá, becados o enchufados del gobierno que sea. La política humana que muy acertadamente siguen los del Goethe es la de carencia de distingos en cuanto a nacionalidades, y un reparto de estima por igual respecto de todos los individuos. No sería viable atender a la especialidad que acarrearían veintitantos, treinta y tantos países a un tiempo. Sí, por lo que a mí respecta, tal vez lo más difícil de compatibilizar sería la inevitable elementalidad humanística de los compañeros de clase. Los más cultos, filosóficamente hablando, representaban algún nivel inferior de la ingeniería o de cualquiera de las especialidades técnicas. Cuando cierto punto gramatical sale a comentario en una de estas clases, sin duda que al captarlo..., la mayoría lo captan por primera vez en sus vidas. Y de ahí que se comporten como párvulos satisfechos cuando el profesor mediante la eficacia de sus propias enseñanzas, y con pregunta inocente, comprueba los grados de progreso de los mozancos estos que se atropellan por demostrar su aplicación fusilando impecablemente el concepto lingüístico/gramatical que sea. Por ello, las explicaciones marginales sobre materia no exclusivamente gramatical que da el profesor son de una natural y obligada simplicidad que aterra. En su funcionamiento el Goethe está concebido para adolescentes. La posible relación entre el estudiante y la familia en cuya casa éste se hospede era una relación basada en supuestos de digestión difícil para mi temperamento y rodaje. La situación de orfandad espiritual en que parecen hallarse tantos

elementos raros como vienen al Goethe [digamos sólo como ejemplo los asiáticos: nepalíes, birmanos, vietnamitas, hindúes, etc.] y la actitud patrocinatora, siempre a lo barato, por parte de la señora o señores de la casa es algo que a mí se me hace cuesta arriba.

Por el lado técnico, profesional, pasa lo mismo. Los profesores esgrimen una actitud de... proteccionismo y comprensión hacia tanto tipo extraño. Y es más que normal imaginarse que a mí todo eso me sobra desde el mismo principio. El Goethe, sí, predominantemente está montado para adolescentes cuya formación, del tipo que sea, se encuentra a un nivel objetivo inferior al ostentado por los que imparten los cursos. Estos profesores son en su mayoría simples licenciados en Humanidades [he visto que alguno se firma como doctor] que, supongo que por conveniencia, trabajan para el Goethe enseñando los palotes de su lengua a gente foránea. Ése es un menester, sin embargo, enormemente meritorio, puesto que el material ideológico por el que discurre el proceso técnico del aprendizaje y enseñanza del alemán a nosotros, los extranjeros, es elemental y casi infantil, pero que tiene que efectuarse con el rigor y la precisión de un artilugio computerizado. Las preguntas, los comentarios, las consideraciones tienen el alcance de una pedagogía parecida a la que esgrimiera un especialista ante un párvulo principiante. Desde preguntarle a uno que... qué estudia, o que... qué es, o que... qué quiere hacer con el alemán, etc., hasta explicaciones en clase sobre cultura general de una elementalidad exasperante, y al paso del material de las lecciones..., todo o prácticamente todo se empapa de la misma limitación: que los veinte años de estos mozalbetes son más bien incompatibles con los treinta y cinco míos, con diez de docencia e investigación universitarias.

Con todo, me hice a la idea de que yo era el que me tenía que integrar en los demás, y no al revés, y me apliqué al esquema de trabajo y, de convivencia. Pasados un par de días con una familia, un matrimonio amable y culto, pero en lugar algo retirado de nuestra sede [y no se olvide que estamos en pleno otoño, con el invierno ya al

caer], el Goethe me instaló definitivamente en la casa de “una vieja” que vivía sola y a unos seis o siete minutos andando desde y hacia el Instituto. Con esta señora es de reseñar la guerra sorda que me traje en el uso de la calefacción. Sabido es que la idea que la mayoría de los españoles tenemos de este tipo de países pudientes, sólidos, emprendedores, etc., Alemania entre ellos, es más bien equivocadamente sesgada. Muy al contrario de lo que podamos pensar respecto de que los bienes, y los recursos, y las prestaciones se den, se encuentren ahí sin más, como regalo gracioso de la Naturaleza, la verdad es muy otra. Esta gente, la alemana, cuenta... los garbanzos y economiza sus recursos con una envidiable escrupulosidad. Por lo que aquí nos atañe, los cursos del Goethe Institut, como casi todo lo que se vende, tienen algo de truco. Este consiste en que, primero, cuestan bastante más de lo que dicen y anuncian: No se proporcionan los libros ni el material de estudio de ninguna clase: Hay que comprarlo. Los vales de comida, por crédito correspondiente a lo que convendría a una persona joven muy desgana, sólo cubren los días de clase: Los demás corren por cuenta del estudiante. Las familias o casas donde nos alojan, aunque no todas sean así, suelen tener bastante de cuchitril, con poca o ninguna comodidad. Me parece bien que se prohíba prepararse uno comidas o brebajes, calditos o chucherías, y no lo digo por mí que bajo ningún concepto me entretendría en tales menesteres. El gasto de agua se regula. Por supuesto que no hay servicios domésticos de ningún tipo: Lavar y planchar la ropa cuesta un huevo. Y salir uno a la calle, para tomar algo, por ejemplo, cuando se está en casa y se aprovecha el tiempo de estudio, es impensable...

Recalco estos aspectos aunque mi situación económica personal me permitiera incurrir en esos y en otros muchos gastos, sobre todo en comparación con la generalidad de mis compañeritos adolescentes. Algunas casas no disponían de baño, todo lo más ducha, y el agua caliente se contabiliza y se economiza cuando no se cobra aparte. Los alemanes son muy suyos, muy cerrados en lo suyo. Las recomendaciones de usos y política doméstica determinadas por “las viejas” de las casas son por demás restrictivas: Cerrar ventanas, grifos,

etc. Dejar las cortinillas de la ducha –cuando la hubiere– extendidas; dar dos vueltas a la llave de la casa al salir... Este tipo de realidades daban rienda suelta a un tropel de elucubraciones por mi conciencia. Pensaba yo que cuando un país o una raza, pierde su capacidad de indignación... ¡malo! Es señal de que la savia más medular e íntima de su virtud ha periclitado. El caso de España me parece significativo. Es verdad que hemos pasado una guerra, pero ya hace tiempo, larguísimo tiempo. Cuando países como Alemania han sido destrozados dos veces en un tercio de siglo, y ahí están... ¡y cómo!, hablar de que la guerra civil de España sigue pesando en lo que respecta a la recuperación técnico-económica e industrial del país, suena a cachondeo; *es* cachondeo. De acuerdo que hemos pasado una guerra, y que hemos (¿hemos?) pasado hambre y otras cosas. Pero eso no justifica ni con mucho el grado de servilismo mental con que los españoles nos degradamos a la hora de esgrimir criterios. Nos falta capacidad de indignación para decir *no*; para rechazar tanta basura a precio de monopolio como se nos impone. Es reventante comprobar la envilecedora resignación con que el español compra, digamos, un automóvil a un precio absoluto superior al internacional, y que bajo el lavado de cerebro a que el régimen le ha sometido durante toda su vida, nos diga el muy filisteo y el muy cretino que ha comprado una cosa *buena*. Lo cual, reflejado en el nivel del país, en lo que a valor intrínseco del dinero se refiere, resulta en un precio escandalosamente superior a todos los demás del mundo de nuestro entorno civilizado. La propaganda puede mucho, puede casi todo. Puede no hacernos cambiar de criterio íntimo; pero puede empujarnos a que mecánicamente obremos con torpeza; o a que mecánicamente recitemos una letanía de despropósitos que colaboren a acrecentar la inflación de ese mismo criterio. Por esa pirueta estético-dialéctica que encierra toda esencia, toda cosa, la propaganda machacona ha conseguido en algunos casos que nos creamos que de verdad hemos sido un tanto derrotistas con nuestras realidades, y que hora es ya de triunfalizar las cosas de casa. Hemos estado muchos muy cerca de comulgar con tal memez; de llegarnos a dar casi golpes de pecho y de

contricionarnos por lo errados que hemos ido en la senda de nuestra opinión. Y los gobiernos, y los caciques, y los monopolistas, y los arribistas, y los mandamases de turno bien que se habrán congratulado por el efecto de sus martillazos de repetición...

Y no, ni mucho menos. Los productos españoles -centrémonos en los automóviles y siempre bajo baremos contrastivos- ofrecen una calidad de puta pena. Los coches españoles han sido el robo oficializado y admitido más flagrante de nuestra sociedad de consumo. Y así con todo. Hora, hora es ya de estallar indignados y decir que no a tanto fraude, a tanta estafa amañada. Por mucho derrotismo supuesto que exterioricemos no alcanzaremos ni de lejos la lamentable actitud, la pobrísima competencia de nuestra producción. En España me parece que llevamos muchos años demasiado conformes con lo que se produce. Y lo que se produce, siempre en comparación concreta con el referente que aquí nos incumbe -digamos, un automóvil alemán- es una chapuza, una verdadera mierda. Transoceánicamente, el producto norteamericano/canadiense es mejor. Transpireneicamente, las cosas europeas... alemanas, lo mismo. Se nos han dicho en España muchas tonterías sobre el Mercado Común y sobre la Unión Europea. Antes distábamos de él en productividad; ahora distamos en competitividad y en capacidad adquisitiva de nuestra moneda. La Alemania de principios de los sesenta cambiaba su *marco* a veinte pesetas; ¡ahora nos cuesta más del cuádruple! Todo lo que se fabrica en España se vende sin la menor protesta, pues contando con que nadie ha tenido ni bicicleta hasta pasados algunos años después de la guerra, hay que estimar que son muchos miles, varios millones de consumidores los que como borregos se ponen a la cola para que les despachen la porquería. Lo único heroico que cabría hacer es no comprar; privarse de productos superfluos; esgrimir la resistencia pasiva. Sería maravilloso si por un concierto repentino y mirífico entre todos los españoles *paganos* nos abstuviéramos solamente durante un año, un solo año, ¡fijaos bien!, nada más que un año, un año, de comprar coches españoles, por ejemplo. Si tan buenos dicen que son... ¡o que los exportaran o que se los comieran con arroz!

Bueno, y ahora que caigo en la cuenta, este disparate de digresión, esta cuña que me he sacado viene a cuento de que era casi invierno en Radolfzell, y de que la vieja de mi casa, alemana de esas que hacen país, empezó a fiscalizarme el uso de la calefacción y del agua caliente. Me percaté de que el control de ambas cosas radicaba en un mando que se gobernaba mediante rosca y que la vieja dejaba apretado fuera de las horas, acaso convenidas con el Goethe Institut, en que los estudiantes inquilinos pudieran disfrutar de mejor temperatura y de agua caliente. La vieja, pongamos por caso, cerraba el suministro por la noche y lo volvía a poner en funcionamiento por la mañana, prácticamente después de que yo me hubiera marchado al Instituto y en todo caso y para resumir, durante menos tiempo del que mis necesidades requerían. Descubrí la llave reguladora de todo el tinglado en cuestión y sin decir nada a la vieja, aprovechando una primera levantada por la noche, abría el operativo y así disponía tanto de mejor temperatura durante la noche, como de más abundancia de agua caliente por la mañana. Como yo dejaba cerrado de nuevo todo el dispositivo antes de irme al instituto, la vieja no pudo por menos de advertir que alguien... –¿y quién sino yo?– manipulaba los mandos. La vieja no sospechaba que yo disponía de un utensilio tan versátil como el llavero-necessaire que me regalara Mr. Blasko, el gerente del Hotel Shamrock, de Kingston, Ontario, en el que junto con otros adminículos de maquillaje y aseo personal, había una palanca-destornillador capaz de mandar la suficiente fuerza como para apretar y aflojar una rosca de moderada fijación... Estuvimos la vieja y yo una semana escrutándonos: Ella, a ver si adivinaba los manejos por los que yo conseguía burlar las restricciones de consumo de energía; yo, refocilándome en hacerle ver a la vieja que, independientemente de la supuesta asignación que le otorgase el Goethe por su servicio de arriendo de vivienda..., yo no estaba dispuesto a pasar frío... No se me olvidará nunca. Una noche, pasadas ya dos semanas desde el inicio de las escaramuzas, y de regreso yo del Instituto, la buena mujer se me encaró sonriente y, en alemán, claro, condujimos la pequeña parlamentación. Nos dimos por enterados. Hicimos las paces.

Pactamos una utilización del calor y del agua que coincidiera también prácticamente con todo el tiempo que yo estuviera en casa... y de esa forma, tan contentos. Esos son los detalles que permanecen respecto de un país. Así pude yo captar visualmente, palmariamente, el método por el que los alemanes hacían fuerte y respetada a su patria: Contando y economizando; organizando y calculando. Y frente a ellos, nosotros los españoles, que hace unos cuantos años teníamos apenas donde caer nos muertos..., rumbosos y despilfarradores hasta límites de astronomía. Lo de siempre: La consigna de sacrificarse cada uno para hacer a su país fuerte, frente a la de glorificarse cada cual para hacer de su país un cortijo canijo y descuidado.

Aproveché el hecho de que en Singen, ciudad por la que ya había pasado al venir de España, y a tan sólo once kilómetros al oeste de Radolfzell, se encontrase un servicio técnico y representación oficial Mercedes para hacer la revisión general de mi coche, cosa que tiene poco de reseñable, a no ser por un detalle de los que también hacen historia. Me había comunicado directamente con uno de los ingenieros, el cual asimismo se encargó de retirarme el coche del taller propiamente dicho y ponérmelo a mi disposición, no sin antes haberse dado un paseo, conmigo dentro, para probar el efecto de la puesta a punto global del vehículo. En el momento de ir a hacerme la entrega de mi coche reparamos en algunos tiznajos de polvo y suciedad que se habían quedado adheridos, aquí y allá, por la superficie de la chapa. Recuerdo que hizo una llamada a no sé quién, obviamente para que lavara el coche. Quien fuese, no estaba disponible entonces. Recuerdo que se ausentó dos o tres minutos, que regresó y que usó de nuevo un teléfono interior. Como al parecer no era viable que en ese momento nadie se encargara de lavar mi coche, cogió de inmediato una manguera, produjo un cubo de espuma con el correspondiente detergente y se puso a lavar mi coche con desinhibida y diligente naturalidad, lo mismo que si se hubiera tratado del operario limpia-coches. Y todo ello sin decir una sola palabra, ni hacer gestos de frustración, ni de recriminante malestar. Sería imposible –pensaba yo– que un pueblo que así actúa no progresara y no nos tomase la

delantera. Aquel detalle, ya digo, del ingeniero que, para no hacerme esperar ni quebrar la hora acordada de entrega de mi vehículo, se puso a lavarlos, es de los que perduran.

Por el lado hispánico mis amiguetes más asiduos eran un uruguayo..., José Luis, y de apellido algo parecido a Schonberg, y un mejicano del que no recuerdo el nombre; ninguno de ellos llegaba a los 25 años: José Luis estaba en la segunda mitad del Grado Elemental, y por lo tanto al final del curso debía hacer los consiguientes exámenes de suficiencia. Había también un matrimonio chileno, junto con el hermano de la chica: Vivían en Kreuzlingen (Suiza), justo cruzando el Boden See y enfrente de Konstanz (Alemania). Venían a clase a diario y eran por sus signos externos más que acomodados..., pudientes. Habían huido de la quema, de la presidencia de su país de Salvador Allende, y era lógico que echaran pestes del sistema socializante marxistoide que se estaba intentando implantar en Chile. Disponían de un coche VW con el que se movían a todas partes. Había una pareja de peruanos, cultos los dos, guapa especialmente y refinada ella. Había una americana, ni fea ni guapa, agradable, aun con el típico gesto raído, como de estreñimiento perpetuo; y su marido, hombretón alto y rubio, que era ‘ministro’, o sea, sacerdote de un culto cristiano protestante: Se manejaban, por supuesto “de paisano”, en un auto deportivo grande de color rojo que era la sana envidia del mejicano del que, por cierto, escuchaba yo esas expresiones tan idiolécticamente especiosas de “a toda madre” por magnificencia de procedimiento y/o de resultado; y lo de llamar “patín” a una chavala, en el sentido de ligar con ella en el plano afectivo: “A ver si cuando regrese a Méjico cojo un patín”, decía, cosas todas ellas que alimentaban tan normalmente mi complacencia. Estaba la americana Nancy, asimismo otro producto típico, ni fea ni guapa, resabiada aunque jovencita. Era de Atlanta (Georgia) y se sorprendió de que alguien (yo, en el caso que nos ocupa) supiera donde se encontraba dicha ciudad, y sobre todo que allí radicara la Emory University y cosas así. Había varios polacos, siempre con aspecto... como de víctimas, como reflejando en su expresión la parte



alícuota que les tocara el turno... de pueblo avasallado, comprimido a derecha e izquierda, y por si fuera poco como teniéndose que hacer cargo de un catolicismo que no les viene ni ancho ni estrecho; simplemente que no les viene: Además de un chico rubiales, de mirada azulada, con un poso como de recelo condescendiente, recuerdo a otras dos chicas, también de tez clarita, ambas en mi clase. Con una de ellas me gustaba bromear y decirle alguna de las fruslerías que mis amigos de Market Harborough, durante el curso 1959-1960 de estancia en Inglaterra, me habían enseñado. Me iba yo a su lado sin que ella se diera cuenta y empezaba a imitar el arrullo de las palomas... ggrhh... y la llamaba “pichón” que en polaco viene a ser “gouomp”, palabra que a partir de entonces me gustaba repetirle. Un día el rubiales de marras nos vio pasear a esta chica y a mí fuera del Instituto y creí observar un gesto en su cara como de ligera alarma o desaprobación, por lo que colegí que tenía interés por su prójima y correigionaria; así que dejé de dedicar mis bromas a la polaca que ya de por sí me las recibía con una carga de pudor, medio ruborizada, no exenta de curiosidad y halago, pero que en todo caso hubieran constituido un motivo de padecimiento para mi presunto “competidor”. Había otra polaca, igual de bonita o más que la anterior, pero más abierta; más dada a alternar con el grupo más asiduo de mis compañeros. De ninguna de las dos recuerdo el nombre, pero de esta última conservo nada menos que seis fotografías tomadas bien sólo conmigo o con otros chavales, en una excursión que hicimos a alguna parte, en autobús, cuando ya la campiña estaba totalmente nevada. Esta chica tenía el cabello largo y rubio, como lacio pero atractivo, a ambos lados de la cara, dándole una fisonomía de ese tipo de vírgenes navideñas que el dibujante Ferrándiz popularizara en sus tarjetas a partir de los años cincuenta. Me hacía gracia, me exacerbaba mi natural curiosidad este segmento de humanidad que las chicas polacas encarnaban. Cualquiera que fuese el caso, en todas aquellas individualidades había existido un cierto argumento de drama: Familias desplazadas por la guerra; residencias truncadas; vínculos afectivos seriamente afectados por tanto avatar como había

testimoniado Polonia. En comparación yo me maravillaba de que la vida y la historia de los españoles no había sufrido más invasiones ni más encontronazos que los provenientes de los pueblos africanos, para consolidar nuestra etnia celtíbera... y alguna cosilla más con nuestros co-inquilinos de Europa. Pero nada parecido a servir de paso a todos los apetitos expansivos de las potencias también europeas... bien se tratara de Alemania por el oeste, o bien del pisotón proboscídeo que la bota soviética impondría después de la segunda gran guerra... Detrás de cada polaco que he encontrado en mi vida se ha escondido siempre un argumento dramático, de desgarró de esas coordenadas de arraigo en espacio y en ambiente social y lingüístico que muchos otros países hemos entendido siempre como algo irrenunciabile y normal. Había una chica griega, de alrededor de treinta años, con rasgos clásicos de belleza de vestal, como de luminosidad marítima serena y armónica: Era un poco loca; decía estar casada..., divorciada en ese momento, y que tenía las llaves de un piso en Milán, y que podríamos ir allí un fin de semana cualquiera. Me dio cierto reparo seguirle la corriente y no pasé de ahí. Con todo, me gustaba dispararle las cuatro cosillas de griego clásico que recordaba y registrar el efecto.

El tercer amiguete mío hispano-hablante era un muchacho boliviano, espigado, alto, noblote, y en la misma proporción en que concurrían en él todos esos atributos..., desheredado. Su madre se había casado en segundas nupcias con un norteamericano USA y el chico parecía acogerse con entusiasta resignación al sistema de vida que le proporcionaba el calor de su madre, con todo lo que de autóctono hispánico implicaba, y la operatividad práctica de los dólares del padraastro sobre los que se montaba, por ejemplo, el hecho de que Pancho [no recuerdo su verdadero nombre, pero así le llamábamos] se encontrase intentando aprender algo de alemán. Todavía distaba yo más de seis años de emprender mi primer viaje a la América hispana o Iberoamérica, y así los testimonios de "hispanidad" de alguien como Pancho, y con los que mi alma pudiera justificar algún grado de familiarización, me eran altamente pintorescos, acuciantemente exóticos. Pancho, como digo, era un buen chaval, una

piedra valiosa sin pulir, que dependía de los cheques en \$ de su padraastro para estar donde estaba y hacer lo que hacía. A veces el humor malintencionado de los demás le recordaba que provenía de uno de los países menos desarrollados y más desconocidos de todo el continente americano. A veces yo, por eso de que en Bolivia habían tenido lugar buena parte de las andanzas del “Ché” Guevara, a Pancho le llamaba simplemente “guerrillero”.

Pero acaso [y descontando los hispánicos de Uruguay, Méjico y Bolivia, respectivamente] con quienes más frecuentaba yo la compañía, el ambiente chancero y los intercambios de curiosidad sociológica, por llamarlo de alguna manera, era con una pareja de suizos, del Ticcino, único cantón, necesariamente del sur del país, que profundiza a modo de cuña o tetón en territorio italiano, flanqueado por el lago Como al este, atravesado además por el de Lugano en su parte central, y también flanqueado y penetrado por el Maggiore al oeste. Los habitantes de dicho cantón, en número aproximado de unos seiscientos mil a comienzo de 1972, hablaban tanto el francés como el italiano, pero solían desconocer lisa y cumplidamente el alemán, como si se tratara de un rechazo que el frente latino/románico oponía a lo germánico. Eros Nonella, espigado y alto, de ojos grandes que en un punto parecían tender a quedarse absortos, contemplativos, en mística ensoñación; melena larga y frondosa, como un peluquín dieciochesco, y supongo que de alrededor de unos 22 años o así, era de Giubiasco, junto a Bellinzona. Su familia era propietaria, o al menos regidora, de un supermercado; y con vistas a una ampliación y competitividad de su negocio, habían enviado a Eros a estudiar alemán. El otro suizo, Dominique Vuigner, algo más bajo que su compatriota Eros, con cara redonda como de diablillo, melena larga asimismo, sonriente y ocurrente hasta límites increíbles, con gafas, amante de llevar botas de taconeo sonoro, y de vestir pantalones sujetos por cinturones y correaes anchos de enormes hebillas..., era de Melide, a unos cuantos kilómetros al sur de la ciudad de Lugano. Sus padres –como en su momento veríamos– disponían de una preciosa mansión en una eminencia desde la que se divisaba allí debajo el lago Lugano, y por

encima y algo más allá de sus aguas, tierra suiza todavía aunque por poco trecho, los pueblitos de Bissone y Maroggia.

Había también una chica islandesa, Helga, por aquel entonces de unos 22 ó 24 años, más que guapa o bonita, que lo era, distinta: Rubia, de buena estatura, pelo largo que casi siempre llevaba recogido en una frondosa trenza, sonrisa nórdica. Solía calzar botas altas color beige, leotardos de lana color marrón oscuro, y algún chal, tipo poncho o manta con abertura para la cabeza por encima de los jerseys de abrigo que se ponía. Ni que decir tiene que de todos los asistentes al Instituto (e incluyendo también a los profesores de nuestros cursos) yo era el único que sabía algo de Islandia. Mi viaje de 1964 me convertía en alguien que, de momento, se distinguía de los demás. Helga quedó sorprendida y encantada de encontrarse con un sujeto que conociera su país, de primera mano. Solía sentarse al lado mío. Pero, por lo que me dejó entrever, era una chica con ciertos problemas de arraigo (que yo tampoco la permití que me contara su vida). Por encima de todo era para mí algo que mi alma valoraba como continuidad de mi aventura poética de 1964. Un país de menos de trescientos mil habitantes nunca podía destacar a parte alguna grandes contingentes de representantes: Con una individualidad válida se cubre el expediente. Y el expediente asignado a Helga era... desde mi atalaya, y en lo tocante a mi personal cosmovisión, el de mantener encendido el fuego romántico y enardeciente de los aconteceres pretéritos. En esas edades de la vida en que diez años pueden significar un considerable escalón en la medida de los valores, supongo que yo, cumplidos los 35 años y entre jovenzuelos inequívocos, tuve que parecerle, para desgracia mía, más un hermano mayor a Helga que otra cosa. Conectó con Eros Nonella, el cual parece –por lo que desenfadada y puntualmente nos contaba él– que se lo quiso tomar en serio, hasta cerciorarse de que lo único que Helga buscaba era establecer una cabeza de playa en el continente, con vistas a quedarse a trabajar con visos de continuidad. El rompimiento con Eros nos lo dijo él, achacando la disolución de... relaciones a las veleidades de criterio de Helga... ¡Vaya Vd. a saber! Eros nos

comentó que hasta se había planteado hablar a su familia de su involucración con Helga, y tal vez influir para que en el negocio de sus padres pudiera obtener ésta un empleo. Bueno, el hecho es que las cosas se quedaron en su justo lugar; o sea, en que cada uno había acudido al Goethe Institut con el propósito de aprender algo de alemán, que no era menguado asunto. Recuerdo que una vez que Helga, que también se había sentado junto a mí en clase, no sé cómo salió o cómo sacó el tema, pero el caso es que me hizo ver que tenía problemas económicos inmediatos, acaso porque no le hubieran llegado los fondos requeridos de su familia, o por cualquier otro accidente técnico. Simplemente yo no permití que franquease la pequeña humillación de pedírmelo; y con la dosis que en aquel momento me pareciera mayor y más oportuna de discreción la regalé 50 marcos alemanes que aceptó con unas lágrimas de sus ojos de aurora boreal, de sol tímidamente apareciendo, al tiempo que me cogía la mano benefactora con las dos suyas, apretándola, estirándola, aplastándola enérgica aunque dulcemente en señal de gratitud. Ya acabado el curso y hallándome yo en España, me escribió una cartita, que no conservo, junto con una foto, que sí que conservo, tomada en su casa de un pueblito costero, al norte de Reykjavik, y con el reverso escrito: “A little memory. It was taken years ago on Christmas Holydays”. Está preciosa, con el pelo suelto a ambos lados, también llevando gafas, algo pensativa, sosteniendo con sus manos y sobre su regazo una labor de punto sobre un paño o tapete encarnado; toda ella vestida de marrón, mirando entre curiosa, expectante e impaciente a la persona que estuviera disparando la ‘polaroid’. En contraste con la otra y única foto que, conmigo, tengo de ella, solos, ante la fachada del Institut, y que debió de tirar, acaso, el propio Eros, lo de “years ago” de esta instantánea hogareña probablemente se refiera a cuatro o cinco años, cantidad sin embargo suficiente de tiempo que permite reparar en el toque exquisito y añorado de pubertad de estas criaturas antes de los veinte años: Rosado blanquísimo el de su piel, como el color del ámbito donde el sol no puede ponerse nunca en la estación de la claridad... A mí, desde luego que me encantaba conectar con una

generación anterior a la mía; o sea, con gente aproximadamente 15 años más joven que yo; si bien de forma más o menos consciente o inconsciente mi condición de doctor de Universidad y Associate Professor con *full tenure* por una canadiense de prestigio estaba ahí empapando mi singularidad, presidiendo mis actuaciones.

Sobre el Instituto Goethe en sí, sus métodos, su profesorado, su sistema..., sólo puedo predicar excelencias. Para empezar, la única forma de hacer posible la enseñanza de una lengua a una variedad de alumnos provenientes de otras familias lingüísticas tan variadas como la hispánica, la también germánica del inglés, la eslava de los polacos, la turca, la griega, la japonesa, la árabe, etc., etc., es empleando la lengua objeto de enseñanza –alemán en este caso– en todo momento. Así se dispone de un nexo general para todos. Cualquier otro ensayo acarrearía confusión y pérdidas de tiempo. Los libros de texto diseñados y probados *a lo alemán* por el Goethe Institut y supongo que patentados por y para su uso exclusivo, están confeccionados únicamente en alemán, acompañados de un número prudencial de dibujos, fotos y estampas. La receta prescrita para un buen aprovechamiento de los cursos es válida para el aprendizaje de cualquiera otra lengua: Inmersión total en el idioma, a razón de unas cuatro horas diarias de clase (seis periodos de 45 minutos cada uno) y la práctica que se supone que va uno a llevar a cabo en el seno de la familia con quien le haya tocado hospedarse. Ya dije que... nada de lujos ni de comodidades superfluas. Dentro de todos los posibles tipos de alojamiento sólo pueden darse diferencias desestimables en lo que se refiere a la valoración general del sistema. En todo supuesto se trata de que aquello con lo que por vía teórica y libresco se haya puesto uno en contacto en clase, lo ejercite, lo amplíe y lo ponga a prueba con las personas de su alojamiento. No conozco de sistema mejor y tal es el modelo que no he dejado de recomendar a todo aquel que me pide consejo sobre “cómo poder aprender”... tal o cual lengua. Los profesores eran todos buenos, curtidos en la metodología ‘teutónica’; había hombres y mujeres y al fluir de las clases era inevitable establecer cierta complicidad lúdica con aquellos de los instructores

que mejor entraran al trapo. Recuerdo la señora a quien gastábamos bromas en nuestras respuestas. Si nos preguntaba: “Haben Sie Kinder?”, es obvio que la respuesta anticipaba el uso de *keine*; o el uso enfático ratificativo de *doch* ante la modalidad interrogativa-negativa de la pregunta. Pues bien, algunos de nosotros, sobre todo yo, respondíamos: “¡Ich weiss nicht!”, con la consabida carga de picardía por nuestra parte, y las risas de los compañeros; a lo cual la señora, cargada de paciencia ante nuestra actitud incontinente, solía decir: “¡ooooohhhh... cocoloro!”, expresión onomatopéyica de desaprobación comprensiva de nuestras diabluras mentales, acompañándose de gestos bondadosos y ademanes conciliadores. Y lo mismo cuando cometíamos alguna falta garrafal sobre cuestiones suficientemente transitadas. Otra profesora, cuando nos recordaba la inversión del orden sintáctico normal de verbo y sujeto, por comenzar la frase con partícula, etc., nos hacía el sonido de la campanilla con las manos y moviéndolas enfrentadas en sentido contrario. Los instructores e instructoras se turnaban; quiero decir que no había nadie fijo para todo el curso con una sola clase específica, concepto bastante acertado en mi opinión ya que así se evitaba el aflojamiento del interés ante la posible rutina simplemente de ver a la misma persona todos los días. Probablemente quien más nos aguantó y mayor cantidad de bondad y resistencia desplegó fue Herr Bolbach, un hombre de unos 40 años, metódico, templado y con un estupendo equilibrio emocional, al menos en apariencia y siempre en lo relativo a su trabajo. Aprender alemán por parte de un no-nativo es doblemente penitencial, y no precisamente por eso que los listillos que creen estar en el secreto de las cosas denuncian, a saber, las declinaciones como bien es sabido; yo diría que por la falta de declinaciones, más bien. El problema no es que se decline el artículo y los pronombres, etc., sino que las propias desinencias de esos supuestos declinables producen una calamitosa confusión al no disponer más que de unas cuantas para un número tres veces superior de casos. Lo que digo es que, por ejemplo, la desinencia del masculino singular nominativo es igual que la del femenino singular dativo; los neutros singulares nominativos pueden

ser idénticos a los también nominativos masculinos y femeninos..., y a los acusativos también masculinos, femeninos... y neutros. Ahí radica la confusión. Es preferible que existan catorce o quince desinencias distintas, una para cada caso, como en finlandés, a que unos pocos sirvan para muchos. Yo tengo muy claro que mi cerebro rechaza ciertas formas de retentiva y mnemotécnica. Eso que los psicólogos llaman “constelaciones asociativas de engramas”, como unidades o soportes de la memoria, es tanto como no decir nada; o sea, que hay cosas, módulos, secuencias organizativas que se recuerdan; y otras no. Los casos del alemán establecen la peor dificultad de todas aquellas con las que una memoria pueda enfrentarse: La confusión en virtud de la ambigüedad indistinta, sobre todo si hablamos siempre desde la óptica de un no-nativo. A esto es oportuno aducir aquí las razones que explicitaba el recientemente desaparecido y súper octogenario gran maestro de ajedrez Najdorf para poder jugar cuarenta y cinco tableros a la ciega, y que no eran otras sino plantear partidas distintas, porque -decía- lo mismo que un montón de sillas blancas iguales sobre una terraza de verano no son distinguibles las unas de las otras, ni recordables, ni significables, así ocurriría con las partidas de ajedrez. Pocas explicaciones me han parecido nunca tan repletas de lógica y de materia constatable. A lo cual precisaría yo que el ejemplo de las declinaciones alemanas complica todavía más las cosas, pues a la diversidad impuesta por el número de casos en existencia se añade el de la confusión producida por las identificaciones desinenciales compartidas por casos y géneros absolutamente distintos. Lo que sí quedaba claro de todo esto es que el único camino por donde adentrarse con dignidad, al menos con visos de corrección, en la lengua alemana, era el del ejercitarse sin piedad y sin descanso. Cada módulo de lección, o sea, cada cuadro conversacional y gramatical sobre algún aspecto consuetudinario de la vida, venía acompañado de grupos y grupos de ejercicios, bien en el libro básico o bien en otros de prácticas, además de los que se nos entregaban en fotocopia. El secreto estaba siempre en hacer ejercicios, moldear los resortes del cerebro de cada cual a una especial forma de decir las cosas, transitar



cientos y cientos de veces las sendas gramaticales y sintácticas hasta conseguir una unificación entre las propensiones categoriales del discurso y de la cosmovisión de cada uno con las formas alemanas aptas para ser asumidas. ¡Ejercicios y más ejercicios! Demasiado costoso, demasiada alta la factura. No creo que tratándose de adultos, con un discurso establecido y asentado en su respectiva lengua, se dé más de un bajísimo porcentaje de quienes hayan podido aprender, de mayores, la lengua alemana con la corrección gramatical equivalente a la que, por ejemplo, pudiesen lograr en otra cualquier lengua de entorno vivencial y significativo equivalente. En lo que respecta al orden sintáctico, es una verdadera aventura comenzar una frase y en cuestión de menos de una docena de palabras enfrentarse a variantes ajenas a lo que en castellano entenderíamos por secuencia esperable y normal. Eso de mandar el verbo o el participio auxiliar al final de la oración es una gozada prepotente. Y cosas así. Por lo demás, una joya de lengua: Ningún problema con la pronunciación, consonantes rotundas sobre todo para los españoles.

Debió de ser a eso de primeros de diciembre, siempre de 1971. Mi amistad con los suizos del Ticino, Eros y Dominique, se había consolidado aunque ello fuera en razón de la ininterrumpida sarta de chanzas, bromas y retruécanos lingüísticos que invariablemente nos intercambiábamos cada vez que coincidíamos y dondequiera nos encontrásemos. Así que no me extrañó que Dominique nos propusiera a Eros, a Pancho y a mí pasar un fin de semana en casa de sus padres, haciendo los cuatro el viaje en mi Mercedes 200-D. La excursión comportaba atravesar Suiza de norte a sur, unos 335 kilómetros; es decir, entre ida y vuelta, un total de unos 700 kilómetros, recorrido perfectamente factible en tiempo y forma. Dominique avisó a sus padres de nuestra llegada que necesariamente tendría que ser ya muy tarde, por la noche del viernes en que decidiéramos viajar. Y así fue. Creo que se trató del primer viernes del mes de diciembre cuando nos pusimos en marcha, nada más terminar las clases en el Instituto... Arrancando desde Radolfzell nuestra referencia intermedia de ruta era la localidad de Chur [recuerdo la risotada que tanto Eros como

Dominique soltaron cuando yo pronuncié Chur, así, en su valor facial, a la española, en vez de /K/ur, según ellos, lo correcto] que alcanzamos bordeando el Bodensee, y desde Rorschach la frontera con Austria y toda la fachada occidental de Liechtenstein. Ya a partir de Chur la carretera conducía directamente al mediodía. Dejamos a Eros en su propio pueblito, Giubiasco, tres kilómetros al sur de Bellinzona, también en nuestra ruta, y nosotros tres, Dominique, Pancho, y yo proseguimos, vía Lugano, hasta Melide. Fueron en total unas cinco horas de viaje. Probablemente saliéramos de Radolfzell a eso de las cinco de la tarde, disponiendo así de una hora completa más de luz. El viaje tuvo su dosis de penosidad: Llegada la noche, con las autovías cubiertas de nieve semi licuada, se produjeron algunos despistes y algunos patinazos cuya alarma agudizó mi prudencia. Llegamos bien, a eso de las diez. Los padres de Dominique nos estaban esperando, pero aquella noche, salvadas las frases obligadas de cortesía, nos fuimos a descansar. Todo el día siguiente lo teníamos para nosotros, y en efecto, por mi parte no di abasto a la tan variada cantidad de impresiones y percepciones con las que enriquecí mi experiencia. Los padres de Dominique, en primer e indiscutible lugar, un encanto, un primor de pareja. Un poco mayores que yo tan sólo, me confesaban que Dominique, hijo único, era un niño mimado al que prácticamente consentían todo. El Sr. Vuigner era dueño de un SVISSERAMINIAT, o sea, de una reproducción o maqueta al natural, aunque en miniatura, de Suiza como país, y a tenor de los signos externos el negocio parecía muy rentable, muy clásico, muy como... indiscutible. Allí pasamos un buen rato observando el esmero artesanal con que se habían plasmado todas y cada una de las peculiaridades del país en lo geográfico, en lo artístico, en lo pintoresco. Túneles, puentes, lagos, comunicaciones, praderas, edificios, monumentos, complejos invernales de deporte alpino, viaductos, castillos... lo que se dice, todo, cubriendo una extensión de varias hectáreas. Dominique me presentó a Manolo, un andaluz que trabajaba como capataz en el complejo y que declaraba excelencias del Sr. Vuigner, cosa que no podía extrañar en absoluto. La mamá de Dominique era una mujer francamente atractiva, yo diría

que hasta bella, de mi edad más o menos. Un poco así, en plan madraza, y en vista de mi *status senior* –pues era una generación, más o menos, la que, como dije, mediaba entre mis entonces compañeros y amigos, y yo– entre halagada y pesarosa me hablaba de la terrible responsabilidad de tener hijos, y del nunca resuelto acertijo sobre lo que sea mejor respecto de ciertas cuestiones vitales. Pocas veces con más propiedad, con más legitimidad que entonces, me he sentido en posesión de tan amplio espectro de registros emocionales. Ante la mamá de Dominique mi conciencia desplegaba todos sus resortes y disponibilidades potenciales, como correspondía a una mujer de tan magnífico porte, de tan conciliador y generoso gesto. Y su marido, el Sr. Vuigner, no se quedaba atrás. Tendría unos cuarenta años y era el prototipo del hombre con los pies en la tierra. Recuerdo que la noche anterior no pude echar más que un vistazo, muy de urgencia, a algunos de los muebles de los pasillos a través de los cuales me dirigí al dormitorio que me habían destinado, y percatarme de que estaban llenos de magníficos tomos, de lujosas encuadernaciones que mostraban su opulenta y protegida curvatura detrás de las vidrieras impecables de los anaqueles de los dichos armarios. El historiador francés Michelet aparecía allí, supongo que entero, junto con otros libros, en cuidadosa formación, con un gusto decorativo exquisito...

Tengo una foto de la Sra. Vuigner, sola, en la cocina, sonriente, sosteniendo un vaso de algo en la mano izquierda, como terminando de girar levemente su cuerpo en busca de una pose fotogénica, tocada de delantal, en zapatillas abiertas de medio tacón, con ancho y frondoso ribete blanco por los empeines, absolutamente hogareña, suelta, conciliadora, dueña de la situación, dueña de saberse protegida, y querida, y respetada y todo ello ahora, por si fuera poco, por mí, su novísimo admirador. En otra foto, también tomada en una especie como de estancia o comedor, aledaño de la cocina [donde según todos los indicios, al menos cuando no estuviera Dominique, el matrimonio debía de hacer todas las comidas], estoy disfrutando con ellos dos, en una sesión de charla de desayuno. Los Sres. Vuigner sólo hablaban francés y algo de italiano [la frase que con más comedia

severidad paternalista solía decirle a Dominique su padre era... “Tu, ¡prende le tedesco!” (“Tú, aprende el alemán”) graciosa mezcolanza en que cada palabra se acomoda en una lengua distinta], así que yo me encontré en una de las raras, escasas y recordables ocasiones en que haya tenido que apurar al máximo mis habilidades en “gabacho”. Al comentarle yo el impacto que me hablan causado los metros de hileras de libros en lujosísimas encuadernaciones y conteniendo la obra, de reconocidos autores..., recuerdo que me miró con una sonrisa comprensiva y bondadosa y me dijo que “él no leía mucho”. Son ese tipo de respuestas que cobran su plena justificación cuando sea, normalmente tiempo después, cuando el acervo de vivencias, el acarreo de aconteceres le han ido llenando a uno de comprobaciones, de fehacencias, de realidades incontestables. Seguro que si Mr. Vuigner se hubiera dedicado a la lectura no hubiese podido vivir como yo ví que vivía, ni en la casa en que vivía y que ya, por sí sola, merece alguna glosa especial.

La casa era más bien un castillo construido sobre una preeminencia del terreno; una magnífica fortaleza, espaciosísima, de tres plantas, pertrechada de las comodidades mejor garantizadas que yo hasta entonces hubiera visto, acaso con excepción de algún hotel de América del Norte. Las paredes, más bien gruesos muros, se combinaban con torretas, columnas, tejados voladizos, superficies de ladrillos vistos. Tengo una foto con Pancho junto a uno de los vértices redondeados de la mansión, en el cemento granulado de cuya pared está representado un San Jorge a caballo, alanceando a un dragón alado que arroja lenguas de fuego por la boca, y todo ello en trabajo artesanal de trozos de azulejos pintados e incrustados en la dicha superficie. Balconadas, zaguanes con verjas de hierro forjado, viseras de tejas nobles en soportes de vigas saledizas, sustentado todo ello por columnas con capiteles de tipo sombrero de seta; y más arriba, las ventanas de las habitaciones, exclaustradas en un cerco u hornacina de ladrillo sólido. Una verdadera obra de arquitectura. Los interiores, con suelos de madera elegantes y duraderos. Pero más que nada, el emplazamiento que había elegido el Sr. Vuigner para su morada era

por demás destacable: Toda la parte anterior y principal del edificio miraba malecón abajo hacia el lago: Una línea de robustos troncos, entre mojones y torretas de fijación, que marcaban el límite de la propiedad del inmueble, que no tenía ante sí edificación alguna. La tierra de pinares jóvenes caía ya en picado, por espacio de aproximadamente 500 ó 600 metros, hasta el borde mismo de las aguas, calculando que la casa se hallaría a unos doscientos metros de altitud sobre la superficie del Lugano. Pancho y yo, mirando ambos hacia arriba, hacia la casa, nos hicimos una foto ahí, apoyados en uno de los maderos que servían de barrera y demarcación, teniendo a nuestras espaldas todo el reverbero acuoso, las estribaciones asimismo en cuesta de la orilla contraria, y los pueblitos también suizos de Bissone y de Maroggia, como dijimos. Aquella mañana de sábado, de ambiente templado y cívico, con sol de diciembre, prende entera y rotundamente en mi memoria, en la encarnadura de mi conciencia sólo con mirar por un segundo la fotografía con Pancho el boliviano y yo, plácidos y relajados como quienes saben que se hallan en buenas manos. El Sr. Vuigner era un amante de la bebida Cynar, el extracto de alcachofas, y en más de una ocasión brindamos con el supuestamente salutífero brebaje que –bien lo recuerdo– no llegó a triunfar en España a pesar de la publicidad insistente con que martilleaban a los telespectadores y radioescuchas. José Bódalo, el actor, encarnaba con gracia y con convicción uno de los *spots*. Pero, repito, veleidades de la fortuna, su sabor parecía resistirse al paladar de los españoles, y su consumo se fue adelgazando hasta prácticamente desaparecer.

Ese mismo sábado se reunió Eros con Pancho, con Dominique y conmigo en Lugano. Precioso lugar, pulcramente cuidado, como toda Suiza, pujante, depositaria de buena parte de la riqueza del mundo, neutral en lo que a asuntos bélicos se refiere, pero armada hasta los dientes [y si no, que se lo hubieran preguntado a Hitler, que no tuvo cojones para invadir]. Cada suizo hasta prácticamente el momento de su muerte recibe instrucciones de defensa, y mantiene un arma reglamentaria, de tipo ofensivo, para caso de que el país tomase

parte en alguna conflagración. Lugano, como digo, un precioso lugar, compendio de la rigidez disciplinaria suiza y un toque de liberalidad estética, como de audacia permisiva, de los italianos. Estamos a últimos de 1971 y España es un paisillo de medio pelo. Precisamente Suiza está llena de extranjeros; y precisamente se nos recuerda que lograr la ciudadanía helvética es de las cosas más concienzudamente dilatadas y meritorias en la historia de la Administración internacional. Donde cualquier otro país civilizado requiere cinco años de permanencia/residencia más o menos continuada, un trabajo estable, etc., Suiza exige el doble de las prestaciones de todo tipo: Larguísimo tiempo de residencia, etc., etc. Pero Lugano es una preciosidad: Dominique nos presenta a una amiga suya, de la que luego nos confesaría estar enamorado: Una verdadera proeza de criatura, como compacto de belleza, de elegancia, de estilo... sobre todo sabiéndose bonita y admirada y deseada. Para un español como yo, culto, apercibido y siempre con deseos de ilustración, aquéllas eran las visiones que revelaban las diferencias profundas entre los pueblos: El poderío, la pujanza económica, las infraestructuras, las mostraciones técnicas y organizativas, el orden, el concierto, la disciplina calvinista y férrea que redundaba en aquel país que más bien siempre me ha parecido un búnquer de compromisos y exigencias cívicas..., todas esas cosas me presentaban a España como lo que era: Un portentoso “proyecto de vida en común” lleno de posibilidades que hacía cola como esperando para desarrollarlas. Dominique se quedó con su amiga; y Eros, Pancho y yo nos dedicamos a ver la ciudad. Nos hicimos una foto ante el torreón como de un castillo, con murallas adyacentes almenadas, en forma de *u*ve curvada hacia afuera, como en vuelo. Recuerdo que en una especie de muñón de aquélla o de otra muralla o resto de fortificación de por allí nos subimos nosotros tres y fuimos severísimamente reprendidos por un guardia municipal que ante nuestra extrañeza de no poder imaginar qué principio de orden cívico habríamos vulnerado, y hacernos los remolones ante su primer grito... de aviso, se vino hacia nosotros hecho una furia, blandiendo su garrote o chuzo, conminándonos a bajar de aquel promontorio de

pedras, y barbotando amenazas –según creyó entender Eros– de meternos a los tres en la cárcel por desobediencia. He ahí –pensé– un caso extremo y desafortunado de lo que un exceso de celo por la ordenación y la regimentación puede acarrear. Recuerdo por las escuetísimas notas de viaje que tomé en aquella ocasión, que a mi regreso a España hablé y comenté que en aquel viaje a la Suiza del Ticcino había podido yo divisar Italia. Quiero también recordar que Eros tuvo por fuerza que llevarnos a algún montículo, elevación o edificio público suficientemente alto en Lugano como para poder otear desde allí, por encima de las aguas del lago, la tierra ya de Italia, probablemente los pueblitos de Lanzo y de Castiglione. Esa misma noche Eros y Dominique se quedaron con Pancho en una discoteca de Lugano, comprometiéndose el primero a llevarles a casa cuando se hartaran de alterne. Eros y Dominique regresarían en coche a Radolfzell juntos al día siguiente, y Pancho se vendría conmigo. Eso fue lo acordado. Como yo no era amante de discotecas, me volví a Melide antes de que se hiciera demasiado tarde. Todavía estaban los Sres. Vuigner levantados y disfruté con ellos de un rato de conversación sobre América del Norte y cosas generales, muy asépticas y muy de circunstancias, encareciéndoles de paso que no se preocuparan porque los chicos llegasen a horas avanzadas. El domingo, Pancho y yo, con luz del día en casi todo el viaje de regreso a Radolfzell, modificamos la ruta: En Bellinzona, en vez de tirar de nuevo hacia Chur lo hicimos hacia Schwyz, para desde allí a través del lago Zurich y Winterthur alcanzar Kreuzlingen y Konstanz. De todo este viaje conservo una buena colección de fotos. Quede claro que yo no he tenido nunca máquina, y que si aparezco en las cartulinas es porque alguien se ha tomado la liberalidad de retratarme, o de fotografiarse junto a mí operando el dispositivo automático. Así con esta excursión. Recuerdo la carita de expectación de Pancho cuando en Radolfzell, al recoger las fotos reveladas y decirme lo bien que estaban todas, me pidió el hombre que si yo quería pagarlas. Pues claro que las pagué con mucho gusto. Adondequiera que me transportase llevaba yo conmigo cantidad de billetes de USA \$, sobre

todo de denominación de 20, los más manejeros y prácticos para esta suerte de satisfacciones transaccionales. Con Eros y con Pancho, en plena carretera con la campiña cubierta de nieve y también en un área de servicio, tengo dos respectivamente, con nosotros tres jugando, gesticulando y uniéndonos con los brazos por los hombros. Otras dos fotos, una en que me dispongo a echar una meada a pie de cuneta; y otra meando, con todo el morro de mi Mercedes 200-D verde oscuro. Otras dos, necesariamente sacadas o bien por Eros o bien por Dominique en que aparecemos Pancho y yo: Yo siempre enfundado en mi jersey de lana granate Marks & Spencer de Oxford de 1957, apoyados en el frente de mi coche y en el mismo lugar igualmente de la carretera; las dos fotos ya comentadas del matrimonio Vuigner: Una, yo con ellos; y la otra, la señora sola en la cocina; dos fotos con Pancho en la mansión de Dominique; nueve fotos dentro del recinto de la *Suiza en miniatura*: Una de ellas, con Manolo y Pancho; cinco, Pancho y yo; y otras tres enteramente solo; y en fin, una con Pancho y Eros creo que en Lugano; y la última, con Pancho, no puedo precisar dónde, teniendo a nuestras espaldas el muro, una torreta arbotante y la cúpula campanario de lo que parece ser una maciza iglesia o colegiata.

Ya se ha dicho en algún lugar que Radolfzell era una ciudad pequeña, de cuatro o cinco mil habitantes, pero pertrechada de todos los servicios convivenciales que, por ejemplo, en España sólo eran esperables en capitales de provincia a mucho tirar. A 11 kilómetros al oeste se hallaba Singen, de no más de 15.000 habitantes y donde, entre otras particularidades, y para que uno pueda darse idea, existía una casa de servicio Mercedes dotada de todas las prestaciones; a 19 kilómetros al este se encontraba Konstanz, de no más de 30.000 habitantes y verdadera cabeza de partido comarcal, por emplear una expresión cercana a nuestras entendederas. No había, pues, en un radio de muchos kilómetros concentración urbana mayor, y por lo tanto Konstanz fue, sobre todo desde un día, mi referencia monográfica, mi escape por antonomasia... ¿He dicho un día? Sí, y no me es posible recordar de qué forma entré yo en conocimiento de que en Konstanz existía una casa de putas, así como suena. Ello debió de ocurrir



pasadas las tres primeras semanas de curso, en las que no se da abasto con el tema de hacerse uno con los mandos de la nueva situación. ¿Le pregunté a un taxista? Imposible recordarlo, como me es asimismo imposible rescatar el nombre del local... Sólo sé que acababa en... *ella*, así, un nombre sonoro romanceado, muy desenfadado... a lo italianizante, a lo goliárdico, a lo... parecido a Grandella, parecido a Arabella, pero ninguna de ellos, porque estos dos nombres concretos sí que soportan realidades de muy distinto signo y que también quedan tratadas en las páginas de mis relatos de memorias. Después de mucho repasar y de mucho excluir acaso, sólo acaso, “Aranella” pudiese resultar que era el verdadero nombre de nuestro burdel. Lo que sí es internacional o al menos de fuerte arraigo en la terminología de todas las lenguas cultas centroeuropeas es el término alemán “bordello”, burdel, pero más pegadizo y aceptado que el inglés de “brothel”. Yo siempre que oigo pronunciar esta palabra, mitad teutónica, mitad latina... pienso en el Sacro Imperio Romano Germánico, ¡vaya Vd. a saber por qué! El caso es que un día me acerqué al... establecimiento, y desde entonces hasta la fecha de mi regreso a España no dejé de acudir con cierta regularidad, la que me permitían mis ocupaciones con el estudio y otras incumbencias sociales de las que en breve daremos cuenta. El prostíbulo lo formaba, si mal no recuerdo, toda la segunda planta de un edificio grande y sólido; cada chica ocupaba una habitación, *su* habitación, y éstas se disponían a uno y a otro lado de un corredor amplio, como si se tratara de un hotel. Las chicas estaban allí, dentro de su apartamentito, a la vista de los clientes, dentro de un orden reglado..., a lo germánico. Yo me encapriché de una, sin duda, atractiva, bonita, con un estupendo chasis. Normalmente ninguna chica besaba en la boca; y aun en lo tocante a los precios, razonables y en equiparación con los españoles; si acaso, un poco a la alta por el cambio siempre estrepitosamente desfavorable para la peseta en su relación con el Deutsche Mark. También se distinguía entre si la chica se quitaba el sostén o no y, en consecuencia, se dejaba acariciar las tetas que, dicho sea de paso, mi amiga las tenía magníficas porque toda ella, insisto, era muy bonita, muy atractiva. Al cabo de vernos

dos veces, a la tercera, por el precio standard se quitó a voluntad propia todo lo de arriba y me permitió que me solazara con su busto, cosa que me agradó sobremanera ya que ello fue el signo confirmativo de que... prácticamente todo lo que tenga que ver con relaciones humanas suele requerir una fase de acomodo, un juego de conocimiento, una pequeña andadura de confianza. Creo que fue eso precisamente, confianza, lo que yo la infundí, y por lo mismo llegué a la conclusión de que ella flexibilizaba conmigo al máximo sus prestaciones. Una líneas antes comenté la disciplina y el buen gobierno de un establecimiento así, y ello se me hizo aún más evidente al ir un día a buscar a mi amiga y encontrarme su habitación cerrada. Contrariado inicié la retirada y no bien comenzado el descenso de la escalera que conducía al piso bajo, ví que subía ella... Mi alma se encandiló, y con la ingenua y confiada incontinencia intenté abordarla..., supongo que para decirla que la estaba esperando, que me había llevado un disgusto al ver su cámara vacía..., que me alegraba verla de nuevo, y que si quería estar conmigo. Ni siquiera me miró..., siguió escaleras arriba, hasta su habitación, a lo que yo maquinalmente, desesperado, ofuscado, como un zombi, me sentí inevitablemente empatizado a seguirla. Nada más abrir la puerta y entrar en su cuarto, se volvió a mí, cambió su gesto, me sonrió y me dijo que tenían terminantemente prohibido hablar *con nadie* fuera de sus habitaciones. ¡Hhhuuhhhfff... qué descanso..., y qué peso me quitó de encima! Aquel día la sesión íntima que me dispensó me supo a gloria. Creo que se hacía llamar Ingrid, acaso Dora, una lástima no haber registrado estos detalles. Sólo una vez que no estaba mi amiga –era su día libre y yo no lo sabía– pasé con otra: Un fracaso. Llevaba puesto el rodillo del tampax, y lo que práctica y cínicamente hizo fue ponerse un poco encima de mí y masturbarme. Ante mi protesta inerme, debió de accionar algún timbre sin yo verlo. El caso es que se presentó un matón guarda-espaldas, con cara de pocos amigos, y preguntó que... si había problemas... “Nein, nein, keine Probleme”, creo que dije yo apresurado. En pocas ocasiones me he sentido más indefenso, más frustrado, más zaherido. Al menos, la experiencia me

servió para añorar a mi amiga... Ingrid, Dora... o como se llamara. Uno de los días siguientes a una cualquiera también de mis visitas al burdel, uno de los turcos de mi clase, chico más o menos de mi edad, probablemente el más maduro de todos ellos, me soltó así, con sonriente complicidad, el nombre del prostíbulo como haciéndome saber –¡fijense Vds., qué cosas!– que... que estaba al tanto de mis visitas. No encontré mejor antídoto que invitarle a venirse conmigo en mi coche cuandoquiera le conviniera; a lo que la pobre criatura se deshizo en gestos de declinación de mi oferta, como asustado de haber podido suscitar semejante tema. Un poco así, como desagravio, y para ayudarle a encontrar su paz espiritual, le dije que me escribiera “Te amo” en turco, y así, en simple reproducción fónica aproximada daba: “Seni seviyorum”. En el propio Radolfzell me infatué con dos putitas, chicas jóvenes que solían coincidir en la discoteca, no sé si la única de la localidad pero en cualquier caso a la que solíamos asistir [yo de tarde en tarde y sólo un ratito, por eso del humo y del ruido, cosas que detesto] la gente del instituto Goethe. Una de ellas, la más agraciada, se dejaba acariciar con el fin de encandilarme y de que la llevara en coche hasta su casa, servicio nada desdeñable en aquellas noches de frío, porque no se olvide que estamos en invierno. La chavala esta, torpe y viciosamente, me perdió unos guantes de lana, de esos maniobreros y para todo uso. Telefoneé a mi madre y recuerdo que me envió otros iguales, sin ningún incidente, en un sobre de esos grandes canadienses, de Queen’s University, que había dejado yo preparado al efecto...

Mi indumentaria rayaba en lo anodino si no hubiera comportado un algo de grotesco y de irritante, por lo convencional y carente de pretensiones como era. Puedo decir que casi no me quité de encima mi jersey de lana granate ya mencionado, sobre el que me solía poner el marrón, también de lana gorda, con abertura de cremallera en todo el frente, y que me había confeccionado Isabel Toledano, mujer de Fernando Garcés. Mis zapatos ‘Gorila’ con suela de goma recauchutada me garantizaban un aislamiento y protección térmicas adecuadas; y en cuanto a la cabeza, por primera y única vez

en mi vida usé un sombrero de fieltro color ceniza que me mantenía la sesera en su justa temperatura. El sombrero había pertenecido a mi padre, así como la bufanda de lana, a cuadros amarillos y marrones claros que, por cierto, siguió haciéndome apaño hasta que a finales de 1996 se la llevó puesta a su tierra una amiga filipina que había pasado en mi casa de España unos días de invierno. Todas las fotos que conservo de aquellas casi ocho semanas en el Goethe Institut de Radolfzell me presentan con la misma indumentaria. Los chilenos eran los mejor vestidos con mucho: Llevaban vistosas y gruesas pellizas y guantes de cuero con gorro de lana: El mejicano también lucía buenas botas. José Luis, el uruguayo, solía llevar gorra de cuadros, de visera, de esas que tienen como un botón en el pliegue recogido del centro. Ya dije que había una pareja de peruanos –fuertote, simpático él; dulce, bonita, mimosa ella– que en un par de fotos que alguien nos hizo a un grupo de nosotros en la nieve, lucen equipo pesado de invierno: Él, zamarra de cuello de piel, y bufanda sobre un jersey hasta la barbilla, amén de guantes gordos; ella, botas altas, pantalón tipo skjama, abrigo de piel tipo felino, manguitos para las manos. Por lo que de constatación insistente tienen todas las fotos, es muy probable que yo abusara ya por entonces de mis recursos naturales, descuidando la protección de mi garganta. No otra conclusión es la que se me ocurre sacar de verme así tan suelto, tan descuidadamente abrigado, siempre por contraste con la gente que estaban al lado mío; tan confiadamente sabedor de que mis diez inviernos en el clima polar de Norteamérica me deberían haber inmunizado de esas pequeñas cosas como tener frío...

El mejicano, el uruguayo y yo solíamos ir juntos a comer a alguno de los dos o tres restaurantes que estaban concertados con el Goethe. Como servicios incluidos en el precio de matrícula habíamos recibido una cantidad, muy ajustadita y tirando a insuficiente, de bonos de comida, cinco por semana, dejando sin cubrir los sábados y domingos que corrían ya por cuenta de cada cual; sistema reputado como normal en todos los centros que yo conozco: O sea, cubrir lo imprescindible y dejar que cada uno se pague los extraordinarios y los

caprichos. Nosotros tres –el uruguayo, el mejicano, y yo, como digo– tuvimos cierta dosis de fortuna al recalar en un restaurante donde la camarera, una señora corpulenta, madraza, bonachona, entrada en años, nos cogió cariño y nos ponía raciones “sobre-dimensionadas”, como se diría ahora. En Alemania y en muchos otros países no suelen servir pan en las comidas, y si lo ponen es porque uno lo ha pedido, y hay que pagarlo aparte. Pues bien, esta buena señora [cuya liberalidad su estrella haya premiado] nos obsequiaba con pan, y nos servía los platos de ensalada, y de patatas, y de la guarnición que fuere, con copete. Recuerdo que José Luis, el uruguayo, ya sin recato y al término del pedido de nuestra opción de menú, lo remachaba con un enfático y directo “aber viel” [“pero que sea mucho”]. Una joya de mujer y de buen corazón.

Un día se les ocurrió a los turcos, que eran legión, retornos a un partido de fútbol al conjunto de hispánicos con algún otro refuerzo. Y en un campo que casualmente había muy cerca del emplazamiento del Instituto caímos todos, cada cual vestido de lo que pudiera, y luciendo las habilidades de que también dispusiese y que en mi caso no eran ni muchas ni muy ortodoxas ni muy disciplinadas: Me dedicaba a despejar hacia adelante, zapatazo va, zapatazo viene cuandoquiera el balón merodease por mis dominios, para consternación del pobre uruguayo que debía de conservar, supongo, ínfulas de algún momento estelar de algunos de los jugadores o de alguna de las selecciones nacionales de su país. José Luis se había traído casi todo un equipo de ropa de futbolista, el muy bribón: Tan seguro debía de estar de que nadie le privaría de practicar su deporte insignia, ni siquiera en Alemania.

En la “juke-box” del restaurante donde hacíamos la comida estaban los discos de Nicola di Bari, y el “Après toi”, también en versión alemana, de la griega-germanizada Vicky Leandros. Pocas melodías de circunstancias, de tan menguada trascendencia y de tan coyuntural significado cobraron tanta validez y tanto apego respecto de mi estado de ánimo como las que aquellos dos intérpretes

recreaban en los discos de la caja de música. Eros, el suizo, me puso parte de las palabras de “Mi corazón es un gitano/zíngaro...” en italiano; y en lo tocante a Vicky Leandros, ganadora, como se sabe, del Festival de Eurovisión de ese mismo año, creo, conseguí cantar la melodía entera de su “Après toi” en sus versiones narrativas y argumentales, quiero decir, con todas las palabras, francesa y alemana.

El único encargo social que me impuse fue el de encontrar algún obsequio para la familia Vivas, transportistas y mecánicos que cuidaban de mi coche y a los que quería distinguir con la elegancia espontánea de un regalo. No tardé mucho en hallarme ante el escaparate de una tienda de herramientas, entre las que eché el ojo a un juego de llaves fijas Dowidat que, en su momento, en España, efectivamente merecieron la aprobación entusiasta de mis amigos.

Quiero creer que la cosa se produjo al cabo de las dos o tres primeras semanas de estancia en Radolfzell. Al final de una de las jornadas de clase de mañana, la Secretaria de los cursos me llamó y me presentó a una chica alemana que, según entendí, quería hablar conmigo. Se trataba de Helga Patzsch, como mucho de unos 25 años, más bien bajita, con labios gordezuelos, una de esas personas con las que, en lo que a trato se refiere, se encuentra uno confiado y cómodo desde el primer momento. Bueno: El caso es que se había enterado de que había un español... o españoles (o al menos hispánicos) en aquella remesa de estudiantes del Goethe, y como ella quería practicar y mejorar su español, pues, lo de siempre, había pensado en el intercambio de lecciones. Yo no acertaría ahora a decir dónde exactamente, pero en mis escritos relativos a la vida académica, al estudio y cuestiones afines, siempre he mencionado mi incapacidad y mi indisposición a eso de “estudiar juntos” y zarandajas parecidas. Salvo circunstancias contadas en que a uno le tengan que precisar, explicar o matizar algo por vía de excepcionalidad, el estudio es cosa de radical soledad, de comunión íntima, de trasiego con uno mismo. Lo demás es compadreo, ganas de perder el tiempo, y de llamarse uno a engaño. Ahora bien, esto de Radolfzell que proponía Helga me

sonaba a música. Quedamos en que también tomarían parte en los encuentros el mejicano y José Luis, el uruguayo, que en el momento de conectar yo con Helga andaban por allí... y pidieron anuencia.

Helga, soltera e hija única, era de Radolfzell y vivía en Radolfzell, con sus padres, en el piso de éstos, de la manera más convencional y esperable conforme a parámetros hispánicos. Había terminado la carrera de Humanidades, con especialidad en lenguas, pues ya dominaba a la casi perfección el inglés y el francés [propiciado este último aún más si cabe en aquella parte de Alemania ocupada por Francia después de la guerra] y quería mejorar su español. Creo que daba clases en un Instituto de Konstanz. Sus padres eran encantadores: Él, a punto de jubilarse, era el típico hombre activo, sano, fuerte, que trabajaba si mal no recuerdo en la Administración pública; conociendo el inglés y el francés asimismo bastante bien; ella, la señora, parlanchina y casamentera, gran anfitriona que, como lengua extranjera, sólo conocía el francés... y en francés, una vez más tuve que hacer el gasto en las ocasiones en que la Sra. Patzsch sostuviera conmigo alguna puntualización personal no transvasable al grupo ni diluible en ningún sistema de sonrisas acomodaticias. La primera reunión la sostuvimos nosotros tres, los hispánicos, y Helga: Solícitamente su madre nos preparaba el té y por mi parte cada vez que allí estuvimos llevamos a la señora algún detalle, flores sobre todo.

En nuestro segundo encuentro apareció en escena Gisela, una amiga de Helga que trabajaba de administrativa en una empresa de maquinaria de Radolfzell, y que también quería manejarse mejor en español, con vistas a una posible promoción dentro de sus expectativas laborales. Bueno. Aquello cambió todo, así como suena, de raíz. Si para mi cosmovisión puramente estético-sensorial Helga no comportaba ningún tipo de agresión, de desasosiego, hacia mi neutralidad, Gisela me desarmó nada más verla. Ofrecía una enorme solvencia de vitalidad, de vigor, de naturismo pegadizo y saludable. En ocasión ulterior nos informaría de que hacía gimnasia y

preparación física sistemáticamente. Más o menos de la edad de Helga, sin llegar a los 25, poseía el típico chasis compacto, con un precioso busto desarrollado con arreglo a parámetros de generosidad pero en proporción congrua, toda ella con la proverbial desenvoltura comedida, disciplinada, enérgica, de la mejor tradición teutónica. Gisela no tenía carrera universitaria y, siempre con relación a Helga y en lo que respecta a su grado de competencia lingüística y comunicativo-académica en general, acaso se le hubiera podido detectar una ligera desventaja en aprendizaje, en cimentación rigurosa y planificada, pero que en el caso de Gisela quedaba cubierta por una despiertísima intuición, una fecunda curiosidad y una inmejorable lucidez. Pasadas unas cuantas veces de reunirnos en casa de los padres de Helga, Gisela nos llevó a su apartamento ya para el resto de las ocasiones. Parecía vivir sola, o al menos ni conocimos a nadie de familia, ni jamás mencionó asunto que tuviera que ver con ella. Recuerdo que yo solía pensar en la modalidad que a mí me caracterizaba: El tema de las dos amigas y la marcada incumbencia que yo casi siempre desplegaba por la conocida en último término y a través de los oficios generosos de la primera. Parecía estar marcado que entre Helga y yo no podía existir nada de... bueno, eso, para entendernos. Mis posibles competidores no lo eran: El mejicano, un chaval algo tontuelo y con los únicos posibles de hacer un papel razonable con su alemán, volverse a Méjico y tratar de sobrevivir allí. José Luis, el uruguayo, estaba recién casado como quien dice y algo encoñado con su mujer, por eso de la novedad; al final del curso esperaba que sus suegros le recogieran para regresar con ellos a Uruguay, No tenía, pues, más competidores que yo mismo, el peor de todos. Donde sí se suscitó un día un roce de cierta seriedad fue en lo tocante a decidirse por el giro castellano o por el idiolecto hispánico. A mí, si me apuran, me hace más gracia decir: “Si tomas, no manejes” que “Si bebes, no conduzcas”, por ejemplo, entre cientos de ellos, y el grado de inteligibilidad lo reputaría de idéntico. Pero no veía conveniente que Gisela aprendiera el español de Méjico primando sobre la opción del castellano de España; y así un día me puse serio e



insistí en que nuestras amigas tuviesen muy claro que –dando por sentado que todos éramos muy dignos y que no mediaba detrimento alguno para nadie– en Europa, en Alemania, en aquel momento era más conveniente, sólo más conveniente, más operativo, más universal, más propio, llamar a una chica, chica, y no *vieja*; llamarle a una mujer bonita, bonita, mejor que *rechula*, e infinidad de cosas así. Mis amigos aceptaron de relativo buen grado el pequeño privilegio de la edad por mi parte, y la evidente preeminencia del saber por parte de nuestra Real Academia de la Lengua. Consideré entonces y seguiría considerando como de pésimo estilo y de resultados aún peores sembrar la conciencia de Gisela y de Helga de ambigüedades, duplicaciones y modalidades idiolécticas hispanoamericanas. ¡Éramos pocos y parió la abuela!

Lo pintoresco de mi concernimiento respecto de Gisela era que yo con quien únicamente me comunicaba era prácticamente con Helga. Pero esa es otra de las grandes recompensas que muy de tarde en tarde aparecen entre el tráfico de relaciones e intereses humanos: Conociera o no Helga mi afectación espiritual por Gisela, ni la armonía entre ellas, ni la que yo pudiera protagonizar desde mí mismo con cualquiera de las dos se hubiera visto influida ni menoscabada. En otros lugares de mis Memorias me he referido ya a alguna de las múltiples ocasiones en que Helga y yo volvimos a encontrarnos: En Granada, en Berlín, en Alcalá de Henares, etc. En su momento y lugar me remitiré a tales encuentros. Baste y sobre aquí recalcar que si hasta 1998, por ahora y de momento, Helga y yo seguimos coincidiendo –como digo– en lugares y circunstancias dispares, una vez que liquidé mi medio curso de ocho semanas en Radolfzell mi falta de conexión directa con Gisela fue total. Es muy probable que dentro de la asepsia deportiva en que todo hasta entonces se había realizado, Gisela jamás sospechase que su presencia, su difusora energía, me había cautivado, había abierto brecha en el bloque de mis preferencias, de las tropías de ilusión que el corazón mío pudiera permitirse ejercer.

También los padres de Helga, una vez jubilado Mr. Patzsch, hicieron varios viajes a España en una furgoneta caravan VW, una verdadera preciosidad de vehículo, casita sobre ruedas, apto y más que suficiente para dos personas cuando se abría el techo y la conformación de tienda de campaña aparecía en toda su operatividad. Los Sres. Patzsch, que yo recuerde, coincidieron conmigo en España por lo menos dos veces inequívocas: Una, en mi casa de Alcalá de Henares, alrededor de 1974, bien en Semana Santa o bien en la temporada de verano, yo diría que lo segundo. Otra vez, un año después o así, en Granada. En dicha ocasión los llevé al restaurante Rescoldo, bien lo recuerdo, que les encantó; y por su parte utilizaron las instalaciones del Camping Sierra Nevada. Sólo indirectamente podía lanzar yo un cable con cebo para hacer posible mencionar el tema Gisela y... ¿qué?, me pregunto. Y, bueno, acaso que me contaran algo de cariz tan definitivo como para haberme impulsado a desengancharme, o al menos a intentarlo, de su memoria. Pero todo lo contrario: Con la mayor naturalidad, y ante la poca concreción de mi planteamiento, ellos me informaron muy deportivamente que Gisela seguía en Radolfzell, si bien, y en razón de no sé qué detalle críptico, yo pude colegir que vivía establemente con un compañero, pero “que seguía soltera” en expresión taxativa de los Patzsch. Y las veces que Helga y yo nos vimos antes de 1986 [fecha en que, como paso inmediatamente a referir, Gisela vino a España, y coincidimos en Granada]..., lo mismo: No me pareció discreto sacar el tema de Gisela, excepto enterarme de que todo le iba bien, y ese tenor de generalidades asépticas.

¿Nos intercambiamos alguna carta o siquiera postal a lo largo de estos catorce años y medio Gisela y yo? No lo sé. Más bien creo que no. El caso es que a primeros de 1986 recibo en Granada una carta de Gisela, sin fecha pero necesariamente de antes de marzo, desde Alemania. Es toda ella un documento elucidador directo, de simple y primera magnitud. No tengo más remedio que transcribirla, porción a porción, y comentarla:

“Dear Tomás: Hope you remember me. It is really a long time ago since we met - but I had news from you by Mr. and Mrs. Patzsch who spent their holidays in Spain some years ago and had a stop over at your place”.

Efectivamente, la particularidad más reseñable de ciertas relaciones es la porosidad deportiva y limpia de su fundamentación. Como advertí, eran los Patzsch los que durante todos estos años habían servido de nexo conductor entre la incumbencia mía y la persona de Gisela. Me sigue diciendo –parafraseo en español– que va a seguir un curso en Málaga desde mediados de marzo a mediados de abril, y que al pasarse por Granada podríamos vernos... “would really be a great pleasure for me to meet you after all these years”... Directas, simples frases cuajadas de normalidad que, sin embargo, pueden destapar dentro de un pecho como el mío todos los cofres de las expectativas preocupantes, de las mortificantes dulcedumbres, de las falsas auroras boreales... “Just in case you don’t remember me I enclose a photograph which was taken last year in Australia, where I spent my holidays”... Bueno. La carta, como apunté, no consigna la fecha pero toda la parte superior de la holandesa crema en que está escrita queda cubierta por una foto pegada, de Gisela, de pie y en atuendo de baño, en lo que parece ser una cala de playa. El párrafo tiene su gracia y su venenito encubierto ya que, a menos de aplicar una potente lupa, bajo un sombrero y en la sombra que éste proyecta hacia abajo, la cara de Gisela o la de cualquier otra persona, si de tal se tratara, es absolutamente irreconocible. Gisela, como digo, de pie, con el agua hasta la espinilla, se sitúa en el mismo centro de la cartulina de color, ocupando de ésta, quizás, una cincuentava parte o menos. Y sin embargo, la realidad persuasivamente hermosa –formaciones coralinas, arenas inmaculadas, aguas transparentes, promontorios recubiertos de verde en el brazo de tierra de enfrente que parece formar uno de los soportes laterales de la ensenada..., y ya un poco más a la derecha la expansión de la raya del mar superpuesta o adivinada en ulteriores lejanías–, todo ello, digo, se compacta estéticamente en razón de la dimensión portentosa del bulto de Gisela,

en bikini blanco, permitiendo especular sobre su magnífica planta. En cualquier supuesto queda claro que se trata de una mujer extremadamente atractiva: Lo delata la generosidad y la altivez adivinada de su busto; la fina esbeltez de la caña de sus pantorrillas; la ascensión modélica de sus muslos hasta esa línea tórrida de ecuador en que tronco y extremidades convergen. A razón de la edad aproximada que la había yo afectado hacía más de catorce años, Gisela debía de andar ahora por los entre 36 y 38..., pero, ¡qué hermoso ejemplo de conservación llevaba consigo la contemplación de aquella foto! ¡Y qué ingenua perversidad la de “sólo en caso de que no me recuerdes”. Por eso, por si no la recordaba, me manda una foto en bikini, con su rostro imposible de identificar, velado en la cobertura que le presta un sombrero convencional, como de segador, de color amarillento, que se sujeta ella misma con la mano de su brazo derecho erguido, aupado! Lo de Australia quería hacerme saber (o recordar, porque ya lo sabía) que también ella viajaba y que también atesoraba un amplio espectro de vivencias. Luego, continúa su carta preguntándome: “How is your job - are you married?” De sobra sabía que con mujeres como ella, sueltas, a la deriva, por los mares de corazones vivientes, la institución del matrimonio respecto de un espécimen como yo no tenía sentido... ni de portar el nombre de tal. Me lo pregunta, claro, para hacerme creer que ella cree que yo tal vez haya creído... bueno, eso. Y termina de forma ocurrente: “unfortunately my Spanish is not good enough for writing and for your having been in Canada no problem to read my English letter”... Me consta que expresaba tal ingenuidad de buena fe y que no se paró en pensar que para entender una carta como la suya, mis conocimientos del inglés del Bachillerato me servían. Preciosa carta, linda fotografía, inquietante mujer.

Así pues, el filamento de curiosidad, supongo, por parte de Gisela, y de hondo concernimiento por la mía, seguía sin romperse después de todo el tiempo. Gisela se dejó caer por Granada en las fechas anticipadas para pernoctar dos o tres días según también lo programado. Andaba yo por aquella época en la cresta de mi

atontolinamiento con Eulalia y, como siempre pasa, como habrá visto o verá el lector en otra parte, por lo que se refiere a Eulalia, y esté a punto de ver en lo tocante a Gisela..., pues ni con la una ni con la otra; o mejor, lo que hice con la una (Eulalia), que en ningún caso hubiese experimentado mutación substancial, no debió desvirtuar mis posibilidades con la otra (Gisela). Cuando la ví comprendí que no tenía nada que hacer. Odioso y penitencial reconocer que las cotas de independencia y autonomía que habían conformado la existencia de aquella mujer se hallaban lejos de mis resortes, lejos del campo de prestaciones que mi persona, mi yo, mis ganas de ser y de hacer encarnaban y con las que pudiere haber invadido e influenciado el espectro vital de Gisela. La encontré pletórica a sus, ya dije, entre 36 y 38 años, todo lo más. Ya no tenía la cara de jovencita de hacía catorce años y medio, pero los atributos identificativos de su chasis resaltaban límpidos, ilesos, si acaso potenciados. Odioso y mortificante reconocer que aquella criatura era ingobernable, porque no existía en todo el repertorio de mis virtualidades instancia alguna por la que ella encontrase congruo y apetecible dejarse gobernar... por mí, en razón de mí. Una de las veladas la pasamos en el “coffee parlor” del Hotel Meliá de la calle Ganivet. Por las brechas de las mangas del vestido de Gisela, que se producían súbita y espontáneamente con ocasión de cualquier movimiento natural, se me patentizó que sus senos, que los llevaba sin ningún tipo de sujeción o encofrado, seguían siendo conformadamente magníficos, plenamente enhiestos, inequívocamente firmes.

La llevé a Sierra Nevada: Conservo una foto tomada en la terraza de uno de los merenderos de la carretera ya a la altura de Prado Llano o más arriba. Pelo largo y moreno con una mata frondosa de flequillo por la frente, como enmarcando la sonrisa del rostro en una hornacina de penumbra tan característico de su fotogenia; pantalones blancos y cazadora verde oliva oscuro, como de camuflaje, con bolsillos amplios, práctica. Gisela estaba rotunda, con esa entereza armónica que tanto me desarmaba y que tan baldíos hacía que me parecieran mis voluntariosas instancias de disponibilidad. Otro día nos

metimos en un taxi y estuvimos dando vueltas por todo Granada, para que se procurara una visión panorámica. Al transitar por alguno de los barrios periféricos, ya mitad campo, mitad urbe, recuerdo que Gisela me preguntó que si no me gustaría vivir en alguna casita de aquéllas, retirada. Intenté, por no desagradarla, suavizar mi resuelta reacción negativa a tales planteamientos, pero en todo caso, ello me ilustró aún más si cabe, el grado de brava autonomía, de capacidad de soledad que atesoraba la personalidad de Gisela. La reservé alojamiento en el Hotel Casablanca, naturalmente, por comodidad y por precio, y al darnos las buenas noches en el descansillo de su piso, ya junto a la puerta de su habitación, aquella última jornada, pude saborear más de lleno, si es que ello era posible, la amargura de la impotencia. Sí, ella se metió en su cuarto y yo me quedé inerme. No, no era tiempo; no era sazón... pero, ¿podría serlo, podría haberlo sido en cualquier otro estadio de mis posibilidades? Probablemente no; nunca. Yo mismo había adoptado la postura del perdedor, por adelantado, y así era imposible pensar en nada medianamente operativo.

Gisela se marchó y yo no he vuelto ya nunca jamás a verla. Ya en Alemania tuvo que recibir alguna carta mía que, aun sin conservar yo copia, ni siquiera borrador, tuvo que insistir en mi línea de perdedor, quiero yo recordar, acaso despachándome una dosis inmerecida de auto-inculpamiento. Vagamente, sí, quiero recordar que con bastante congruencia, por otra parte, la invitaba a pasarse todo el tiempo que quisiera del verano en mi casa de Alcalá de Henares, haciéndola entender que yo me desengancharía de mi actitud platónica y... Tengo, eso sí, la que debió de ser su respuesta, de 30 de julio 1986, a mi antedicha comunicación... Me dice muchas cosas, de todas ellas emerge siempre la idea de mujer dinámica, viajera, relacionada, etc. Es curioso: En una conversación con los Sres. Patzsch, y sin ningún ánimo de minusvaloración, algo dejaron entrever, por vía de comedidísimo reproche, de lo que consideraban fallo o carencia en Gisela, a saber: Una formación universitaria que a su vez le hubiese servido de fundamentación teórica y de cimientos prácticos a su estudio de idiomas de los que, como sabemos, dominaba asimismo el

francés, el inglés y... ¡lo que hubiera aprendido de español! Sí, en su carta me dice montones de cosas que tengo diligentemente subrayadas y destacadas con rotulador... Que agradece mi invitación; que también está sopesando la invitación de otros amigos españoles dueños de un velero grande en la costa de Huelva... Me recomienda un centro de salud en el propio Radolfzell, para continuar el espíritu de la Clínica Buchinger de Marbella..., y muchos más etcéteras. Acaso su párrafo más significativo y más cuajado de sustancia para mí sea éste:

“I am even thinking of stopping to work for half a year for being able to really learn Spanish and to relax and to get a little bit distance to this daily sometimes boring life”.

Para mis oídos y para mis entendederas aquélla fue una de las declaraciones más informativas del verdadero problema de esta mujer: La esclavitud que le suponía el tipo de trabajo de administrativa al que estaba sujeta once meses al año; mientras que Helga, su amiga íntima, sin ir más lejos, disfrutaba de otro status, otra demarcación social y, sobre todo, de mucho más tiempo para repartírselo libremente. Es elocuente en extremo su expresión de “really learn Spanish”, o sea, de verdad, con seriedad y rigor académicos, y no a salto de mata del cursillo aquí y allá, ahora y luego. Termina: “Kind regards and thank you again for your invitation which might be accepted still this year”. Un cierre de epístola elegante y considerado. Como dije líneas arriba, nunca más hemos coincidido Gisela y yo. Conservo de ella dos postales también: Una, con un texto convencional navideño; y otra, la típica ‘Ruf doch mal an!’, al notificarme su cambio de número de teléfono a partir del 01/01/1987.

Siempre me sentí desbordado por esta mujer, sin poder disponer yo de asideros ni de bastiones suficientemente sólidos como para catapultar desde ellos hacia Gisela un haz atractivo de sugerencias, algo que la hubiese propiciado a conducir su intimidad o al menos parte de ella por las rutas de mis dominios. Ójala que la confesión de este fracaso produzca en mi alma efectos catárticos, si es que aún pudiere ser tiempo.

**Frau Zieske: Passau (Alemania); Gensel: Linz (Austria); María Pía: Lecce (Italia); prima de Cristina: Antibes (Francia). Mayo–Junio-Julio 1972**

El ‘impasse’ con mi alemán se había roto. En lo que a efectos se refiere, las ocho semanas de Radolfzell las pude comparar a un recubrimiento de acero especial que hubiera puesto yo en la quilla del barco de la voluntad mía, con la que atravesar los piélagos helados, con la que abrirme paso por entre los témpanos de la desgana y de la desmotivación, que me habían retenido hasta entonces. Estamos a principios de 1972. Cogí de nuevo el mapa de las localidades de la República Federal Alemana con sedes del Goethe. Carezco de documentos, aun de registros directos, ingenuos quiero decir, de la memoria para trazar el curso de mi proceso deductivo, la penitencia de decidirme por uno u otro sitio. Quiero recordar que pretendí Berlín pero que sobre el papel ya no había plazas. Pero lo que sí conservo en mis notas es que me hacen la cabronada de no devolverme los 50 Marcos Alemanes que les envié en un cheque para el curso en el que no me pudieron matricular. Pequé de cándido, lo reconozco. Con motivo de todos los miramientos que seguí en lo tocante a la matriculación y reserva de plaza en estos cursos del Goethe, más de una vez me he recriminado los hábitos ordenancistas y en extremo super-conservadores que mis años en contacto con la cultura anglosajona en general me dejaron. Siempre a toro pasado llega uno a conclusiones muy distintas. En el caso que nos ocupa estoy seguro que con haberme presentado en cualquiera de los Centros en cualquiera de las fechas de comienzo de los cursos de las ocho semanas preceptivas me hubieran admitido y acomodado sin más. Siempre hay una solución para las situaciones imprevistas, para los hechos consumados de signo incruento, sobre todo cuando va uno con el dinero “cash” contante y sonante en la mano. Sí, seguro que yo me impregné estúpidamente de formalismo procedimental y que acometí el trámite de mi matrícula con toda la anticipación que especificaban los programas informativos. Si quise ir a Berlín acabé reservando plaza en Passau, junto al Danubio, acaso la ciudad significativa e importante,



aunque pequeña, más oriental de Baviera y de toda la República Federal Alemana; plaza, digo, para, el curso que se celebraría entre el 2 de mayo y el 29 de junio de 1972.

Comoquiera que fuese, las fechas se sucedieron y llegó inexorable el día de partir. Lo hice en coche, en mi Mercedes 200-D que entonces cumplía cinco años y que se encontraba –¿hace falta decirlo?– en impecable estado. Pero el viaje de ida hasta Passau lo había sometido yo a ciertas servidumbres voluntarias que le libraban del tedio sostenido que a todas luces hubiera constituido mi rodar hasta allí. Había dividido todo el trayecto en tres grandes jornadas: La primera, hasta algún lugar de Francia en función de la hora de salida de Alcalá de Henares; la segunda, consistente en llegar a Strasburgo y hacer noche allí en casa de mis queridísimos amigos Rudy y Resu; y la tercera y final, alcanzar Passau sin más incidentes. Tuvo que ser el 29 de abril de aquel 1972 cuando arrancara de Alcalá de Henares. Para llegar a Francia esta vez tomé una ruta que nunca antes había seguido: la de Pamplona. Hasta allí, vía Soria y Tarazona, me acompañó Wenceslao, pues decía querer visitar la capital navarra y algo relativo a unos parientes lejanos. Tengo que reseñar que al pasar por Tudela me detuve un rato con el deseo de saludar, si ello hubiere sido posible, y en todo caso momentáneamente, a dos chicas, hermanas, y unas preciosidades de carácter y de simpatía, con las que había coincidido una velada en Santander junto con María Eugenia, la salvadoreña. Su apellido y sus nombres no los recuerdo ahora pero entonces sí eran lo suficientemente inequívocos –tal creía yo– y distinguibles como para dar con ellas mediante una simple consulta. Procedimos a preguntar por la localización de la calle que no era otra sino la Avda. de José Antonio, nada menos. Pues bien: Para consternación de Wenceslao [a quien durante años no sólo no se le olvidó el detalle sino que continuó citándolo como ejemplo de obtusidad y cerrazón] aquella buena gente, quiero decir un par de grupos de vecinos variados a los que abordamos en plan espontáneo como el caso requería..., aquellos prójimos no pudieron proporcionarnos una mediana indicación sobre dónde se encontraba la calle, y puesto que la cosa no revestía mayor finalidad

sino el, acaso, algo inoportuno capricho de saludar a las amigas... de María Eugenia, desistí no sin que nos sirviera el dato como uno de los ejemplos más imperecederos, como digo, de obstrucción mental, de chatedad de horizonte, de cerrilismo impenitente. Llegamos a Pamplona, comimos en un restaurante suntuoso, recuerdo, que tenía aspecto de haber sido en otro tiempo salón de ceremonias, con unos muebles como de caoba oscura. Imposible rescatar el nombre. Wenceslao se quedó, dispuesto a pasar una o dos noches, y yo continué mi camino.

Con ese pequeño desasosiego que nos infunden las cosas inciertas por venir, y muy probablemente difíciles, sentía yo que debía cubrir la mayor cantidad posible de kilómetros en aquella jornada, antes de hacer noche en... dondequiera pudiera terciarse, ya bastante dentro de Francia, de forma que la etapa del día siguiente hasta Strasburgo no resultase inviable. Salí de Pamplona a eso de las 17:00. Por Elizondo me dirigí al paso fronterizo de Dancharinea, nuevo para mí. Lo recuerdo pequeñito, con poco tráfigo, recoleto, cuidado. Los aduaneros, bien. En mis notas muy de urgencia y muy sucintas tengo consignado “aduanero folklorista” y quiero recordar que se trataba de que en el lado francés intercambié información y hasta alguna exhibición real de cante con uno de los gendarmes que se interesaba por nuestro flamenco o, acaso, por algún aspecto de la así llamada ‘canción española’. El caso es que me orientaron convenientemente y seguí, ya en territorio francés, por Ustaritz, hasta alcanzar la carretera general de “las landas” a la altura de Bayonne o por ahí. Pero Estrasburgo aún estaba lejísimos: El espacio que dejara hecho esa jornada no lo tendría que hacer al día siguiente. Así que... tiré, tiré como pude hacia adelante, sumando kilómetros y restando kilómetros en esa lucha típica y noble contra las determinaciones categoriales de espacio y tiempo. Cayó la noche y como algo especial recuerdo no haber podido observar con detalle el puente de Eiffel sobre el Garona. No pudo ser mucho más adelante donde me detuve a pernoctar pero con toda seguridad ello ocurrió pasado Burdeos. Me encontré un motel a mi derecha y a unos doscientos metros de la calzada

propriadamente dicha, lo que le defendía del siempre posible ruido. Sufrí una vez más el síndrome de todo español que sale al extranjero: Comprobar que el cambio de nuestra moneda nos es lamentablemente perjudicial y que nuestra capacidad adquisitiva se va por los suelos. En aquel entonces el franco francés se cotizaba a quince pesetas pero, sólo como ejemplo, una postal de esas que se compran en cualquier parte, incluidas las recepciones de los hoteles, costaba un franco mientras que en España no pasaba de las tres o cuatro pesetas. Y ése es el consabido efecto de que una moneda sea fuerte: Que todo lo que se contiene dentro del valor de una unidad tiende a igualarse por arriba y resultar carísimo para quienes, como los españoles, todavía veíamos grandes diferencias entre algo que nos costase tres o cuatro pesetas, y algo, no digamos la misma cosa, que nos costase quince! Pues tal ha sido y tal sigue siendo –excepto por brevísimos paréntesis– la humillación que tiene que sufrir el españolito infligida por la debilidad cambiaria de su divisa. En dicho motel donde pasé la noche tengo reseñado el final de un típico incidente en razón de la desmesurada codicia y de la tan proverbial actitud tacaña de los franceses. Ocurrió que al ir a pagar lo hice con moneda española bien porque así me conviniera es ese momento, bien porque además me dijeran que aceptaban normalmente el dinero español. Sin lugar a dudas que yo llevaba conmigo toda suerte de dinero en variedad –como se verá en su momento– y en cantidad, pero lo que interesa aquí, y así lo tengo únicamente registrado, es que después de aceptarme de buen grado la liquidación de mi factura con dinero español, el chico joven recepcionista que me atiende, al pagarme yo antes de continuar la marcha, se enreda en una estúpida porfía que no era otra sino la de pretender cobrarme cada franco a casi *veinte* pesetas, así como suena. Expuse mis mejores argumentos de tipo básico intentando hacerle ver que el cambio de aquel momento era el de 15 pesetas..., que lo podía constatar en cualquier periódico, y que aunque impropio podría yo aceptar que me cobraran algo así como una comisión razonable. Sólo recuerdo sin entrar en detalles que la factura de mi pernocta ascendía a unos 40 francos; o sea, a unas 600 pesetas; que por descuido y en su

ofuscación de terminar el asunto y aprovecharse de alguien tan aséptico, tan inerte como yo y tan, por otra parte, a la merced de cualquier salteador de caminos, el airado y ambicioso recepcionista cogió un billete de cien pesetas, digo bien, cien pesetas de los que yo había puesto sobre el mostrador, tomándolo necesariamente por uno de mil y me trajo diez francos de vuelta, como habiendo cobrado 40 francos a veinte pesetas cada uno y completando así mi billete supuesto de mil. Ante una actitud tan cicatera, tan abusiva, tan mezquinamente avariciosa, me aguanté las ganas de decirle que se había equivocado; me callé y me marché. Bien fuera el joven que me atendió un simple empleado; bien fuera una autoridad superior y gris de la trastienda, supongo en todo caso que al directamente responsable del hotel no se le olvidaría el escozor de su propia concupiscencia.

Aquel día 30 de abril tenía por delante, bien lo calculé, 950 kilómetros hasta alcanzar Estrasburgo. Yo había quedado con los Metzger en que llegaría a eso de las 22:30 como *wishful thinking* o instancia desiderativa más conservadora. Cuando salí del referido hotel de salteadores tenía unas 13 horas por delante y no era cuestión de dormirse. Consulté el mapa. La ruta a seguir no admitía muchas opciones. Tomaría hasta Orleans por la carretera principal de París; desde Orleans me desviaría ya siempre hacia el este, siempre hacia la derecha por Sens, Troyes y Nancy. Puse manos... al volante y a hacer kilómetros. Tuve mucho, muchísimo tiempo para reflexionar, casi siempre sobre los mismos o parecidos supuestos de nuestros amigos y vecinos los gabachos; quiero decir, sobre su narcisismo, su bravuconería, su ideal de grandeza o “grandeur” para más claridad; su chauvinismo o incontinencia sobre la exaltación de sus propias cosas y sobre todo... sobre el buen resultado que les da su auto-bombo. En general, por aquel entonces –y no se olvide que estamos a mediados de 1972– las carreteras de Francia eran infinitamente superiores a las españolas entre otras cosas porque éstas últimas, las nuestras, prácticamente no existían. Todas las aproximaciones a cambio de rasante o a curvas o sinuosidades donde, por manifiestamente peligroso, se desaconsejaba el adelantamiento, estaban señalizadas con

flechas indicando apretarse y ceñirse a la derecha. Hasta ahí, bien, el conductor lo agradece. Ahora, lo que empalaga y fastidia es el anuncio de no se sabe cuántísimos kilómetros de autovía al comienzo tan sólo de un pequeño tramo construido de la dicha autovía... ¡por construir! Ejemplo: Nada más cruzar la frontera con España por el país vasco y poner rumbo a París una señal espectacular le anuncia a uno que se encuentra en la autovía de ochocientos y pico de kilómetros, y uno se las promete tan felices pensando –pues así se lo da a entender inequívocamente el cartel– que hasta París todo va a ser autovía, cuando la realidad es que los franceses anuncian la totalidad de la obra como si ya estuviera terminada, aunque se trate, como es el caso, de un pedacito. Lo recalco: Para un tramo de sólo dos kilómetros empezados y terminados, digamos, nada más cruzar la frontera española, un letrero magnífico le informa al automovilista el nombre de las dos distancias extremas que la autovía cubrirá en su día. Son fantasmas hasta para eso.

Pasadas las primeras decepciones me hice a la idea de no prestar mucha atención a estas mostraciones chauvinistas y seguir mi camino a mi aire. Francia es un país llano, y con autopistas o sin ellas, los recorridos se hacen muchísimo menos penitenciales que en España; y asimismo las medias horarias lucen más. Las carreteras nacionales en Francia atraviesan las ciudades. Los conductores, unos cabronazos, se cruzan; aceleran cuando les vas a rebasar. Yo, con un vehículo de aceite pesado o gas-oil era uno de los más lentos aun respecto de los coches pequeños de gasolina que los franceses suelen conducir a gran velocidad. Encontré pueblos con Ferias. A lo largo de “las landas” recuerdo campos de flores amarillitas, pero no olvidaba que mi máxima, mi única incumbencia ahora era no defraudar a mis anfitriones de Estrasburgo, Rudy y Resu, y salir triunfante de los más de 900 kilómetros que tenía por delante. Debí de llegar a Orleans entre las 15:00 y las 16:00 horas: Repostar, beber leche y continuar fue todo lo que supongo que tuve necesariamente que hacer. Cuando se conduce en plan agonístico no hay más remedio que pasar hambre, con el fin de mantener los sentidos despiertos. Un desayuno y algo

líquido y nutritivo durante el camino. Nada de digestiones. En mis notas tomadas en los reversos de folios extralargos, ya de color pajizo, con canciones multicopiadas, tengo una anotación críptica cuya localización no puedo precisar: “Peligro de tortazo con aquel coche que torcía (y frenó) a la izquierda, y el que venía enfrente”... Los autostopistas, me fijo, suelen ser unos tíos barbudos con pinta de guarros. Los locutores de radio franceses, unos parlanchines irremediables: Se tiran tres minutos de cháchara para poner un disco, o lo que sea. Desde Orleans me quedaban unos 500 kilómetros a Estrasburgo. Sé que llegué, sí: Por eso estoy vivo y lo cuento. Llegué a eso de las once de la noche, después de grandes penosidades. Se me fue media hora encontrando la dirección de los Metzger. Aun con ese margen concedido mi cálculo fue notablemente meritorio y la cita quedó cumplimentada con puntualidad. Aquella noche cené y me solacé en general sin servirme del magnífico ofrecimiento de Resu en cuanto a lavarme ropa y cosas así. Los Metzger vivían en un barrio residencial de Estrasburgo, de bloques de pisos de mediana calidad según Resu, que siempre tenía como referente el esmero y cuidado que su padre Cesáreo Méndez ponía en sus propias construcciones. A mí el piso me pareció bueno, bien organizado, bien orientado, y en este caso, espacioso. Reparé en que los aseos separan el inodoro [que se halla solo, en un closet sin bidé] de todos los demás servicios del cuarto de baño como tal; cosa en mi opinión censurable porque en todo supuesto, de no existir bidé, el “trono” o inodoro debería necesariamente encontrarse cerca de un grifo de agua. Son esas cuestiones que siempre nos han chocado a los que procedemos de países pobres y nos hallamos en países ricos, que no comprendemos el ‘por qué’ y mucho menos el ‘para qué’ de ciertas realidades y que por lo que a mí respecta se las podría meter por algún sitio no aséptico su inventor.

Huelga decir que ni en el recorrido en coche que hice antes de alcanzar el domicilio de los Metzger ni en el callejeo que al día siguiente efectué para ponerme en camino reconocí nada de lo que en 1955 había visitado de Estrasburgo en plan turista. Lo más inevitable,

lo más notorio, la catedral rojiza y gótica, no puedo recordar si llegó a aparecerse perceptible en cualquiera de esos dos ratos. En ese decurso de 17 años la ciudad había crecido, se había llenado de coches, y las facciones que en otra época podrían haberla hecho destacable, ahora tendían a desaparecer, por lo menos a despersonalizarse. Bien comido, algo descansado, por eso de que las camas y los ambientes se extrañan, y más cuando se está en cualquiera de los tramos dinámicos de una vivencia continuada, salí temprano de Estrasburgo al día siguiente que se trataba del 1 de mayo de 1972. Atravesé lo que me quedara de la ciudad, crucé el Rin por Kehl ya en suelo alemán, y en Willstätt conecté con la autopista a Karlsruhe que desde allí y sin dejar nunca la orientación este-ligeramente sureste alcanzaba Munich. Lo que son las cosas, este ramal de comunicación debía de ser uno de los más antiguos en el plan general de las autopistas germanas (al que tanto impulso prestó el nacionalsocialismo) porque en mi Geografía Universal Gallach una de las fotos corresponde a una sección de dicha autopista Karlsruhe-Stuttgart-Munich... que me iba yo repitiendo como si se tratara de una lección... claro,... Karlsruhe-Stuttgart-Munich. En todos los puestos fronterizos por los que tuve que circular recuerdo únicamente que los policías aduaneros alemanes parecían unos ‘dandies’ metidos en uniformes impecables, planchados y lustrosos. Un verdadero primor. Recuerdo que hasta Munich fue... como un paseo militar. Con mucho, el más lento, de los automovilistas era yo. Sin embargo, al cabo de los años comprendí que a un motor como el del Mercedes 200-D no se le debía pasar de los 100-110 kilómetros/h. para una duración óptima. La reparación en regla que yo tuve que hacerle holgadamente antes de los 100.000 kilómetros estuvo generada en la insistente alegría con que yo le hice bastantes miles de kilómetros por autopistas en que rodar a cien por hora parecía ridículo, hasta retrógrado. Con toda seguridad que debí de forzar el régimen de mi motor en la serie de viajes por Europa de la primera mitad de la década de los setenta..., y me lo cargué; cosa no del todo relevante si se tiene en cuenta que el chasis, o sea, el cuerpo del coche, la chapa, las puertas, el techo, las tripas, los hierros que componen su

armazón..., todo eso hoy, en el momento en que esto escribo, treinta años y medio justos después de salir de la fábrica, todavía sigue entero y enhiesto como el primer día...

Cuando quise darme cuenta me hallaba a la entrada de Munich y en aquel mismo punto me percaté de mi error: La autopista acababa exactamente allí y todo lo que se tratara de circular por Munich había que hacerlo por calles normales a nivel del suelo, sin autovía alguna elevada o cosa por el estilo. Un oficioso señor auto-stopista alemán a quien subí en mi coche, ante mi frustración de verme ya sin vía rápida y dentro de la maraña de una gran urbe, se aprestó a tranquilizarme y a asegurarme que no tenía complicaciones en cruzar toda Munich de oeste a este y plantarme en la carretera a Passau. A mis preguntas y sobre todo a mi extrañeza de no ver una autovía elevada o un anillo de circunvalación, o lo que fuere, pero que evitase entrar en la gran ciudad, me dijo que todo eso costaba mucho dinero...”viel, viel Geld” y que ni Alemania ni Baviera podían permitírselo al menos entonces. No cabe duda de que la travesía de Munich me resultó menos difícil, menos costosa y más entretenida de lo que en un principio temí. No creo que tardase ni una hora en verme en Feldkirchen, ya en la carretera 12 y completamente en dirección a Passau, 180 kilómetros más adelante. Sin embargo todo aquello me hizo reflexionar cavilosamente sobre las capacidades y sobre las prioridades que cada país y que cada momento político se permite. Las autopistas estaban ya hechas, pero la mayoría de las grandes ciudades [acaso con la excepción incompleta de Berlín] carecían de un verdadero anillo de circunvalación, cosa que chocaba sobre todo al automovilista que como yo viniera de España [todavía en pañales en lo que a comunicaciones se refiere], atravesara Francia con todo su golpe de carísimo chauvinismo y encontrara en las autopistas gratis alemanas el mejor de los modelos. Así que no había dinero y por eso en Munich convergían cuatro grandes autopistas: La ya referida de Karlsruhe-Stuttgart; la proveniente de Nurnberg y Regensburg; la que enlazaba con Salzburgo, en Austria; y la del sur-oeste que conducía al Bodensee. Pero no había circunvalación. El esfuerzo del nazismo se había



detenido ahí. Nadie me había advertido, ni a mí se me ocurrió explorar, lo que sobre el mapa, y viniendo del oeste, parecía poder haber sido la mejor opción para circunvalar Munich, a saber: Dejar la autopista en Dachau, conducir hasta Garching; de allí a Freising, luego a Landshut, y por último Passau, con un recorrido de unos 15 kilómetros más que eran, en todo caso, insignificantes. Lo único que saqué de todo ello fue la travesía completa de la ciudad de Munich: Algo tuvo que dejar en los fosos de mi conciencia la capital bávara. ¿Qué? No recuerdo. Carezco de registros. Continué, cubrí los 180 kilómetros restantes y llegué a Passau. Era la noche del 1 de mayo de 1972. El Goethe nos había citado para el día siguiente por la mañana, para darnos toda suerte de instrucciones y colocarnos a cada cual con la familia y/o casa asignada. Pero el día de la llegada corría por cuenta propia: Llevaríamos, supongo, aunque carezco de los detalles precisos, una lista de alojamientos asimismo convenientes en diseño, calidad/precio para que los estudiantes, de entrada, no sintieran perturbados sus presupuestos.

Hoy, martes, día 2 de mayo 1972 por la mañana acabo de llegar al edificio del Goethe Institut precedido de un patio con árboles. Freno, paro, pongo una velocidad en mi coche y me apresto a sacar los cuatro o cinco papeles que llevo más o menos preparados y que necesito a efectos de formalizar la ya confirmada matrícula y poder tomar posesión del alojamiento que me hayan asignado. No me da tiempo a hacerlo. Unos golpecitos en la ventanilla de mi lado me distraen. Miro de mala gana. Algo intuitivo me dice que la primera tontería se está gestando. Que le llamen a uno en un sitio así donde no se conoce a nadie, no puede ser más que una tontería. Un muchacho medio rubio, con cuatro pelos largos y ralos sin afeitar por la cara; pinta simple e indeterminada, me quiere dedicar una sonrisa. Bajo el cristal sin salir del coche...

- Ja, ja- le digo, con gesto contrariado.

- He visto tu coche [por lo de las matrículas de Virginia] –inicia en inglés americano- y...

- Sí, pero no soy americano –corto de mala gana- Soy español.

- Sí, ya lo acabo de ver ahora mismo, por tu pasaporte–  
Efectivamente una de las cosas que tengo en la mano es mi pasaporte.
- Bien, de todas formas, por si te vale, he vivido en América del Norte durante algún tiempo y verás que hablo tu lengua.
- Ocorre que llevo aquí cuatro meses sin hablar más que alemán... y al ver las matriculas USA...
- Claro, claro – interrumpo – Lo mismo me pasa a mí. A veces miro la marca del transistor que cuelga del hombro de alguien prójimo por la calle; o me fijo en su reloj... En ambos casos, si la radio es japonesa, o el reloj suizo, naturalmente colijo que puedo impunemente preguntar alguna sandez en japonés (caso de la radio), o en alemán, francés, italiano o romanche (en el caso del reloj) a la persona en cuestión...
- Bueno, hombre, así mirado...

La primera en la frente. El papanatismo a la orden del día, en su modalidad de ciudadano USA consumaba una de sus manifestaciones.

Una empleada del servicio doméstico del Goethe Institut está como un tren. Cuando el director nos dio la bienvenida y nos presentó a la plantilla de des-asnadores [lo digo por lo que les esperaría con algunos elementos] se pudo ver la integridad de la hechura de la moza en cuestión. Sencillamente tremenda, de buena. Nos informan que Passau es una ciudad de unos 30.000 habitantes pero que, por ejemplo, el edificio destinado a sede del Goethe es de menos entidad que el de Radolfzell, sobre todo para que los que allí habíamos cursado anteriormente tuviéramos una referencia válida. Se hallaba sobre una leve eminencia de terreno y ya digo que contaba con una especie de patio delante de la entrada principal, suficientemente amplio para poder acceder con el coche hasta allí. Se nos distribuyen los alojamientos. A mí me mandan al domicilio de un matrimonio mayor, los Zieske. Al principio creí que se trataba de la casa de un médico –tal entendí que me decían en el Instituto– y así creí también que rezaba la placa del acceso a una especie de explanada o recinto con árboles de vecindad a través del cual se llegaba al inmueble, por lo palmario del letrero “Dr. Zieske”, pero resulta que era veterinario.

Tampoco sé, aunque se anuncie ‘doctor’ si es sólo ‘licenciado–veterinario’, o sea, médico de animales; o veterinario con el grado de doctor de Universidad. Este camuflaje y ambigüedad de los títulos con la clase sanitaria no tiene remedio en ninguna parte, al parecer. Los Zieske forman un matrimonio de viejos, típico y reconfortante: Él, voluminoso, algo mofletudo, lo que se dice... grande. Solía ir vestido a la usanza bávara: Sombrero negro, acaso marrón oscuro, con algún adorno, alguna plumita o dije, quiero decir, o cosa por el estilo; pantalones abrochados debajo de la rodilla; medias tipo polaina; chaleco con adornos: Chorreras, arrequives, colgantes. Ella, una típica vieja de gesto dulce, aunque macerado por –como más tarde sabría–... por épocas de penosidad y de carencias; parecía mayor que él, mucho más frágil, algo vencida hacia adelante, pelo casi cano por completo, enjuta, con un conato como de sonrisa escrutadora que esgrimía antes de decir una palabra. Yo, que siempre he creído disponer de unas buenas existencias de imaginación, entendía perfectamente la posición de aquella buena gente. Jubilados, pensionistas, trabajaban en consorcio con el Goethe, admitiendo estudiantes en su casa, uno por cada curso de ocho semanas. La habitación destinada al efecto era sobria, castrense, pero que a mí me servía. Me daba cuenta de que era a mí, entonces el recién llegado, a quien correspondía probar su civismo y su comportamiento, y que hasta que ello no estuviera establecido no podía esperar mostraciones especiales de liberalidad por parte de los Zieske. Obtuve alguna especificación concreta sobre el uso del cuarto de baño y del agua caliente para ducha, afeitado, etc. Me informaron que el anterior inquilino había sido un japonés, muy “nett”, muy urbano, y me hice a la idea de superar aquel registro de educación y de buen comportamiento, cosa que –como veremos algo más adelante– conseguí holgadamente con la simple naturalidad de ser como siempre había sido y de hacer lo que también siempre había hecho.

Mi propensión al estreñimiento se agudizaba con ocasión de viajes largos en coche y las sentadas correspondientes, y creo que cuando llegué a Passau mi estado requería proceder a la aplicación de

algún remedio. No puedo recordar cuándo se trató el tema; probablemente, más bien, en la primera conversación que tuve con el Sr. Zieske, en la que me informó que su título de doctor se afectaba en todo caso a la especialidad de veterinaria. Hablaba algo de inglés; también la señora, pero no quería; parecía albergar una repulsa invencible a expresarse en la lengua de las dos potencias occidentales más cualificadas de la guerra. El caso es que le conté al Dr. Zieske mi problema y al hombre le faltó tiempo para dejarme con la palabra en la boca, ausentarse por unos segundos del sitio donde estábamos hablando y volver con un frasquito de píldoras laxantes. Ante mi impertinente indagación –pues por ser hijo de médico me seguían sonando familiares un montón de fármacos– sobre si contenían mucha o poca cantidad de fenolftaleína... su respuesta fue un enfático “nein, nein”, ponderándome la composición vegetal de lo que me prescribía y regalaba al mismo tiempo. Más tarde, y durante meses, acaso años, quiero decir todo lo que me duraron las píldoras, en las excepcionales ocasiones en que las usé me demostraron su magnífica e incruenta eficacia. El estreñimiento esta vez me había durado cinco días, cinco días terribles en que no había podido dejar de comer [siquiera frugalmente durante mi viaje, con excepción de la noche en casa de los Metzger] ni de beber, simplemente porque me encontraba con hambre y sobre todo con sed, como si el dique de heces acumuladas sirviera de pozo negro y se tragara todo el líquido que sobre él cayera. Lo peor es el conato de obnubilación que de cuando en cuando le acomete a uno. Y es que –uno elucubra– se va como almacenando el excremento y se percibe como si se llenase hasta el borde el recipiente del cuerpo, el que sea, y que va subiendo, subiendo inexorablemente hasta el estómago, hasta los pulmones, hasta la garganta, y por último hasta el cerebro que, en definitiva, es el responsable de los vahídos, de todo el juego de aprensiones. Es razonable inferir la equivalencia en mérito, en trabajo, y hasta en dolor, entre expulsar un mojón disparatado de grande por un orificio tan pequeño como el del ano en cuestión, y alumbrar un bebé sacándolo por donde se saca, es decir, por un pasaje mucho más grande y más flexible. Las molestias de la

gestación pueden no ser comparables a los días que pasa uno con la vista turbia y la conciencia alicaída por la masa fecal concentrada que lanza sus deletéreos miasmas hacia el cerebro. El momento del parto es menos laborioso que el de propiciar la salida a un gigantesco zurullo. Sin hacer comparaciones, aseguro que estar hasta cuarenta minutos solo, agarrándose uno a sí mismo y sintiendo que, de dolor, se pierde el sentido, es algo perfectamente serio. La violencia supera el umbral del propio autodomínio, y bien se cree uno estar al borde del colapso y siempre de la más total impotencia. Después de esfuerzos en los que se lucha por la propia continuidad, si se tiene suerte y sale... el producto o cuerpo extraño, todo queda en estado lastimoso: Los bordes del sieso desgarrados y sangrantes, como salidos hacía fuera; algo parecido a llevar un trozo de intestino en carne viva restregándolo por todas partes. Al taponamiento más atroz suele seguir un río de escatología líquida acompañándose de dolores incesantes. Y bien claro está: Los laxantes, lo que hacen predominantemente es lubricar, empujar el atasco, pero en principio carecen de poder para pulverizar lo que ya ha quedado cerca de la salida y en estado compacto, pétreo. Repito: Por establecer una relación entre realidades de estilo y materia prima equiparables [dejando, por tanto, a un lado la experiencia apocalíptica de pillarse uno los huevos con la tapa de un baúl, cosa que Jaimito apuntó en su día como muy revelador en el orden de dolores] bien podemos decir que el parto de la mujer tiene su paralelo en el estreñimiento de los hombres como yo. No he contado, como añadidura, que de resultas de los terribles apretones que han de hacerse con todo el alma, alguna venilla de los ojos puede reventarse y se queda uno con la vista sanguinolenta. Ya me ocurrió en la tristemente memorable deposición en un campo nevado de Noruega, donde poco faltó para asustarme de veras al agachar como pude la cabeza, después del alumbramiento/parto escatológico, y contemplar entre enternecido y pasmado el indescriptible coprolito objeto de la obstrucción...

En las habitaciones hay demasiada claridad, y la mía no es excepción. Frau Zieske me presenta a Frau Kässmayer, la vecina del

piso de debajo del nuestro, señora de entre 35 y 40 años, y que de entre lo que he podido ver en una inspección de urgencia en todo este complejo de casas alrededor del patio-jardín, es lo que más vale con mucho. No puede ser más simpática dentro de su sobriedad: Me saluda ya el primer día con franca expansión y luego todo sigue bajo el mismo signo: Me presta una cubeta de cuello largo, magnífica, para echar agua al radiador del coche que, dicho sea de paso, me permiten estacionar en el patio interior; me presta una colcha o tapete con el fin de tapiar la luz que llena mi cuarto de claridad a todas horas, pues las ventanas de casi ninguna casa europea de país más arriba del Mediterráneo usan persianas, o mucho menos maderas interiores. Frau Kässmayer me mira y yo la miro y sospecho que ella sospecha lo que mi mente barrunta... Pero, ¡bah!, tonterías imposibles. Sin embargo lo que sí que veo en las casas son recipientes de arcilla llenos de agua, sobre cualquier repisa o sobre los radiadores de la calefacción, para compensar con su evaporación la sequedad del aire. Las ventanas tienen dos bastidores, igual también, además, que las puertas en casi todas las casas de América del Norte. No hay mejor forma de protegerse del invierno. Para producir el cierre completo de las cortinas, cuandoquiera que las haya, en el centro de la ventana uno de los carriles por los que discurre la mitad de la cortina penetra por detrás del otro medio carril y así queda bien tapada la grieta de luz que se suele producir. Como ropa de cama, en vez de las sábanas convencionales aquí también se estila el edredón. Lo malo es que mientras que dicho ropón se mantiene pegado como una ventosa a la cama, horizontalmente tendido por su propio peso puede producir unos terribles calores; pero también una invasión de frío polar si levanta uno las rodillas en tienda de campaña y se deja pasar el aire de fuera; y no digamos si se aventura uno a sacar algún miembro.

El profesor que se nos asignó, o sea, el encargado de nuestra clase para el segundo y último tramo del Curso Básico es Herr Steffens, un tipo interesante: Rubiales, con las patillas hasta medio carrillo y con gestos como de personaje de TBO para chavales. Es diligente y moderado. Lleva la lección preparada y no pierde el

tiempo. Se aprendió el nombre de los 18 alumnos en cosa de dos horas; es decir, que a la tercera lección –o tercer periodo de 45 minutos– del primer día ya nos nombraba a cada uno sin vacilar. Herr Steffens dice saber turco y ruso; dice haberlos aprendido. Un tipo interesante y competente. Es originario de la Alemania oriental y no parece estar muy convencido de cómo marchan allí las cosas. La profesora rubia de la clase vecina, la ‘Fräulein’, está bastante buena. Cuando se pone el sujetador finito que sea la despuntan los botones de los pezones por encima de la blusa. Herr Steffens nos repartía la correspondencia con ademán de ejercer conscientemente un menester de control protector de nuestros intereses. Me conciencio a fondo de que esta segunda mitad del curso es la que realmente cuenta porque al final se nos examinará y se nos calificará, con la expedición del correspondiente certificado si hubiere lugar. En clase parece que he quedado ya definitivamente colocado entre dos de los elementos más decorosos: Un coreano, a mi izquierda; y un japonés, jovencito, sacerdote jesuita y con el que –por eso de que el director de la Compañía era por aquel entonces el español Arrupe– tuve algún breve esparcimiento conversacional. Un par de americanos, chico y chica, confirman la regla, es decir, que son apagados e insípidos; un par de turcos, chillones e impertinentes, mal educados. Una chica griega desafortunadamente alegre y de inmejorable humor. Una vietnamita del sur, creo que típica: Recatada, hacendosa, discreta. Un par de birmanos, con cara de jungla o de bichos raros, son corteses y comedidos. Un chaval de Costa Rica, bondadoso, con cara de pelele y que para más ‘inri’ se está dejando crecer la barba. Todos estos tipos son los que apunto en una primera aproximación. Seguiré con el recuento y el escrutinio de semblanzas en otro lugar. De nuevo soy el único español en toda esta tanda de unos 150 estudiantes. Tengo entendido que en las tres o cuatro remesas inmediatamente anteriores tan sólo dos españoles más, de Barcelona y de Granada, velaron sus armas por estas latitudes. Yo no creo que haya extranjero alguno que hable bien el alemán. O se tira uno años y años penitenciales para meterse la gramática [y hay que tener en cuenta un pequeño rosario de

preceptos para enunciar la frase más sencilla], o se aprende de oído. Mi primera impresión es que mi clase de ahora en Passau es bastante sosa si comparada con la de primerizos de Radolfzell. Aquí no parece verse humor, ni ocurrencias, ni nada. Lo mejor es que, indefectiblemente, hacia la mitad del curso se suelen apuntar las primeras bajas. La gente falta después de un fin de semana en que se ha podido viajar, y la ausencia de un par de personas en una clase de 18 se nota bien. Es estupendo tocar a más; cunde más; penetra todo más deprisa. En efecto, la profesora rubia y atractiva de la clase de al lado da la lección a veces descalza. Dicen que andar así es tonificante. También –como ya apunté– lleva de ordinario conjunto de blusa y sujetador que deja sobresalir, agresivos, los pezones. Un día, para desencanto mío, me pareció muchísimo menos joven. Tuvo que ser efecto del maquillaje. Bueno, siguiendo con mi monólogo interior de antes creo que no merece la pena estudiar alemán con arreglo a la tiranía total de su gramática; por lo menos, no entrar en la dinámica de la “ley de los rendimientos decrecientes”. Ahora se puede dar una cuenta de que la gente no nativa que lo habla lo hace de oído y sin ceñirse a los severísimos rigores de su sintaxis y de su morfología. Hay edades en que ciertas cosas no ajustan, son más bien desproporcionadas: Una de ellas es intentar aprender un alemán de libro a los 35 años. Me queda por ver si hay alguno entre mis distinguidas relaciones y conocidos [Emilio Lorenzo; Manolo Albella, por no mencionar otros sin tanto lustre académico] que hable y escriba alemán correctamente. Me temo que no. Ahora, después de mi bautismo de sangre, puedo asegurar que no. ¿Cómo demonios van éstos a colocar bien las desinencias, o a acertar con la preposición justa, y sobre todo con las leyes inexorables que hay que tener en cuenta antes de esculpir una frase? El tiempo que se consume en el Goethe Institut machacando, digamos, las arbitrariedades de esta gramática lo puede uno invertir simplemente en leer y entender, y traducir y hablar de oído; lo cual a mí en rigor absoluto no me convence, pero entiendo que ello sea más tentador y más productivo a corto plazo que meterse en la cabeza el mecanismo endiablado de esta



lengua. Y es verdad. En los idiomas, de un lado está todo lo que a ellos respecta; y de otro, hablarlos. Nunca se me olvidará el caso del catedrático y académico don Ciriaco Pérez-Bustamante en Finlandia con motivo de la boda de su hijo, rodeado de tíos y tías que no hablaban castellano, bien que ellos, además de finlandés hablaban otra cosa, lo que fuere: Francés, inglés casi todos y sin excepción; alemán algunos. El bueno de don Ciriaco no acertaba a emitir “yes” con mediano decoro. Y quién duda que en sus obras puedan aparecer las consabidas retahílas de menciones y citas bibliográficas de diversa ralea en toda suerte de heréticos idiomas. Aquí el supuesto más ejemplar podría ser el de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Este insigne polígrafo que leía prácticamente todo lo expresado en cualquier forma gráfica que el hombre hubiera inventado desde sus albores, no me lo imagino pronunciando una palabra que no fuese español, fuera de la cita ocasional, se entiende, y a efectos eruditos; lo mismo que un buen prójimo pueda espetar una máxima en latín en una conversación sobre fútbol, por ejemplo. Las lenguas se escriben, se entienden, se traducen, se leen, se parafrasean, se reinventan, se recrean y se cachondea uno con ellas deshaciendo sus interioridades ‘logísticas’, de un lado; y de otro, se hablan sencillamente; se entiende uno, se comunica uno en ellas con otros elementos humanos que se expresen con la misma herramienta. Yo, mientras tenga fuerzas y motivación he optado por recorrer el camino completo, mirando siempre al punto último del resultado práctico; y si a lo largo del recorrido alguna decoración de finura se engancha al carro [o sea, conformación gramatical; legalidad sintáctica y observancia de las reglas patricias, etc.], mejor que mejor. Por otra parte, los idiomas deben aprenderse para desentenderse uno y no para entenderse. Para entenderse sobran las manos y ya con lujos refinados: Los métodos ésos para sordomudos en que se emiten paralelamente ciertos noticiarios en televisión, por ejemplo. Los idiomas se aprenden para poder decir algo digno con ellos. Idiomas sin cultura, sin cimiento académico, patrimonio artístico o lo que sea, es tontería. Lo óptimo parece ser una carrera con idiomas con el fin de poder expresar el

contenido espiritual de ella.

En Passau, enfrente de la casa de los Zieske donde vivo, hay una especie de verbena en una explanada. Lo más recordable es un espacio acotado en medio del recinto general, con un toldo gigantesco, donde a los compases de una música charanguera, patriótica y enardeciente, hombres y mujeres se apretujan en unas mesas-bancos y se ponen morados de cerveza. El ambiente parece irrespirable. La chaquetilla esa marrón, sin cuello, como de cazador, es lo más típico aquí en los varones. En la verbena también está el célebre tenderete para clavar clavos de un martillazo sobre un mostrador o madero. Durante todos estos días de feria, aproximadamente una semana, la puerta/verja de entrada al patio interior comunal del piso de los Zieske se mantenía cerrada con una cadena: ¿Razón?: Que habría gente que podría estacionar sus coches allí dentro, cosa de todo punto intolerable. Otro detalle más de cómo los alemanes miran por sus intereses sin hacer concesiones gratuitas ni liberalidades de ninguna clase. Me fijé en que las..., bueno, lo que en España consideraríamos... mierdas mayores, los cacharros más paupérrimos que se encuentran por la casa tienen todos una función sagrada y librese nadie de modificar su cometido. Los adminículos, los utensilios están para que duren mucho, y esta gente vive con restricciones, si así se mira. Al lado de estos fulanos el español es un potentado rumboso. Y cuanto más pobre, cuanto más de economía marginada, más potentado en comparación. Y sin embargo nosotros somos... una cagada como país porque lo damos todo al foráneo a cambio de nada, de muy poco. Somos, eso sí, príncipes magníficos cada uno de nosotros. Y la mayoría de estos cabrones extranjeros que son por separado cretinos avaros y estrechos tienen y conforman una nación cojonuda. Bien: Otro pequeño arrebató de digresión.

Conservo un apunte escueto por escrito de aquellos días: “Los llaveros de los alemanes son especiales”, pero carezco de especificaciones. Una lástima. Otra de las atracciones de la Feria es que por un marco alemán se pueden dar varios meneos con un macho

pilón a un coche en proceso de destrozo, deporte rebosante de plasticidad que tiempo más tarde veríamos aquí y allí, en uno u otro programa de televisión, acompañando la actuación de algún grupo musical de estos ruidosos, de guitarristas melencólicos con pinta de guarros, etc. Una manera de dar escape a la frustración, a la libido, a lo que cada cual tenga en exceso sin encontrar acomodo por su somatopatología. El al parecer dueño de un hotel/restaurante de enfrente también de donde yo me alojo y en un flanco de la misma plaza donde está montada la Feria o verbena aludida..., es un maniático del ajuste de la televisión. Tiene en el comedor un precioso aparato con imagen en color que en cualquier momento que se mire es una maravilla de lo claro y de lo bien que se ve. El tipo éste se permite cada diez minutos hurgarle los mandos, en la búsqueda no sabemos de qué sutilísima combinación. Por supuesto que lo deja exactamente igual de bien que estaba, después de fastidiarnos con sus impertinentes retoques. El primer día en que me senté a tomar algo en dicho restaurante este personaje me ilusionó al participarme con desenfado sus correrías, sus numerosas lenguas aprendidas de oído [me pareció un buen ejemplo de analfabeto hábil] y otras cosas. Pero cuando me espetó, como una medalla con la que se hubiera él mismo condecorado, que había sido y que seguía siendo un incondicional follador y camero, me cubrió de luto mi brillante o, al menos, digamos, divertida impresión del principio. Y es que en tales disciplinas el que más dice saber y hacer es el que menos hace y sabe. Lo más simpático del hombrecillo es que representaba 70 años y sólo tenía 56. Luce asimismo un 'gua' (agujero) encima de la calva, en mitad de la testa, resultado del encuentro con una bala, según me explicó. Su restaurante era una mezcla de comedor-cervecería donde me pareció que no se cambiaban nunca los manteles, los camareros tenían pinta de bichos raros y las mujeres que se veían enredando por la cocina, algo de putas.

Otro día estaba yo comiendo en una de las fondas o "Gasthaus" de poca envergadura, de las concertadas con el Instituto, y llega un vendedor de periódicos voceando con cara de Quasimodo la noticia abultada que fuere, de la primera página. Hace una pasada y

deja un ejemplar encima de cada mesa, como si fuera de regalo. Luego se vuelve y los va recogiendo uno a uno, rápido, de nuevo. Era para facilitar la venta, prestándoselos al posible cliente por un momento e invitándole a tener el dinero listo en caso de compra. Los camareros, ellos y ellas, son también cobradores en los restaurantes, para cuya función van provistos/as de espaciosos bolsos o faltriqueras.

Lo mismo que en Radolfzell, y supongo que ello sería norma general, además del profesor encargado con primacía de la enseñanza a la clase que sea, se turnan otros elementos docentes. Son todos muy buenos, sin excepciones, cada cual con arreglo a su temperamento, a su edad, a su condición, etc. El secreto está siempre en hacer innumerables ejercicios. Además del libro de texto, en clase se reparten multicopiados los esquemas de los “drills” correspondientes a la sección de gramática sobre la que específicamente se base cada unidad o módulo. Pasadas unas cuantas jornadas de rodaje ya dispuse de fundamentos para, por lo menos, aventurar una semblanza literaria, un conato de esbozo espiritual de bastantes otros de los compañeros de mi clase. Había un chico, creo que nepalí, a quien encontré un tremendo parecido con lo que yo entendía que debía de ser el “Yeti”; o en cualquier caso el eslabón perdido de Darwin. María, la griega, parece justamente una cabeza de doncella de esas pintadas en las ánforas antiguas. Viste de negro, como Electra, y se peina de manera clásica, con unos ligerísimos bucles colgantes de su pelo generoso y rubio. El perfil es como el de una diosa. Me dio su dirección: María Kirillidou Dimitriadou. Saloniki. Tel: 511 253. ¡Y pensar que con mis paupérrimos conocimientos de griego antiguo y de cultura clásica, en general, he deslumbrado a María, la joven asexuada de mi clase, que se parece a una adolescente o diosa como ésas de las pintadas en las urnas! ¿Qué hubiera sido, de haber tenido reciente una sólida documentación como, digamos, la que me hubiera proporcionado estar recién salido de la rama de clásicas? ¡Ay, estas son las cosas que no se pueden medir por anticipado! Por la felicidad o la torpeza con que las resolvamos podemos aquilatar nuestra cultura, eso, eso que queda cuando hemos olvidado todo. Cuando esta criatura comprueba que

todos o casi todos los mitos de su historia antigua, y sus héroes, y sus autores y sus tradiciones me son conocidos normalmente, resplandece su gesto con temeroso encanto: Temeroso, digo, por pensar que puede estar delante de algún espécimen alienígena. Recuerdo cuando recorríamos algunos pasajes de la *Odisea* y la iba yo enfrentando, heroína también, a las figuras femeninas con las que Ulises tiene que habérselas antes de regresar a la fidelidad pura de su Penélope y de su Eubeo. María se sonrojaba de pasmo. ¡Qué pena no haber tenido el manual –un ladrillo, por otra parte– del cura Goñi, que de chavales manejábamos en el colegio: Con él hubiera yo repasado glotonamente una frasecita de aquí, una cita conveniente de allá, y mil etcéteras! Es verdad: “Siglos de merecimiento/truenco a puntos de ventura”. Por un segundo de aprobación y festejo que produzcan nuestros comentarios, nuestras ocurrencias, se pueden sacrificar, se pueden dar por bien empleados tantos golpes y disgustos que le cuesta a uno el saber algo de lo que el mundo ha hecho cuando nosotros ni estábamos ni éramos. Y con el francés, no digamos la de veces que se ha entristecido mi alma por no poder decir algo exacto a una bella criatura. Aquí en Passau, la belga Giselle me proporcionó esa amargura cierta, por un algo distinto que en ella concurría; algo superior que la mantenía entre las cosas en alza. Me habría gustado que se hubiese producido un mutuo acercamiento, porque después de los dos meses de curso era casi seguro que no nos volveríamos a ver más nunca. Luego, al enamorarse del americano de mi clase, dejamos de hablar tan asiduamente y se aliviaron mis desazones expresivas. ¡Menos mal! Y esta quemazón emulativa, también con la lengua italiana, aunque con menor intensidad por la cercanía de temperatura que se desprende de su naturaleza expresiva respecto del español. ¡Hubiera sido tan bello perturbar la conciencia de Luciana y de la otra morenita y guapa, Laura, con algo de verdad incisiva en su lengua! Pero no puede ser. Y esto me mueve a estudiar, a buscar la expresión, “fuente eterna de poesía”. Esto me mueve a considerar el estudio de los idiomas cultos como la llamada más acuciante que pueda sentir un espíritu selecto.

El norteamericano que estuvo en Vietnam, y que se hizo novio

de la belga Giselle, y los dos vietnamitas juegan durante los intermedios de las clases. El uno les quiere “americanizar” y los otros dos le sujetan las manos a éste cuando habla porque se parecen a las de Lola Flores, que trenzan complicados garabatos en el aire. Es un bobo grandote. Abre la boca para decir algo en alemán y le sale la jerga americana. Las chicas yanquis del Instituto –hay una en mi clase– son igualmente típicas: Las unas, feíllas y recatadas, solemnemente tontas. Las demás, histéricas: El gesto, el ademán, la pinta, todo, siempre lo mismo: La misma baratura; siempre más de lo mismo. Hay un filipino, de nombre Alonto, con una cabezota del tamaño de una gigantesca calabaza; con el pelo negrísimo y como hincado; hablador, algo impertinente, bastante ignorante, aunque un pobre diablo en el fondo. Los turcos son insoportables, unos mal educados, con pinta de sucios. Se dejan la barba para no tener que afeitarse. Hay una niña estudiante, también del Vietnam, que es como una muñeca: Menuda, chiquitísima, con todo proporcionado y diminuto: Aquí un culín minúsculo; aquí un par de pechitos que sólo interrumpen con su leve bulto la tablita del tórax. Hay varias chicas más del Vietnam: En conjunto me parecen un pequeño enjambre de criaturas sin ideario, dispuestas al mejor postor. La influencia americana que se advierte en ellas es atosigante. Hay una chica turca con un par de tetas descomunales. Se ve que está disponible para cualquier varón que la mime un poco. A mí me dio su dirección en Estambul a la primera sugerencia que le hice sobre el particular. Su imposibilidad de competir en atractivos inmediatos con las demás lo suple con su simpatía. Alguien dijo que su familia tenía montones de pasta. Si me enseñara Turquía me haría un hombre. Se llama Zerrin y se pronuncia “serrín”, como lo que en español entendemos por polvillo de madera. Aquí va su dirección completa, por si alguien se anima: Zerrin Karagözogtu. Küçükbelekdereboyuilknur apt. Daire 12 Bebek, Istanbul, Túrkei. Tel: 635848. No creo que nadie que se embarque en dar una dirección como ésta pueda ir de broma. Hay otros dos angelitos de Nepal que deben de ser parientes muy cercanos del Yeti. Me he quedado con las ganas de sacarla una foto a Emma, la

boliviana, entre los dos micos estos. Su parecido con el supuesto “abominable” es fascinante, estremecedor: Andan como monos y tienen una jeta de monos. Vaya, son entes “yéuticos”. Cuando más tipos se pueden ver de golpe es por las mañanas, en el comedor del propio Instituto, donde se nos da el desayuno: Nepalíes, birmanos, turcos siempre a todas horas. Parece que los turcos tienen a Alemania como su nodriza en lo técnico y en lo profesional. Nunca hubiera imaginado que el elemento turco se volcara tan en masa hacia Alemania. Con el paso de los días se suceden y se compactan los matices. A la japonesita Tamiko le he dicho que se parece a mi sobrina; y al aclarar que mi sobrina tiene cuatro años se ha echado a reír, entre halagada y sorprendida. La belga Giselle va ganando enteros en presencia y en la ya favorabilísima impresión que produce. Su relación con el chico norteamericano parece ir viento en popa: Se ha tratado de un flechazo en el más puro estilo convencional, casi, casi del “love at first sight”. Dicen que hasta piensan casarse (?) Veremos en lo que para toda esta borrasca emocional de verano. De momento ella, que ha venido de Bélgica en un coche negro, bi-plaza, deportivo, probablemente un Porsche, se encarga de pasear a su novio. Con todo, hacen una buena pareja y acaso logren la complementación óptima entre la pujanza pragmática y confiada de América, y la solera, un poco ya de vuelta, de la madre Europa. La mejor japonesa que hasta ahora se ha visto es Toshimi. Es la más alta, la de más envergadura. Se diría que su realidad es el resultado del encuentro de elemento japonés y concurrencia foránea. Su corpulencia, magnífica y normal para un hombre europeo, es francamente superior a la de sus correligionarias. La generosidad de sus senos es sencillamente notable. Los vietnamitas cuando hablan parecen un conjunto de bichos piantes, rechinantes, rientes. Me enseñaron a decir el equivalente a “¿Qué tal?”, que viene a sonar a algo así como: “Ko ko man choi ko?”; y a lo que seguiría el “Muy bien; gracias”... “Kmón”..., todo ello con el adobo tonal pertinente del que depende el sentido de lo que se diga. Oírles leer alemán en su estilo monosilábico y a golpes es despelotante: Ni dan cadencia a la frase, ni parecen enterarse de que

también entre nosotros hay ciertas limitaciones de tono que acompañan al recto sentido de la sintaxis. Ahora bien, cuando hablan entre ellos, en su jerga, apenas se resiste la risa... ¿Hablan? No, cantan, trinan, gorjean, martillean vocales a golpes monosilábicos que alargan y sesgan sutilmente. El filipino de mi clase al que antes me referí, efectivamente tiene un cabezón como un plato o como una calabaza, con más diámetro de oreja a oreja que de barbilla a terraza. Feo, feo y raro, el cabrón, aunque por el desenfado y rasgos de cosmopolitismo de que hace gala el mozalbete, me temo que en su casa pueda hasta ser considerado como una belleza. Es un pelmazo de película; peor que un adolescente: Interrumpe, alarga con alguna memez lo que el profesor explica [por ejemplo, al preguntar estúpidamente que por qué algo se decía en alemán como se decía, Herr Steffens le cortó enérgicamente y con toda claridad: Keine Warum; naturalmente]; habla cuando no le preguntan; y cuando le preguntan lo hace tan mal como al que peor le dé por hacerlo. Ya dijimos que se llama Alonto. Una vez que, a no sé qué comentarios suyos, le indiqué yo que, pues claro, que conocía a José Rizal, el baboso me expresó toda su admiración y todo su reconocimiento.

Con el curso ya a toda marcha me di cuenta de que Frau Zieske encarnaba el prototipo ideal en el esquema del aprendizaje de una lengua: Inmersión en las clases y práctica en casa. No podía ser de otra manera: Cuando la señora se percató de que yo era extremadamente cuidadoso con las cosas, quiero decir, con todo en general, o sea, que no rompía nada, ni manchaba nada, ni dejaba nada desordenado..., pues gradualmente me fue dispensando más y más confianza, más y más liberalidad. Llegó a hacerse costumbre que cuando llegaba yo del Instituto, al acabar la jornada de la tarde, ella se pasaba por mi habitación como a recibir el parte mío: La estoy viendo en una perfecta claridad permanente de sus rasgos: Era, creo haberlo dicho, enjuta y algo vencida hacia adelante, sin llegar ni de lejos a la malformación sino, yo diría, más bien a un conato de señorial y sufrido encorvamiento. Iniciaba la sonrisa y tardaba uno o dos segundos en llevarla a término, como dispensándose el tiempo



imprescindible para asegurarse de que la ocasión bien lo merecía. Yo frecuentemente probaba con ella los nuevos giros aprendidos, las nuevas estructuras sintácticas, y ella se acompañaba del movimiento de sus dedos índices, bajando, subiendo y apuntando, tanto para asentir con la corrección de mi discurso, como para recalcar me la construcción adecuada. Ya bien mediado el curso me entero, así por pura chiripa, que estoy en la clase de los acelerados, es decir, en la que se supone ser más competente. Algo me decía a mí que la marcha que llevábamos era bastante notable. Los pronósticos de unos y otros es que casi todos los de nuestra clase vamos a aprobar el examen final. Yo no lo veo tan claro. Veo, sin embargo, la conveniencia de que dedicásemos a continuación de haber terminado el curso, un día a cada lección del libro para dar así un buen repaso. Las palabras se olvidan como si nada. Los exámenes, eso sí, los vamos realizar allí mismo y los jueces van a ser gente “de la casa”, el primero de ellos y el más determinante, Herr Steffens. Es una garantía y no pequeña. Mi caso, por ser personal y... de puro capricho, prácticamente no cuenta. Si aprendo mucho, bien; y si aprendo menos, pues yo únicamente me lo pierdo, sin más transcendencia. Pero la mayoría de los chavales necesitan su certificado de conocimiento *básico* del alemán, quién para quedarse a estudiar en una Universidad; quién para beneficiarse de alguna beca o subvención de su propio gobierno; quién para promocionarse en el trabajo... Lo normal. Y es también lógico que la valoración de lo que entenderíamos como ‘aprobado’ alto u holgado, ‘befriedigend’ se sancione a partir de un mínimo..., mínimo de seis y pico respecto de diez; o sea, del sesenta y tantos por ciento del tramo total de competencia. Un día le ví a Herr Steffens hablar con el chaval costarricense que por lo que yo pude colegir se había quedado algo descolgado. Allí se me volvía a hacer evidente una vez más que las categorías lingüísticas básicas son practicamente equiparables en todas las lenguas. Ahora bien, si no se tiene claro lo que un predicado comporta; lo que entraña un verbo activo; el sentido preposicional frente al sentido de interés de lo que tradicionalmente se entiende por complemento indirecto, etc., entonces surgen los problemas en

cualquier lengua. En tal sentido yo, por mi natural conocimiento de todas estas cuestiones elementales, “de colegio”, sentía compensada mi actuación ante la ventaja de fuerza de memoria de adolescente, por ejemplo, que a buen seguro concurría en algunos elementos de mi clase. Váyase lo uno por lo otro. Por cierto que hoy la profesora suplente Fraülein Hampsl se ha desabrochado negligentemente un botón más de la falda, de forma que al abrir el compás de las piernas, o al adelantar una de sus manillas pudiéramos los alumnos observar la penumbra que forman al juntarse y perder tal nombre. Guapa, guapa, no puede decirse que sea pero tiene un punto de formidable atracción, como de involuntaria imantación y ella estoy seguro que tiene que saberlo.

Un día los Zieske me llevaron a pasar buena parte de la jornada en casa de unos amigos. Supongo que sería un miércoles cuyas tardes teníamos libres en el Instituto, o un fin de semana, claro. Herr Zieske conducía un coche compacto, más bien pequeño [sobre todo si se atenia uno al volumen de nuestro hombre] de color verde botella y de una marca poco convencional, una lástima no recordarla; me atrevería a aventurar que se trataba de un Triumph inglés..., pero no creo que eso pudiera ser por... por lo que se dirá a continuación y que redundaba en un rechazo por parte de los Zieske de todo lo que hubiese contribuido al sufrimiento de Alemania en la segunda guerra mundial..., y los británicos habían sido enemigos. Herr Zieske conducía con soltura y con rapidez, conocedor de todos los puntos de la carretera. Sus amigos eran un matrimonio bonachón y activo, buenos comensales y buenos conversadores. Me sentí como en mi propia casa. Desplegué toda la osadía que mis ganas de aprender me propiciaban y estuve hablando, y hablando, bueno, debatiéndome agonística y bravamente con mi incipiente alemán, y bien recuerdo que acometí la explicación de todo el sistema educacional español, por supuesto porque así lo habían suscitado las preguntas de mis amigos. Fue mi prueba de fuego: Saqué recursos de todas mis posibilidades expresivas; apuré a tope mi capacidad de concertación de palabras y de ideas, siempre en el molde de la lengua alemana y no de otra cosa,

pues era de lo que allí se trataba. A trancas y a barrancas salí airoso de la prueba. Me quedé satisfecho. Toda la jornada desde la hora de comer hasta la noche la pasamos conversando, sin dejar de picotear viandas, golosinas, sandwiches y refrescos con los que nuestros amigos llenaban una especie de velador alrededor del cual nos sentamos los cinco en, también, una especie de prado adyacente a su casa de campo. Una verdadera delicia, y lo que es más elocuente, mi aceptación ya sin reservas por parte de los Zieske en el ámbito de sus costumbres, de su confianza. De regreso a casa continuamos la conversación: Me informaron que habían soportado toda la guerra en Berlín. Por si no había oído o entendido yo bien, me recalcaron que sí, que había sido toda la guerra. Sabido es que ya a partir de 1944 fue cuando Gran Bretaña, algo recuperada, comenzó a bombardear las ciudades alemanas. No me interesa entrar en detalles: Sólo subrayo que los Zieske no se movieron de Berlín, desde el momento en que allí cayera la primera bomba hasta la rendición incondicional y ocupación por las fuerzas aliadas. Mientras que Herr Zieske no parecía querer traer nunca más a cuento tales sucesos, y con un gesto terminante como de satisfecho orgullo cerraba el tema, Frau Zieske alargaba el recuerdo mediante un tenue cabeceo de asentimiento, al tiempo que dejaba discurrir su mirada hacia lo lejos...

Me hice bastante amigo de un argentino, Héctor Germán Delfino, asimismo del nivel del segundo tramo del Curso Básico, pero en otra clase. Solíamos coincidir a la hora de comer en uno de los restaurantes concertados con el Instituto. Su dueño, un hombre jovial, decididor y fortachón nos aseguraba que la payasada de canción que por aquel entonces interpretaba Peret, me refiero a lo del... “Borriquito como tú”..., nos aseguraba, digo, que era todo un éxito en Alemania: “Nummer eins”... gesticulaba enfáticamente. La verdad es que los alemanes nos han prestado apoyo siempre aun tratándose de cosas tan triviales como la que refiero. Parecen los ciudadanos fuertes de Europa que nos dispensan simpatía, hasta cariño, y siempre también tratándose de cuantificaciones comparativas. El argentino acostumbraba a bromear con nuestro amigo el restauranero diciéndole,

no sin falta absoluta de razón, que la mejor carne que él nos daba allí en su establecimiento no servía en Argentina ni para alimento de los perros. Otro que no hubiera sido alemán se lo habría tomado como insulto, pero nuestro hombre se reía de tales ocurrencias.

Passau era un sitio muy bien articulado, como recogido en el rincón más sur-oriental de Baviera, en la misma confluencia del Danubio y de su afluente el Inn, marcando este último un buen trozo de la frontera con Austria. De Passau arrancaban (y en Passau terminaban) las excursiones fluviales a y desde el Mar Negro en lujosos y modernos barcos, siempre por el Danubio y a través de cinco países: Austria, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, y Rumania. Yo me acerqué un día al puerto fluvial donde se hallaba atracado un barco ruso que hacía el viaje. No pude inspeccionarlo por dentro, pero a pocos metros del muelle su aspecto era elegante, cómodo. No descarté la idea de hacer un viaje por río, dado que las virtualidades de mareo quedaban reducidas al mínimo, pero no pasé de ahí. Mi problema, de nuevo, se centraba en lo de “haber juntamiento con hembra placentera”. Me informan de que en Passau no hay ni siquiera una sola casa de putas, así como suena. Lo más próximo... Linz. Pero... digo, Linz,... Linz es de Austria. Ah, sí, claro, es de Austria, pero sólo hay que cruzar al otro lado. Esa naturalidad con que me dijo, quienquiera fuese, y creo que fue un taxista, que sólo era cruzar el río, me ilustró sobremanera respecto de la comunidad de hábitos que se forman en las zonas fronterizas donde las posibles diferencias –y más, tratándose de etnias y de lenguas idénticas como la alemana y la austriaca– quedan reducidas a algo teórico, a formalidad sobre el papel. Linz está a 90 kilómetros, en Austria; y lo más cerca de Passau en suelo alemán, y en lo referente a procurarse compañía femenina, está en Regensburg, a 120 kilómetros, en dirección a Nuremberg. Apretando un poco más al taxista informante sólo logré que el hombre, ante la perfecta seriedad de mi incumbencia, me sugiriera un figón-cervecería en una calle céntrica de Passau. En mis escasas notas tengo registrado que el miércoles 24 de mayo, después de echarme la siesta (pues por ser miércoles no teníamos clase por la tarde) me fui al tascucho aquél, y

no sólo no se me aclaró nada el panorama, sino que mi alemán no era todavía del todo ducho como para el empleo de eufemismos en ciertos campos semánticos, y me encontré en un típico aprieto de párvulo cuando la mesonera..., bueno, inquirió naturalmente sobre lo que yo quería..., y sobre lo que fuere aquello que me había llevado hasta allí. Recuerdo que le eché valor al asunto y..., pregunté, pregunté sobre las “Mädchen”, sobre las “Weibe”... Pero todo fue en vano. La garrida y coloradota mujer, o no sabía, o no quiso entenderme, y me fui con el rabo entre las piernas, dando por buena la lección recibida, que no era otra que la de descartar de una vez por todas que estos teutónicos pudieran comportarse como en España donde, bueno, un comentario lleva a otro, y éste a una pequeña confidencia, y ésta a una revelación..., y ésta quizás al descubrimiento de lo que se está buscando. Pero este tipo de conducta de los pueblos que, como los mediterráneos, España entre ellos, viven en la calle, y es en la calle donde se celebra el intercambio de materia cívica y social, esta manera de ser, digo, allí en Alemania no rige, no tiene carta de naturaleza. Así que di por liquidada aquella sugerencia del tascucho y me hice a la idea penitencial de dedicar todas mis fuerzas a los verbos irregulares. Dí, así, la cosa por saldada de momento y dejada al curso de la suerte. Tengo en mis notas literalmente la siguiente frase: “Un día en otro restaurante, de acceso estudiantil conveniente, se hallaban dos funcionarias que pusieron a mi alma de nuevo en la pista de las andadas que había desechado por pura apatía”. Aquí el término “funcionarias” no puedo precisar si se refería técnicamente a mujeres con uniforme o estaba yo endosándoselo a cualquier hembra vistosa y desconocida. Otro día más, en una cervecería o fonducho me encontraba yo cenando o simplemente tomando algo con un negrito *ibo*. Por aquel entonces las luchas entre etnias nigerianas habían saltado a todos los medios informativos. Lo único que yo vagamente retengo ahora es que, según entendía, los *ibos* eran la tribu o etnia más culta, más selecta, y la que estaba siendo objeto de persecución. Aquel negrito en todo caso era una representación de la urbanidad y de la buena compostura. Era también un experto en alemán pues recuerdo

que me dijo llevar bastante tiempo estudiándolo, pero quiero asimismo recordar que hablaríamos inglés. A mí, por pura curiosidad, me sonaban los nombres geográficos donde toda aquella actividad belicosa se estaba desarrollando. El Golfo de Guinea y sus porciones más concretas de Golfo de Benin y Golfo de Biafra me eran conocidas, así como algunas cosas sobre Nigeria, extremos todos que halagaron a mi amigo. Era negrísimo, apuesto, de porte distinguido aunque prudente, yo diría que sin poder remediar su conciencia de hablar con un blanco europeo, culto... El caso es que, entretenidos con nuestra charla, nos sentamos contiguos a una mesa donde cuatro hombrones jugaban a las cartas. Se trató una vez más de una cuestión de decisión, o sea, de falta de decisión por mi parte, pues de pronto veo que entra una chica joven, con buena pinta, con ese aire distraído e indiferente que da la ausencia de plan concreto. Aquella chica vestía de negro y me pareció atractiva, me hubiera gustado abordarla, seguro que su entrada en un sitio así, donde su arquitectura femenina contrastaba tan radicalmente con el ambiente varonil, seguro que estaba impulsada por la necesidad de un interés, por la severidad de una circunstancia. Yo, inerme, sorprendido, me maldije por mi falta de resolución, sobre todo cuando ví que uno de los hombrones, así, sin ni siquiera mirarla, como conociendo el asunto, la hizo un sitio en la mesa y la indicó que se arrimara. Yo, con tantos miramientos y con tales escrúpulos procedimentales... y resulta que se trataba con toda seguridad de una mercenaria. La chica, resueltamente atractiva, reflejaba foraneidad, y ya en la reflexión sobre el curso de aquellos pocos segundos, me pareció creer que ella al entrar me había mirado a mí primero, a mí..., y que..., bueno, al no encontrar conato alguno de invitación por mi parte, debió de desechar mi baza, y se acercó a la mesa de los jugadores de cartas. Me maldije por estúpido, por imbécil, y por no haberla abordado. Era la primera escaramuza que se me había presentado, y el hecho de que me acompañase el negrito no debería haber coartado mi dinámica, mi haber intentado una proposición, un sondeo, lo que fuera. Por supuesto que aquel clima de tasca, igual prácticamente que todos los demás, no lo había yo nunca sentido

propicio para la aventura, para que se me pusiera en la pista, en el olfateo del ser de las cosas. Me marché y me amargué yo solo repitiéndome que no la volvería a ver..., por descerebrado, por cretino, por mi falta de... Y así hubiera resultado todo de no haber sido por la casualidad, por uno de esos golpes del azar liberal y cómplice. Otro miércoles, necesariamente el siguiente y más próximo al día de mi charla con el negrito *ibo...*, viniendo yo en coche del Instituto a casa, rebaso al cruzarme en sentido contrario a la chica en cuestión. Aquí sí, aquí mi diligencia quiso compensar mis irresoluciones anteriores. Paro, doy la vuelta, recorro unos cien metros, vuelvo a parar y estaciono en la misma mano por donde la chica venía, con espacio suficiente para verla aproximarse, salir yo del coche, ajustar mi expresión... y hacerme el encontradizo. Sorpresa al principio y levísimo ademán como de rehusar la conversación en plena calle. Recuerdo lo de la puta de la casa de Konstanz cuando la encontré por las escaleras. Intento asumir que excepto los pueblos meridionales del Mediterráneo, la gente hace la vida en los hogares, no en la calle. Con dos palabras atinadas y una sonrisa conciliadora se inicia la charla. Se queda halagada de mi memoria. Está francamente bien. Con falda ahora las piernas destacan notablemente y sus senos parecen persuasivos, generosamente proporcionados. En definitiva, aquella putita me toreó. Después de un comienzo en que me hizo gestar esperanzas, me quedé como estaba. Me dijo que era de Düsseldorf y que estaba de paso en Passau y que habitaba en un piso. Acaso se me notó la vehemencia en pedirla compañía; acaso ella no se fiaba de un extranjero. Tuvo que ocurrir alguna de estas rémoras características en las relaciones tan de circunstancias. A mí la chica me gustaba; me hallaba frente a una mercenaria.. y era cosa de no andarse ya más por las ramas. Si en la primera ocasión que nos vimos me quedé tan corto de comunicación, ahora el fallo no podría venir de ahí. La hice ver que me gustaba. Creo que accedió a subirse a mi coche y a que la dejara si no en su misma casa por lo menos cerca de allí. Ella se percató de que me sobraban ganas y de que podía hacerla un regalo... proporcionado a sus expectativas. Yo quería quedarme con ella entonces mismo...

estoy hablando de la hora de comer de aquel miércoles, sobre eso de las 14:00 pm. Pero ella no quería; algo fallaba en nuestra conexión. Yo veía que se escurría, que se escapaba, y que no podía remediarlo. Intenté por todos los medios persuadirla de quedar conmigo..., de dedicar una velada a... estar juntos. Pero por la razón que fuese yo no terminaba de parecerle seguro, quizá por temor de que yo hablase más de la cuenta en el Instituto, no sé, no pude ni puedo ahora aventurar una hipótesis. Al ver que yo persistía, urdió una pequeña treta en la que caí sin más consecuencias. Me dijo que esa misma tarde podríamos encontrarnos en tal sitio... y que tendría mucho gusto en preparar algo de comer una vez que nos trasladásemos a su casa, etc.. y que la diera “ein Paar Mark”... expresión que por aquel entonces aparecía en nuestros textos y que Herr Steffens se había dado buena maña en hacernos entender. Lo del “Paar” comprendía una cuantificación flexible, nunca grande, digamos entre el par de marcos o *dos* marcos de donde literalmente se arrancaba hasta normalmente diez, que fueron los que yo la dí. Ni acudí a la cita ni jamás volví a verla. Después de aquello era evidente que yo no encarnaba su paisaje, y así añadí otra acibarada decepción a mi alma. Con aquel trasunto volví a reparar en que es siempre el espíritu el que sostiene la materia, y no al contrario. La materia, la sangre, la carne y el sistema neurovegetativo es el que necesita del espíritu para vivir y para verificarse. Los miopes siempre han pensado de otra manera; siempre han creído que los sacrificios del cuerpo visible estaban de uno o de otro modo encaminados a fortificar tal o cual logro, tal o cual meta del espíritu. Boberías. Todos sabemos el calvario y los caminos penitenciales por los que pasa el espíritu con el fin de darle un poco de consuelo al cuerpo. Lo que el espíritu [la mente, el fluido del alma] hace y barrunta para, por ejemplo, poder abordar el recinto íntimo de una mujer, es asombroso, es ingente. Así pues, la materia, el mundo de los sentidos es ulterior y más esencial que todo lo otro. A él se condicionan todas las demás capacidades y tendencias del hombre, y no al contrario. De pronto se vuelve uno a dar cuenta de que los españoles no somos típicos en nada ni por nada, si por “típico” se



entiende una cosa o un conjunto de cosas que conforman exclusivamente nuestra conducta, nuestras maneras, nuestro estilo y nuestra forma de ser. El español, el hispánico [y nunca mejor esgrimida esta palabra que ahora que me encuentro compartiendo la misma situación de aprendizaje del alemán con elementos venezolanos, nicaragüenses, guatemaltecos, costarricenses, mejicanos, argentinos, bolivianos] dispone, eso sí, de unos resortes y criterios comunes a todo el mundo que habla español como él. Pero dichos resortes son inclusivos, no exclusivos; son los que nos conglutinan dentro de las diferencias radicales por otros conceptos. El tipismo del español radica en ese común denominador de unas cuantas actitudes y formas de pensamiento sin las cuales no nos pareceríamos en nada los unos a los otros. Las cosas así llamadas *típicas* del hispano son, pues, las menos; son tan pocas porque son esenciales; son esenciales porque si faltara una de ellas se anularía todo componente de correspondencia y símil. Muy al contrario sucede con el norteamericano anglosajón, Canadá incluida, por ejemplo. Éste dispone de unas maneras inferiores en número a las que distinguen al hispano ante los ojos de los demás [y que, no se olvide, sólo forman un reducido núcleo dentro del sistema total de su forma de vida hispánica], y por las cuales se rige absoluta y exclusivamente. Ser típico americano es esgrimir siempre, en soledad o en compañía, en su casa o en la ajena, un puñado reducido de hábitos machacones que les diferencian de los demás humanos pero que los hacen idénticos, desconsoladoramente idénticos entre ellos mismos. El hispánico, esa sobrecogedora y magnífica cantidad de “españoles” de todas las Españas americanas, además del ibérico peninsular, ofrece al extranjero el tipismo diferenciador de un par de actitudes más o menos predominantes, actitudes que a su vez constituyen una pequeña característica dentro de su estilo general. El hispánico se desdobra en varios matices. El norteamericano es monocorde. Lo típico del hispánico es lo que ofrecemos al foráneo [concedo que tal vez porque éste no se halle preparado a conversar con nosotros en coyuntura distinta], pero guardando para nosotros y entre nosotros las riquísimas distinciones que nos esmeran.

(Reflexión sobre la marcha)

Hay que salir de casa, hay que airearse, con aire de primera mano. La perspectiva lo es todo. Desde fuera se percibe en toda su magnífica torpeza la vida social del español en las pequeñas comunidades o círculos. Y es dramática esta percepción. Nuestras tertulias alcaláinas tienen el veneno de toda droga: Que tiran de uno, de lo que de torpe y miope hay en la condición de cada uno, para hacer así un boquete en nuestras defensas. Discutimos acaloradamente... ¡cuántas tonterías! Eso, y otras cosas, nos matan a los españoles. Que si el amor, que si la pareja, que si a mí me parece y a tí no ¡Qué lástima de tiempo y qué desperdicio de energía! Y el caso es que hacemos propósito de no volver a hablar más de bobadas. Sí, pueden ser bobadas las cosas más nobles cuando se las reboza en bizantinismo y en inoportunismo. Y en nuestras tertulias a veces nos hemos degradado todos mucho, de muchas maneras, sobre todo con concesiones a una pereza de pensamiento. Y también por no haber tenido la enérgica hombría de atajar temas insensatos que, por principio, están condenados a no poderse comunicar. Hay que irse, hay que aspirar aire de primera mano. La perspectiva lo es todo. Y en Alcalá de Henares muy poca perspectiva me parecen, digamos, las pláticas del Abad y los acuerdos del Pleno del Excmo. Ayuntamiento. Tenemos que servirnos de esa “voluntad segunda o refleja” de comprometernos a un programa en que se nos obligue a librarnos de la miopía mental. Y en nuestra ausencia lo que ocurre es que todo mejora. Nunca pasa nada. Y si algo pasa, ¡es positivo! ¡Y pensar que estando en casa no se puede uno abstener de leer el periódico todos los días! La vida es tan estúpidamente larga para tantos cometidos; y tan terriblemente corta para tantos otros. Acertar es la ilusión en la que nos consumimos. Es confortante la paz y la clarísima convicción que se disfruta estando solo, separado de la cotidianeidad. A veces se añora lo menos valioso, lo que forma la cáscara de chatarra, la quincalla mohosa del alma nuestra. Y eso es lo que hay que superar. Si digo que echo de menos los bizantinismos que desmadejamos en nuestras tertulias, no sé si me hago un favor o un daño irreparable.

Cuando falta la acción todo se transforma en burbujas de impotencia, de estéril banalidad. ¡La de veces que nos hemos enredado en las minucias más recónditas de tal o cual aspecto, de tal o cual matiz! Todo era pura falta de aire, falta de espacio, de visión perspectivística, de realidad, de vida! No hay más remedio que zafarse de eso, ... de eso tan nefastamente cautivador como es la familia, y los amigos, y las capillitas donde los mayores brillos del genio de cada uno son fognazos crepusculares de simple impotencia opaca. La gente no importa, pero molesta. A mí, cada vez más. Cuanto más desprecio a las masas, cuanto más seguro estoy de la irreconciliabilidad de sus principios y los míos, cuanta mayor es la distancia que nos separa, y más transparente es la convicción mía de que jamás su falta de estilo podrá dejar una levísima impronta en mi alma, en mi personalidad..., más me horroriza el daño inmediato que me pueden causar; y más me molestan. La gente no me importa, no; pero me molesta muchísimo. Y si la molestia crece sin control puede hasta traumatizar las virtudes y la disposición más preclaras de mi espíritu. Todo aquel que no distinga estos dos claros matices, yo me atrevo a sospechar que padece de miopía y que debe ponerse gafas delante del alma. Hay que salir de casa, de la rutina, de los lazos mostrencos, del achabacanamiento y baratatura que se le presentan al espíritu. Hay que ensanchar y profundizar la perspectiva. Esto duele como toda cura que se hace en una herida fea; pero cauteriza. Necesito curarme con silencio la gravísima enfermedad contraída, por ejemplo, en las desparramadas tertulias en casa del ya dos veces doctor y farmacéutico Ramón González Navarro; necesito unos ejercicios intensos y dilatados de abstinencia conversacional. Ponerme a régimen estando en casa me llevaría a romper con toda la sociedad, extremo a todas luces desproporcionado. Por eso hay que separarse, desglosarse y administrarse por vía cutánea, total, que cubra la superficie extendida de la lámina del alma, este fármaco de la soledad y del silencio. La vida en cualquier ciudad media española puede hacerse insoportable: El enanismo mental ibérico estrangula. La falta de horizonte distante achata todos los planos. Y por eso hay que salir de allí. Hay que

evadirse de la familia y de las charlas nocturnas donde se barajan los temas inevitables a la medida de la vanidad y del caciquismo de cada uno de nosotros, los interesados. Somos cobardes porque nos revolcamos en cuestiones manidas y porque nos recreamos en presupuestos de corto alcance, para estar así seguros de que nuestra incompetencia no va a quedarse corta. ¡Cuánta especulación presuntuosa e inútil sobre cosas y personas! Vergüenza me da cuando recuerdo las veces innumerables que... siempre por ejemplo, en casa del ya citado Ramón González hemos comentado la reacción de tal o cual mozuela ante nuestros alardes de virilidad intranscendente. Me lleva a casa de nuevo la esperanza de mudarme a mi vivienda más o menos definitiva; y de organizar mi biblioteca; mis teléfonos; contar con mi coche dispuesto siempre [o en su defecto, con coches alquilados convenientemente] y con preocuparme de mis bienes con los que pueda obtener una mensualidad decorosa. Los días que haga bueno, al río y al monte a hacer ejercicio físico; y en casa, a leer, a estudiar, a escribir, a cartearme con literatura de amor en unos cuantos idiomas con tanta criatura remota, inaccesible sobre el papel pero siempre posible. Y procurar durar también lo más conveniente en ese mundo de pureza y de economía. Quiero después de cada viaje hacer borrón y cuenta nueva, y que los demás olviden de mí las torpezas de mi pasado. Quiero renovarme del todo y empezar desde el principio cada día. Todo esto pretendo hacer cada vez que culmino un viaje. Y llego a casa con miedo de tener que usar la violencia si quiero mantenerme en mis principios. Quisiera aprender música. Tal vez en Alcalá podría hacerlo. Aprender a tocar el piano o la guitarra. Por lo menos aprender bien el solfeo y aprender a leer música lo mismo que se aprende un idioma. Mi ideal sería saber tocar la trompeta. Pero aprenderlo donde mis paisanos no fueran testigos de lo arduo de la empresa; y llegar luego a casa con ello adquirido. Y para ello hay que irse; hay que salir y centrifugarse y regresar como un hombre nuevo. Se va uno de casa por una temporada para someterse a una cura de silencio. ¡Cuántas explicaciones se dan en vano en el hábitat donde se vive y en medio de la comunidad en que se mueve uno! Llegar a casa

es tanto como aceptar, saber de antemano, que se va a envenenar uno con el ambiente caciquil y entontecedor. Llegar a casa es enredarse en bizantinismos, someterse a los problemas hondos de uno y enfrascarse de propina en las opiniones de los demás. La gente en España, todos, la familia, los amigos, los conocidos..., están esperando que lleguemos para darnos una ducha de tonterías y mediocridades. Y además, la papanatería y la incompetencia en el orden práctico, de las cosas de cada día. Sirva de ejemplo lo siguiente: He dicho a multitud de conocidos y colegas –no hay que esforzarse para estar en el secreto– que tengan la bondad de avisarme, o señalarme, o escribirme, o notificarme como sea, que han visto tal o cual reseña de mi Dylan Thomas [por citar lo más reciente]. En este momento algo así como doscientos ejemplares se han enviado a rotativos de todas las clases, en España solamente. Arriesgaría lo más valioso y apostaría a que más de uno ha encontrado algo en algún papelucho, revista, etc. Ninguno hasta ahora ha transmitido el recado. Seguro que lo más brillante que se les ocurre luego es decir: “¡Hombre, nunca pensé que te pudiera!”... o “Creí que ya lo sabías”... o cualquiera de esas vaciedades.

Este pasaje de mis ocho semanas en Passau, asistiendo durante los meses de mayo y junio 1972 a un curso en el Goethe Institut, lo estoy escribiendo nada menos que en noviembre 1997, o sea, con la imponente mediación de más de un cuarto de siglo. Eran bastantes las reflexiones, más o menos conexas, más o menos a modo de retazos de flujo psíquico que conservaba por escrito en el reverso de folios de multicopias de tamaño especial, amarilleando ya de vejez. Sé que en Passau además de los pormenores concretos del día a día, mi alma experimentó secuencias agrídulces de penitencia y de regalo; de complacencia y de mortificación. Mi futuro era una nebulosa absoluta. Había cortado por completo las amarras con el mundo de Norteamérica en que durante diez cursos me había desenvuelto con síntomas de completa estabilidad, y ahora me hallaba en Europa, de momento gratificándome a mi manera y en plan personal con este curso básico de lengua alemana, la culminación de cuya segunda mitad y sanción correspondiente mediante los oportunos exámenes, y

si hubiere lugar la expedición de un título, se celebraría allí precisamente, en Passau. Aquello me mantenía con la mente tensada, ocupado a fondo. Pero la gravedad de mi pensamiento bien puedo entender ahora que me propiciara la retahíla de reflexiones y glosas que fui pasando en un buen manojo de holandesas. Al tenerlas ahora delante transcribo la mayor parte de lo allí redactado; algunas cosas, las menos, carecen de sentido y han quedado excluidas; otras más, las he modificado en algún término para hacerlas inteligibles al lector de hoy y aun a mí mismo. Cuento con la “coacción” del lector, con su complicitad comprensiva. Por mi parte escardo en lo que puedo, me reintegro al estado de ánimo que mi sentido de la proporción y de la equidad me permiten inferir como auténticos en aquellas épocas. Necesito superar, poner a punto, en orden, varios episodios de la década de los setenta para proseguir ya mi camino de los grandes viajes posteriores por Suramérica y Asia. Descubro para mi sosiego responsable, al tiempo que para el acicate de esfuerzo que supone encontrarme con esta gavilla de papeles repletos de reflexiones,... descubro una vez más que si se pretende que el futuro nos fructifique, debemos dejar asegurada la herencia del pasado.

Esta digresión de varias páginas prácticamente se me ha colado por sí misma en el punto en que dejaba informado al lector de mi tremendo fracaso con la buscona de Düsseldorf. Me encontraba, pues, al principio de todo, y aunque mi aplicación con el curso de alemán requería prácticamente la instrumentación de todos mis recursos, me faltaba el componente de eterno femenino, “das Ewigweibliche”, para sentirme varón, persona, criatura animada. Las sublimaciones, ya digo, tenían una resuelta y dinámica alianza con el hecho de que había que aprovechar el tiempo al máximo; había que examinarse, había que superar dignamente las pruebas, y eso reclamaba y comportaba la primera y la máxima de las prioridades..., y en el espectro de mis posibilidades se hallaba, qué duda cabe, la de prescindir de mujer durante el tiempo que durase aquel curso.

Pero la cuestión era otra. Hay cosas que uno debe hacer por

estética, por rebeldía contra la sinrazón, contra el bío-topo hostil. Y hostil encontraba yo el hecho de que Passau no contara con casas de putas, con una, quiero decir, por lo menos; lo mismo que Konstanz... Un miércoles por la tarde –recordemos que no teníamos clase– me decidí. [“En un Banco de Passau la empleada me dice que no conoce los billetes nuevos españoles de 1.000 (mil) pesetas con el grabado de..., y sin embargo tenía muy presente el de los Reyes Católicos. ¡Qué cosas!” He transcrito literalmente esta nota que aparece entre los folios de divagaciones y apuntes ya mencionados. No engarzo ahora la necesidad o la conveniencia que yo entonces tuviera de hacer transacción alguna con dinero español, ya que la divisa con la que de oficio me movía era la norteamericana en las dos versiones USA o canadiense] Pasé a Austria por la frontera de Passau, la que estaba allí mismo [luego me enteraría de que la de Neuhs-Schärding, a 18 kilómetros al sur era mucho más conveniente], y siempre siguiendo el curso del Danubio discurriendo cerca, o a través de Oberzell, Iochenstein, Engelhartzell, Aschach, me fui encaminando a mi destino. Recuerdo que ya próximo a Linz, en la localidad de Ottensheim, arrancó a llover con intensidad, añadiendo una penalidad impensada al hecho de tener que conducir en un ámbito desconocido, y valiéndome de un instrumento tan endeble como todavía era mi alemán. Mis posibilidades de orientarme en Linz eran precarias. No puedo recordar si yo entonces llevaba alguna dirección concreta, o por lo menos la de cualquier barrio o sector de la ciudad, que ya por aquel entonces se acercaría a los 150.000 habitantes y se mostraba a los ojos del que por primera vez la visitara como un problema a tener en cuenta. En estas reflexiones iba yo engolfado cuando al borde de la calzada veo a una mujer que sin esgrimir los gestos típicos del auto-stopista, por su ademán, por su mirada como de expectación interesada y por la inequívoca perentoriedad de su situación..., quiero decir, que se estaba mojando, intentando como compactarse en sí misma, encogida de cuello, con los brazos cruzados agarrándose los hombros, y con el pelo alisado ya por el agua... Paré el coche y la abrí la puerta. Sobraban explicaciones. Me sonrió huidiza pero algo

expansivamente. Era una joven de unos treinta años, de físico nada despreciable, que a medida que fue arreglándose y normalizando su compostura dejó resaltar los atributos conciliadores y hasta atractivos de su persona. Intercambiamos los saludos tópicos de rigor. En casos así yo percibo un enardecimiento de mis recursos lingüísticos, una inusual soltura. Y aquella ocasión probó largamente lo que digo. Me comentó la chica que... iba a Linz naturalmente; que había perdido un autobús hacía tan sólo unos minutos. Por mi parte me di maña nada menos que a decirla mediante los circunloquios más a mano de los que me pude servir, que... eso, que iba a dar una vuelta y a procurarme la compañía de alguna chica en casa o lugar destinados a tales menesteres. Mi amiga me comprendió. Yo más bien creo que desplegó toda su voluntad de compasivo entendimiento; que se percató por mis explicaciones de que yo encarnaba una persona pacífica y poseedora de tendencias absolutamente tolerables y esperables. En cuestión de minutos, en el corto rato que duró nuestra conversación, me gané su confianza, tanto que... se avino a guiarme ella misma, a conducirme al sitio pertinente. Es algo confuso mi recuerdo sobre los detalles que se sucedieron. Puedo precisar que entré en la casa, vagamente mantengo en la memoria que llegué a una habitación, que vi a una chica alta, desgarbada, con ligeros blancos. Por lo visto no se disponía de más mercancía en aquel momento. Quiero también recordar que mi alma experimentó una sensación..., si no de disgusto, por lo menos de falta de agrado..., y que me fui, sencillamente me fui, no sin antes poner a prueba mi repertorio de frases corteses que pudiesen hacerse cargo con solvencia de mi falta de interés. Supongo que mi alemán era lo suficientemente expresivo como para prestar un tono de convicción a mi desistir de tener un cuerpo a cuerpo de intimidad. Debí de decir, por ejemplo, que sólo había ido de paso; que no disponía de tiempo; que probaría en otra ocasión, etc. Aquella casa de putas de Linz, a la que ya nunca tendría oportunidad de regresar, se me aparece en la historia de mis recuerdos como algo eminentemente surrealista, grotescamente asumido. De todo aquel escenario de viaje, de paseo por Austria, de curiosidad del mejor cuño por saber cómo era un



burdel austriaco, concretamente de Linz, me queda, primero, la decantada y abultada evidencia de que lo existente en Konstanz, por ejemplo, era infinitamente mejor; luego, y ya a nivel personal, vivencial, íntimo, como patrimonio de mi vida recordada, de mis detalles surtos para siempre en el pasado inalterable, me queda una visión desdibujada, un dintorno de mujer algo grandaza y desangelada, con ligeros blancos, gesto conciliador pero aburrido, indiferente. Me fui, salí, y al encontrarme de nuevo en la calle reparo para sorpresa mía que mi amiga... llamémosla auto-stopista, sigue allí, un poco alejada de la puerta [supongo que por pudor y con el fin de evitar interpretaciones torcidas], pero allí. Me dice que, dada mi condición de forastero, había decidido esperar a ver en qué acababa mi visita al santuario, y que, como ella había anticipado, el sitio no me habría de gustar. Me dijo que no había querido influir en mi decisión, pero que no se extrañaba. También me dijo que existía otra casa..., en un sector de la ciudad, quiero recordar, más alejado, y que..., salvo si yo realmente tenía el capricho imperioso de procurarme compañía, pues que ella me acompañaba, y me dejaba allí definitivamente. El caso es que se iba haciendo tarde y se me habían quitado las ganas de dar bandazos. Estos ejemplos ilustran una vez más y a las mil maravillas que eso que vulgar y genéricamente se entiende por sexo no puede evitar por necesidad ontológica ir acompañado de una cohorte, variable según los temperamentos y la urdimbre de cada personalidad..., de una cohorte de instancias interactivas, anímicas, emocionales, empáticas y espiritualizantes. Y la prueba es que cuando éstas decaen, o desaparecen, todo el asunto deja de tener sentido. En mi caso la experiencia turística, la novedad de la vivencia en que había incurrido, aun el propio encuentro con mi amiga de circunstancias, allí presente, me habían enervado el enardecimiento sexual y lo habían prácticamente apagado, dispersándolo por todas estas otras realidades disuasorias. Mi amiga me dijo llamarse, creo, solamente me atrevo a aventurar lo más parecido a una instancia voluntariosa de memoria..., Gensel, o algo así, y ya era cuestión de acabar la velada de la manera más cívica posible. La invité a cenar conmigo, a lo que ella aceptó,

aunque puntualizando que sólo tomaría algo, pero que la complacía acompañarme. Lo que sí recuerdo claramente es la lección cordial y bondadosa que de esta mujer recibí yo en materias de etiqueta. Llegados al restaurante instrumenté como mejor pude alargar el brazo, empujar la puerta y pretender que Gensel procediera en primer lugar, a lo que ella, sonriente y en el secreto de que a mí podría parecerme chocante, me dijo el equivalente en alemán a: “Sé cortés, pasa tú antes”..., con el contenido añadido de... “así comprobarás si el camino está expedito y me invitarás a pasar a mí libre de cuidados”. Confieso que aquella fue una de las lecciones más plásticas y que con mejor convicción y agrado recibió mi conciencia. De nuevo se evidenciaba la falta de criterio del españolito que, confundiendo valores, entendía a ultranza como cortés y caballeroso lo que estas gentes con un sentido mucho más real y más operativo tachaban de impropio. Estaba claro. Se supone que el hombre es el salvaguardador de la integridad de su compañera, de la porción de “bello sexo” con que en cada caso coincide. El aparente donaire de permitir, más bien, de instar mediante la maniobra inequívoca que sea, a que la mujer entre la primera en un sitio, cruce la primera un umbral, proceda la primera hacia un cualquier ámbito, contiene la objetiva memez de hacerla tomar contacto, también en primer lugar, con lo desconocido, con lo azaroso, acaso obnoxio. Tuvo que ser una chica austriaca la que de manera tan galanamente espontánea me confirmara lo que ya mi sentido de la propiedad y de la congruencia había barruntado. El español suele... o pasarse, o no llegar. Acostumbramos a carecer de ese toque de utilitarismo benéfico que dispensa su propia estética con sólo desprenderse, con sólo tener lugar. Aquella cariñosa y puntual reconvención de... [hemos quedado definitivamente en que se llamaba] Gensel me puso en la pista de tales cuestiones y reconfirmó lo que yo, supongo que entre muchos, bien teníamos confirmado, aunque siempre a falta del predicamento de la autoridad de los otros. Ya no recuerdo nada más. Quiero regalarme la vaga posibilidad de que Gensel me dijera que era una mujer casada que tenía que atender las obligaciones de su estado. Es lo único que se me ocurre ante la

total ausencia de otros datos. No conservo dirección ninguna de aquella mujer, ni rastro, ni instancia desde la cual hubiese yo podido reintegrarme a su curso. Sospecho que mi alma entendió aquello como un incidente generoso y puro, desligado de cualesquiera otras incumbencias; que lo asumió como un factor necesario pero prescindible por completo del volumen, en general, del suceso de mi visita a Linz. El regreso a Passau, ya de noche pero sin lluvia, se desarrolló con la normalidad esperada.

Estamos donde estábamos. El curso iba ya bastante avanzado, nos hallábamos en el último tercio. Los motores estaban engrasados, sabíamos a qué atenernos; las dificultades de la lengua alemana admitían rangos. El noviazgo de la chica belga con el norteamericano parecía ir viento en popa. Él, muy seguro de sus sentimientos, apoyando la posible peligrosidad de sus asertos en toda la praxis de su país, confesaba que no estaba hecho de... lo que, de otra manera, y muy al estilo norteamericano, le hubiera impulsado a... "to marry the girl next door" (casarse con la vecina). Y así ella, la belga, la bella Giselle hasta nos llegó a decir ya un día que pensaban casarse en un futuro próximo, tal vez al final del curso. Ante tal declaración de intenciones, más o menos futuribles, él, el norteamericano, no pronunciaba palabra: Se sonreía omnipotente, confiadamente. Una vez reparé, bastante al principio del curso, en una chica ciertamente bella, y a la que oí hablar español. Dejé de verla durante tiempo, quiero decir, de coincidir, pues ni aun a los desayunos [que, como expliqué se hacían en la sede del Institut y eran una buena ocasión para echar un vistazo panorámico a todo el personal]..., ni aun a los desayunos me pareció que asistiera ella durante algunos días. Me enteré de que era de Venezuela, y que se llamaba Mónica. Mostraba una actitud reservada, con cierta carga de melancolía. La consideré como mi última revelación. Sólo charlé con ella un par de veces. Otro par de veces más me la crucé, yo en mi coche, ella andando pues, según también me enteré, se hospedaba en un barrio por el que yo pasaba hacia y desde el Instituto. Me dijo que no, que no tenía nada que motivase esa melancolía. Doble belleza –pensé yo– cuando las cosas

emanan así tan por las buenas. En unos minutos fugaces la dije que aunque no la volviera a ver más siempre tendría en mí perenne vigencia lo que de único e irrepetible le dedicara ella al alma mía. Seguro que habrá pensado más de una vez en mis palabras. Tuvo que ser alguna jornada de éstas en que todas las existencias de sublimación se convocan y le mueven a uno a escribir, a poner grilletes literarios a dichas emanaciones tan libres y tan alicortadas. Y así, en un raptó de impotencia vital y de exaltación onírico-literaria produje este soliloquio pensante, esta muestra de flujo psíquico al que tuve la fortaleza de ánimo de titular:

“Mónica o la penúltima ilusión de un sueño”

“¡Ah, eres tú, Mónica! ¡Qué casualidad! El mundo, el mundo entero es una casualidad. Todo es una casualidad. El encontrarnos tú y yo ahora es otra casualidad. No, no te vayas. Hagamos de esta fugacidad algo duradero. Ya sé, ya sé que te preguntas muchas cosas. Pero créeme, créeme. ¿Qué pierdes por creerme? Aquí, viviendo unos minutos irrepetibles; aquí donde lo más hondo y más comprometido que me atrevería a decirte es: ‘Mónica, sé que tal vez no te voy a volver a ver jamás’..., ¿para qué iba a decirte una mentira? Estemos, pues; seamos los dos juntos una gota de azar y no pongamos la proa a lo que nos ha llegado tan felizmente. Te sonríes, ¿verdad? Yo también. Y esa sonrisa tuya le dice a mi alma que me has comprendido. Si supieras lo que he pensado en tí, chiquilla. ¿Que por qué? Por todo y por nada. Por verte cuando te he visto. Por imaginarte, si no. Te ríes, ¿verdad? Yo también, pero sabes que es cierto. Claro que lo sabes. Ven. O déjame acercarme un poco. Déjame mirarte esos hoyuelos que siempre acompañan a tu risa. Oh, pues claro que son especiales. Los recuerdo desde el primer día, ¿te acuerdas tú?, cuando nos encontramos desayunando en la misma mesa. Tú te reías, te reías de mis cosas, como una chiquilla colegiala con un juguete. [No, por favor, no te retires. Quédate como estás]. ¿Qué vi yo en tí para hablarte como te hablé? No lo sé, Mónica. No se sabe nada. Las cosas ocurren o no ocurren. Ocurren como ahora que nos hemos encontrado,

quizás por primera vez o por última. No se sabe. Las cosas ocurren. Te reías, digo, de las cosas que te decía yo. ¿Y nada más, Mónica? Dime la verdad, la verdad, que no cueste nada. ¿No es verdad que por todo lo que yo he pensado en ti tú también has pensado en mí algo? ¿Para qué negarlo? ¡Es tan bello tener un momento de sinceración! Yo me estoy sincerando contigo y a veces me golpea la duda de si no estaré... Pero no, Mónica. Tengo que creer en ti. Quiero creer en ti. Eres hermosa. Ya ves, todavía eso no te lo había dicho. Sí, y cuando me miras con esa cara tuya de alegre melancolía como ahora, como ahora me estás mirando, Mónica, oh, Mónica, tú no sabes cómo eres, lo que tú eres, cuánto eres para mí. Tú dirás que es muy pronto para eso, para que yo esté seguro. No lo es, Mónica. Las cosas que cambian el universo ocurren en cuestión de segundos. Tú me llenaste en menos de un segundo también. Y ahora ya no sé si pienso en ti, en el volumen de tu corporeidad o en el límite de tu alma. ¡Qué cosas digo! La verdad... Siéntate, Mónica, mira: Esta mano tuya que yo tengo entre las mías... No te rías, Mónica; si no sabes lo que te voy a decir. Esta mano tuya comenzó siendo para mí algo neutro, algo con lo que untabas la mantequilla y la mermelada... Sí, sí, claro que era así, ¡aunque te rías! Y ahora es una maravillosa realidad que no termina de realizarse, que se produce y se consume y se perpetúa. Así, te beso las manos, Mónica, y te aseguro que me parece estar haciendo algo sagrado, como un muchacho que tomara su primera comunión. Y la primera vez, esa inigualable primera vez que me dedicaste una sonrisa, a mí solo, a mí solo –pues naturalmente que tiene esto su importancia, Mónica– y que me dijiste ‘ciao’, ¿a que sí, a que es verdad que tú sabías, que yo sabía, que los dos sabíamos que nuestra neutralidad estaba rota? Dime que sí, Mónica, que lo sabías. Mira, yo soy sincero, tal vez no nos veamos más. La mentira no arreglaría nada. ¡Y es tan bonito decirte la verdad, estar así contigo, traídos, encontrados, reunidos por el azar!... Reclínate aquí, así, Mónica, déjame contemplarte. Tú eres para mí una categoría, no una anécdota. ¿Y tus cambios de vestido? ¿Sabes que me acuerdo de ti con cada vestido que te has puesto? ¿Sabes que los recuerdo todos: Tu jersey

naranja, tu conjunto de negro, tus pantalones como de cuero marrón-rojo; tu pull-over color perla claro; tu jersey verde; tu traje blanco? ¿Y qué es esto, Mónica, sino que estás muy cerca de mí, y muy dentro, aquí: No tengas miedo, aquí, toca sin recelo, aquí en mi corazón, pero dentro, dentro, donde sólo hay sitio para la sinceridad? ¿No lo notas, no sientes mi corazón desbocado? Y es todo por ti, por ti, que cuando te miro veo en tus límites contenido todo mi mundo. Échate así, aquí, Mónica, ¿ves?, qué verdad es lo que digo, que al lado tuyo mi mundo eres tú, esta hermosísima planicie curvada aquí y aquí y allá de tu corporeidad; y a distancia, tu recuerdo, la memoria que me queda de todo lo tuyo. Pero sí, ya es tiempo, ya es sazón para que el tema, la gran palabra *amor* aparezca en toda su frondosidad de sentidos. Todavía te queda una sonrisa mitad burlona, mitad curiosa, Mónica. Todavía desconfías de la realidad. Y la realidad somos tú y yo, un mundo radiante que comenzó cuando tú me sonreíste y mi alma sintió la primera promesa, la primera revelación. Así, así es mejor: Ese semblante tuyo me anuncia la aceptación, y estas manos mías quisieran ser las portadoras de la fragancia total que al contacto de tu piel se conjura. Mónica, oh, Mónica, sí, es verdad, verdad es todo lo que cruza tu frente; verdad es todo lo que anega mi corazón. Tú y yo, ahora y siempre, aquí y en todo lugar, ensanchados y divinizados por la plenitud de un momento, ido, repitiéndose, continuándose en pura eternidad. Ven, ven, deja, tiéndete, yace extendida, abierta, oh ribera, oh dulzura sin orilla, oh purísima realidad de tu forma. Oh, momento de nupcia. Así, rendida. Así, entregado. Uno y todo. Amor mío, amor mío...”

Dos de mis antiguas enamoradas, María Eugenia y María Manuela, se circunscribieron fugaz y heteróclitamente con el mundo de vivencias en que fue discurriendo mi tiempo en Passau. A María Eugenia le dediqué la siguiente nota:

“Ahora que parece distanciarse todo, éste parecería el lugar para las expresiones de ruptura o de indiferencia. Y sin embargo necesito decir que no he dejado de quererte nunca; tampoco ahora.

Ahora mucho menos que nunca. Tú te separas y yo te sigo queriendo plenamente. Y si tú dejas por completo de pensar en mí algún día, no te importe. El amor mío es suficiente para compensar la falta de amor tuyo. De cualquier forma mi amor me unirá siempre a tí. Y si algún día piensas de otra manera, ten por seguro que yo estaré esperándote y queriéndote como siempre y como nunca”.

Los términos en que está escrito este billete no pueden ser más supurantemente insalvables con arreglo a la óptica presente. Pero no he querido modificar su tenor ni desvirtuar su particularidad histórica. Desconozco si se lo llegué a enviar. Entre nosotros todo había definitivamente naufragado, y por mi parte sólo se podía tratar de algún que otro ejercicio de retórica de laboratorio. De María Manuela recibí una carta. Según me dio a entender, había leído mi ensayo sobre el romance “Angélica y Medoro” de Góngora que, por lo visto, le había yo enviado..., y me decía que “de la mano mía quería adentrarse en el conocimiento de la literatura española”, o algo por el estilo. Tampoco volvería yo a ver nunca más a esta criatura. La historia de nuestro culmen y de nuestro definitivo desglose ocupa una viñeta separada de mi serie *Mujeres, lugares, fechas...*

Y estamos de nuevo donde estábamos. Los días, sucediéndose. Mi cerebro, ejercitándose a tope en todas las cuestiones académicas. De lo otro, de lo que también interesaba, del asunto de... “hembra placentera”, nada de nada. Uno de aquellos días me ocurrió algo en extremo curioso, sobremanera inusual e interesante para los parámetros de conformidad y previsión en que discurrían mis menesteres discentes en Passau. Y ello fue lo que he dado en llamar el verdadero primer escozor lírico autóctono, casero; o sea, venido a mí de moza alemana local con todos los predicamentos que la cosa implica, con todas sus contradicciones, sus sutilezas y, en definitiva, su inviabilidad. Estaba yo comiendo, junto con un grupo de hispánicos, en una fonda o ‘casa de huéspedes’ de las concertadas con el Instituto para los estudiantes, y en una mesa en la que ya se hallaba sentado, cuando yo llegué, un alemán, rubiales, con cara bonachona y

como de unos 35 años [luego me diría también tener 31]. Mis amigos los hispánicos que habían empezado antes, acabaron su comida y se fueron. Así, quedamos en la mesa el alemán y yo. Como nos había escuchado –sin entender, por supuesto– nuestros acalorados comentarios sobre lo que fuese, el hombre estaba entre sonriente y curioso. Así, al quedarnos solos, el iniciar la conversación fue inevitable. Chorreaba su compostura una naturaleza de buena persona. Y además, aunque del campo [todo esto me lo iba contando él] hablaba con cierta finura y exactitud. Y entendía bastante bien, supliendo mi deficientísimo alemán y mi menguado vocabulario, con su sagaz y natural imaginación. Siempre animado por la buena disposición que manifestaba mi... amigo y por la cada vez más creciente confianza que me prestaba, después de expresarle como mejor pude, pero ya con cierta desenvoltura..., que me gustaría proporcionarme, eso... compañía de hembra [esto bien que lo recuerdo], me dice en plan sentencioso, aunque siempre pausado y sonriente..., me dice, me indica con el dedo señalando la mesa, tecleando la mesa, me dice que me parece entender que me dice algo de “Ort”... ¡Ah, claro! Lo que me quiere decir es que tal vez por estar con él, por la mera coincidencia de haber hablado con él, de habernos conocido y de hallarme yo allí, en aquel “Ort”, sitio, lugar específico, que acaso por eso pueda yo resolver mi problema. En plan semicríptico, semi-revelador el mozanco me sugiere irme con él, o sea, seguirle yo en mi coche a él en el suyo, a su casa en un pueblo a unos 40 kilómetros de Passau, en dirección a Checoslovaquia. No llegué a anotarlo pero creo que se trataba de Freyung. Me dice que me quiere presentar a su cuñada. Me sigue diciendo con un punto de confidencialidad cómplice que allí en su lugar se celebra ese mismo día una boda y que tal vez fuera una ocasión oportuna... ¡qué sé yo de qué! Poco tuve que consultarlo con mi conciencia. Era sábado, tenía tiempo, dinero, salud, ganas... y sobre todo, curiosidad. ¡Venga, vámonos! Le seguí unos 40 kilómetros. Llegamos a un distrito rural del mencionado pueblo Freyung donde mi amigo Hans [ya nos dijimos nuestros nombres] vivía con su mujer y un par de hijitos. Su



cuñada, la hermana de su mujer resultó ser una chavala de 18 años de afortunada presencia. Rubia, alta, recia, discreta y sonriente, algo tímida. ¿Qué ocurrió durante el tiempo de la velada? Nada y todo. Adivine el lector. Hans me consta que se encargó de hacer mi artículo; me consta que ponderó mis calidades humanas y todo lo que por vía de... intuición surrealista le hubiese dado tiempo a inferir respecto de mi persona. Las dos hermanas, la mujer y la cuñada de Hans, respectivamente, me miraban como a un bicho pendiente de clasificación, amables, esbozando sonrisa tras sonrisa que yo me esforzaba porque se alargase y se transformara en risa mediante los aspectos más seguros, más fiables de mi elementalidad racial. Hice de todo: Ensayé chistes dentro de la poquedad de mi manejo del alemán; pisé con más gallardía y más tino cuando a la primera insinuación sobre música y canciones me puse a interpretar algunas melodías internacionales dentro de mi prácticamente interminable repertorio..., y siempre contando con la pauta del gusto y de las preferencias de mis anfitriones. Ahí sí, ahí de una vez demostré los frondosos y afianzados recursos de ese aspecto de mi idiosincrasia. Les canté en español, en francés, en alemán. A Matilde [tal era el nombre de mi ‘novia’ desiderativa tan de circunstancias]..., a Matilde le sonaba entre otros, Miguel Ríos..., es curioso, acentuando la pronunciación con diéresis de la *u*. Me ofrecieron toda clase de atenciones y cosas de comer que yo, salvo una taza de café, decliné con lo mejor de mi expresividad. Ya dije que yo disponía de tiempo, de dinero, de salud y de curiosidad en proporciones superiores a las que pudieran concurrir en todos ellos juntos; y si estaba allí era por eso, por el componente *curiosidad* y caía de lleno en esa condición o categoría de “no tener nada que perder”. Así que aguanté como pude el tipo y acepté de buen grado dejarme llevar por los acontecimientos. Matilde, a todo esto, se cambió de ropa. Se puso pantalones de pana rosa y una blusa ceñida y de escasa opacidad que resaltaba la franja de sujetador negro. Su pelo, en disposición como de aliño, era una alfombrilla rubia y lisa que ponía fronteras a su mejilla sonriente. No recuerdo más de aquella velada. Sólo que regresé a Passau con el corazón henchido de

expectación y, bueno, aunque repetido, siempre de... curiosidad. A los pocos días me atreví a escribirle a Matilde una carta en alemán. Mis notas conservan lo siguiente, que transcribo:

“Liebe Matilde: Es freut mich sehr dich kennengelernt zu haben. Du gefällts mir sehr. Vielleicht weiss du es schon. Du fragst dich: Was für ein Mann Tomás ist? Was glaubt er über mich? Ich antworte: Seit der Tag wann wir troffen uns, habe ich an dich immer gedacht. Warum? Du treue und gut siehst mir an, und ich liebe diese Fähigkeitte. Ich kenne dich nicht. Du kennst mich auch nicht. Aber ich meine, dass zwischen dir und mir gibt es etwas geistig. Hertzliche Grüsse.”

Por supuesto que este engendro de misiva supuso para mi un reto especial, el de intentar expresarme por escrito en alemán, nada menos que mediante una carta de amor. Siempre bajo el afán de practicar y de intercambiar vocabulario relativo a áreas diversas de conocimiento y de experiencia aprehensible, recuerdo que le enseñé la carta confidencialmente a Frau Zieske, a la que al mismo tiempo concedí la señalada satisfacción de sentirse sagazmente experta al imaginar y adelantar los términos que constituían más o menos la totalidad de la frase tan estereotipada y tan predecible de... “desde el mismo día en que nos conocimos”... La mujer se reía satisfecha de que algo local, algo *alemán* cien por cien, un producto de tanta garantía como una chica joven, hubiera agudizado mi ya decidido entusiasmo por... las cosas de Passau, de su patria. Conservo entre mis apuntes una nota que paso a transcribir:

“He escrito una primera carta intimista, en alemán, a Matilde. La sensación es siempre terriblemente la misma: De inseguridad, de balbuceo; de estar haciendo el canelo manipulando torpemente las pocas palabras ordenadas de que uno pueda echar mano. En esta primera carta he arañado valientemente las estribaciones de lo abstracto, con un par de términos de diccionario que, bien seguro, no estarán acusados en la epistología diaria de estos prójimos. ¿Qué dirá; qué pensará Matilde? Pensará mucho pero no contestará, no dirá nada.

Se quedará extrañada. En estos países tan ejemplares nadie tiene tiempo más que de hacer el borrego, produciendo una tremenda cantidad de energía para la nación y quedándose ellos con la personalidad maltrecha. Así el espectro de cosas y ocurrencias espontáneas que no les sorprenda es cada vez menos. Casi todo lo natural, lo humano, lo que nace y se produce sin intermediarios les deja perplejos. Lo no preparado ni mediatizado o dirigido hacia un fin social les choca. Y Matilde, la bella rústica, no será una excepción. Y no porque le falte el barniz sibarita de la *kultura* [la moza no ha hecho más que la escuela elemental, y al presente trabaja en una fábrica de condensadores, me dijo], sino porque tiene que ser necesariamente así, fatalmente así”.

En un orden puramente práctico de mirar las cosas, y en la improbable virtualidad de que Matilde... bueno, eso, aguantara el tirón... y me diera sedal, ¿qué? Porque vive a 40 kilómetros de Passau y llegar allí cuesta tres cuartos de hora. Pasemos por alto el detalle de que cuando el gas-oil costaba 8 pesetas litro en España, en Alemania costaba 14. El caso es que lo de Matilde fue un castillo de fuegos artificiales que se esfumó..., con buen estilo, tengo que añadir. Ignoro si en Passau nos llegamos a ver una segunda vez. Creo que no. Desde España, mitad por incumbencia personal, mitad por cortesía hacia su hermana y cuñado, debí de mandarla alguna misiva, si carta, si tarjeta. Pasado algún tiempo recibí desde lo que parecía ser un lugar de vacaciones una tarjeta de Matilde firmada también por un nombre de varón. Agradecí el detalle y el cuidadoso tacto.

(Reflexión que conservo entre los papeles que tuve necesariamente que escribir durante mi tiempo en Passau)

“ ‘También Dios saca el bien de la prevaricación humana y hasta de la angélica’. Esta cita, creo que de Balmes (o de Donoso) y que de colegiales comentábamos ilustra a las mil maravillas el sentido de un estilo cierto de conducta. Me refiero a la del, por muchos, llamado “romántico”, “tonto”, o simplemente *loco, chalado*. Consiste en la demostración extraordinaria, y a todas luces desproporcionada y

no correspondida, de interés y entusiasmo que en tal o cual sazón de nuestra vida esgrimimos hacia ciertas mujeres. Se pasa por alto algo evidente y a la vez elemental, a saber: Que el hombre, con el fin de forjar su capacidad de ternura, o de generosidad, o de acendramiento..., o de mala leche, no tiene obligatoriamente que tropezarse en su camino con una tal o cual fémica que encarne en la misma medida en la que se propone ejercitarlos él... esos mismos ingredientes de ternura, generosidad, entusiasmo, etc. Si Dios aprovecha la torpeza del humano y del ángel para mostrarnos su infinita sabiduría y comprensión, el hombre mismo puede encontrar – y de hecho así sucede– en una mujer vulgar, insípida y hasta detestable, el yunque exacto donde poner a prueba el temple de su alma viril. Esto nos lleva de la mano a otra cuestión que es la consecuencia práctica de la primera, o sea: Que tal o cual mujer normalmente mal informada se desazona, hasta se indigna, cuando comprueba que un hombre *equis*, de quien se conocen tales actos de virtud pura, gratuita y porque sí, no esgrime hacia ella y con ella los mismos tales primores. Y nosotros muy pacientemente les recordamos eso: Que no por habernos encontrado una vez y otra [o tal vez varias, y arriesguemos a decir que... muchas] en ese estado de santidad no correspondida, quiera decirse que nos debemos encontrar siempre así. Lo normal es ser hombre normal, y como tal hombre normal entiendo que mi ética hacia tal o cual prójima debe ser así, sencillamente normal. Sí, me he comportado así, con tal o cual, en este o aquel momento, porque sí. Pero ello no puede indicar que esté obligado a comportarme siempre de la misma manera. Si por excepción he tenido una temporada de ascetismo a lo santo varón, sea. Pero que no haya en el mundo memos que hagan de ello una norma como lo es peinarse. La mujer que no distinga entre la excepción y la norma, ¡allá ella! Al menos nosotros decimos ¡gracias!; gracias por haberte puesto en mi camino, alma vulgar, criatura anodina, y haber sido la piedra de toque en la que he esmerilado mi personalidad”.

En las páginas precedentes he hablado, mejor, he dejado caer en clave genérica el término ‘hispanicos’ y en un momento creo que

hasta especificué el nombre Emmy, Emma, correspondiente a una chica boliviana. Es correcto. Probablemente como resultado de uno de esos conciertos de ayuda institucional, la República Federal Alemana había asimismo dispensado cobertura esta vez a un grupo de hispánicos, tanto de la América del Centro como del Sur. Por esas circunstancias típicas de empatía y a través de ciertas coincidencias reiteradas, bien en los restaurantes, bien en los recreos, el caso es que frecuentaba yo la conversación con un nicaragüense creo que de nombre Rubén; con un guatemalteco cuyo nombre estoy seguro de no recordar, siquiera para reconstruir por conjeturas; y la ya referida boliviana Emmy. Con esta última y con el nicaragüense Rubén me hice algunas fotos que conservo. En las tres que tengo con Emmy, obtenidas todas del mismo carrete, y hasta me atrevería a precisar que sin interrupción de secuencia, aparece en una la puerta de entrada del edificio del Instituto; y en las otras dos, parte del magnífico prado ajardinado sobre la elevación de terreno o alcor desde donde, por la parte de atrás se divisaba allá abajo la ciudad de Passau. Emmy comportaba la típica chavala, ni guapa ni fea, más bien enjuta, morenísima, cara alargada, escaso pecho, mostrando acusados rasgos indios, como el arco cigomático estirado y algo hundido, en el cruce que sin duda alguna encarnaba su etnia. Creo que tenía veinte años y su comportamiento se adecuaba a un sistema tradicional hispánico y católico, en el sentido más convencional de estos términos. Rubén, el nicaragüense, con el que tengo una foto del mismo carrete, y supongo que del mismo rato de distensión y despreocupación, era de estatura media, más bien menudo, moreno, con rasgos de indio igualmente, pero de semblante agradable. Todo lo que de modernidad o internacionalismo pudiere mostrar su persona, su vestimenta, su forma de ser..., se lo debía a América del Norte, a los USA. No hablaba inglés, pero vestía la típica camiseta blanca en forma de T debajo de la camisa; pelliza ligera y cosas así. Del guatemalteco no conservo foto alguna ni, como digo, recuerdo su nombre. No obstante, retengo tercamente sus facciones de indio..., más tirando a maya..., o a azteca, es decir, a la etnia conformadora de lo que entenderíamos por Méjico,

que a lo de más abajo. Era no muy grande, con bigote, y el pelo revuelto, algo taciturno, pero inteligente, acaso decidido. A mí, de todas las posibles particularidades que, tanto desde la órbita meramente turística, como desde una intención más personal, pudieran concurrir en estos “hispanicos”, lo que más sentía yo como aprovechable para el enriquecimiento de mi colección de vivencias, de mi elenco de encuentros con... cosas distintas, chocantes, lo que más sugería mi atención, era observar el formidable choque entre las todavía poco formadas mentes de nuestros amigos, intelectualmente hablando, y el tremendo reto que suponía enfrentarse con el aprendizaje del alemán. Los tres se hallaban en la primera mitad del primer curso, o curso *básico*, y según mis cálculos pocas cosas podían encontrarse a mayor y más irreductible distancia que la cosmovisión y las categorías de discurso de los hispanicos por una parte, y la opulenta y terrorífica precisión de la lengua alemana, por otra. En alguna ocasión de charla espontánea, sobre todo el nicaraguense Rubén, se refería a cualquier forma de verbo irregular, o a cualquier modismo recién aprendido, como dando a entender que su conciencia, que su entera persona no podría nunca ponerse en contacto con realidad más inigualablemente extraña, más irrepitiblemente alienígena. Según mis cálculos se habrían necesitado años y años de aprendizaje convencional, quiero decir, de asistencia a clase, etc., para que nuestros amigos alcanzasen cierta suficiencia en la lengua alemana.

Una tarde necesariamente de fin de semana o de miércoles me hallaba yo con el guatemalteco; con Rubén el nicaragüense, y con la boliviana Emmy y surgió la idea de pasar a Austria, probablemente hasta Linz, por dar una vuelta o por alguna de esas vagas, imprecisas y suficientes motivaciones en circunstancias así. Muy bien. Yo tenía allí mismo mi coche y los cuatro llevábamos nuestros documentos acreditativos encima. Así que nos dirigimos al paso fronterizo de Passau. Llegamos a la zona demarcada. Nos piden los pasaportes y se detienen morosamente con los de mis tres amigos: El mío me lo devuelven inmediatamente. Ya expliqué al lector que una o dos

semanas atrás había hecho mi primer (y único) viaje a Linz, y que en lo referente a papeles todo estaba en regla. En esto de la comprobación de pasaportes nos tiramos una hora y cuarto según registran mis notas. Sin embargo nos dejan *salir*, por así decirlo, de Alemania y penetrar unos metros más adelante en terreno austríaco. Allí otro aduanero policía, también dentro de un impecable uniforme, nos informa que a los guatemaltecos y nicaragüenses [y obsérvese, *no* a los bolivianos] les hace falta visado para entrar en Austria. Repito: Cosa curiosa, ningún problema por lo que parece con los bolivianos. Regresamos a la parte alemana de frontera y allí, algo así como si hubiesen querido ir dándonos las propinas, los castigos en dosis escalonadas, ¡les dicen ahora que los pasaportes del guatemalteco y del nicaragüense tenían caducados sus sendos permisos de residencia en Alemania! Yo empecé a ver en todo aquello un barullo cuyo común denominador se me apareció con dramática crudeza, a saber: Que si a mí, como español y europeo, me dispensaban en este respecto los miramientos legales que el concierto entre nuestros países demandaban..., a los centro y suramericanos los miraban con la cuota esperable de desprecio que se suele esgrimir por un colectivo rico y pudiente respecto de ciertas naciones de ínfimo rango a escala global. La humillación y el desapego más cruel se estaba produciendo allí, a nuestras expensas, sobre todo a expensas del nicaragüense Rubén y del guatemalteco. Pero la desconsideración más deshumanizada radicaba en el hecho de que los aduaneros alemanes estoy seguro que conocían de antemano todo aquello; que los muy cerdos, después de retenernos “en Alemania” durante hora y cuarto, nos permiten “salir” de Alemania y pasar, si no a Austria, por lo menos a su espacio correspondiente de frontera, para que allí los austríacos ya, bien recuerdo esto, mirasen despectivamente los pasaportes de nuestros amigos, se los devolvieran con gesto agrio, con la única apostilla de un seco “¡Sie brauchen visa!”. Ya en la parte alemana de frontera de nuevo, y descartando el efectuar excursión ninguna a Linz, los muy cabronazos de los policías nos sientan a rellenar un formidable montón de formularios, como si nuestra existencia de súbditos civiles

comenzara en ese momento..., como si hasta ese momento no constara nuestra identidad, nuestra corporeidad. La pretendida excursión a Linz es obvio que no sólo ya no es practicable, a tenor del retraso que está suponiendo todo esto, sino que ha sido la ocasión de que estos tíos alemanes del puesto fronterizo de Passau con Austria se ceban con nosotros. Es de justicia señalar aquí que, ¿puedo decir?, por suerte, nuestra adscripción al Goethe es nuestra mejor garantía de identidad y de protección. Una comprobación de rutina por teléfono al Instituto, en cualquier momento, basta para que respondan por nosotros. Además, tenemos buen cuidado, yo sobre todo, en precisar el lugar donde nos hospedamos. Recalco que mis patrones son los Zieske, etc., etc. Una verdadera lata y una pérdida de tiempo. Pero normalmente, ya se sabe, las penalidades se convocan por simpatía, se reúnen. Cuando ya parece que la tanda de preguntas, de formularios rellenos, de inspección de pasaportes... ha terminado, uno de los policías que está junto a mi coche indica algo sobre las ruedas traseras, quiero decir sobre las gomas, las cubiertas. Están con el dibujo algo desgastado y no vendría mal cambiarlas, cosa que me parece muy bien y que estoy dispuesto a hacer de inmediato. Pero resulta que ya por entonces en Alemania conducir así un coche atenta frontalmente contra las leyes de la "Sicherheit" o seguridad, y se penaliza con un multazo. Ahora sí que me fichan a conciencia. Ahora soy yo el que sufre el acoso inquisitorial sobre todas mis particularidades, sobre todos mis papeles. Más formularios y más preguntas, tanto sobre la situación generada por la sanción que... parece que me han impuesto, como por mi status general concerniente a... ¡prácticamente todo! Las pesquisas que me dirigió un policía gordo, sonriente y bonachón de apariencia, pero implacable e inflexible el muy hijo de puta, eran de tribunal militar. Aquí sí que tuve ocasión de recalcar mi afectación al Instituto y mi alojamiento con los Zieske, por si antes no había quedado del todo explicitado. A modo de pliego de descargo sobre la marcha intento yo aplacarle diciendo que me parecía extraño que al entrar en coche en Alemania, al cruzar la primera frontera, no me hubiesen proporcionado un



“manual del viajero” o folleto de instrucciones relativas a cualesquiera particularidades sobre las ordenanzas y leyes del país; lo cual era rigurosamente cierto: a mí nadie me había entregado ningún *vademécum* o cosa por el estilo al entrar en suelo alemán, y aunque no podía negar que mis cubiertas requerían cambio, una cosa era aplicar el reglamento y otra ser un puro cafre. Con todo, les prometí que al día siguiente tendría yo sumo gusto en venir a visitarles con las ruedas nuevas... para que pudieran constatar mi diligencia y mi deseo de reparar y aminorar en lo posible las consecuencias, si las hubiere, de mi contravención de sus leyes. Y en efecto, al día siguiente puse manos a la obra. Se lo comuniqué a Herr Steffens el cual, al tiempo de encarecerme tener mucha prudencia con la policía, en el sentido de no llevarles la contraria, ni de palabra ni de gesto..., me recomendó el mejor lugar para la reposición de neumáticos de todo Passau, el establecimiento “Schwarz” (Negro) donde, además, pagaban algo por las cubiertas viejas entregadas. Probablemente aquel detalle de Herr Steffens, aunque no pasara inadvertido para mí, fue más tarde cuando vertió todo el caudal de su significación. En definitiva apuntaba a la competencia de nuestro ‘profe’ como hombre, por un lado; y como perteneciente al Goethe Institut, por otro. Como hombre, su consejo taxativo de que tuviera templanza e hiciese de tripas corazón con los de la policía evidenciaba a todas luces que me habría observado algunos de mis ademanes subitáneamente destemplados quizás, y el hombre se aprestaba a atajar posibles disgustos ocasionados por mi forma de ser, y en vistas de la circunstancia. También, su recomendación técnica de montar mis cubiertas donde me dijo, sin lugar a dudas un sitio donde ví que trabajaban con prontitud, con eficiencia y a precios competitivos. Y al mismo tiempo, como perteneciente a una institución tan preeminentemente representativa como el Goethe, Herr Steffens con toda propiedad desplegaba su responsabilidad de, .... cómo decirlo, educador, guía, o lo que fuera, aunque en mi caso y en razón de mi edad y de mi status académico, la cosa habría que ponerla entre comillas. Aquellos detalles de Herr Steffens agrandaron más si cabe el aprecio que yo dedicaba a su

persona y me evidenciaron la competencia de todo tipo que en él se albergaba. El mismo día en que cambié las ruedas, que fue el siguiente al de la multa, me fui por la tarde, al final de las clases, al puesto fronterizo. No estaba el policía que con más saña se había encargado de ficharme y empapelarme. Sin embargo el asunto empezó a darme una verdadera mala espina cuando un compañero suyo me hizo ver..., con la elocuente y reiterada letanía de “¡Nichts zu machen!” (“No hay nada que hacer”) que la cosa no tenía remedio porque los muy cabrones se lo habían tomado a pecho, quien fuera, y no estaban dispuestos a retirar la denuncia ni la sanción. Ahí me di cuenta con furia reprimida y biliosa que aquel gordo y cebón policía, hijo de quince padres por lo menos, se lo había tomado como algo personal, y que no entraba en sus cálculos, como digo, ni retirar la denuncia ni mucho menos, y sobre todo, dejar de cobrar los sustanciosos ciento y pico de marcos que entrañaba la sanción, una pequeña fortuna, por mucho que yo en aquel instante pudiese hacer frente al desembolso de ésa y prácticamente cualquier otra cantidad. El tema hizo que mi conciencia diera un vuelco y se preparara para lo peor. Lo malo, la tanda de preguntas, los formularios de tipo inquisitorial, las pesquisas enojosísimas... eran o habían sido sólo el comienzo. Ahora en el orden espiritual era como –tal lo veía yo– si estos cerdos de policías quisieran desacreditarme ante el Goethe Institut, y ante los ojos del matrimonio Zieske, cuestiones ambas de una transcendencia desconocida para mí sólo unas cuantas semanas antes, pero que con el paso de los días y con mi progresiva incardinación en el ambiente académico y familiar había llegado a formar mi alteridad más valiosa, lo mejor que yo podía esperar de los demás, de aquello que se hallaba fuera de mí mismo.

Bien. La prueba de haber cambiado las cubiertas *inmediatamente* después de recibir la amonestación bastaría entre gente “normal” para olvidarse de todo el tinglado. Pero aquí no era eso, en absoluto. Al día siguiente, es decir, dos días después de la fallida excursión [y no olvide el lector, un día después de haber puesto las ruedas nuevas y haber ido a enseñárselas al puesto fronterizo]..., al

día siguiente, digo, al entrar en el Instituto por la mañana veo un coche de la policía estacionado en el patio, con el aduanero gordo y cerdo de paisano dentro. Me estaba esperando con más papeles para rellenar. Se trataba de la formalización definitiva de la multa, y de la especificación del medio de pago. Repito: Aquel tío cabronazo se lo había tomado... como haciendo depender de aquello su carrera y su escalafón en su cuerpo. Nunca creo haberme sentido más atropellado en mi sentido de la justicia y de la equidad, pero como lo había reflexionado con determinación, le dije que yo no disponía de dinero allí, puesto que mi curso del Goethe lo había pagado con un cheque contra mi banco canadiense, cosa facilísimamente constatable con tan sólo entrar en el edificio que tenía enfrente, allí mismo enfrente. Le dije que le podía dar un cheque, pero que en todo caso me precisarían cuándo o hasta qué fecha se extendía el plazo para satisfacerles la multa, en caso de que lo pudiera reunir en efectivo, “cash”. Se trataba de ganar tiempo. Estaba decidido yo a no pagarle a aquel hijo de mil padres, y creo que me salió bien el esquema y los instrumentos de mi gesto y de mi actitud –siguiendo el consejo de Herr Steffens– con que me comuniqué con el seboso y cerdoso policía. Éste me dice que tal día es el plazo, y yo le aseguro que iré personalmente al puesto fronterizo. Faltaban dos semanas para que se acabara el curso y la fecha tope para hacerles efectiva la multa, en la modalidad que fuere, vendría a caer, más o menos, seis o siete días antes del fin absoluto de mi estancia en Passau, o sea, del momento en que saliera de Passau. Así que jugué mis bazas, animándoles, además, a que se cercioraran de que, efectivamente, yo había satisfecho el importe de mi curso mediante cheque librado contra un banco canadiense. Por supuesto en aquella conversación que sostuve con el gordo cabrón aquel insistí en que mi status en Passau... era el de estudiante, por mucho coche Mercedes que llevara..., cosa, dicho sea de paso, que desmentía con obviedad mi falta de recursos; que constituía un factor, de signos externos que malamente se avenía con la pobreza concreta que decía yo concurrir en mí en aquel “allí” y “entonces”, específicamente afectado al pago de una multa. Llegó el plazo..., y me personé en la

frontera. Había quedado en verme con el policía a tal y tal hora. Para entonces el cacho cabrón ya se habría comunicado con el Institut, cerciorándose de los extremos que yo le había encarecido. Le hice entrega del cheque por valor de los ciento y pico de marcos, un equivalente a unas 40.000 pesetas, de 1997 en que estoy escribiendo esto. No recuerdo si ni siquiera me dio un recibo. Supongo que sí. No conservo nada. Sólo sé que al ver yo que el pago de la multa era inexorable, y que nada hacía indicar que la policía fuese a echarse atrás..., visto todo ello, digo, la tarde anterior había dejado preparada una carta urgente a mi Banco de Canadá con instrucciones precisas sobre el cheque, su número de serie, etc., etc. rogándoles que no lo hicieran efectivo bajo ningún concepto, alegando yo el concepto de “police brutality” y coacción sin posibilidad de defenderme; en definitiva, lo que las autoridades de mi Banco canadiense mejor entendieran como razón suficiente para no hacer efectivo el importe de los ciento y pico de marcos en su equivalente en dólares. Por los motivos que fueren yo estaba seguro de que una comunicación de ese tipo tardaba un mínimo de diez días, no puedo ahora dar explicaciones, pero el caso es que lo sabía. Además, mi supuesto no implicaba la vulneración de ninguna norma, como podría ser firmar un cheque sin fondos. Creo que la figura con la que hice frente a los cerdos aquellos fue acertada: Enviar un cheque absoluta e impecablemente legal, pero dar contra-orden con fecha *formal* posterior a la indicada en el cheque, de que no se hiciese efectivo su importe por las razones aducidas de coacción, brutalidad, etc., etc. Para adelantarle al lector la solución de este pequeño acertijo, le descubro aquí que, según yo advirtiera respecto de mis cuentas, aquel cheque no llegó a pagarse nunca. Y ahora sigamos con el relato sin resistir la tentación de confesar que a partir de aquel incidente le dí vueltas a la cabeza intentando fraguar el esquema, o un conato de esbozo de una historieta, o cuento largo, o novela corta, o apólogo respecto de un hijo de puta de policía aduanero fronterizo que se ilusionó sobremanera con el cobro de una multa. El texto había pensado que hasta podía comenzar así: “Érase una vez un señor gordo

y muy cabrón, obcecado y deseoso imparablemente de aplicar el reglamento.....”, etc., etc. Huelga decir que hasta el momento mismo de marcharme de Passau y sobre todo de salir de Alemania mi conciencia soportó una considerable cuota de zozobra, anticipándome inexistentes celeridades en lo que respecta al hecho de que mi Banco recibiera el cheque desde la Policía; recibiera también mi carta, y notificara a la Policía la inviabilidad de satisfacer el dinero, etc., etc.

Pero la vida seguía y había que apurarla. Con los Zieske mi amistad y mi compenetración iban en aumento. Un día Frau Zieske me invitó a cenar, así, en plan monográfico. Se hallaba en casa sola y preparó para mí unos estupendos macarrones, además de abrir una botella de vino. Mi alemán se iba soltando por momentos y ya podía ensayar yo frases de elogio y de técnica conversacional entre lo cortés y lo espontáneo. Luego me enseñó algunas interioridades de su casa, como el despacho de su marido, de una de cuyas paredes pendía enmarcado un diploma o título en latín, relativo a su condición de doctor veterinario. Frau Zieske se quedó pasmada –y así se lo comentaría en otra ocasión a Herr Zieske en mi presencia– de que yo leyera el latín normalmente y que lo entendiera en su casi totalidad.

Las fechas seguían avanzando y tuvo que ser en el fin de semana siguiente o inmediato al de la invitación a la cena de macarrones y buen vino de Frau Zieske cuando su marido me participó que quería hacer una pequeña excursión a comer a Schärding, y que le gustaría que fuera yo con ellos, cada cual en su coche. Le dije que si podía llevar conmigo a alguna compañera del Goethe y de esa forma habría más posibilidades de novedad en la conversación. Aceptaron encantados y así se lo dije a las japonesas Tamiko y Toshimi que igualmente aceptaron. El espíritu de entendimiento y confianza entre mis patrones y yo había alcanzado esas cotas entre las que, prácticamente, se puede hablar de todo. Así lo percibí. Ya en Schärding, y sin que yo les dijera nada, naturalmente, sobre mi tropiezo con la policía, Herr Zieske me aseguró que la frontera con Austria en Passau estaba a cargo de... [hizo un gesto de

melindrosidad negativa, de esos que dejan adivinar cualquier tipo de dificultad]... a cargo de policías... un poco cabrones, para entendernos; y que sin embargo la de Schärding era más expedita. Desde luego que pude comprobarlo. ¡Menudo salvoconducto ir con un hombre así! Dio las explicaciones que fueren, todos los aduaneros le saludaron afablemente y ni siquiera nos tomaron los pasaportes para verlos. Sólo con saber que íbamos juntos y que estábamos en el Goethe fue suficiente para que nos dejaran circular sin ninguna traba tanto alemanes como austriacos. ¡Hay que ver –decía yo para mis adentros– lo fácil que resultan las cosas si acometidas en el tiempo y forma apropiados! ¡Ójala hubiera yo sabido el pequeño teje maneje de las fronteras! Los 18 kilómetros de carretera en territorio alemán desde Passau hasta Neuhs, para cruzar allí mismo a Schärding, se podían dar por bien recorridos, con tal de evitar la escrupulosidad antipática de los señores del otro cruce. Pero no solamente eso. Al decirle yo a Herr Zieske que había estado en Linz una sola vez, en plan turista, etc., me dijo que en todo caso la ruta correcta... “Wie Autobahn” –¡qué bien lo recuerdo cómo me lo recalció!– la carretera mejor con mucho era la que arrancaba de Schärding [cosa que yo podría comprobar unos días más adelante]. La excursión resultó estupenda. Comimos en un restaurante conocido y del agrado de los Zieske. Él, hasta se permitió seguirme la corriente en lo de llamar ‘porcelana’ a las japonesitas que en realidad parecían un par de muñecas comiendo, sin rechistar. Tamiko sobre todo, cuando sonreía, cerraba los ojitos, como digo, exactamente igual que una muñeca. Luego, después de comer, nos dimos un paseo por una especie de bosque cuidado, como lo está todo lo relativo a la naturaleza en esos sitios. Tamiko era estudiante avanzada de historia en Japón y para regalo de mi espíritu me habló de ciertos aspectos de España y de la “Armada invencible”. El regreso a Passau, sin incidentes. Los Zieske agigantaban cada día más si cabe su figura de próceres, de gente con sensibilidad y cultura. Al día siguiente en el Instituto, Tamiko y Toshimi me abordaron y, con el dinero en la mano, me declararon su intención de pagarme la comida del día anterior, en una cantidad que estoy seguro que habrían

calculado y acordado justamente. Cuando las dije que no, que yo las había invitado por mi cuenta, y que si no se lo había dado a entender, que me disculparan, puesto que tal había sido mi intención desde el principio, etc., etc., las dos criaturas se deshicieron en cumplidos conmigo, mediante dobleces de la visagra de su torso y de su cuello. Preciosas chavalas, tan suyas, tan diferentes, ¡tan japonesas!

Había una chica, algo corpulenta, más bien investida de exuberancia joven, algo retraída, quiero decir, silenciosa. Se trataba de Cristina, nacida en Francia de padres franceses pero habiendo vivido casi siempre en Venezuela o... lo contrario, nacida en Venezuela... El caso es que tenía doble nacionalidad, doble pasaporte, y era natural y perfectamente bilingüe. Parece que en cierto momento ya avanzado del curso se hicieron amigas Emmy la boliviana y ella, y un buen día que coincidí con ambas quedó soldado nuestro buen entendimiento. No sé a través de qué instancias, el caso es que las chicas, por asistir a una iglesia católica de allí, habían sabido de la existencia de dos seminaristas españoles que estaban estudiando teología y lo propio del sacerdocio, sólo que “en alemán”. Un día subí con Emmy y Cristina al convento-residencia donde nuestros amigos nos habían invitado a merendar. Recuerdo aquella “soirée” como una de las más divertidas, apacibles y transparentes de toda mi estancia en Passau. Imposible recordar sus nombres. Nuestros amigos se dieron maña en “fabricar” una estupenda velada a base de una prolongada merienda. Si añadimos a ello la música de que disponían allí con sus aparatos y sus discos, y la conversación cambiante, viva, que no dejó de fluir en todo el tiempo, subrayo la especial complacencia que me supuso la tarde en el convento. A uno de ellos le encantaba la canción aquella de la jiennense Karina, “Colores”. Por supuesto que no se tocaron temas de fácil escabrosidad, o que hicieran articular su incumbencia en lo que se ha dado en llamar “de media cintura para abajo”. Pero si hago hincapié en un pasaje tan aparentemente falto de... garra es porque quiero a toda costa significar que se trató de uno de los más celebrados encuentros con el que yo especialmente disfruté. El alma no es posible que esté en pie de guerra, respecto de ciertas realidades,

en mi caso, tal vez, la búsqueda y detección a ultranza de la hembra, siempre, siempre. A veces se nos presenta un oasis de recompensas más sutiles, menos escandalosas, pero asimismo atesorables y gratas. No se olvide que estamos en 1972 y que la versión de catolicismo “a la española” representaba las formas, los planteamientos y hasta las consecuencias más negras, más irracionales y, lo que es peor, más alejadas de lo que en puridad significaba el mejor ecumenismo, la más persuasiva catequesis dentro de las cualesquiera normas canónicas. Otro día, al ir a buscar a nuestros buenos amigos los seminaristas españoles para despedirnos de ellos, observamos que en la comunión de la misa los fieles potestativamente podían recibir la oblea en la mano; quiero decir que el sacerdote oficiante se la dejaba allí, y ellos a su vez se la llevaban a la boca normalmente. Ponían la mano, una cualquiera de ellas, o las dos, en forma cóncava, a modo de hoyo. Durante la misa una banda de música interpretaba una marcha abolerada, con ritmo a medio camino entre el pasodoble y el “quick-step” británico. Acabada la misa, y cosa curiosa pero deportivamente agradable, el cura las regaló a Emmy y a Cristina 20 DM a cada una para que se los gastaran, supongo, a su salud y a la salud de todo lo que el buen cura defendiera. Fue un gesto natural y muy simpático que a muchos españoles seguro que les habría parecido extraño. Pero nada más lejos de ofender la dignidad de nadie: Aquello –nos dijo claramente– nada tenía que ver con las limosnas, a todas luces y en todo caso fuera de lugar; era un acto de liberalidad espontánea. Bueno, pensé yo, vamos a tener que decir: “Deutschland is different”. Como yo había pasado tan largo tiempo en América del Norte me había percatado de que la religión católica era en todas partes, menos en España, una opción que los interesados en ella tenían que presentar atractivamente, compitiendo con otros productos. En todo supuesto aquellas mostraciones, aquellas formas de catolicidad alemana me agradaron sobremanera y dejaron mi alma en la mejor de las disposiciones respecto de aquellos que tan bien administraban sus presupuestos. En un folio de esos alargados, una de cuyas caras la ocupan canciones a ciclostil [que con toda probabilidad llevaría yo al



Goethe con el fin de hacer patria a través del cante] conservo unas reflexiones vertidas seguramente como reacción a alguna noticia sobre mi contencioso con mis compañeros de viaje al Sahara, en lo relativo a gastos y responsabilidades. Por no perturbar la expresión genuina de mi estado de ánimo entonces, transcribo literalmente:

“Ya no es hora de dar opiniones sobre el tema de nuestro pleito del viaje al Sahara. Buenos estaríamos si se tratara ahora de que yo diera mi opinión, el otro la suya, y el de más allá la suya. Yo no doy opiniones ni versiones sobre el resultado de unos sumandos o multiplicandos. Lo que se produce debajo de la raya aritmética no es opinión sino consecuencia necesaria. En el pleito de marras ya se han organizado los sumandos, o los multiplicandos, o los dividendos o divisores, lo que sea; y se ha trazado la raya también hace mucho tiempo. Y el resultado, bien a la vista de todos, no es cosa de opinión ni de majaderías gratuitas, sino algo congruente con lo que la ley y la proporción han fijado desde que el hombre mea. Así que una vez más no se trata de dar opiniones sino de entender de aritmética”.

Supongo que tal declaración de principios justificaría mis exigencias emocionales entonces y que aquello fue mi más rotundo finiquito.

El último día de nuestro curso, técnicamente hablando, era el 29 de junio; o sea, el último de los “de pago”. Pero claro estaba que las clases acababan dos jornadas antes: Según el calendario real el día 28 por la mañana se celebrarían los exámenes; el 29 se dedicaba a la entrega de certificados, después de lo cual no quedaba por hacer nada de nada; simplemente que por pasar la noche del 28 y amanecer el 29, este día contaba materialmente como último, y en el que los estudiantes tendríamos que dejar “para las doce del mediodía” los lugares de alojamiento... Una de aquellas tardes Herr Zieske me hizo una fotografía de perfil, sonriente yo y en “mi cuarto”, enfundado en el jersey de lana beige que me hiciera Isabel Toledano, la mujer de Fernando Garcés. Es la foto mía de la que más reproducciones he sacado, con mucho. Una típica foto de aficionado experto, con esa

maestría suelta y suficiente, capaz de producir resultados magníficos, acabados sin tacha. Esa foto ha viajado por dondequiera las andanzas del corazón mío han generado en otras personas las dosis pertinentes de concernimiento como para reclamar de mí un recordatorio visual, la típica cartulina. [El detalle no deja de ser curioso: No podía hacer *frío* allí y entonces, aunque mi habitación gozaba como de un permanente frescor de umbría. Lo de ponerme el jersey acaso se tratara de una instrucción del fotógrafo con el fin de proporcionarme “más cuerpo” a mí y más empaque a la foto]

Los acontecimientos iban ya cuesta abajo, gestando velocidad y dirección. Fue entonces cuando comenzó a cobrar vigencia en mí la idea de materializar mi deseo de saludar a la familia de mi amigo greco-canadiense Konstantin Lafkas. En realidad sólo hacía algo más de un año que había salido yo definitivamente de Canadá. Cuando ello pudiere haber sido, se trataba en todo caso de que Konstantin me había señalado perfectamente, sobre todo en el mapa de mis aventuras espirituales, la realidad de su familia, que vivía en Kyparissi, en el sur de Grecia, en la península del Peloponeso. Lafkas sabía de sobra que los veranos míos en Europa adoptaban la modalidad de los viajes..., y que Grecia estaba aún como “terra incognita” en el espectro de los ámbitos por donde adentrarme. Aquel muñon de idea cobró cuerpo, diseño compacto en cuestión de un par de días. Tenía tiempo y dinero más que suficientes, y mi coche a punto. Se trataría de llegar a Kyparissi como punto final y más lejano de mi recorrido, y por el mero hecho de llegar a tal sitio, unos cuantos países más quedarían incorporados a la textura de mis vivencias. Las únicas opciones eran hacer el camino de ida y de vuelta por la misma ruta básica; o sea, todo por tierra. O como única variante, saltar desde Grecia a Italia en barco y seguir ya normalmente por carretera. La venezolana-francesa Cristina me había dicho que ella debía estar en Clermont-Ferrand (Francia), en casa de unos parientes, pasado el Goethe, y yo simplemente la dije que mis planes eran los de viajar hasta Kyparissi; que tenía *necesariamente* que volver por Francia y que la podía dejar, si no en el mismo Clermont-Ferrand, ya que se

hallaba bastante en el centro del país, sí en algún punto de la ruta del Sur que yo muy probablemente habría de seguir hasta España; y una vez allí podía coger, bien lo sabía ella, cualquiera de los muchos y estupendos trenes; que lo pensara porque en los dos días siguientes se decidiría todo; que estuviese lista si quería venirse conmigo, y que lo único que la pedía era que se llevase cantidad de carretes fotográficos, puesto que ella andaba siempre con máquina sacando instantáneas. ¡Wow!, dijo la boliviana Emmy que estaba allí también cuando le participé a Cristina mi plan. ¡Menuda ocasión de hacer un magnífico viaje gratis! Porque después de pensarlo vi que al no tener yo problemas de dinero, Cristina me podía acompañar y hacerse cargo de toda la logística fotográfica del viaje. Así quedamos. El día 28 me fijé en lo buenísima que estaba la moza camarera que nos servía el desayuno en el Goethe. Su busto había adquirido a los ojos míos una conformación modélica, una bipartición esplendorosa. Estuvimos toda la mañana de exámenes, en un ambiente mitad protocolario, mitad distendido y amistoso. El primero fue escrito, sobre unos textos que había que rellenar y completar; luego siguió otra prueba con auriculares, sobre una historia que escuchábamos y de la que teníamos que dar cuenta también por escrito sobre unos patrones de comprensión y de opciones posibles sobre lo que habíamos oído. A continuación tuvimos el examen oral o conversacional en el que Herr Steffens, junto con otro profesor (en mi caso, profesora) nos hacían preguntas cuya respuesta correcta requería inevitablemente el uso de tal o cual locución, de tal o cual modismo. Tuve la impresión, por lo que dije y por los ademanes de mis examinadores, que... por lo menos había aprobado. Cualquier otra valoración por encima del aprobado sería por añadidura. El Instituto había informado que todos aquellos que no pudieran estar físicamente presentes en la entrega de los certificados de notas al día siguiente, o sea, el 29 de junio, que lo recibirían en sus domicilios nacionales, cualquiera que fuese el país de que se tratara. No había, pues, por ahí problema. Cristina se hallaba cursando la primera mitad del curso básico; así que no necesitaba exámenes. La dije que yo no me quedaba a recoger el certificado, y

que ese mismo día 28 estuviera dispuesta para salir de Passau y de Alemania. No recuerdo..., pero necesariamente tuvo que ser a primera hora de la tarde. Nada más levantarme ese día 28 arreglé el poco equipaje que tenía, lo bajé al coche, todavía sin dar explicaciones a nadie. Luego me fui al instituto a examinarme. Me suponía que mi súbita partida iba a producir extrañeza a Frau Zieske, sobre todo, pero no podía andarme con melindres. Parece como si la sombra del bestia del policía fuese a envolverme de un momento a otro, y me decía a mí mismo que podía ser cuestión de un día para que se produjera el aviso de que no iban a pagar mi cheque. Hacía yo cuentas imaginarias. Pensaba que saliendo a tal y tal hora por la frontera de Schärding, por supuesto, aun en el caso de que en el reparto del correo de ese mismo día llegase una de las cualesquiera formas de notificación postal o telegráfica desde Canadá... ¡!, yo ya estaría fuera del país, y disparates estrambóticos por el estilo...

Frau Zieske se quedó desolada y perpleja al decirle yo que me iba inmediatamente, ya que mi alemán era por entonces suficientemente bueno para ensayar construcciones de cierta complejidad. Me preguntó la mujer que... por qué tanta prisa –bien lo recuerdo: La de veces que empleó la palabra “schnell”. La dije lo mejor que pude que las cosas se habían sucedido de tal y cual manera. Bajamos a despedirnos de Frau Kässmayer: La vi preciosa y jovial. Por supuesto comuniqué a ambas que había terminado bien mi curso; que las notas me las mandaban a casa; que viajaba hasta Grecia a visitar a la familia de un amigo mío..., que “es freudet mich sehr sie kennengelernt zu haben”... Subimos a decir adiós a Herr Zieske, el cual me dijo que yo era uno de los “nettest”, o sea, *civilizados, educados, amables*, pupilos del Goethe con el que él se había topado. Me dio un fuerte apretón de manos, hizo una reverencia para poner un segundo después firme toda la corpulencia suya, y se metió en sus habitaciones. Frau Zieske me abrazó y me besó en ambas mejillas y echó unas lagrimitas. Nunca lo hubiera creído. No puedo aducir pruebas pero tengo la impresión de que aquella mujer no lloraba probablemente desde la guerra. Salí del patio, de la casa, recogí a

Cristina en la suya y nos encaminamos a la frontera de Schärding.

Salgo de Alemania con el corazón en vilo. El fantasma amenazante de la multa, de la policía y sus consecuencias ha ensombrecido en buena parte el humor mío de los últimos días. Austria es como estar en casa. Alcanzamos la autopista por Wels y nos dirigimos a Viena. Yo conocía ya la capital austriaca desde el viaje que hice en la primavera de 1967 con mi padre y el matrimonio Garcés, después de recoger en Stuttgart el coche en que ahora estaba rodando. Así que no nos detenemos. Nuestro lema, que yo he recalcado en Passau, es parar lo menos posible. Hay que llegar a Kyparissi en la menor cantidad de días, y para lo cual hay que atravesar cuatro países. Una vez en el punto de destino, como aclaré, se pueden echar cuentas y decidir sobre el regreso de la forma que mejor convenga. Así que circunvalamos Viena y nos dirigimos a la frontera húngara. Tenemos la zozobra de los pasaportes por las tonterías que le dicen a uno sobre estos países así llamados filocomunistas. Los policías-aduaneros de la frontera son tipos flacos vestidos de kaki y de color verdoso, pero simpáticos. Al preguntarnos que si tenemos visados nos pensamos lo peor. Pero es, en realidad, una pregunta simplona de pura indagación informativa que quiere únicamente decir: “Si no tienen Vds. visa por no haberlo sacado con anticipación, lo sacan ahora y asunto arreglado”. Cuestan 16 DM cada uno. El cambio del *forint* en ese momento es de 26,77 para el \$ tanto USA como de Canadá; y de 8,30 para el marco alemán. Permanecemos en la frontera una hora entre pitos y flautas: Rellenamos los formularios, pagamos la visa, recogemos el pasaporte, nos registran un poco el coche..., pero todo normalmente, sin la menor impresión de disgusto por parte de nadie. El mito de la dificultad es una bobería. Cristina lleva dos pasaportes, venezolano y francés. Hay donde elegir.

Salimos para Györ ya de noche. Las carreteras son medianas, tirando a regulares, tirando a malas. Subimos en el coche a un muchacho auto-stopista que sólo hablaba húngaro pero al que le

sonaba la frase “I love you”, el nombre de los “Rolling Stones” y cosas así. Győr, la ciudad donde estamos y que parece ser el punto de entrada obligado en Hungría para los que vengan de Viena, es la sexta ciudad del país y tiene 75.000 habitantes. Un señor en plena calle nos indica un hotel. Se llama “Raba” pero se pronuncia *rabo*. Se habla de todo: En el restaurante, al no entender húngaro pedimos Cristina y yo la carta en alemán como nuestra tabla de salvación, y todo en razón de la ley de las comparaciones. En el hall del hotel de pronto se desprende del techo y queda medio colgando una pantalla de cobertura de los tubos de neón: Un “bellboy” me mira sonriente, como diciendo: “Que estamos en Hungría, amigo mío”. La gente viste con sobriedad. Uno de los productores que ví allí también, en el hall del hotel Raba, llevaba una especie de sandalias de color verdoso, sencillamente feas. Otras gentes que por allí deambulan, como si también se alojaran, van vestidos con semi-monos, trajes de trabajo. Supongo que esto es uno de los exponentes de la camaradería comunista. Todo es tosco. De vez en cuando, algún pinito: Aquí y allá, en las paredes, se ve la publicidad, sobre todo de los aspectos turísticos: “vuele por Maliv”; planos pictóricos de Hungría resaltando sus particularidades. Lo que más se oye... ¡es alemán! Las chicas, mayorcitas algunas, que transitan por el vestíbulo, con una especie como de uniformes, tienen pinta de ‘funcionarias’, es algo que se ve en la cara. La cena es mediana: Un pescado con raspas por todas partes, para mí; y una carne, sin carne, para Cristina, que tuvo que matar el hambre con pan y queso que nos habíamos traído. La cerveza es buena. El refresco ‘Spezei’ en húngaro se convirtió en un vinillo blanco con agua de burbujas o con gaseosa. Me quedan ganas hasta de pensar en que con la mitad de la multa que ya con toda seguridad voy a ahorrarme, estoy pagando con holgura los gastos de un día de viaje y estancia enteros en Hungría. Me produce delirios de gozo pensar en la reacción de estupor que va a experimentar el cerdo cabrón del policía cuando le comuniquen la inviabilidad del cheque. ¡Me cago en sus muertos un millón de veces! La palabra “piso” de hotel o planta se dice en húngaro ‘emelet’, casi igual que tortilla. Ya he visto un mapa pictórico-gráfico en francés y

en inglés, con detalles también sobre las más sobresalientes características de Hungría. La habitación que nos dan tiene inevitablemente... ruido. Todo es muy rústico en el cuarto de baño: El asiento del inodoro, de madera tosca; el papel higiénico está dentro de una caja también de madera y es, asimismo, bastísimo a standards occidentales. Las sábanas, igual que luego veríamos en Yugoslavia, están dobladas hacia adentro en forma de rombo en su parte de arriba o embozo. Yo no pude pegar el ojo... La tensión del viaje, las emociones que se esforzaban por ordenarse... Descansé lo que pude. Eran las 05:30 am. y la calle ya estaba llena de gente dirigiéndose a sus lugares de trabajo. Miré por la ventana: No olvidaré el estrujón de rareza y de orfandad espiritual que me produjo ver a toda aquella muchedumbre, todavía a oscuras, con una pobrísima iluminación en las calles. Se trataba de uno de los países de “detrás del telón de acero”, y esa denominación y la propia proclividad de mi alma a colarme por entre los ámbitos de otras almas me produjo un golpe de fijación, una parada en mi conciencia, como un reforzamiento de mis capacidades contristivas. Sentí que mi humanidad había crecido. Cristina, levantándose a las 09:00 va a dar ejemplo patente de holgazanería. En el hotel no tienen postales. Nuestro plan es hacer la próxima noche en Yugoslavia, así que hay que moverse. Tenemos que atravesar Hungría completamente, vía Budapest y Szeged, esta última ya junto a la frontera. Nos ponemos en marcha. Los camiones húngaros ocupan toda la carretera. Muchas de las casas en Hungría tienen un piquito de tejado a modo de flequillo feo. Cristina empieza a hacer fotos. La primera absoluta que tengo del viaje corresponde a un edificio como de viviendas, tipo casa-cuartel o algo parecido. Por todo el camino [pero sobre todo más abajo, en la frontera con Yugoslavia] hay mosquitos terribles. Llegamos a Budapest y aparcamos el coche. Se nos adhiere un chico joven que debió de pensar que... bueno, que por el hecho de ser nosotros extranjeros, podría él hacer de cicerone, solicitado o no. Sabía alemán, algo, y era también algo plomazo. Cantaba bien y hasta se decidió a emitir en inglés algún trocito sincopado de melodía moderna para que viéramos. El centro de

Budapest es alegre, y Budapest, con sus más de 2.000.000 de habitantes, atravesada y partida en sus dos mitades de Buda (arriba) y Pest (abajo) por el Danubio es una de las urbes más señoriales e imponentes del mundo. Sí, en el centro de Budapest hay movimiento. En el banco nos cambian hasta las monedas alemanas más ínfimas. Pero en el restaurante donde pasamos a tomar ya no sé si un desayuno muy tardío o una comida temprana, me dan la cerveza templaducha. Por la calle hace calor, algo pegajoso. Compramos unas cerezas para el camino, pero están malísimas. Salimos de Budapest hacia Szeged, con intención de penetrar en Yugoslavia por Subotica [la antigua Szabadka en húngaro, y Maria Teresiopel en alemán]. El tráfico es algo desordenado y por la carretera no se ven más que camiones compactos y fuertes, de aspecto militarizante, que, además, hacen muy difícil el adelantamiento. Los frecuentes carros tirados por caballerías yugulan la velocidad, obligando a los consabidos frenazos que me contrarían lo indecible. En mis notas tengo registrado: “Pasamos por delante de dos fábricas enormes, como de cemento o de productos químicos”, pero es una lástima que no tuviera oportunidad de consignar su localización.

En la frontera con Yugoslavia, muy dignos, no quieren dinero húngaro y hacen gestos de desprecio palmario. En cualquier caso lo empleamos casi sin valor en suplementar el pago del gas-oil para el coche. Ya lo sabemos, en el improbableísimo supuesto de regresar por Hungría: El dinero húngaro hay que gastarlo todo ahí porque fuera no vale nada, nada. En la frontera nos preguntaron que si esperábamos la visa, lo cual me dio a entender que efectivamente necesitábamos una. Pero no: A los pocos minutos nos devuelven los pasaportes con un sellito y sanseacabó. Este tipo de detalles son los que agradan la existencia. Siempre en nuestra idea de avanzar lo más posible, rebasamos Subotica y decidimos llegar a Novi-Sad donde, según nos dicen, hay un buen hotel, el “Varadin”. Así lo hacemos. Sepa el lector que si bien sobre las notas que fui tomando durante el viaje en los últimos días de junio y siguientes de julio de 1972, la redacción coherenciada de todo la estoy llevando a cabo en 1997; y que las



transformaciones geopolíticas, sobre todo y precisamente las acaecidas en lo que entendíamos por Yugoslavia, han sido muy significativas. En 1972 para alguien como yo viajando en coche bajo una perspectiva turística no se le hacía perceptible, por innecesario, que las partes de Yugoslavia por donde nosotros circularíamos serían las de Vojvodina, Serbia y por último Macedonia, regiones o provincias que con la disgregación experimentada por el país que tanto empeño tuvo el mariscal Tito en aunar, ahora se nos aparece cada una con sus particularidades, y una, Macedonia, sin ir más lejos, convertida en nación independiente de pleno derecho. En 1972 yo no podía prever nada de eso, ni siquiera ser consciente de que Novi-Sad era la capital de la región Vojvodina. Para mí [¡y qué voy a decir de Cristina!] todo era Yugoslavia. En efecto, el hotel Varadin de Novi-Sad es estupendo. Leo en un folleto explicativo, que se ha construido sobre una antigua fortaleza; o sea, eso que entendemos por Parador con arreglo a lo que España viene haciendo hace tiempo. Las escaleras, de mármol el piso y de hierro niquelado las barandillas, con un lujo sobrio y de buen gusto. El filo de los peldaños está como limado o con una tira granulada, como de lija, para evitar escurrirse. Parece que Yugoslavia mima el turismo, por lo menos en esta parte. La diferencia en infraestructuras hoteleras, cosmopolitas, con Hungría es pasmosa, a favor de Yugoslavia. Pero lo que merece una mención monográfica es la cena, una de las más abundantes y más disfrutadas de mi vida. No recuerdo lo que pidiera Cristina, pero yo sí que pedí un solomillo que aparecía en la carta, además de lo que fuere de bebida. El “maître” es un hombre pulido que sabe contestar en cinco idiomas las preguntas rutinarias del menester restauranero. Recuerdo que llegó el plato que encargara Cristina, y que yo me quedé esperando. Al corto rato veo al maître aproximarse con una enorme bandeja llena de variadas vituallas que va dejando en mesas cercanas a su paso desde la cocina. Me fijo sin querer, como por inercia indolente y curiosa, y veo resaltando en la bandeja, en uno de los vaivenes de dejada y subida que hace el “maître”... veo dos trozos de carne sin fijarme ya en más detalles e interpreto que ha habido también otro cliente que ha

ordenado el mismo plato que yo –un “sirloin steak” en inglés; un solomillo en español–, pero..., para pasmo y complacencia mía resulta que lo que yo creía doble ración es lo que corresponde a un solo solomillo; o sea, un solomillo, el mío, con dos succulentísimos pedazos generosos de carne. Aquello era disparatadamente reconfortante y hermoso. Brindé por el esquinazo al policía: Por la compañía de Cristina; por mi diploma del Goethe... en ausencia; por mi ausencia de casa. Brindé por todo lo que no confieso. Así que hoy día 29 de junio de 1972, último día teórico de curso en el Goethe Institut, estoy en este magnífico y providencial hotel de Yugoslavia, camino de Belgrado, camino de Grecia... En las habitaciones dan gratis papel de carta timbrado, de buena calidad, en el que allí mismo comencé a consignar notas, y también sobres azules. El cuarto de baño, bueno, sin llegar al standard del confort americano. La madera de las ventanas, bonita, y los cierres de hierro forjado. Las camas con un como dosel o palio por arriba, elevadas sobre una... también como tarima o plataforma. Tengo apuntado en mis notas: “El precio no parece caro: Dos personas; dos habitaciones con baño; dos cenas; dos desayunos... menos de 2.000 pesetas, equivalente a unas 14.000 de 1997, supongo, que todavía sigue siendo regalo. Hotel Varadin. Novi-Sad - Yugoslavia. Telex: 14-310 - Yu - HOTVAR. Tel. 46393. No he resistido la tentación de fijar, como reliquia emocional, la justificación, el registro empresarial, comercial, turístico, las tres cosas juntas, de aquel sitio tan espectacular, tan gratamente recordable. Es curioso: Una fotografía de Cristina, la única en cuyo reverso reza “Hotel: Novi-Sad (Yugoslavia)” recoge una especie de muralla gruesa, perforada por una boca de túnel, amplia, como de paso de vehículos. Sobre la muralla y encima del túnel destacan dos estatuas o efigies de venados, metálicas, como jugando o cabrioleando. Carezco de anotaciones referenciales, de leyendas interpretativas o aclarativas de la foto. Tampoco hace falta.

Encontramos a la ciudad de Belgrado algo destartada y sin indicadores. En Serbia los letreros están puestos en alfabeto latino y en cirílico también. La palabra “PUTA” leída en cirílico es

simplemente RUTA, carretera. Los cabrones de los mapas Shell marcan autopista donde sólo existe una vulgar calzada. El gas-oil en Yugoslavia cuesta menos que en otras partes. El tráfico no lo respeta nadie: Los camiones, dueños y señores de la carretera, circulan a velocidad endiablada. Los guardias de circulación en Belgrado van uniformados de blanco. Cristina, siempre desde el coche, hace una foto a lo que parece ser la fachada de una imponente iglesia o catedral gótica, con ventanales de madera y piedra, y balaustradas de arcos repujados formando en la cima una monumental galería. Me maravillan algunas de las notas que aparecen en mis papeles. Digo en una ocasión: “Tenemos curiosidad por ir a Albania y ver qué ocurre con este país aislado y postergado”. La geografía desde Belgrado hasta Grecia por nuestra ruta es bastante monótona. Más al sur un vientecito refrescante nos anuncia un paisaje algo más montañoso. Por los campos de Yugoslavia se ve mucho maíz sembrado; y muchos carros de dos y cuatro ruedas acarreando gente y cosas por los barbechos. Las mujeres que se ven por la carretera y las que hemos vista por las calles de Belgrado tienen un cutis moreno, perfiles algo esquinados, pero guapas en general. El coche va sin un fallo: Algo sucio, pero mantenemos el orden de las cosas de uso más frecuente. En otro momento de mis notas tengo escrito: “Nuestros planes para ir por Albania se van disolviendo ante la aparente imposibilidad. El mapa no tiene carreteras decentes que empalmen con las de Grecia, al sur. Nuestros planes de ir a Turquía a visitar a la amiga de Passau también se arrumban. Está demasiado lejos, hace mucho calor y Cristina está falta de tiempo; eso dice ahora, al menos”. Si hay alguna declaración que puede ilustrar el formidable sacudimiento de condiciones geopolíticas, y mi total ignorancia en 1972 de ciertas realidades, ello puede ser lo que dejé escrito en los términos reseñados. [Unos cuantos años más tarde, con mi efectiva visita a Albania, podría percatarme yo de las cosas que con tanto ingenuo desconocimiento había dejado enunciadas] Respecto de lo de ir a Turquía no existía ningún problema técnicamente insalvable, es cierto: Sólo con habernos desviado al este en Niš y haber atravesado

Bulgaria; o con haber seguido la ruta que en realidad seguimos y una vez en Salónica haber procedido a lo largo de toda la forma de katiuska marítima que es Grecia en su parte nordeste, y llegado a la frontera por Alexandropolis. Desde luego que aquello hubiera planteado disposiciones de aguante, de coraje, y de tiempo mucho más dilatadas de las que en principio esmaltaron el boceto de nuestro viaje. Quede reflejado, mediante esta explicación, el halagüeño cálculo que yo tuve que hacer en el momento dado que fuese, de mis fuerzas, de mis ganas, de mis capacidades financieras. Nos ceñimos, pues, al diseño original y suficiente de llegar a Kyparissi. Seguimos bajando hacia Grecia. Dejamos a unos kilómetros a la derecha a Skopje, la del terrible terremoto [y actual capital en 1997 de la nueva nación de Macedonia]. Desde el coche Cristina acierta a captar una imponente perspectiva de un castillo o fortaleza de Titov-Veles. Nuestro plan es llegar a Gevgelja, todavía dentro de Macedonia, pero ya en la misma frontera con Grecia. Y llegamos. Conservo asimismo una foto tomada por Cristina entre Skopje y Gevgelja, de un paisaje agreste, con escarpaduras pronunciadas y broncas a modo de farallones de piedra y jara o matojos bajos. En muchas partes hemos visto alambreras gordas al lado de las calzadas para protegerse de los desprendimientos de tierra. Alcanzamos Gevgelja (o Gevgelija) y nos hospedamos en el Hotel-Motel “Inex”, económico, acaso el único de la ciudad, pero con ambiente. Ese día 30 de junio hizo un calor terrible. La gente va en pantalones deportivos y yo voy a hacer lo mismo, aunque sigo con mis zapatos todo terreno ‘Gorila’ sin calcetines. Pero resulta que en ese mismo Motel “Inex” se hospeda una orquesta de música, de tres miembros con los que conectamos inmediatamente. El Hotel dejaba percibir un aire ligón y bullanguero, como de transvase de personal y juerga de frontera. Nuestra velada resulta ser caótica y delirante: Pasamos cerca de tres horas, hasta casi el amanecer, con los músicos después de su actuación “oficial”, entonando y sacando la melodía de varias canciones cuyo texto me había llevado yo al Goethe en algunos cuadernillos y en los ya referidos folios multicopiados, como contribución española a cualquier ambiente que lo hubiera

demandado. Aquello fue el acabóse: Tomando como pauta mi canturreo perfilaron y conformaron musicalmente con sus instrumentos cosas tan universales como “Bésame mucho”, “Perfidia”, “Borriquito como tú”, “Cuando calienta el sol”, “María Isabel” [me refiero a eso de ‘La playa estaba desierta /... el mar bañaba tus pies’] “Historia de un amor”, etc., etc. Estos títulos concretos son los que tengo reseñados en mis apuntes escritos en el papel timbrado del Hotel Varadin de Novi-Sad. Me di cuenta de que la etnia de aquellos prójimos era una mezcolanza de lo que tiempos más tarde descubriría yo como perteneciente a... Grecia, Macedonia, Kósovo y hasta Bulgaria. No sé cómo, pero mencioné así de pasada la curiosidad que despertaba Albania en mis expectativas de viaje... y me miraron como si se tratara de alguien carente de juicio. Es una pena que no tengo reseñado nada concreto sobre el particular. Mis notas recogen tan sólo: “Consejos de los músicos sobre Albania”, pero ahora en 1997, cuando esto escribo, y a la luz de todo lo que llevo recorrido y visto, no creo que lo que me dijeran tuviese valor documental o verdaderamente informativo, porque puedo asegurar que ninguno de ellos había estado allí. Me esfuerzo en querer recordar eso: Que sus comentarios estaban teñidos de pintoresquismo negativo; de ponerme el panorama feo, cosa en todo supuesto más razonable y más próxima a la realidad que si me hubieran dicho que entrar en Albania era cosa de llegar hasta allí y traspasar la frontera, porque ello sí que hubiera constituido una falacia gratuita.

Estamos a 1 de julio, a punto de entrar en Grecia. Consumimos todo el dinero yugoslavo, además de unos cuantos dólares canadienses, llenando el depósito de gas-oil. El encargado de la estación de servicio quiere chalanearme. Yo, con el fin de que mis dólares reciban el valor correspondiente..., le apremio al tío cabrón a que siga echando carburante... “Weiter, weiter... noch weiter”... le gritaba yo, mientras que él a regañadientes seguía apretando el gatillo de la manguera. Aquella frontera griega con Yugoslavia tiene pretensiones, muchas líneas para pasar. Se ve que es, con creces, la de mayor tiro entre los dos países. Los aduaneros, cordiales pero

inquisitivos, sin llegar a querer ver la maleta. Los del mapa Shell siguen siendo unos chorizos. En Grecia, lo mismo que en Yugoslavia, se llama autopista a lo que simplemente es una carretera de primera o principal, pero con un solo carril en cada dirección. Y en Grecia se paga por circular por ahí: Hay que pasar por sucesivos controles y pagar. En Yugoslavia, no. Sin embargo el gas-oil es menos caro que en el país de Tito, aunque el hijo de puta de la gasolinera de Gevgelja nos dijo que costaba el doble, como si de todas las maneras no hubiéramos llenado el depósito en su establecimiento. El calor es monstruoso, desesperante. En la frontera no nos atrevemos a llevar a un oriental 'auto-stopista': "Son gente con cara rara" –tengo anotado textualmente—. Por las carreteras de Grecia se venden cosas: Sandías, albaricoques, melocotones, pавías, cerezas. El *dracma* está a dos pesetas, un poco más. Mi billete de 20 dracmas resulta que no vale: Es de 1955, de cuando mis padres hicieron aquel cruce por el Mediterráneo con el matrimonio Burguera (Miguel y Carmen), y con el matrimonio Fernandez (Julián y Antonia) y les sobró un poco de dinero en las divisas de todos los países visitados. Los griegos después de cada revolución o cambio de gobierno invalidan el dinero anterior o lo que sea. El viejo del puesto de sandías que primero encontramos detectó la nulidad del billete. La carretera deja a nuestra izquierda, o sea, al este, la ciudad de Salónica, segunda urbe del país. Comprobamos que los hoteles son más bien antiguos y caros. Dormimos en una especie de ciudad dormitorio, a las afueras de Atenas, cuyo nombre no llegué a registrar...

Al día siguiente, día 2 de julio, lo primero que hago es llamar a un número que Themis, una chica griega de Passau me había dado, para que, sabedora de que muy probablemente yo viniera por aquí, dejase tal y cual recado en casa de unos señores amigos de sus padres y que también trabajaban en Nueva York, etc. Acto seguido nos dirigimos a la Acrópolis. Atenas es grande, americanizada, pero caótica, con un ruido terrible, con un tráfico infernal, y con un calor por aquellas fechas de más de 45 grados al sol. La Acrópolis me resulta más bella de lo que nunca hubiera imaginado. Cristina se

dedica a hacer fotos en cantidad: Además de distintas perspectivas de Atenas, tomada desde arriba de la Acrópolis, donde más se concentra es en el Parthenon y en el Templo de las Cariátides: Ahí aparezco yo, con pantalones largos de verano, camisa blanca de manga corta y zapatos todo terreno. Los pedruscos sin colocar que están por todas partes, tramos de las escalinatas y de los palenques o plataformas elevadas, denotan la grandiosidad de la permanencia de aquellas edificaciones. Creo que desde 1972 hasta el presente los trabajos de recuperación y conservación han sido importantísimos. Pero lo que yo ví, entonces, las muescas profundas en las partes inferiores del fuste de las columnas, el deterioro de los basamentos, las mordeduras en frisos y también en las fisonomías de las cariátides..., con ser tan digno de lamentar, permitían que mi espíritu se engolfara en la sin igual conjunción de clasicismo eterno, de resistencia a ultranza a la disolución del tiempo. Confieso que me emocioné: Subí, bajé, sorteé lajas gigantescas de piedra o mármol. Uno podía patear aquello a su gusto, aunque pocas veces ha sentido mi alma más reverencia que yendo y viniendo, subiendo, torciendo, descendiendo, saltando, esquivando... aquella profusión de piedras que asumieron el peso y el paso de los... Platón, y Aristóteles, y para qué seguir. Una verdadera locura de evocación. No olvidaré jamás aquella Acrópolis agreste, abierta, confiada, libérrima, que tan a mi gusto recreé el 2 de julio de 1972...

Pero hay que seguir adelante. “Akropolis, adieu”... cantando con Mireille Mathieu. Salimos de Atenas después de comer. Los días son larguísimos y el calor abusivo. Para entrar en el Peloponeso por tierra hay que discurrir por el estrangulamiento de Corinto. Es impresionante. No podemos detenernos ni un momento para que Cristina saque una foto de la hendidura de 6 kilómetros justos que ha formado el hachazo en el agua verdosa. Aun volanderamente me doy cuenta de que las paredes cortadas a pico y de increíble altura sólo permiten el paso de embarcaciones relativamente pequeñas [Hice idea de consultar todos los detalles sobre esta obra de ingeniería y ya en casa averigüé que su inauguración databa del 9 de noviembre de 1893

y que empezó a construirse en 1881: “Longitud: 6.345 metros; anchura: 21-24 metros; profundidad: 8 metros; altura máxima: 80 metros.” *Geografía Universal*. Instituto Gallach. Barcelona, 1952. Tomo II, pg. 212]. Entrar en el Peloponeso es entrar en otro mundo, y si además se pretende ir a un pueblito chiquitín de su parte suroriental, en 1972 comprobé que se trataba de una preciosa aventura llena de gratisimas sorpresas. Kyparissi es un nombre que suena como un personaje de ficción, una referencia remota a modo de hipótesis. Todos los mapas terminan prácticamente en Leonidion. Cristina obtiene una foto que reza en su reverso: “Vista desde la carretera de Argos hasta Leonidion”, en la que se aprecia una geografía rugosa, una costa con elevaciones ralas horadada por una profusión de entrantes de mar. Llegamos a Leonidion. Preguntamos a un marinero: No sabe nada. Nadie sabe nada. Como digo, los mapas convencionales dejan de señalar carreteras desde Leonidion hacia abajo. Dicen –y esto es lo único que creemos entender con claridad– que desde Leonidion hay un barco diario que... toca en Kyparissi y que tarda seis horas en llegar allí. Parece que se trata de una embarcación de cabotaje, mixta, de transporte y algún pasajero. Pero a mí me horrorizan los barcos y además ya ha pasado la hora de la supuesta salida. Y desde luego no queremos esperar al día siguiente [luego nos enteraríamos de que la mejor combinación para los que no tienen aversión al mar es dejar en todo caso el coche en Leonidion y regresar allí de nuevo, por barco, desde donde uno pueda encontrarse]. La gente se dispara cuando se le pregunta algo. Recuerdo las explicaciones de Konstantin en Kingston (Canadá): Geraki, Demetrios, Moloi, caminos de montaña que aun los mismos elefantes de Aníbal hubieran acusado. Pero yo quiero apurar. Quiero tensar al máximo mis recursos. Cristina se deja llevar; ha visto que 35 años saludables, un buen coche, dinero suficiente, y una idea tan simple y tan clara como la de llegar a un sitio que lo tenemos prácticamente ahí..., ahí, a unos kilómetros más abajo..., ha visto que se puede apostar por ello con pequeños riesgos calculados. Antes de alcanzar Geraki, siempre por caminos de montaña aunque suficientemente señalizados por las rodadas, y ya de noche, entramos



en otro pueblito que creímos Geraki pero que no lo era: Lo recuerdo vivamente: Nada más doblar la pared de un caserón me encuentro con que el coche ha entrado en una plaza, con todo el mundo allí, como en las películas. No sé si José Vélez, el canario, cantaba ya eso de ‘vino griego’ pero cuandoquiera que una de las dos cosas se vuelve a enganchar de mi memoria, la otra le sigue como la sombra al cuerpo. Lo mismo que visualizo a Zorba, el griego; al propio Kazantzakis, su autor; y a Anthony Quinn bailando el *sirtaki*. Aquella plaza conteniendo a toda la gente del pueblo es el documento plástico más imperecedero de la Grecia rústica y agrícola del Sur en una noche tórrida de verano. Surge una jovencita que habla algo de inglés y nos traduce lo que los gañanes dicen. Pero las explicaciones respecto de cómo llegar a Kyparissi son contradictorias. Las gentes en Grecia son también muy primarias, muy “meridionales”, muy de “sencilleces” mentales impracticables por el caos y la imposibilidad que entrañan. No me extraña que muestren el mismo tipo tan “sui generis” de pobreza y de atraso. No saben contestar a lo que se pregunta, y es que en definitiva su deseo irracional de ayudar no es tal sino una urgencia incontenente de hablar sobre lo que no conocen, de enredarse en explicaciones sobre lo que no han visto ni experimentado. Algunos dicen que hablan tal o cual lengua –supongo que se referirán al español, al francés, al alemán, al inglés, etc;– y no tienen idea. Es la típica obsequiosidad inútil, por no decir servil, de todos los pueblos que han nacido para que les conduzcan como borregos y ser peones del juego superior de otros. Sobre Kyparissi nadie sabe allí exactamente cómo llegar. Sin embargo se enciende una luz, y es que el nombre Lafkas que yo he empezado a dejar caer como mejor salvoconducto, es conocido. Todo el mundo empieza a enterarse de que yo soy el amigo de Konstantin, y que también trabajé en Canadá. Pero llegamos a Geraki y al intentar continuar nos perdemos varias veces. Por donde hago rodar al Mercedes ya no es ni siquiera una “mountain track” sino un barbecho pedregoso y lleno de hoyos. Estoy pegando al coche grandes pedruscazos en los bajos. Nadie podía conducir mi coche mejor que yo. Cristina se queda admirada de mi

formidable destreza. Recuerdo vivamente..., hacer descansar al coche en la panza de una enorme piedra y deslizarlo a la hondonada siguiente, sosteniéndolo centímetro a centímetro, con un cuidadosísimo manejo del embrague y del freno... No, no se puede. Hasta Cristina, tan distante ella por pura ignorancia de las interioridades de la aventura psicológica, se asustó de que se nos pudiera estropear el vehículo y entonces sí que habríamos tenido un serio problema. Pero albergaba una confianza ciega en mi Mercedes, manejado por mí, y por eso mismo, para evitar su destrucción decidí regresar a Geraki y ponernos al amparo de unos segadores que también van a Demetrios. Nos invitan a cenar a la 01:00 am. al aire libre. Cristina es la única mujer entre cerca de 15 hombres. Se maravillan de mi determinación de llegar a Kyparissi. Con el que parece jefe de la cuadrilla, hombre serio pero con cierto aire de cultivo intelectual, intento hablar de la historia de Grecia, de filosofía, de todo. Me violento por rescatar frases, palabras de mi libro de griego del presbítero Goñi que estudiábamos a partir de quinto año de Bachillerato... ¡Casi nada! Miraba yo el ámbito estrellado... y un poco al buen tuntún soltaba algo así como... “Urano kalós”. Mezclaba latín con griego, horadando en las posibilidades de mi voluntad con el fin de rescatar expresiones que pudieran incardinarse en aquella atmósfera tan original, tan sugestiva. Una cena allí, a la 01:00 de la mañana en pleno campo, a base de productos sobrios pero inequívocos: Queso, pan, fruta, vino. Preciosa experiencia. De la forma que a mí me pareciera menos impertinente, menos desfigurada... me apresté a hacerles entender que..., que, ... con mucho gusto pagaría todo aquel ágape..., que yo tenía –y bien cierto que era– χρῆμα, ‘jrema’, dinero. Y claro que todavía llevaba dinero en cantidad. La derrochona y manirrota de Cristina me llegó a confesar que nunca se hubiera imaginado que yo pudiese sacar y sacar tantos dólares canadienses. Los segadores cortésmente declinaron mi oferta y yo entendí que para ellos era un motivo de esmero, de señalización espiritual, el tenernos con ellos, el ayudarnos, aunque a buen seguro no sospecharían que ahora, un día de diciembre de 1997 estoy

plasmando e intentando literaturizar indeleblemente aquel pasaje por el que su propia personalidad queda transcendida en cuadrantes más recordables. Nos acompaña un segador dentro de mi coche. El que conduce la marcha es un Toyota de chasis alto. Ante la falta de señalización se trataba de que había que conocerse cada trozo de suelo; cada hoyo; cada piedra; cada rodada; cada reborde. Es una felicidad contar con una ayuda así..., y llegamos a Demetrios. Nos despedimos de los segadores y ahora, por el hecho de escribir sobre ellos, creo que mi agradecimiento ha cobrado cuerpo, entidad verdadera. Desde Demetrios a Moloí ya vamos solos. A las 03:00 am. entramos en una pensión rústica cuyo nombre no tengo registrado. Desde Leonidion hasta aquí, hasta Moloí, hemos invertido *ocho* horas...

Estamos a tres de julio de 1972 y ver las cosas a la luz del día es toda una revelación. Definitivamente nos hallamos muy cerca. A Kyparissi hay que acceder a través de, aún, tres caseríos o villorrios previos: Metamorfosis; Rigea, y Haraca: Desde este último punto ya es imposible seguir en coche, nos dicen. A partir de Moloí la noticia de que un amigo de los Lafkas, venido de lejos, pretende visitarles se va propagando con la celeridad y la multiplicidad de medios y maneras siempre imprecisables con que estas cosas se difunden entre los humanos. Recuerdo a una mujer de Rigea, de negro riguroso, como Electra, como la actriz Irene Papas en alguno de sus papeles más característicos. El propio Konstantin y varios más de los camareros griegos de los restaurantes que yo frecuentaba en Kingston me habían familiarizado con expresiones como “Baracaló” (gracias); “Ena potiri crío neró” (vaso de agua fría) y menudencias así. No bien le pido a la buena mujer de Rigea el agua, que ella se deshace en expresiones de asentimiento y concordia, y a los pocos segundos me sale con una jarra de agua fresquísima y dos vasos. Cristina registra una foto como “Carretera hacia Kyparissi” que es la expresión de más señalada inminencia respecto de nuestra meta: Muestra la foto un camino de revueltas y de montaña, por encima del lomo pedregoso y áspero de cuyas laderas se encaraman las cruces de los postes, ya no

sé si de la luz o del telégrafo. Tengo en mis notas [A las mujeres de Rigea] “Les regalo mis provisiones”. Supongo que se trataría de algo de conserva. Una vieja nos acompaña a Haraca. Nada más llegar allí dejamos el coche en un ensanche de la calle a modo de plazuela, a la sombra de un frondoso árbol. Ya no sé si somos presentados o que simplemente nos topamos con Chris, un señor mayor, pariente de los Lafkas, que habla un inglés americanizado y que además ya había oído –¿cómo?, me pregunto– de nuestra existencia y de nuestra presencia cada vez más cercana. Ya no hay lugar para confusiones. La información es rigurosa, concreta, veraz. Hasta Kyparissi hay diez kilómetros por el único camino que existe y que se halla cortado, derruido más o menos a la mitad del trayecto. Chris viste de sandalias con calcetines; tiene la nariz amofletada por la punta, y lleva una garrota. Ante la alternativa de esperar a que alguien nos lleve, preferimos andarnos los diez kilómetros. Cristina no puso objeciones. Chris y otro del pueblo se ofrecen a acompañarnos un trozo. El camino comprende un barranco que hay que bajar: “To jeri... To jeri” (La mano..., la mano) dice una y otra vez Chris, como que le diera la mano yo a Cristina. Pero ésta, montaraz y decidida, rechaza toda ayuda, cosa que me complace. Chris y el lugareño se vuelven. Sólo tenemos que seguir y lo hacemos con redoblado brío. Adelantamos a los que van montados en caballerías. Una prima de los Lafkas, tía de Konstantin, nos recibe a la entrada del pueblo y nos conduce a la casa familiar. Todo son parabienes, plácemes, felicitaciones, expresiones de rumbosa admiración. Somos un mito allí, vivos y reales. El padre de Konstantin se llama Stephan, tiene 77 años; y Lewis, su hermano, 70. Este último ha estado 35 años trabajando en California y habla un inglés francamente bueno. Desde el principio hace gala de un sentido común admirable. La madre de Konstantin, y mujer de Stephan, es amabilísima; y la mujer del tío Lewis, igual. Lo que antes de nada pedimos es un remedio para los pies que a mí me sangran algo, por las rozaduras y el intenso recocimiento a que los he sometido. Nos habilitan unas palanganas con agua preparada no sé si con sales o con algo que ellos estimaran conveniente, y mientras tenemos los pies allí

charlamos con toda la familia. Lewis Lafkas nos enseña a decir para casos de emergencia: “Den miló eleniká” (No hablo griego) y “Den katalabeno” (No entiendo), como últimas razones para desembarazarnos de cualesquiera situaciones comprometidas o impertinentes. A continuación nos duchamos y nos lavamos. Me regalan unos calcetines que al final me llevaré puestos. Conversamos a la sombra, en un zaguán parecido al de las casas de Andalucía. La de los Lafkas es una recia edificación de campo, de dos plantas, enjalbegada: Toda la planta baja sirve de habitáculo para las ovejas y las bestias acemileras: La cuadra, el establo, el redil, el corral..., son accesibles a través de una abertura, sin puerta, de medio punto, amplia, de muros gruesos de adobe y ladrillo, un verdadero baluarte contra el calor. La planta alta donde vive la familia presenta las mismas características: Paredes gruesas y recias, encaladas, blanquísimas, tejado de teja tradicional; una terraza en todo el frente, una escalera amplia lateral por donde se asciende a la vivienda, y unas parras y árboles prolongando sus ramas y tentáculos por encima de la terraza. Cristina me hizo una foto con el tío Lewis; y otra entre los dos hermanos... Macetas y tiestos rústicos, bidones, latas, recipientes llenos de tierra y plantas por todas partes. Lewis y yo hablamos largamente de América. Nos dice, un poco por quitarle importancia a la magnífica forma física de que hace gala a sus 70 años..., nos dice que él depende del cheque del Gobierno de los USA que religiosa y puntualmente recibe en Grecia. Cristina resplandece en su feminidad tan... poco agradecida, tan distante. Se daba cuenta de que ni hasta entonces había encontrado a nadie que le propiciara de forma tan espontánea un viaje así, unos encuentros así, de tan variada humanidad, de tan inequívoca y lírica reciedumbre... ni posiblemente lo encontraría. Uno o dos días más tarde Cristina me confesaría que sus padres la habían traumatizado en parte, durante su niñez, por someterla a un tipo de obediencia abusiva. Me contaba ella que cuando le decía algo su padre y ella intentaba un simple... “mais ... je”, él la reconvenía ásperamente, si no es que la zurraba. Bueno –pensaba yo–: He aquí otro caso de desgracia de la que nos quieren hacer

culpables a los demás. Cristina parece resistirse a darse cuenta de que yo soy el hombre que con más fidelidad puede ayudarla a reconocerse como hembra, a realizarse como mujer..., en la medida en que su propia valía, su propio acierto y su propia voluntad se lo permitan. Pero yo he diseñado este viaje con arreglo a un patrón en el que, ni poco ni mucho, pueda intervenir Cristina como elemento perturbador, y lo voy a llevar a término. De momento así tendrá una lección perdurable para el resto de sus días.

Cenamos a la luz de un quinqué. Hablamos de todo. El tío Lewis ha venido y nos acompaña para “servir de intérprete”, dice él. Ya sabe todo el mundo que estamos allí. Cenamos en la habitación donde nació Konstantin y donde también durmió él. La señora Lafkas nos prepara camas en cuartos distintos: Sábanas frescas, lecho recio. El aire se inflama de dulcedumbres cómplices, de lirismos inéditos en este ambiente. A las 06:00 de la mañana del día siguiente 4 de julio Stephan y Lewis nos llevan a bañarnos al mar. Los dos están ágiles de cuerpo y de mente. El pueblo, observo, es tal como lo sugiere una postal que me había regalado Konstantin. Cristina hace unas cuantas fotos. Probablemente no pase de 500 habitantes..., lleno de olivos y de cipreses, de ahí su nombre. Existe una leyenda mitológica sobre el surgimiento de unas fuentes debido a la intervención de los dioses. Llego a la conclusión de que estos pueblitos son por entero propiedad de algunos de sus moradores. Los Lafkas, definitivamente, poseen olivos. Kyparissi, aunque da al mar, se encuentra como reclinado en la solapa posterior de un cerrillo, desde cuya eminencia la contemplación de la pequeña cala presta al paisaje las típicas características mediterráneas: Mar, olivos, y alguna viña. Dos de las fotos de Cristina aciertan en resaltar los husos de color oscuro de los cipreses atiesados entre lo blanco de las cales y el débil rojo de los ladrillos. El baño a las 06:00 am, en un agua virgen, de azul taladrado de luz glauca... es una experiencia recordable; probablemente el punto culminante del viaje, a partir del cual todo tiene que producirse en inevitable descenso, derecho a su finiquitación. A la vista de aquel pacífico y recoleto esplendor Cristina dice “que quiere comprarse un yate” (!)

De regreso recorremos el pueblo y se nos dan explicaciones sobre el agua, sobre la escuela, sobre la policía, sobre la claridad del mar. Durante el opíparo desayuno nos presentan, prácticamente, a toda la comunidad. La hermana mayor de Konstantin me pregunta: “How do you like my country?” Es impresionante comprobar cómo la omnipotencia funcional de los USA propicia que en un rinconcito como Kyparissi tenga vigencia la patente de corso del idioma inglés en razón de algunos que hicieron de Norteamérica su sitio de trabajo, su personal meca laboral...

Hemos hecho nuestros cálculos: Debemos tomar un barco en Patrai y saltar a Italia. Los Lafkas nos dan provisiones. Lewis y otro más del pueblo nos llevan en furgoneta hasta donde el camino se quiebra desplomado en un barranco; y desde allí nos observan con prismáticos. Cristina insiste en ir delante. No quiere que mi virilidad se signifique en ningún detalle, por baladí que pueda parecer. Subimos muy bien el barranco. Los pies van ahora protegidos y estamos llenos de energía. Regresamos a Haraca. Nos despedimos solamente de Chris, cogemos el coche y partimos. Prometo enviar cartas a todo el mundo desde España. Ahora hay que moverse. Por fortuna el camino de vuelta lo tenemos inequívocamente marcado: Lo primero, Patrai. El viaje hasta allí es un puro blanco. En mis notas sólo tengo reseñado: “Ruta por Grecia y compra de cerezas. Hace calor y yo me baño en una fuente pública. El coche va imposible de polvo. Llegada a Patrai y lluvia torrencial”. Yo mismo intento justificar lo lacónico de estas notas. Estoy seguro de que las escribí con el fin de no romper definitivamente la narración. Su apoyatura en datos es insuficiente. Sin embargo, y con el mapa ahora delante de mí, tengo la total seguridad de que alcanzamos Sparta, y que de allí fuimos a Tripolis, en el mismo centro de la península del Peloponeso. Recuerdo vividamente que el calor era asfixiante y que llegados a un pueblito, sin salirnos de la carretera, nos encontramos con una especie de acequia de agua que, mal encauzada, vertía un potente chorro a la cuneta de la mano derecha de la marcha. Recuerdo nítidamente que cerré las ventanillas a tope y que me puse debajo. Tan potente y

pesado era el chorro, tan estrepitoso era el ruido que generaba al chocar con el techo del coche, que tuve en un momento miedo de que me abollara la chapa. Por suerte el Mercedes mío, héroe de todo el viaje, compañero mudo, resistió esa prueba igual que había resistido la anterior paliza por los carriles y trochas a partir de Leonidion. Acto seguido estacioné allí cerca, me puse el traje de baño y me quedé debajo del chorro, hidratándome en plan activo, real, salvaje. Esas imágenes las tengo grabadas a perpetuidad. Desde Tripolis hasta Patrai no me es posible recordar si lo hicimos dirigiéndonos hacia el oeste, por Pyrgos; o si regresamos por Argos hasta Korinthos (Corinto), y de allí por toda la carretera de la costa norte hasta Patrai. Sin embargo y por fortuna en mis notas de viaje tengo este detalle apuntado: “Hacemos la foto del canal en el viaje de vuelta. Lluvia torrencialmente”. ¿Qué viaje de vuelta? Necesariamente éste: No puede ser otro. Lo de la lluvia torrencial compruebo que es de todo punto coherente, porque también llueve –como diré a continuación– en Patrai. Ahora sí que nos detenemos, colapsamos el tráfico durante unos segundos, y Cristina fuera del coche tira una foto y capta el aspecto de embudo sombrío del canal, de mazmorra marina, sencillamente sobrecogedora. Copio literalmente: “Llegada a Patrai y lluvia torrencial. El viaje ya va de capa caída: Falta el incentivo de una aventura, de un logro; falta presión y estímulo. El barco italiano zarpa a las 22:00 y tarda 19 horas en llegar a Brindisi. Camarotes colectivos y separados para Cristina y para mí. El coche cuesta 46\$ y 25\$ cada uno de nosotros, comidas aparte. Hay que dejar las llaves puestas. Cenamos estupendamente. Miedo al mareo. Lo supero. Tipos del barco: Rubias y tarzanes con pantalones desflecados. Bikinis y pintas típicas y raras. Los colombianos. La señora francesa. Cristina quiere ligar por su cuenta y no parece ver que la faltan muchos quilates para mostrarse interesante a hombres que no la conozcan. Los billetes de banco italianos antiguos en el comedor. Los bandazos del mar por la noche. El barco es bueno y limpio. La vida a bordo así con esa gente es mareante. Las señoras americanas viejas. El personal toma el sol. El chavalito rubio-blanco con jersey verde claro y zapatos de suela de



chancla. Llegada a Brindisi.” Estas notas, y todavía un folio más de ellas siguen estando tomadas en el papel timbrado del Hotel Varadin de Novi-Sad. Muy probablemente las tomara en los ratos en que nos detuviéramos a partir de Brindisi, en que hiciésemos noche, o cualquier otra ocasión en que yo no estuviera conduciendo. De ahí su enjutez, su confianza en mi memoria, produciendo unos textos de imposible integración en ocasiones. Recuerdo distintamente, sí, mi enorme aprensión durante toda la noche, haciéndome la ilusión de que la rigidez o la cualquier otra postura que mi cuerpo adoptara era la mejor defensa para el mareo. Lo de la “señora francesa” quiero rescatar que se trataba de una dama con gran sentido del humor que nos acompañó durante la comida. Lo de los “billetes de banco italianos antiguos” continúa lo relatado con los dracmas griegos: Italia había retirado de la circulación los billetes que les habían sobrado a mis padres en su viaje de 1955. También recuerdo que cuando el camarero, un poco impertinentemente, hizo un gesto así como de... ¿qué clase de individuo era yo como para ir por el mundo con ese papel moneda retirado de la circulación, etc.?... sí, así, como queriendo marcarse el tanto de aparentar rumbosidad a costa de mi poquedad ingenua... recuerdo que saqué un fajo de billetes de dólares de alta denominación..., como diciéndole: “Coge lo que quieras de aquí, so piojoso”..., a lo que la señora francesa reaccionó con un cordial y conciliador... “¡Tiens. Voilà!!”

Nada más poner el pie en Brindisi, en Italia –no se olvide, por primera vez– a las 17:30 de aquel 5 de julio de 1972, me di cuenta de que aquello se trataba de un mundo especial. Puedo intuir sin temeridad alguna que el brocardo que he venido repitiendo ya sin cesar “Lo peor de Italia, los italianos” quedó fraguado en aquel primer viaje. Italia, lo italiano, una maravilla, un derroche así como si nada de lo clásico, de lo antiguo, lo moderno, lo actualísimo. Italia, cualquiera de ellas, la del sur sin ir más lejos me pareció desde un principio soberbia, elástica, sabia, sabedora, y mi impresión se agrandaría con el correr de las horas y de los kilómetros. Propongo a Cristina acercarnos a Lecce a hacer una visita a mi amiga María Pía Stefanelli, también

amiga de María Eugenia en épocas pasadas pero aún próximas, ¡ay! de Santander. Lo portentoso de los viajes puede ser su capacidad de generar coordenadas súbitas de espacio y de alma. Nunca anticipé que desde Grecia saltaría a Italia. Como he dejado dicho en algunos otros lugares, los viajes suelen reducirse a la mitad del recorrido en un principio diseñado. Al salir de Passau y vernos haciendo kilómetros por Austria, por Hungría, por Yugoslavia..., no era fantasmagoría ni ingenua pretensión la de haber llegado hasta Estambul; ni el hecho de la impracticabilidad de visitar Albania se debía a ninguna carencia o merma en mis capacidades o en mi disposición. Los viajes a lo largo de su propia dinámica generan virtualidades no anticipadas, propician recursos inéditos con los que el protagonista se siente cómplicemente comprometido, cordialmente involucrado. Nunca pensé que tocaría en Brindisi..., porque pudo muy bien haberse tratado de otro puerto entre los innumerables que existen en este tacón de Italia. Pero he aquí que la línea de *ferries* de Grecia a Italia, y por los mares Jónico y Adriático, tenía en la conexión Patrai-Brindisi su servicio estrella.

Estoy en Brindisi y Lecce se encuentra a menos de media hora de coche. María Pía es una italiana preciosa y rellenita. Su marido Gino, un primor de cordialidad. Nos llevan a su apartamento y pretenden invitarnos a todo, regalarnos todo. La madre de María Pía, la típica italiana desbordante en exteriorizaciones cargadas de emocionalidad, de raptos compulsivos de autoafirmación de cosas sabidas por ella, como de personales pronósticos. Una verdadera categoría de mujer italiana del Sur. Accionando las manos, bien juntas, bien combinando su movimiento con su asentir con la cabeza muchas veces, la expresión más repetida, que más veces me dedicó fue la de... “E vero, e vero”...; o sea, que era cierto, que era verdad que yo apreciaba mucho a su hija, y que su hija no la había engañado al decirle que tenía un buen amigo español. Porque efectivamente, desde que nos conocimos en Santander y María Pía me había participado su interés por la obra de Bécquer, yo no había dejado de enviarle cosas, papeles, publicaciones, la última de ellas, aparecida ese mismo 1972, era *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*. Madrid: CSIC. Instituto

Miguel de Cervantes (Tirada aparte de la *Revista de Filología española*). Por lo visto, desde mi casa de Alcalá de Henares le había anunciado que me disponía a pasar dos meses en Passau, etc., etc., y también por lo que parece, María Pía me había enviado una postal que no me llegó a alcanzar, informándome de su recién celebrado matrimonio. Como digo, un nudo compacto de cordialidad, de familiaridad expansiva, inundante, “a la mediterránea”. María Pía y yo hablamos de Literatura. Quieren que nos quedemos, pero ante la inviabilidad de tal pretensión accedemos a darnos una vuelta por Lecce, ciudad de unos 100.000 habitantes, con dos iglesias barrocas de excepcional valor, entre otras muchas señales de arte. Cristina, a todo esto, pasmada y halagada de que mis amistades sean reales y tengan... entidad. Pero hay que irse. María Pía, su madre, y Gino nos conducen al empalme de la nueva autovía hacia Brindisi, a cuya realización él, Gino, como ingeniero de caminos que es, ha contribuido. Gino se despide de mí abrazándome y besándome en plan fraternal en ambas mejillas. Aquello es demasiado para mi sensibilidad. ¡Qué incalculable ejemplo de familia!

Subimos de nuevo a Brindisi y continuamos un poco más, hasta Fassano. Se nos está echando el crepúsculo encima y algo debió hacernos decidir por esta localidad, mejor dicho, por Selva di Fassano, una especie de aldea o pedáneo. “El Hotel es espléndido. La cena, extraordinaria”. Así lo recojo en mis notas. La gente de la administración del Hotel es muy lenta, algo indolente, como disponiendo de todo el tiempo del mundo. Hace calor. Cristina me quiere ya, pero seguimos separados. Esa noche se despide desde la puerta de su habitación con ademán poblado de vacilaciones y sospechas. Pero yo he apostado por la línea de la heroicidad, de la más rigurosa milicia. He echado mis cuentas y prefiero que Cristina me recuerde por todo lo que este viaje está significando para su vida des poblada completamente hasta ahora de cosas así, que no que... acaso provoquemos un mutuo desencanto. Hay papeles, cometidos que pesan, que agobian y que marcan. Tal vez el mío sea uno de ellos, pero la decisión estaba tomada y no era cuestión de estropearlo por un

par de días más, escasos, de compañía. Hace calor y además mi alma siente la desazón. Pero resiste, se autoafirma. Tal es el tipo de retos y de apuestas al que yo estoy volcado; yo, tan enemigo de los lances de azar.

A la mañana siguiente, día 6 de julio, lo veo todo con la máxima claridad. De momento Cristina saca una foto cuyo reverso reza 'Selva di Fassano' y en la que se distinguen hasta seis construcciones cónicas, de mayor a menor, rematadas en todo lo alto por una escobilla o florero, como si se tratara de un conjunto de almiares arquitectónicos y descansando en una plataforma o explanada sobre viaducto, una sección de cuya boca de entrada al túnel la foto de Cristina alcanza malamente a mostrar. No he podido descifrar su identidad y su uso. Recuerdo que el Hotel estaba instalado en una especie de jardines, de "selva", con cenadores, glorietas arboladas, una preciosidad de bío-topo. El pequeño acertijo de la fotografía, como tantas otras cosas, espera su solución en los encontronazos espontáneos que propicie el caleidoscopio de la vida. El viaje –y esto es lo que hay que tener en cuenta– está vencido. Hay un punto en toda peripecia en que desaparecen los fulgores del empuje y lo único que desea uno es regresar al punto de partida..., acaso para volver a empezar con la perspectiva renovada. Kyparissi y María Pía han sido de momento y sin discusión los dos ápices, los torreones de mi afán, y a partir de ahí sólo cabe descender. A mí me queda un arco de viaje que con un mapa delante abarca en su curvatura Italia, Francia y España hasta llegar a mi casa. Se lo consulto a Cristina y está de acuerdo conmigo. No es sensato intentar detenerse aquí y allá en Italia, una hora viendo esto; dos horas viendo lo otro..., etc. Apuesto por mi sistema: Atravesar el país, sin hacer más calas y empaparse de las cosas que el ámbito de los espacios recorridos en coche nos preste. Hago idea de venir a Italia en alguna otra ocasión, a estudiar la lengua, y entonces tal vez lleve a cabo las permanencias y las incursiones con detenimiento. Pero ahora la dinámica es de otra naturaleza. Nos detenemos brevísimamente en Bari, lugar de trabajo por excelencia de Benedetto Croce. Intentamos cambiar las liras viejas. Nos enteramos

de que los Bancos funcionan también por las tardes. Bari tiene un ritmo agresivo, rapidísimo. Allí conectamos con la autovía que ya no nos dejará hasta la frontera con Francia. Atravesamos la Apulia y entramos en la Campiña; pasamos de la costa este a la costa oeste, algo así como arañando desde el talón hasta la espinilla de Italia. La autovía deja a Nápoles unos kilómetros a la izquierda. En la ligera bruma caliginosa nos parece ver el embudo del Vesubio, también a la izquierda de la autopista. El nombre de Capua me empapa de historia. Entramos en el Latium pero dejamos a Roma también en nuestra margen izquierda. Hay que regresar a casa. “Cristina tiene raptos de estupidez más o menos consciente: Expresiones, opiniones, comentarios que enconan mi estado de ánimo y me impulsan a querer regresar, terminar ya cuanto antes. Nuestra idea de visitar Florencia me parece ya absurda. ¿Para qué? Se trata de hacer kilómetros por las autopistas. El dinero se volatiliza. A Cristina no le gusta –dice ella– hablar de dinero. Ella no conoce la diferencia entre gastar, por muy alegremente que sea, y tirar, derrochar, que es lo que ella hace”. Es curioso. He trasladado este párrafo entero de mis notas de viaje porque en él se contienen algunas claves de interés. Una, es que por primera vez me apercibo de que mi dinero no es inacabable. Italia es preciosa pero carísima. Las autopistas son excelentes pero hay que pagarlas. Otra clave es que Cristina, como digo, confunde nociones elementales y aunque, *sensu contrario*, mi dinero hubiese sido inextinguible, la contrariedad producida por alguien incapaz de distinguir entre gastar, derrochar, quemar, etc., sin el menor atisbo de autocritica, seguiría siendo traumático. La catedralicia Orvieto, dentro ya de la Umbría, me recuerda mis clases de Arte en la Universidad de Madrid, y las explicaciones de don Francisco Javier Sánchez Cantón sobre el gótico. [El lago Trasimeno, Peruggia, Assisi... quedan a la derecha de nuestra ruta] Luego penetramos en la Toscana. Siena a la izquierda de la autopista; Florencia, a la derecha a escasa distancia. Desde Montecatini nos dirigimos ya hacia la costa oeste, a la así y propiamente llamada “Autopista del sol”... Dejamos Pisa un poquito debajo de nosotros. Tenemos dificultades en encontrar hotel. Nos

informan contradictoriamente: Lucca, Viareggio, Camaiore, etc. Por fin, Viareggio. El “Hotel Príncipe del Piamonte” [aunque seguimos en Toscana] tiene empaque. Es ya muy tarde. Nos cobran la hora tardía de la cena, pero cenamos bien. Sin embargo el vino en jarra de la noche anterior en Fassano nos sabe mejor que el de esta noche, por 1.500 Liras y en botella. Se trata de un rosado regular. La cena es algo melancólica. Todas las cercanas despedidas conducen a una muerte. Todo sabe, huele, invita a despedida. Las habitaciones tienen oscuridad y un timbre o botón de luz que controla tres distintas iluminaciones. En el momento de concertar el alojamiento, me dicen que seis mil Liras (6.000) cada habitación y hago que el empleado de recepción me lo apunte en un recibo o tarjeta con membrete. A la mañana siguiente intentan cobrarme *siete mil*, pero el tío cabrón recepcionista, distinto del de la noche anterior, se queda con las ganas de estafarme un céntimo cuando le enseño el recibo con el precio. Voy al Banco y cambio dinero, espero que por última vez. Cristina se molesta de mi actitud pero yo la digo que si se cede en esas cosas se destruye la personalidad. Por lo menos tengo la satisfacción de que he alquilado dos de las habitaciones más caras. Antes de marcharnos me doy un baño en el mar: En aquella playa, aguas adentro, se ahogó Shelley: He ahí mi forma personal de solidarizarme con su nombre. Salimos a las 10:00 am. de Viareggio y estamos ya a 7 de julio... ¡¡San Fermín!! Yo estoy molesto. El coche parece resentirse de los golpes en las tripas y ya me creo que le suena el escape. Entramos en la Liguria y dejamos La Spezia ligeramente abajo. Llegamos a Génova y confieso que me impresionó su tremendo pulso mercantil, sus fabulosas tiendas, sus gentes bien vestidas. Cristina sigue comprando bobadas. El poco dinero suyo que traía, reservado hasta este momento, ahora, ya cerca de su destino, lo derrocha en sandeces. Cambio una vez más dinero. Nos paseamos por el puerto. También por el barrio de las putas. Cristina acierta con una foto espectacular de un sitio que no llegamos a dejar registrados tratándose como tiene que tratarse de algo conocido por su magnificencia: Yo supongo que tiene que ver con Colón pues las especies de jardines monumentales comprenden cuatro

parterres en pendiente, flanqueados a ambos lados por cuatro tramos de escalinatas y otros macizos de verde, quedando todo presidido y como abrazado arriba en lo alto por una muralla combada de arcos, repleta de flores y de plantas en abundancia gloriosa, radiante y festiva. Cada uno de los tres prados en declive tiene estampado el dibujo en flores de una carabela, y el cuarto, el contiguo a la calzada, tres anclas... Una proeza de pensiles y de espacios florales limitados por la arcada superior y enormes setos cortados en ángulo recto lateralmente. Comemos muy bien en Génova. En los viajes largos en coche la comida sirve de reparación de fuerzas y de ordenación del espíritu. Ahora que nos vamos acercando al fin, Cristina me viene descubriendo poco a poco más y más secretillos de su [falta de] personalidad! Durante las comidas normales no engulle grandes cantidades pero luego tiene que estar picando todo el día. No sé si eso es lo que se entiende por bulimia. El caso es que no para de comprarse chucherías, cosas de dudosa higiene. De ahí que esté rellenita tirando a gorda, si bien tiene a su favor que es alta y que en su chasis se pueden alojar más kilos de los estéticamente deseables. Sí, Cristina en algún que otro rapto se confiesa conmigo. Puesto que entre nuestras dos orillas sólo se ha enseñoreado un mar de compañerismo asexual, tal vez como mejor convenía a la sustancia de un viaje así, Cristina no tiene reparos ahora en relatarme particularidades de su vida, de sus dolencias, de sus achaques. Me dice, así, de buenas a primeras, que tiene... acetona en ya no sé dónde, lo cual se le traduce en tampoco recuerda qué efectos respecto de su aliento. Pero en lo espiritual, que es lo que aquí más importaría, me informa que ha tenido poco cariño por parte de su familia, y que desconfía de todo el mundo [¡Y qué pollas me dices a mí de eso —pensaba yo!] Antes de ser atacada se defiende de todo. Cristina tiene una mentalidad admirablemente laxa para las cosas que más le agradan a primera vista, aunque acto seguido se tornen negativas. Cristina se ha equivocado muchas veces mirando el mapa; ha emitido juicios tergiversados y ha dicho innumerables tonterías cuya correcta comprobación no se ha tardado en verificar más que unos cuantos minutos. Y sin embargo se empeña en tener

razón siempre y en mantener a ultranza que está en lo cierto. ¿Por qué? Me repite entre una y otra cosa que su niñez ha estado empapada de asperezas. El comportamiento de sus padres parece haber sido autoritario sin concesiones [¡¡hombre, no. Bueno estaría que una mocosa hubiera crecido sin freno y sin control!! –pensaba yo, sin atreverme a decir nada] y Cristina parece haber sufrido mucho. Se siente sola, sin voluntad de fe. Cree que el mundo es incapaz en absoluto de hacer nada bueno así sin más, sin pedir nada a cambio. Por eso conmigo ha quedado desbordada, falta de razones, con toda su cosmovisión desarticulada. Respecto a su habilidad con los idiomas [tema sobre el que despliega unas creencias que rayan en lo cómico] Cristina está empapada en un crasísimo error. Habla español y francés porque es nativa originalmente de las dos lenguas. Alguien en el Goethe institut –creo que el chico americano de mi clase– al oírla decir cualquier bobada estereotípica de tres o cuatro palabras en inglés, la preguntó que... de qué Estado USA era, y la pobre Cristina ha quedado intoxicada con semejante memez. La verdad es que, en lo que al inglés se refiere, disponía de un vocabulario reducidísimo y de una gramática aún más endeble, que le permitían, eso sí, decir cuatro frases con cierta competencia en la mimetización de algunos sonidos sólo, porque fuera de la pronunciación de las 200 palabras que debe de conocer... no tiene idea de nada más, y por lo tanto tampoco conoce su pronunciación correspondiente. O sea, de inglés sabe lo que alguien ni muy tonto ni muy listo puede aprender en un curso de academia de un año de duración. De alemán la buena de Cristina sabe... lo que se puede saber pasada la primera mitad del *curso básico*; es decir, la mitad de lo que yo sé, y seguramente mucho menos. Y obsérvese bien esto: A mí cuando me preguntan que si sé alemán digo que muy poquito, pero ella dice que... ¡naturalmente que sí! De italiano sabe menos que yo, y no obstante dice que lo sabe. Cristina es una optimista fantástica, un poco irresponsable y un muy mucho mal informada sobre las cosas básicas de eso que, más o menos, todos llamamos existencia en sociedad. Ya dije más arriba que Cristina ha intentado resistirse a la evidencia de que yo soy el hombre que con



más propiedad hubiese podido celebrar sus presuntos o supuestos –y nunca demostrados– méritos de hembra. Pero ella en una huida de sí misma hacia el vacío de delante ha intentado flirtear con todo bicho viviente en cuanto ha tenido ocasión: Con los músicos de Gevgelja; con un marinero y con unos americanos del ferry a Brindisi, tomando el sol en bikini encarnado, diciéndome con aire de torpe provocación “que estaba cansada de mí” (¿?), y demostrándome con hechos todo lo contrario; con los hechos de venir a mí replegada y escocida por el poco aprecio que de ella hacían aquellos a quienes ella pretendía... encandilar!! En la playa de la calita de Kyparissi vi por vez primera sus formas de mujer: Tiene dos senos cumplidamente generosos, cuyo control y comportamiento la obligaban a ajustarse las tirantas del bañador, y a aliviarse con un leve toque o pellizco de despeque el rigor de los elásticos sobre su carne. Sin gafas los ojos de Cristina parecen los de un conejo asustado y perdido. Los ojos de Cristina sin gafas se hacen inocentes, pudibundos, acabados de nacer. Excepto en la Acrópolis, en que aparezco diminuto y casi irreconocible para cualquiera que no me conozca, Cristina no me invita a aparecer en las fotos que hace, quizá por creerlo una concesión a su blandura o a su condescendencia. ¿Sospecharía ella que tales cosas no sólo no me importaban sino que me divertían? Pero estábamos en que comemos muy bien en Génova. Caemos en una especie de tasca de uno de los barrios del puerto, y la tabernera, una señora dispuesta y amable, nos da una buena pizza y riquísimas sardinas asadas que regamos con vino tinto rugoso. El calor es tremendo. Nos subimos de nuevo al coche y llegamos a Ventimiglia, apellido opulento con el que Emilio Salgari popularizó a Yolanda, hija de “El Corsario Negro”. La frontera con Francia se halla prácticamente allí mismo. Conducir por la Autopista del Sol ha sido un encanto..., caro, pero encanto: Los pasos elevados sobre valles, sobre hondonadas, fallas del suelo y demás accidentes dan testimonio de la colosal obra de ingeniería que los italianos han acometido. Si es verdad que buena parte del sistema de autovías lo diseñó el régimen de Mussolini, me pregunto por qué los dictadores no se dedican *exclusivamente* a hacer cosas así.

Salir de la Riviera de Italia y entrar en la Costa Azul de Francia es cambiar a peor en lo relativo a circular. En la oficina de cambio de moneda del paso fronterizo se estropea la máquina calculadora precisamente cuando le toca el turno a Cristina. Las cuatro perras gordas que han sobrado se cambian por lo barato, por no llevarse uno chatarra a su casa y exponerse a que el dinero deje de tener vigencia, creerse uno que la tiene, traerlo en una próxima visita turística y darse el pego. Mis notas registran lo siguiente: “Hace un calor insoportable. La carretera de la Costa Azul es una puta mierda. Cristina dice acordarse de unos parientes que viven junto a Niza, en Antibes, y decide visitarlos”. A mí me da igual dejarla junto a Marsella que aquí en Antibes. De cualquier forma piensa coger el tren para Clermont-Ferrand, su destino final en Francia. Se llega a Antibes y se busca con laboriosidad la casa. Se encuentra. Su familia, o sea, su tía y su prima y el marido de ésta, allí en aquel momento, la reciben con agrado pero sin entusiasmo. Es portentoso comprobar que las grandes adivinaciones, los mayores y mejores ejemplos ilustrativos pueden llegar a nosotros a través de circunstancias secundarias y absolutamente fortuitas. La familia de Cristina me propició una lección de ese “savoir faire” y hasta de esa “finesse” tan francesa. Yo soy un amigo tan ocasional de Cristina que me da igual todo. Pero cuando se enteran de que soy profesor de Universidad parecen más complacidos. Hasta la prima de Cristina, preciosa y esmerada joven, dicho sea de paso, se sienta conmigo un poco así, aparte, y con esa dulzura tan femenina, tan calculada y tan conciliadora, tan convincentemente didáctica, diría yo, me pregunta por mi vida. Es una pena que ella no hable más que un poco, muy, muy poco de inglés. Saco todos los recursos de mi francés, me acongojo y me inculpo de no tener fluidez elegante aunque sólo fuese para conversar ahora. Hago lo que puedo. Sobre todo se les hace patente que la compañía que Cristina ha tenido durante todos esos días pasados no es algo con lo que uno se topa así por las buenas. El francés, aunque mediterráneo, es también “nórdico”, y su personalidad está justo a medias entre la expansión incontenente del español, digamos, y el hermetismo del

“under-statement” de un inglés, por ejemplo. Me consta que Cristina les ha dicho, orgullosamente, lo que hemos hecho, donde hemos estado, y más que nada, y subrayo bien esto, *quién ha pagado toda la fiesta*, cosa que supongo, en la categoría de avidez interesada o de tacañería ambiciosa que se apuntan como característica más cimera del temperamento galo, tuvo que disponer a la familia de Cristina muy a favor mío. Desde luego que la tía es una señora refinada y “charmante”, y su hija, o sea, la prima de Cristina, muy bella y un arquetipo de buenos modales. Nos invitan a una cena improvisada, sólo para nosotros dos, Cristina y yo, puesto que era poco más de media tarde. Las viandas son abundantes y de primera calidad. Cristina, un poco desde su vertiente hispánica, y como por contrarrestar su parte francesa, se hace la generosa conmigo y me dice, bien la recuerdo, ... “come, come todo lo que puedas, que estamos invitados”. Ahora, al cabo de los años, me sonrío y creo estar mejor en posesión de la clave de aquellas palabras. Cristina, por un lado, me quiere decir que era la primera vez que estando con ella no iba a pagar yo factura alguna; y por otro, algo así como que no esperaba tanta rumbosidad, tanta liberalidad por parte de su familia francesa..., y que había que aprovecharlo. Huelga decir que yo sólo probé parcamente algún postre, y lo que sí recuerdo es que bebí bastante leche. A continuación el matrimonio de jóvenes y yo llevamos a Cristina al tren. Me despido de ella con un beso casto y asexuado, de compañero de aventuras, en cada mejilla, y salgo corriendo hacia mi coche.

Me queda mucho para llegar a la frontera de España y son las 20:00 horas. Me queda superar toda la doble comba de ruta que forma el tramo costero desde casi el arranque de Italia hasta España. Me pongo en marcha con brío y con determinación. Voy alimentado y según mis cálculos no necesito comer ni beber ya hasta el día siguiente. Se hace de noche y pierdo la carretera principal. No sé por dónde ando. Sé que voy hacia la dirección propuesta, siempre hacia el oeste y siempre hacia abajo, pero nada más. El sueño puede conmigo y en un camino rústico estaciono y me tumbo un poco. No puedo precisar si he alcanzado o no Avignon. Me encuentro desolado y flotante, desasido

de la conciencia; irredento y como apesadumbrado, acaso preso del síndrome de ese hondón atípico parecido al que acomete a la mujer que después de alumbrar dos o tres hijos al tiempo, y disfrutar efímeramente de su capacidad generativa..., se enfrenta al vacío anestésico de una responsabilidad no imaginada. Salvadas las diferencias, a mí me ocurría algo equiparable: Había llegado a la cima de una laboriosa y sostenida secuencia de realizaciones – Passau, los exámenes de alemán..., y los diez días de viaje con Cristina–, y ahora lo que encontraba difícil de asumir era el descenso al plano de lo cotidiano mensurable. Supongo que sería eso o algo extrapolable. El caso es que me encuentro mal, triste, sin agarradero para justificarme. Estoy atrozmente cansado y triste. Quiero relajarme, pero es tontería: Todo me parece incómodo. A eso de la 01:00 am. vuelvo a seguir adelante, ahora con redoblado brío. Tengo fe en mi coche. El depósito de gas-oil me permite rodar cerca de 700 kilómetros, y con lo que ya llevo andado puedo llegar a España. A partir del empalme de Avignon el camino no tiene acertijo: Nimes, Montpellier, Beziers, Narbone, Perpignan... Los kilómetros se hacen peligrosos. Hay ocasiones críticas. Sobre todo en una curva, en el interior de una ciudad francesa: Voy fuerte, no distingo bien la calle y me encuentro con doblez en L a noventa por hora, cuando un camión articulado, de esos de remolque largo, me cubre por completo el ángulo de 90 grados doblando él a su vez. Registro en mis apuntes lo siguiente: “Francia es una puta mierda. Hay montones de pueblos atravesados por la carretera y que hay que tragarse por cojones. Además, la desfachatez de estos vecinos llega al colmo cuando se entra en los tramos de autopista que tienen en esta región del Sur y se encara uno con los flamantes anuncios sobre las distancias a las ciudades próximas y siguientes. Ponen las cifras máximas dentro del cartel de señalización, cuando lo cierto es que a los pocos kilómetros se termina el tramo de autopista construido y los kilómetros anunciados hay que hacerlos a pulso por carreteras medianas”. No cabe duda de que el estado de ánimo en que me encontraba al redactar estos detalles no era precisamente positivo. Pero avanzo, avanzo siempre. Llego a La

Junquera a las 04:00 am. Voy deshecho. La aduana, bien; sin pegas. Se ven coches de extranjeros que penetran en España. A los pocos kilómetros de la frontera me detengo en un hostel de carretera o zona de servicio. No recuerdo. Son las 05:00 am. cuando me meto en la cama. Al poco rato percibo luz de amanecer. Me siento extraño y agradecido de haber acabado todo así, de una pieza.

Ya en España echo el cierre definitivo a una categoría de preocupaciones como han sido la de culminar con éxito mi cometido académico; la de llevar a término mi visita a Kyparissi; la de haber salido airoso con el esquema de comportamiento que desde el comienzo me tracé respecto de Cristina y que a través de las diversas procelosidades he conseguido mantener enhiesto. Ahora me enfrento a la emotiva digestión de todo lo que acabo de pasar; necesito tiempo, necesito que mi visceración psico-somática funcione bien, funcione a tope con el fin de hacerse cargo de la tremenda marejada vivencial que me encharca el espíritu. Y lo primero, lo más inaplazable que tengo que hacer es proporcionar alguna atención al templo de mi alma, a mi pobre cuerpo. Estoy rendido, devastado aunque seguro de que la patente de curso de mis casi 36 años correrán con todos los riesgos. No duermo prácticamente nada. La mejor cuota de descanso me lo proporciona un buen baño y la sensación de las sábanas limpias del motel. No estoy más de siete horas allí. Continúo siempre hacia casa ya. Me desvíó de la autovía y me detengo en Tordera, a saludar a Reginald Dixon y a su mujer Iris. Cordialidad colosal. Cuando le participé a Reginald mi previsión de llegar a Alcalá ese mismo día [nunca olvidaré el proverbial sentido común y de la proporción de este hombre admirable], me hizo ver... que todavía me faltaban 630 kilómetros hasta Alcalá de Henares. No guardo registro pero supongo que comeríamos algo allí en Tordera. El caso es que después de despedirme de los siempre gratisimos Dixon reanudé la marcha. Lo que sí recuerdo es que en Igualada, a medio camino aproximadamente entre Barcelona y Lérida, no pude más. Iba materialmente dormido. Me metí en plena tarde en un hotel junto a la carretera que tenía al lado, además, una estación de servicio. Era la noche número *once*

desde que salí de Passau, y como en un inocente divertimento me las fui repasando: Györ; Novi-sad; Gevgelja; cerca de Atenas; Moloi; Kyparissi; barco de Patrai a Brindisi; Selva di Fassano; Viareggio; pasada la frontera francesa y ya dentro de España; y por último, aquí, Igualada...

Ya en Alcalá de Henares me incorporaría al ritmo organizativo de todo lo que había dejado detrás de mí. Me había llegado ya el diploma oficial del Goethe, o “Zeugnis” en el que aparecían mis dos *notables* o “gut” en Verständnis (comprensión) y Sprechfertigkeit (expresión oral); y mi *aprobado alto*, o “befriedigend” en Schriftlicher Ausdruck (redacción) conforme a los exámenes habidos el día 28 de junio 1972. Así que ya estaba yo en posesión del Grundkenntnis der Deutschen Sprache. Otra cosa hecha y otra cosa menos por hacer. En un orden de cosas muy distinto, me acerqué a que mis amigos los mecánicos Vivas me echaran un vistazo, así de bulto, al coche. Les hablé de un como ruidito, choque o pequeño traqueteo continuado que me parecía percibir de alguna parte del chasis, como por debajo del motor. Hecha la pertinente inspección, la cosa no era sino que de los tres enormes tornillos que sujetan el tubo de escape al bloque del motor, en su mismo arranque, uno de ellos había desaparecido. Los trajines por todas aquellas trochas, carriles y barbechos del Peloponeso aquí justificaban su realidad. Me preparé a enviar cartas o postales de recuerdo, reconocimiento y gratitud a mucha gente. En mis notas tengo reseñados: “Zieske; Käsmayer; Röster [no recuerdo su identidad en el momento en que esto escribo; acaso se tratara de la familia de Matilde]; Lewis Lafkas; Stephan Lafkas; señora de Lafkas; hermana; prima que nos recibió; señor que nos acompañó; Chris; señoras del pueblo anterior [Haraca]; María Pía; Gino; mamá; señores de Antibes; amigos del Goethe Institut”. Con semejante programa supongo que encontraría entretenimiento para buena parte de lo que quedaba de verano. De Frau Zieske recibí pronta respuesta a mi carta: Me decía que mi alemán era *muy bueno*, y que sólo había detectado una pequeña falta en lo escrito por mí. Conservo una foto que acompañó, preciosa, como una postal en cartulina, blanco y negro,

probablemente sacada por el propio Herr Zieske: Muestra una estupenda fuente cuya pileta inferior en forma cuadrangular ligeramente atrebolada, está continuada por encima por un monumento propiamente dicho: Sobre una empanada circular de piedra, de bordes redondeados y circundada de luces, se asienta una también como especie de concha en la que aparecen pájaros y torsos humanos; a partir de ahí, hacia lo alto, un basamento que sostiene una sección de columna parecida al componente informe de una pieza de ajedrez, en la que a su vez se acomoda la efigie de una mujer ligeramente inclinada hacia adelante. La foto está tomada de costado y por tanto la mitad de su identificación la hago descansar en mi improvisación intuitiva...

De Cristina, desde Venezuela, a donde había regresado, recibí las fotos del viaje. Durante algún tiempo dispuse de su dirección, una especie de apartado de correos o así, y ya no sé si nos llegamos a intercambiar alguna carta más. Cuando me escribió, eso sí, dejó traslucir su admiración y su cariño hacia mí. Supongo que se trataría del efecto salutífero de la perspectiva y también del síndrome clásico de que, encontrándose en su ambiente familiar restrictivo, añoraría forzosamente las correrías que nos pegamos por Europa. En 1978, hallándome yo por diversos países de Suramérica y previendo hacer una escala en Caracas, le mandé a Cristina un telegrama desde La Paz (Bolivia) informándola de mi llegada, junto con un vago... “me encantaría verte de nuevo”, etc. Las comunicaciones por aquellas tierras no inspiraban garantías. Por si fuera poco, al llegar al aeropuerto de Caracas y estar técnicamente “en tránsito” no nos dejaron abandonar el área asignada a dicho menester. Acaso ni siquiera Cristina se encontrara en Venezuela. Ni entonces la ví, ni ya jamás tuve de nuevo noticias de ella. Pensándolo bien, y con rigor simple, decidí que tan sólo por alusiones, y entre otros de permanencia directa, su nombre apareciese en el título de dedicatorias de esta vineta.

### **Camarera veneciana, verano 1974**

Con frecuencia las excusas para emprender un viaje suelen ser, si no disparatadas, sí conscientemente inexactas. Hay momentos en que el espíritu baraja y potencia toda suerte de recursos irreales con los cuales auto-catapultarse hacia metas caprichosas apenas entrevistas. En situaciones así acaso podríamos hacer bueno eso de que lo que importa no es la posada sino el camino, aserto del que personalmente disiento en un mayor porcentaje de casos. Sea lo que fuere, ocurría que el paisillo de Albania se me había incardinado en el tráfigo de mis especulaciones, y que no hacía más que darle vueltas para encontrar una coartada, por muy en falso que pudiera parecer, para... por lo menos, eso que dije antes, ponerme en marcha, ya que todos los indicios racionales se pronunciaban en idéntico sentido, a saber: Que Albania era un fortín cerrado a cal y canto; que sus pocos más de tres millones de habitantes vivían bajo el totalitarismo de las tesis de Enver Hoxa, y que las batallitas del, por otra parte, culto dictador, educado en Francia, etc., etc., se traducían en mantener las puertas de su cortijo clausuradas a todo lo que pudiera interpretarse, ni siquiera de lejos, como turismo. En mi viaje de dos años atrás, a mi salida del Goethe Institut de Passau, ya vimos que había merodeado, por así decirlo, por los confines de aquella República Popular. Había bajado por todo el Nordeste de Yugoslavia; había penetrado en Grecia y había salido por el Peloponeso, abrazando siquiera de forma holgada la citada People's Republic de Albania... Pero ya se sabe que los mitos nunca mueren, y que cuando no existen excusas hay que inventarlas.

Aquel verano de 1974 se dio el caldo de cultivo propicio para un tipo de viaje irreplicable; quiero decir, que con haber realizado uno como botón de muestra sacié con creces mi curiosidad para el resto de mi vida respecto de ciertas experiencias.

Vivían en Alcalá de Henares una pareja de buenos amigos, Juan y Conchita; él, sobre todo, acérrimo entusiasta del “camping” hasta límites de enfervorizada insania. Ella, Conchita, como buena esposa de su marido –y muy atractiva, por cierto– se dejaba llevar sin



hacer fe pública de ninguna personal preferencia. ¿Camping? Para mí aquello sonaba a gitanería, a remedo de cómico de la legua, a chararilero que va de lugar en lugar provocando tan sólo desconfianza en todos aquellos con los que trata. Bueno, algo parecido. A todo eso y a mucho más me ha sonado lo de hacer camping; y tales han sido las estampas que mi imaginación ha visualizado de semejante menester. Pero he tenido a gala tensar mi flexibilidad, ponerla a prueba hasta cotas de extenuación o rompimiento. Por mí, que no quede; que no digan que por mi falta de voluntad imaginativa se ha podido malograr un proyecto, aunque en el caso que nos ocupa, más que proyecto se trataba de una chapuza compadresca sin más consecuencias, como a continuación podrá verse.

Por aquel entonces una chica de Almería, Carmita, pasaba en mi casa una temporada, con la particularidad de que, como Licenciada en Filología inglesa que era, por dar clases de inglés en el colegio reconocido de las Madres Escolapias había trabado amistad con Conchita que a la sazón también trabajaba en dicho colegio en calidad de profesora de Primera Enseñanza. La amistad de las chicas acarrió entre Juan y yo una corriente paralela de concernimiento sobre temas de viajes, excursiones, etc. Juan era perito industrial y un verdadero manitas en muchas cuestiones de mecánica y funcionamiento de aparatos. Sin ir más lejos se había dado maña para adecuar el dispositivo de mi tocadiscos Magnavox de corriente de 125 voltios, comprado en USA, al suministro de 220 voltios que ya imperaba en la casi totalidad de las viviendas. Pero por encima de cualesquiera otras habilidades y propensiones, Juan era un adicto al camping, un forfofo incontinente de hacer noche al aire libre, de engolfarse con ese tipo de realidades, etc. Por mí, que no quede –seguía repitiéndome yo– como la cifra y el compendio de mi versatilidad de amplio espectro y de mi deseo de complacer. Cada cual elige sus caminos de perfección y sus pautas de santidad, y en algunos aspectos yo he sido extremadamente exigente conmigo mismo. He apurado las últimas heces de una evidencia que se me aparecía torcida y nefasta, con el fin de no dar

cuartel ni siquiera a la remotísima probabilidad de que dentro de ellas, de las heces, pudiera encontrarse la pepita de oro. Y no. En las heces que restaban de las otras ya conocidas, lo único que he experimentado es un “más de lo mismo” apabullantemente definitivo, decisivo, finiquitador... Una sola vez más me había puesto yo en contacto con el camping, y ello había ocurrido cuando yo era muy chaval, cuando aún no había cumplido los 14 años pero estaba curtido por esa actividad del colegial agreste, montaraz, cuyos deportes preferidos eran trepar a los árboles, tirar piedras y triscar los cerros y los parajes del río con la escopetilla de perdigones en las manos, intentando abatir todo aquello que se cubriera de plumas. Se había tratado en dicha ocasión de un magnífico campamento volante que el conocido como Frente de Juventudes había organizado por la Sierra de Madrid y que contaba con el apoyo, entre otros, de la logística personal, de la limpieza de ánimo de mi paisano Curro Mata. Aquello me había fogueado hasta unos topes insospechados y me había ilustrado respecto de las cuestiones básicas e innegociables que –así lo entendí yo siempre– deben concurrir, como mínimo, en una de esas excursiones en movimiento, con tiendas de campaña. Lo principal y primero es contar con abundancia de agua con el fin de tener la cuestión de la higiene resuelta, aun en condiciones de sobriedad castrense. Está claro que con menos de 14 años las exigencias acababan ahí: De todo lo demás se encargaban con holgura las propias fuerzas y los abundantes recursos concurrentes. Aquel campamento volante me familiarizó con el montaje y desmontaje de las tiendas de campaña, cosa por otra parte nada complicada; con la utilización óptima de los espacios disponibles, etc. Con lo que nunca me avendría es con los ruidos mañaneros; con la ofensiva irrupción de la claridad a través de la lona... Se concibe sin violencia de principios que el sistema puede funcionar con aquellos que desde siempre han habituado sus bioritmos a las pulsaciones de la Naturaleza, y así se levantan y se acuestan cuando el sol lo hace, y prácticamente prescinden de los relojes y de cualesquiera artilugios artificiales de medición del tiempo...

Con tales antecedentes el bueno de Juan nos vende la idea de ir... a donde sea, haciendo “camping”, y yo, bueno, en aire de santidad complaciente accedo con las salvedades que dentro de unas líneas expondré. Acordamos viajar los cuatro en mi coche Mercedes 200-D, modelo 1967 que además de normalmente espacioso en su interior, también cuenta con un maletero de capacidad sobresaliente. Ahí pueden acomodarse la tienda de campaña grande, y los colchones neumáticos desinflados, y los demás utensilios. Pero, a todo esto, ¿a dónde iríamos?

El “Compromiso-documento Albania” que ya no sé si llegamos a firmar pero con el que en todo caso nos comprometimos, es un bodrio maximalista y espiritualizante; es decir, con pretensiones de captar todos los posibles supuestos con que la humana experiencia se patentiza, pero en realidad dejándolo todo al buen tun-tún, a la buena voluntad de los expedicionarios y a ese supuesto orden universal que es como el piloto automático de todas las situaciones en que los protagonistas de carne y hueso pasan de decidir. Lo único que aparecía claro es que, en principio, intentaríamos llegar por tierra a Albania, siguiendo la ruta más sensata y más corta, punto sobre el que no cabía disensión alguna puesto que una ingenua comprobación en el mapa bastaba para sentar la evidencia. Cruzaríamos Francia y todo el norte de Italia; descenderíamos por la costa croata de Yugoslavia y nos plantaríamos en la frontera de Albania. Por ese lado, así de sencillo, sin problemas. Lo farragosísimo de las cláusulas del “Compromiso-Documento Albania”, en realidad y en esencia querían significar dos supuestos básicos, a saber: Que los gastos correrían por partes iguales entre las dos parejas; y que lo de pernoctar en camping no era vinculante sino tan sólo potestativo. El punto 5 sí es necesario tenerlo en cuenta: “La pernoctación se fija, en principio y básicamente, mediante el sistema de tienda de campaña. Si una de las parejas desestimara esa modalidad y la sustituyera por la de hotel, cuando ello fuera viable, los gastos así originados correrían por su cuenta”. He aquí esbozada, siquiera sucintamente, la cimentación de tan peregrino viaje, uno de los poquísimos que he llevado a cabo en

compañía, y el segundo absoluto [después del correspondiente al Sahara] con más de únicamente otra persona... ¿El camping? Una excusa. Y respecto del viaje acompañado, compartiendo gran parte del tiempo el habitáculo de un coche..., pues una prueba más a la que me he sometido en vida, en atisbos de santidad, en auto-holocausto de paciencia; en siempre una penúltima reválida de imaginación. Siempre he considerado tal experiencia como uno de los más portentosos ejemplos de progresión geométrica en lo referente a la tensión y a la incompatibilidad de caracteres que se genera. Recordando el funcionamiento de las progresiones con lo de los granos de trigo y las casillas del tablero de ajedrez, es absolutamente probable que un viaje programado para, digamos, dos semanas desencadena tal cantidad de tensión y de irreconciliabilidad de convivencia en las dos primeras jornadas como para imposibilitar su ulterior desarrollo. La crónica de este viaje pretende más bien resaltar algún que otro detalle lírico que se produjo muy por libre, muy espontáneamente y fuera de lo que pudiese entenderse como contexto diseñado; y por lo tanto los temas de sociología convivencial los entenderé relevantes tan sólo cuando en principio configuren y sostengan el marco para todo lo demás.

Convinimos, eso sí, en que a menos que mediara una petición en contrario por mi parte, yo sería el único conductor de mi coche. Lo sentía como un aspecto de lógica insuperable. La enorme compenetración que existía entre mi Mercedes 200-D y yo siempre hubiera supuesto, creo, una rémora a la hora de que otra persona, en este caso Juan, se hubiese hecho cargo de la conducción. Y eso que se trataba de un hombre manitas como ya dijimos. Pero hay un hecho innegable, y es que el conductor de un vehículo de gasolina –y tal era el caso de Juan– se aviene a regañadientes, y en el mejor de los supuestos tarda en avenirse, con el régimen de un motor de gas-oil. Por aquel entonces mi motor ya había sufrido de una conducción demasiado alegre por mi parte; y fue con ocasión de la primera rectificación seria que le haría unos pocos años más tarde cuando me percaté de una vez por todas de que los motores de aceite pesado o gasóleo son especialmente duraderos si se los lleva a velocidades

sostenidas, y siempre procurando dejar un margen como mínimo de 50 kilómetros respecto de la máxima que señale el velocímetro. Para un tope de 160 kilómetros por hora, por ejemplo, no pasar el coche de 110 como norma, descartando las excepciones de adelantamiento, es la mejor garantía de duración y de prestaciones. Ya sabemos que cualquier cascaroncito de alrededor de 800 kilos de peso coge los 140 kilómetros por hora con sólo pisar a medio pedal el acelerador. En suma, no hubiera significado compensación alguna el hecho de que Juan se hubiera alternado conmigo en la conducción, ya que buena parte del trayecto se hubiese consumido antes de su familiarización con el tipo de vehículo que representaba mi Mercedes 200-D. Con sus 1.350 kilos de peso propio, cuatro personas y el maletero a rebosar, el motor tenía que hacerse cargo de unos 1.700 kilos, condiciones del todo normales para un régimen de velocidad de crucero entre los 90 y los 110 kilómetros por hora.

Juan era el experto en todo lo referente a acampar; yo me ocupaba, como digo, de la conducción; y a las chicas se les encomendó la intendencia y la administración; en una palabra, la economía. Nuestra primera noche acampamos entre Zaragoza y Lérida, acaso cerca de Bujaraloz, con el impresionante panorama de Los Monegros enfrente. Compruebo que la tienda de Juan es de reglamento, calculada para cuatro personas, con una lona divisoria en el centro, por eso de la salvaguarda del principio de lo privado, siquiera en teoría. La segunda noche, ya en Francia, pernoctamos en Sète, localidad marítima entre Beziers y Montpellier, para orientar al lector muy a grandes rasgos. Es notable la falta de detalles intermedios con que cuento para este relato. Toda la estructura se organiza respecto de unas localidades por alcanzar, y de unos cuantos pormenores marcadísimos que han prevalecido sobre la desintegración de la memoria en el tiempo, y por lo tanto, y sin ir más lejos, nuestra llegada a Venecia, uno de los platos fuertes del itinerario, ya no recuerdo si lo hicimos en sólo una jornada desde Sète o en dos. De momento sé que dejamos Milán a un lado, descartando su visita por las incompatibilidades de tiempo que fuesen, y que pasamos por

Brescia, pero qué ruta seguimos para el paso de Francia a Italia..., no guardo dato alguno que me pueda ni siquiera sugerir un pronóstico. Es probable que en vista de mi experiencia dos años atrás con la ruta de la Costa Azul y en general de toda la Riviera Francesa..., es probable que nos decidiéramos por subir hasta Valence, torcer hasta Grenoble y entrar en Italia por Susa; o siempre desde Valence, alcanzar Chambéry y negociar la mejor ruta desde allí hasta Aosta, punto a partir del cual la autovía por todo el norte de Italia estaba garantizada. Queda una tercera opción, en apariencia y sobre el mapa la más lógica a saber: Que puesto que en el curso de dos años enteros las autovías de todo el sur de Francia habrían experimentado una notable mejora, seguir toda la Riviera de forma convencional, llegar a Génova, subir hasta Milán bordeándolo siempre, y a través de Brescia, Verona y Padua..., alcanzar Venecia. Si el estilo de mi espíritu apuntaría hacia una cualquiera de las dos primeras opciones, la lógica de un lado y la comprobación exhaustiva sobre el mapa de otro, me hacen creer que esta tercera fue por la que nos decidimos en realidad. Recuerdo sin embargo alguna que otra bobada, como la de elaborar chistes y juegos para-lingüísticos a expensas de los paneles publicitarios sobre la mantequilla, “burra” y sobre la cerveza, “birra” italianas: “La burra esbirra” y “esbirra es la burra” y retruécanos por el estilo. Por analogismo con el “caduti massi” (desprendimientos) de algunos puntos de carretera señalizados y prevenidos con las correspondientes bardas o redes de contención, recuerdo que cuandoquiera nos cruzásemos con alguna ciudadana en la que, por su edad proveya, los atributos quedaran deslucidos, yo denominaba al fenómeno “caduti tetti”, para risa de Conchita y cordial, pero decidida, desaprobación de Juan.

Llegamos a Venecia por la ruta anteriormente descrita en tercer lugar, aceptémoslo así como hipótesis de trabajo. Supongo que emplazaríamos la tienda de campaña en Mestre y que ya, al día siguiente, descansados y libres del coche, accederíamos a Venecia en el ferrocarril que conduce hasta la estación de Santa Lucía, y a través del istmo-puente de La Libertad. Uno siente que para hablar de

Venecia habría que llevar puesto el traje de los domingos, la boca recién enjuagada con el más perfumado y salutífero de los colutorios, y que las palabras en estado de gracia se considerasen aliadas nuestras. Me ha ocurrido más de una vez: En esto de las apreciaciones valorativas de tal o cual lugar, de tal o cual asunto que pueda llevar consigo exotismo, diferencia, originalidad, etc., mi alma ha dispuesto de una magnífica ocasión para ejercer su individualidad dirimente. Hay quienes, por carecer de criterio, en lo que a gustos se refiere, parecen no atreverse a llevar la contraria a lo que ellos puedan considerar una mayoría; hay quienes, por el contrario, encuentran dignificante denigrar los valores de tal o cual realidad simplemente porque una como unanimidad de criterio ha generalizado y sancionado las excelencias de la cuestión de que se trate. Como digo, más de una vez me he sorprendido normalmente tomando parte en este juego de alianzas y de repudios valorativos, y siempre he sentido que se trataba en definitiva de un acto de personalísima autoafirmación. Negar la excepcionalísima singularidad que, en razón de sus prestaciones de baños y masajes, representa el tratamiento del sexo en Bangkok, por ejemplo, es tan imbécil y tan desasistido de criterio como el elogio indiscriminado al viajar mediante la modalidad de hacer *camping*, también por ejemplo. Sobre esto habrá ocasión de decir lo que sea menester. En unos casos, por una concesión a lo supuestamente hiperselecto; y en otros por la estúpida finta pseudo-estética de condescender con una de las más cutres e inciviles formas de viajar, como lo es el “camping”..., en una y otra instancia, digo, las gentes se auto- envilecen y se degradan el criterio.

Por suerte para todos Venecia desplegaba (y desplegó) tanto en la ficción histórico-literaria como en el milagro de la realidad uno de los haces más frondosos de sugerencias transcendentales con las que mi alma jamás hubiérase topado. Por entonces no había leído yo aún la opulenta fabulación en barroco que Mújica Láinez hace en *Bomarzo* [lectura que debo a la amabilidad del brillante escritor granadino Fernando de Villena, autor asimismo, y de entre otros géneros literarios, de la esmeradísima *Atlántida interior*. Granada: Ubago

1990, en donde toca aspectos del entramado artístico italiano]. No, no había leído aún *Bomarzo*, pero había leído otras cosas, y sobre todo, había incorporado a la linfa de mi espíritu la prodigiosa impresión que me produjo Italia dos años antes, y con ocasión tan sólo de mi recorrido de sur a norte, en coche, con Cristina, con las brevísimas recaladas en Lecce y en Génova.

Venecia desbordó mis expectativas, acaso, además, porque durante nuestra visita se produjo el acontecimiento del que esta viñeta ha tenido a bien cobrar el título. Hicimos lo que todos los turistas: vagabundear por calles y por las orillas de los canales, sin llegar a subirnos en góndola: Eso –parecimos asentir todos con una afianzada unanimidad– se lo dejábamos a los que aún tuvieran ganas de gastarse el dinero en pseudo-edulcoraciones emotivas de romanticismo de celuloide y monserga de acordeón. El agua de los canales, por mucho que se quiera, no puede dejar de arrastrar y de contener toda suerte de detritus, y lo mejor es estar cerca de ella pero sin entrar en su contacto. Así que nosotros anduvimos por donde fuera menester, dejando que las chicas entraran aquí y allá, husmeando ya todos nosotros iglesias y capillas, rincones y recodos porque... precisamente este término *recodo* que la dinámica normal de mi discurso acaba de dejar escrito, este término cohonesta mejor que ningún otro la especialísima conformación del bío-topo de Venecia...

Racimos de ocurrencias parecen darse cita en la imaginación de uno; enjambres de figuras animadas parecen convocarse al conjuro simple del estar ahí, deambulando junto al agua de los canales, cabe las casas mitad flotantes, mitad inundadas. Antes de superar cada esquina de cualquier itinerario es como si nuestra voluntad de ficción se anticipara el encontronazo con alguno de aquellos personajes del Renacimiento, vestido de duque cuando menos; o, como si nada más superado el recodo, se le antojara a uno que un espadachín embozado, portador de un fabuloso mundo de intrigas –sexo y poder–, instigado por todos los resortes que la literatura pueda magnificar, se aprestase a perseguirnos para pedirnos cuentas de quién sabe qué fantasmagórica



quimera, qué espeluznante asunto de amor. Porque el aire de protagonismo confabulado, de ungimiento en el portento del pretérito, jamás lo he percibido como en Venecia. Allí la Historia se carnaliza, se disputa con uno los espacios; la arquitectura del ámbito oprime con una gloriosa complicidad, descoyunta la razón, zarandea las coordenadas del propio conocimiento. Supongo que esa maza gloriosamente preñada y confusa de sensaciones fue lo que estuvo acompañándonos, al menos a mí, durante nuestro recorrido.

Creo que fue en la margen del Gran Canal, no lejos del Puente Rialto. Llegada la hora de comer, avistamos un restaurante de especialidades italianas y nos sentamos allí, al aire. No conozco de ningún secreto del corazón, por pequeño que sea, que ni aun en su infinita simplicidad toda la ciencia psicológica haya podido esclarecer; ni conozco que se haya inventado aparato alguno, artilugio alguno, por superferolíticamente sofisticado que fuere, capaz de medir el crecimiento de alma del universo que se produce por la emanación de un pensamiento amoroso. Algo así debió de ser la epifanía que me advino con ocasión de nuestro sentarnos a comer. Recuerdo que pedí una *lasagna*, y recuerdo que nos servía una camarera rubia, de buen porte, sin alcanzar ni de lejos –vestida como estaba de guisa que uno puede imaginar: Delantal blanco sobre un uniforme negro, zapatos maniobrereros y cómodos, etc; sin alcanzar, digo, factura alguna de ostentación de aspecto. Pero era tal la esplendidez atemperada de sus gestos, la proporción ecuánime que imprimía a sus menesteres, que mi alma y su persona sentí que habían conectado plena e irremediabilmente. El marco en que mi espíritu se engolfaba sólo podía albergar maximalismos artísticos, vagos e inmensos anhelos de Pentecostés en sabanazos balbucientes. Me sorprendí a mí mismo dirigiéndome en italiano a... ella. Pero yo no sé italiano... y sin embargo eran tiradas de italiano lo que expeditamente –al menos así se me antojaba a mí– salían de mis adentros. Comencé a recitarla el soneto de Dante a Beatriz, ése de “Tanto gentile e tanto honesta pare...”, y la camarera se sonreía. Dejaba los platos y los pedidos que fuere y regresaba al interior del establecimiento portando el

beneplácito de concernimiento que mis palabras habían generado en su gesto; y al regresar buscaba ella mi aquiescencia; motivaba mediante el acicate de la mirada suya que yo siguiese buceando en los repertorios de mis subconscientes lingüísticos, y vertiera, más o menos sin venir a cuento, en correspondencia difusa y extrañamente remota, versos de Dante, como el que Bécquer coloca de frontispicio argumental en una de sus Rimas, ése de “la bocca mi bacció tutto tremante”, sobre el pasaje de Paolo y Francesca; palabras de canciones mitad recordadas y acaso malamente entendidas. Pero era como si todo valiese porque ella, sin dejar de mirarme y sonreír, lo recibía todo con gratitud y con hondo conocimiento, como si aquella jerga informe que yo le estaba dedicando cobrase su más lúcida coonestación por obra y gracia de su espíritu fecundado de aprobación generosa. Beatífica aquella experiencia mía..., como si de la mano bienhechora de Dante, y por extrapolación de vivencias en ámbito sin rutas ni raíles del alma, la visión teológica que él contemplara a través de Beatriz hubiera condescendido, siquiera en algunas migajas de su plenitud, al ejercicio que mi hombría transverberada, que mi transcendida voluntad de esencialidades se hallaba protagonizando. En la comunión de aquellos instantes, hacia adentro, me sentí criatura-Dios, me sentí investido de todo el conocimiento para perforar y adentrarme y adueñarme de todos los secretos así divinos como humanos, porque aquella mujer me estaba ungiendo de una ciencia desconocida para mí, infusa y mística, simple y al mismo tiempo profundísima, apaciguante y estremecedora, pero siempre viva. Tuve la plenaria certeza de que en los mapas ocultos de mi alma había quedado señalizada la cota máxima de aquel viaje, una cala señera e inequívoca, un mojón imperecedero. Hoy, ahora mismo, casi 24 años después, al entrar en contacto con ello por medio de la instrumentación de la literatura, no puedo evitar la socavación visceral, el lírico y cataclismal desasosiego que el encuentro con aquella criatura comportara respecto de las aguas de la eternidad mía.

Después de comer hicimos la visita obligada a la Plaza de San Marcos: Tras de echar un vistazo por dentro a la Basílica nos

sentamos allí, entre palomas y rasgados de violines a tomar café, presididos por el Palacio Ducal o del Dogo, con su célebre campanario tañido por los martillazos de las dos figuras. Quería ya recordar una, de entre seguramente otras muchas películas, en que dicho edificio había colaborado a crear atmósfera, y daba con aquélla, creo que producción franco-italiana en que, no puedo precisar, o bien Gianna Maria Canale, o bien Eleanora Rossi Drago encarnaban a un sugestivo y bellísimo personaje femenino.

A la mañana siguiente continuamos la ruta. Recuerdo el atractivo original de Trieste, con edificios de ladrillo rojo si como quiere tercamente perforar mi retina no se me ha malogrado la impresión aquella, primera y vívida. Allí nos detenemos a comer y unos cuantos kilómetros adelante entramos ya en Yugoslavia, camino de Rijeka... ¿Rijeka he dicho? Bueno, a partir de ahora es conveniente que nos acostumbremos al baile de nombres que se produce respecto de muchas de las ciudades yugoslavas. Desde el punto de vista de las etnias y de los influjos recíprocamente ejercidos y sufridos, Yugoslavia es uno de los países más caleidoscópicamente conformado. La nación que yo conocí en 1972, en primer lugar; y en 1974 con ocasión del viaje que estoy relatando no tiene nada que ver con la realidad de las cosas tal y como han quedado fijadas para el momento en que escribo, 1998. En aquellas épocas pretéritas ni aun yo, aventajado estudioso de la geografía, era consciente de que en mi primer viaje hubiera atravesado el país desde la Vojvodina hasta Grecia, pasando por Serbia; bordeando el Kosovo, con toda seguridad por Macedonia; y que ahora en 1974 entraría por Slovenia, bajaría por toda la costa croata y me plantaría en la frontera con Albania después de cruzar Montenegro. Para el viajero de entonces la realidad geográfica era una e indivisible, la gran creación del malabarista geopolítico Tito que se había apañado para mantener unidos todos los baldosines de tan desigual mosaico. Porque sin llegar a las cruentas bestialidades que han acompañado a la desmembración sufrida por el país en la década de los noventa, el suelo de la así llamada Yugoslavia que uno pudiera pisar a partir de 1945 (o sea, de la liquidación de la

Segunda Gran Guerra)... guardaba nombres superpuestos, resonancias entremezcladas como resultado y herencia de intereses nada menos que italianos, alemanes, húngaros... ¡y propiamente yugoslavos! En su momento dejé dicho que la yugoslava Subotica había sido Maria Theresiopel, a la alemana; y Szabadka, a la húngara. El caso de Slovenia, y de Croacia, y de Montenegro, que conformarían la primera parte de este recorrido nuestro de 1974 por Yugoslavia nos prestaba un buen muestrario. La Ljubjana actual, capital de Slovenia, era la Laibach de antes de acabada la guerra. La Rijeka moderna fue Fiume durante la época de anexión italiana [Mi gran amigo y colega italiano Diego Bastianutti, hispanista durante muchos años en Canadá y en la misma Queen's University, donde yo también profesé, nació allí precisamente, en Fiume en 1939]. Dicha influencia sigue haciéndose sentir en los nombres de las ciudades de la costa croata: Split fue Spalatto; Dubrovnik fue Ragusa, por ejemplo. Y ya en Montenegro, la Titograd actual había sido Podgorica. El elemento geográfico y étnico más medular y más consustancial con la realidad histórica de Yugoslavia seguía y seguiría siendo Serbia, algo así como la Castilla de la Península Ibérica, su más irrenunciable referencia.

Como digo, en aquella época de 1974 yo no me percataba de los distintos componentes de Yugoslavia. Me pareció, eso sí, que la costa croata tenía un “no sé qué”, una especialidad de vibración, un natural aperturismo, consustancial y esperable de su asomarse a toda la expansión del Adriático frente a la archicultura y clásica Italia. Nosotros lo que hicimos fue bajar, bajar con nuestros sentidos embotados para todo lo que no fuera el pintoresquísimo y quimérico cometido de penetrar en Albania, por nuestra cara bonita; bajar a lo largo de la costa croata y dejar señalados en nuestra memoria algunos nombres de localidades que tuvieron que chocarnos por su aire de flexibilidad y “liberalismo occidentalizante” aun tratándose de un país teóricamente socialista bajo el influjo, aunque muy *sui generis* de la brújula de Moscú. Al dejar siempre a nuestra derecha la isla de Korcula nos enteramos de que existían unos portentosos sitios de “camping” y unas supuestas playas nudistas entreveradas de ensueño.

Fuere lo que fuere, y que en la urdimbre de nuestra tesitura no nos era dable comprobar, es el caso que llegó a mis manos, ignoro por qué conducto, un programa o folletito turístico sobre el camping Kalac, en Uvala Skoljk, en el golfo Conchiglie, todo ello como parte del complejo Korcula: Auto-Kamp Kalac. “Motor boat operates every day between the camp and the nudist island Stupe where there is a restaurant”. El panorama que anuncian las tres tarjetas plegables que componen el programa de mano turístico citado es inmejorable: Pinares, olivares, aguas azules, playas con arena de buena calidad, completísima relación de infraestructuras... ¿Y ésa era la Yugoslavia “comunista” de 1974 cuando todavía España seguía en auto-teocracia? La respuesta, evidentemente, es: No, eso no era Yugoslavia; eso era la costa dálmata de la Croacia, dentro de una confederación de territorios y de particularismos religiosos que la tenacidad y el carisma personales de Tito había amalgamado. Ya hemos visto lo que ha ocurrido a la muerte de don José Broz.

En suma, cualesquiera que fueren las impresiones irreductiblemente subjetivas de cada uno de nosotros conforme nuestro rodar a lo largo de aquella costa, lo que a mí andando el tiempo me dejó claro este recorrido es que la influencia de Alemania y de Italia, como potencias aliadas en su momento, se había dejado sentir profundamente en Croacia; de ahí su desarrollo turístico prácticamente autónomo y en creciente volumen competitivo con cualesquiera otras potencias europeas, incluida España.

Poco recuerdo de todo aquel trayecto; sólo que seguimos bajando; que rebasamos Split; que rebasamos Dubrovnik [sitio que me serviría real y eficazmente de entrada a, y salida de, Albania en mi viaje de 1981, y que dejo relatado en otro lugar]... y que ya dentro de Montenegro, antes de llegar a Titograd, probablemente entre Kotor y Budva, nos detuvimos a comer en un ventorro rústico de junto a la carretera. Ninguno de nosotros cuatro, estoy seguro, estábamos apercebidos de hallarnos en Montenegro. Tan imperantemente exclusivo era, de momento, nuestro cometido de llegar al... punto final de nuestra

catábasis –a partir del cual ya todo tendría que ser regreso, tan sólo regreso–, que la realidad de hallarnos en Montenegro no rompía de ninguna manera nuestra confiada y global asunción de que en todo caso y siempre se trataba de Yugoslavia, una e indivisible. No puedo obviar, sin embargo, que aun a pitón pasado y en razón de esa capacidad virtual de impronta que atesoran ciertas realidades y las actualizan tan sólo con que convoquemos a nuestra conciencia una instancia cómplice..., no puedo obviar ahora, digo, que al entrar en Montenegro mi percepción pareciera asumir la diferencia de paisaje, de identidad de atmósfera, hasta de facciones de los habitantes respecto de todo lo que habíamos dejado atrás en Croacia. El ámbito, la rugosidad y aspereza de la campiña, un como oscurecimiento tirando a cetrino de los semblantes de sus moradores, en aquellos momentos y debido a mi desentendimiento descuidado no me alertaron del cambio, cosas todas ellas de las que ahora, *a fortiori*, acuso recibo...

El caso es que iba diciendo que antes de llegar a Titogrado nos paramos a comer en un tascucho o fonda de la carretera. Arrancar de un sitio así un pasaje para el recuerdo y el relato no es botón desdeñable. Y todo consistió en que aquellos rústicos, regidores o dueños del establecimiento aquél se quedaron atónitos observando cómo yo desplegabam por encima de la paupérrima mesa una especie de mantel, que no era sino una sábana, de entre los adminículos de logística doméstica que yo llevaba en el coche; pero lo que más les asombró fue que sacara una cubeta o palangana, la llenara de agua y la dejara allí a nuestro lado para lavarnos las manos a discreción según íbamos comiendo. Aquella pobre gente no había visto cosa igual en su vida.

Nos quedaban más de cinco horas de claridad y decidimos avanzar lo más posible. Llegamos a Titogrado y a partir de ahí, al tomar la dirección absolutamente inequívoca respecto de cualquier otra hacia la frontera con Albania, supimos los cuatro que, al menos, estábamos siendo coherentes con el plan diseñado originalmente en

Alcalá de Henares. Hay trozos de geografía que, conforme al estado emocional de quien los transita, se colman de indefinibles sentidos, de inquietantes confabulaciones. Tal con aquellos kilómetros a partir de Titograd, siempre en proporción creciente con nuestro progresar hacia el acabamiento del territorio yugoslavo y el contacto con la frontera con Albania. La incumbencia compartida entre nosotros cuatro iba adensándose en la modalidad de silencios escrutadores, como esperando la inminencia de algo, un encuentro, una aparición. Todavía nos dio tiempo, quiero decir, siempre en tierra yugoslava, a cruzar dos pequeñas localidades, Tuzi y Druma, después de lo cual el enrarecimiento de subitaneidades se hizo intensísimo. Parece como si nos adentráramos en una “terra incógnita”, una Thule desconocida, de escabrosos presagios. Ninguno teníamos nada que perder y por lo tanto tan sólo se trataba del asunto emocional, subjetivo, que cada cual sostuviera consigo mismo. Lo mejor, lo más valioso que nos unía a los cuatro era la total coherencia de nuestro estado de ánimo y de la proyección que habíamos trazado de la eventualidad de encontrarnos allí. Seguramente que aquellos pocos kilómetros prácticamente de tierra de nadie, “no-man’s land”, no habían sido rodados por casi nadie, porque disparatada a todas luces parecía ser la actitud de plantarse en un sitio tan particular tan por las buenas, tan desprovistos de... credenciales, de instancias embajadoras. Pero ahí radicaba la gracia de todo ello. Así que cada cual se esforzaba por asumir lo mejor que podía la vibración peculiar que desprendía aquel paisaje y...

Nada más superar el suave repecho de una curva avistamos algo, un puesto fronterizo, una barra de *stop* atravesando la calzada, un pequeño barracón, casi diría que una garita grande..., y por fin un hombre de uniforme de color gris azulado o azul grisáceo. Un soldado, policía, aduanero. Se viene a nosotros. Ni amable ni hosco. Creo que hasta pregunté si... ¡Pero claro, hombre, se trataba todavía de Yugoslavia, se trataba todavía del lado de salida, desde Yugoslavia, del puesto fronterizo! ¿Que a dónde vamos? Bueno, pues pensábamos entrar en Albania. Nos mira los pasaportes, sin entender gran cosa, pude yo colegir en su momento. El policía buscaba lo obvio, sin ni

siquiera prestar atención a cualesquiera otras posibles mostraciones por parte nuestra... Buscaba, incrédulo y como resistiéndose a avenirse con la realidad, en el caso de que hubiere existido,... buscaba algo en nuestros pasaportes, probablemente el águila de la enseña nacional albanesa como mostración documental más palmaria y menos equívoca..., buscaba alguna credencial de visado o algo que se le pareciera... “¿Visa?” –fue todo lo que se le ocurrió preguntarnos. “¿Visa? Sí, visa [for, into, of]... Albania”... creo que fue una de entre estas preposiciones la que el aduanero, en voluntarioso inglés, encajó en su escasa disposición a perder el tiempo hablando con cuatro chalados que habían tirado por aquel camino [supongo que todo esto el bueno del funcionario estaría barruntando] como les hubiera podido dar por cualquier otro. “¿Visa?”... “Nosotros no tenemos nada de nada, como puede Vd. ver. Nosotros estamos aquí por si nos dejaban entrar, eso es todo... y es bastante”. Algo así debimos de hacerle entender al hombre quien –estoy viendo su semblante ahora, 24 años después, en que esto escribo– como si hubiese definitivamente averiguado que se trataba de un viaje de diletantes, cogió los cuatro pasaportes, los juntó en un montoncito, chascó con ellos dos o tres veces su mano izquierda y nos los devolvió, indicándonos, amistosa pero conminatoriamente al tiempo, el camino de regreso, con una expresión dibujada en sus facciones que yo hasta me atreví a traducir... “¡Y que tenga uno que estar perdiendo el tiempo con estos señoritingos capitalistas de mierda!”...

Invertimos en un ciento por ciento, en un “U-turn” o giro de 180 grados la dirección del coche, y por segunda vez, ésta desde un paraje tan insólito, nos encaminamos a Titogrado. Nuestro intento de penetración en Albania había terminado de describir la totalidad de su parábola. Y sin siquiera comenzar. Ya de regreso y más tranquilos especulamos sobre la doble garantía que en casos así supone la instancia previa de *salida* de un país, que respecto de Yugoslavia no procedía, porque se hubiera tratado de ir... a la nada. Años más tarde, abrumado yo de conocimiento, bien tendría ocasión de percatarme de que los piojosillos de los albaneses tenían en sus vecinos los



yugoslavos [y con toda la razón del mundo a favor de estos últimos] sus más enérgicos detractores y desacreditadores; pero por ello mismo, y en virtud de cuestiones y principios básicos de Derecho y convivencia internacionales, eran los propios yugoslavos los que ponían buen cuidado de no exacerbar dichos antagonismos e incompatibilidades, mediante, por ejemplo, la autorización sin más a que algún viajero traspasara las líneas yugoslavas y se plantara en territorio albanés. ¡Un *diez* para Yugoslavia..., y un “no presentado” para los recluidos e impenetrables albaneses! Curiosidades de la geopolítica: Yugoslavia –nos enteraríamos luego– significaba para la Albania oficial el monstruo capitalista, revisionista, descarrilado impiamente de las pautas stalinistas del camarada Enver Hoxa. ¡Cuánta sandez ha sido capaz de elaborar y reunir la Humanidad!

Bien. El caso es que, alcanzado el vértice más ulterior de nuestro viaje, lo que faltaba ya era regresar, como y por donde nos diera la gana, tomándonos también todo el tiempo que estimásemos conveniente en función de nuestras disposiciones y de nuestra curiosidad. El haber alcanzado, como digo, el destino más separado de nuestro punto de partida supuso, sin embargo, una enorme clarificación de lo que restase por hacer. Es como si mi principal argumento, o sea, el haber conducido a mis huestes sanas y salvas a la meta prevista, hubiera cubierto la mejor y mayor parte de mis responsabilidades, y a partir de ahí sintiera yo que podía tomarme la inevitable disciplina del viaje con algo más de relajación personal. Por otra parte, el intenso calor, la emoción anticipada y siempre erosionante de llegar a la “tierra prometida”, el incómodo trasiego de, una vez acabada la jornada, ponerse a montar la tienda de campaña, etc., habían dado buena cuenta de alguna de mis reservas de energía. A mis 37 años seguía yo, por supuesto, desenvolviéndome en una franja de desmedida euforia en lo que se refiere a rendimiento físico. Era capaz de estar al volante durante diez horas seguidas, si la dinámica del viaje así lo requiriese, pues así lo habíamos decidido y así lo prefería yo con plena convicción. Mi coche rendía el tope de prestaciones conducido por mí y sólo por mí; y aun en el caso de Juan,

que era un manitas, su familiarización con un vehículo pesado, de gasoil, con un régimen muy seguro pero en extremo moderado de aceleraciones y reprises, era de todo punto previsible que el capítulo de la marcha, entonces y para aquella específica circunstancia, hubiese arrojado un saldo claramente negativo. De manera que sin cambiar en un ápice el espíritu ni el diseño de la excursión, me percaté de que había llegado el momento de instrumentar, prácticamente en exclusiva, la cláusula aquella del contrato que rezaba: “La pernoctación se fija, en principio y básicamente, mediante el sistema de tienda de campaña. Si una de las parejas desestimara esa modalidad y la sustituyera por la de hotel, cuando ello fuera viable, los gastos así originados correrían por su cuenta”.

No creo que un párrafo como éste prestara nunca tan inestimable servicio a la realidad de un viaje. No había que ser un profeta, ni perito en pronósticos para hacerse cargo de que aquella facultad, la de poder en un momento dado optar por un alojamiento distinto de la tienda de campaña, era la previsión más justa, más operativa y más lógica de todo nuestro acuerdo. Lo más trascendental y decisivo de un viaje continuado en etapas es llegar a los sitios... ¡¡y poderte lavar!! Bueno, digo lavar englobando en dicho menester la gama esperable de actuaciones: Un buen baño en agua caliente, o al menos una ducha; un cambio de ropa, etc., etc. Y los *campings*, me refiero a los buenos, huelga decirlo, proporcionan unos servicios más bien cutres: Lavabos comunales, inodoros comunales, duchas comunales. Limpieza, regular, tirando más bien a suciedad. Juan era un encendido entusiasta del camping y obviaba condiciones y detalles que para una disposición crítica y de entrada negativa como la mía resultaban insalvables, intolerables.

Ocurrió en Belgrado, ruta por la que hicimos el regreso de Montenegro. Localizado el camping en la guía que Juan portaba al efecto, nos encaminamos a él. Fuere porque objetivamente no me gustaba, fuere porque las dependencias higiénicas de aseos en general me parecieron deplorables –que me lo parecieron–, fuere porque

estaba harto de camping y quería tomar un buen descanso, aduje la libre opción del alojamiento. Superada la pequeña violencia que supuso la escisión de criterio respecto de dicho extremo, quedamos en cenar en el Hotel donde Carmita y yo pernoctaríamos, bien entendido que en casos así y también previsto por el acuerdo, llevaríamos más tarde al camping y los recogeríamos a la mañana siguiente, a Juan y a Conchita. Lo poco que percibimos de Belgrado me dejó tan sólo unas notas cromáticas parduzcas, impersonales. Además, Belgrado en aquel comienzo de anochecer no significaba más que un punto y seguido de nuestro viaje. Sin embargo, la cena que tuvimos en el Hotel de referencia [lástima no poder ni siquiera aventurar una identidad pues no guardo detalle ni documentación alguna] sí revistió cierto empaque y cierto protocolo. Recuerdo que el maître algo debió de observar en nosotros como turistas; una como determinación que se reflejaba sobre todo en mi ademán de no economizar; de tener una cena... un poco así, por todo lo alto, con algo de suntuosidad y el máximo de satisfacciones, porque el caso es que nos llevó a un apartado de comedor, como reservado para situaciones especiales, con intensa refrigeración, y nos sentó a una mesa redonda. Estoy convencido de que en aquel momento, en aquel 1974 allí en Belgrado, la capital de Serbia y de toda Yugoslavia, se nos ofreció el máximo refinamiento existente. Me di cuenta de que la áspera adustez eslava de la Serbia de entonces, por medio de aquella cena exteriorizaba lo más esmerado de sus posibilidades que, no obstante, caían bastante por debajo de la elegante opulencia que tan sólo dos años atrás había podido yo disfrutar en la Vojvodina de Novi-Sad. Serbia en Yugoslavia, lo mismo que Castilla en España –me decía yo. Con todo, creo que la cena resultó la mejor de todas las posibles, si bien algo cara en proporción a su grado de excelencia objetiva. Terminada la cual, devolvimos a Juan y a Conchita al camping, y Carmita y yo nos quedamos en el Hotel.

A la mañana siguiente, y antes de salir de Belgrado, de camino, tuvimos la feliz ocurrencia de pasarnos por la Embajada de Albania donde, al explicarles a sus funcionarios nuestro interés por su país, nos

regalaron unos libros de publicidad... ya que no turística [puesto que turismo, turismo, tal y como lo entendemos nosotros, no lo permitían], sí al menos patriótica, nacionalista y de tipo arqueológico, además de un “hand-out” o panfleto-circular, del tamaño de un folio, con un mapa actualizado del país en el anverso; y una síntesis de sus características geográficas, socio-políticas e histórico-culturales en el reverso. Bueno, algo es algo, pensamos.

A partir de Belgrado mi carencia de notas hace penosa la reconstrucción narrativa. Recuerdo que entramos en Hungría y que llegamos a Budapest; recuerdo que la realidad del lago Balatón tiene cabida en mi memoria; y recuerdo que una vez en Austria pasamos por Klagenfurt. ¿Cómo cohonestar todas aquellas indiscutibles realidades? Casi con toda seguridad que tuvo que tratarse de nuevo [por lo que a mí respecta, claro, siempre pensando en mi viaje de 1972 con Cristina, la franco-venezolana] de la frontera de Subotica, pero no hacia Szeged, como fuera mi caso anterior, sino hacia Kiskunhalas. Lo que mejor recuerdo es que aquella noche, ya en territorio húngaro, nuestra llegada al sitio designado para acampar resultó inviable por una frondosa plaga de mosquitos que llenaba prácticamente todo el espacio donde tenía su asiento el camping. Eran animalitos gordos, rubios, perfectamente perceptibles, que con la más impúdica naturalidad colmaban todo lo que no ocupasen las cosas y el cuerpo de los humanos. No había visto nunca una cosa así, ni lo he vuelto a ver tampoco nunca más desde entonces. Nos fuimos a otro sitio. Y ahí sentía yo que radicaba mi resuelta repulsa conceptual hacia el *camping*, en el hecho de que a la particularidad objetiva de pernoctar dentro de una tienda de lona, en plan gitano o como cada cual quiera llamarlo, había que contar con la molestia añadida de tener que encontrar previamente un sitio que a su vez permitiera plantar la tienda, etc.

Al día siguiente llegamos a Budapest, mi segunda y última visita por ahora a tan opulenta ciudad. Me sirvió para reconfirmar mi impresión de dos años antes, a saber: Que la capital del otrora así

llamado Imperio Austro-Húngaro era una cosa muy seria; acaso, únicamente comparable en Europa, en lo que a edificios macizos, colosales e imponentes se refiere, a San Petersburgo. El Danubio es como si prestara un respiro, un armisticio divisorio entre las partes de Buda y de Pest, y repartiera en dos mitades la magnificencia apelmazada y sobrecogedora de construcciones ciclópeas. Con todo, el mismo gris ceniza, o marrón oscurecido que formaba la pátina de tales monumentos se afectaba al semblante de las gentes. Las masas humanas de detrás del Telón de Acero me han parecido siempre tristes, con algo de lóbreguez fatalista en sus corazones. El sistema no daba para más –ya sé que es un lugar común decirlo–, pero no lo creo materia tan baladí si, además, como en mi caso, lo he percibido, lo he palpado, he sentido sus apagadas vibraciones. Las gentes de detrás del Telón de Acero –me refiero a todos aquellos que circulan por las calles– a los ojos de un occidental, y más siendo español, proporcionaban un aspecto de desentendimiento de todo lo que no fuese la restricción propia de vida en la que se hallaban sumidos. No sé si la gente ríe más desde la caída del “Muro de Berlín”, pero el fenómeno a que aludo, atestiguado en 1972 y en 1974, y por lo que de momento toca a Hungría..., aquel fenómeno no dejaba lugar a dudas.

Budapest me volvió a impresionar. Desde allí cada kilómetro de viaje apuntó decididamente al oeste. Dejamos el lago Balatón a la izquierda, y por Körmend entramos en Austria hacia Graz, y desde allí hasta Klagenfurt. Recuerdo vívidamente que en alguna parte de la autovía, poco antes o después de llegar a dicha ciudad, se desencadenó una monumental y furiosa granizada que por un momento pensé que podía hacernos trizas el parabrisas, y medrosamente busqué refugio... junto con otros vehículos... busqué refugio bajo el paso elevado de un cruce o raqueta de carreteras.

Un solo destino turístico más, Florencia, nos propusimos visitar antes de devolvernó definitivamente a casa. Así que entramos directamente en Italia por Tarvisio, seguimos a Údine, y continuamos por la ruta natural más directa de autovía de Padua, Ferrara, Bolonia...

La perla y capital de Toscana resultó ser como yo, al menos, me la había imaginado: Una continuada borrachera de arte por todos los ámbitos a los que la vista alcanzase. La gente de aquella época habían perdido la cabeza, en una trascendencia de artífice milagrosidad, y de ahí la herencia de locos egregios, los Dante, Miguel Angel, Giotto, Medici, Uffizi... y, ¿para qué seguir? Por si fuera poco, aquello que mis ojos no veían lo integraba, lo satisfacía mi mundo de referencias literarias propias... “Es tu aliento la esencia más fragante / de los lirios del Arno caudaloso”, rezan los versos de Juan Arolas, sólo como ejemplo. Años más tarde el ingente vate, el cósmico escritor Antonio Enrique, granadino, en *La Armónica Montaña*, y dentro de su “milagrería de palabras hermosísimas en órbitas de alquimia” (Carlos Muñiz) plasma acentos y vibraciones totales y tempestivas atinentes a Florencia. En resumen, una ciudad tan rebosante, tan empapada de arte que supongo que vivir en ella requeriría, para alguien como yo, dejarse inocular una vacuna de insensibilidad o de amortiguación de lo sublime, por miedo de quedar malparado de locura por el resto de la vida.

Pasada Florencia, es muy poco lo que salvaguardo del viaje porque, además, creo que fue muy poco lo que ocurrió. Tomamos la Autopista del Sol... y nos plantamos en Francia. La red viaria de la Riviera había experimentado algunas sensibles mejoras en el curso de los dos años enteros que mediaban desde mi anterior viaje. Sí recuerdo, como detalle sobresaliente en lo tocante al tema siempre problemático de la convivencia, que ya dentro de España, en algún punto de la así llamada autopista de La Junquera a Barcelona, me quise dar la satisfacción de pasar la noche por todo lo alto, y Carmita y yo nos fuimos a un hospedaje Jacques Borel, de esos de cuatro estrellas de la cadena francesa en las áreas de descanso en ruta. Juan, que decía con toda razón que él había ido de camping, y que había desechado desde el principio lo de gastarse el dinero en pernóctas en hoteles, ni siquiera juzgó necesario plantar la tienda en ningún sitio: Se quedó en el coche, y Conchita, complaciente y buena esposa, le acompañó. Por mi parte, un buen baño, una buena cena, una cama

para mí solo y unas sábanas frescas y crujientes de almidón constituyeron la mejor recompensa por todas las otras noches en las que conté con tan pocas opciones de evitar hacer el pordiosero. ¿Se acuerdan Vds., lectores, del pasado tan próximo de Biescas? ¡Una y no más, Santo Tomás!

El viaje, con todo, arrojó un saldo altamente positivo. Seguí siendo amigo de Juan y Conchita, aunque es... curioso y tremendo reconocer que en estos 24 años transcurridos [estoy escribiendo ya bien entrado 1998] sólo nos hemos vuelto a encontrar unas pocas, muy pocas veces. En estas ocasiones a mí me ha gustado recordar que yo solía decir [supongo, acaso que después de algún pequeño contratiempo en Yugoslavia, como lo de la búsqueda del repuesto del cristal del faro del coche que se nos rompió, y que mañosamente Juan reparó provisionalmente con un plástico] sí, yo solía decir que los yugoslavos eran gente simpática aunque un poquito hijoputas; que Conchi reía mis gracias, mis salidas de tono y mis excesos verbales; y que Juan, prudente pero autoritariamente, le tenía prohibido ni siquiera citarlas en su textualidad, aun sabiendo todos que mía era la procedencia y que ella, en todo caso, actuaba de cadena de transmisión. Hará cosa de unos diez años reconocí por la calle a, creo, la hija mayor de Juan y Conchita, una preciosa y fina chavala, de porte femenino y educado, que supongo que habrá tenido a estas alturas más que suficiente tiempo de hacer a sus padres... abuelos. Por lo menos, candidatos no habrán de faltarle. Creo que eran tres, en total los hijos que tenían. Conchita, una mujer agraciada de chasis e investida de cualidades que –por lo que irrenunciablemente me fue imposible dejar de percibir– hacían de ella una esposa inmejorable y una gratísima compañera, justificaba que Juan cuidase de ella y la tuviera como su máxima y única incumbencia. Un elocuente ejemplo que no dejará de ilustrarme.

Mi coche..., bien. Puso a prueba la espaciosidad de su interior y la increíble capacidad de su maletero. Mis amigos los Vivas, mecánicos de pro, me pusieron segmentos nuevos en los pistones

porque dejaban escapar parte de la compresión, y le costaba arrancar. Dos años más tarde o así acometería yo la rectificación en regla del motor. Por lo demás, de chapa y mecánica, nuevo; como si lo estuviera estrenando cada día.



### **Helga Patzsch: Berlín (Alemania). Verano 1975**

Acaso ya por aquel entonces hubiere yo sabido de la existencia de las parientas rusas de mi paisano alcalaíno Fernando Macarro. En otros lugares quedan recogidas las secuencias literarias de mis, hasta ahora, cuatro viajes a la Unión Soviética, a partir de 1976. Pero aun así creo que todo ello es lo de menos. Lo de más es estar convencido de que a ciertas disposiciones de espíritu les hace falta poca, escasísima provocación para encontrarse engolfadas en los mares altos de la aventura, rotas las amarras de la rutina conformista y de la pereza del alma.

Probablemente tuvo que ser de ese modo; tuve que aducir, como principio, mi pretensión vaga de... encaminarme hacia Moscú cuando guarecido, encofrado en el habitáculo de mi Mercedes 200-D, me puse en camino desde mi casa de Alcalá de Henares, ya no sé si con el alba, un día de verano de 1975. Permítaseme referirme a ciertos detalles de nuestra historia social de aquella época. Antes de nada, recordar que el gran autócrata y anterior Jefe de Estado español todavía contaba con vida. Pero para sorpresa y beneplácito de algunos de nosotros, supongo que intelectuales curiosos y aperturizados, la política exterior que a la sazón dirigía el ministro don Gregorio López Bravo, había conseguido acuerdos bastante razonables, en lo que a eliminación de trabas burocráticas se refiere, con algún que otro país de detrás del Telón de Acero, por ejemplo y por todos, con la así llamada Alemania Democrática o DDR, y con Checoslovaquia. Se trataba de una de las típicas cuestiones, entre otras muchas, cuya comprensión, pasados algunos años, los suficientes, me sería a mí asequible para generar la adecuada dosis de perspectiva... Y según entiendo ahora, todo aquel amago de aperturismo y comunicación, todo aquel comienzo de compadreo entre los componentes de la OTAN y sus amigos, de un lado, y los del Pacto de Varsovia, o sea, los del bloque filo-soviético, de otro, tenía que ver con la también así llamada Öst-Politik de Willy Brandt, por aquel tiempo creo que Canciller de la República Federal de Alemania; o si no, Alcalde de

Berlín. Eran cotas ulteriores, si bien moderadamente restringidas, las que se iban ganando en lo que a la libre circulación por Europa se refiere. El caso con la URSS seguía siendo más coriáceo e impenetrable. Conservo un llamativo mapa de 60 x 50 centímetros, en papel cuché, “Scheme of Automobile Tours” con fecha de impresión 1976, que en todo caso me atrevería a asegurar que recogí de la Embajada soviética en Madrid varios años más tarde, casi con toda probabilidad después de mis tres primeros viajes de 1976-1977-1978, y también después de descartar por completo el interés y la conveniencia de llegar a Moscú en coche. Porque en el fondo, todas estas ofertas de poner a Moscú al alcance teórico del automovilista europeo occidental, no eran sino una manera –un poco refinada, eso sí– de marear la perdiz. El mapa en cuestión señalizaba la red de rutas conducentes fundamentalmente a Moscú y alrededores; a toda la parte este de la República de Ucrania, digamos entre Kharkov y Donetsk; y a una buena sección de la República de Rusia propiamente dicha, en su parte sud-oeste: desde Rostov, en la orilla más oriental del Mar de Azov, hasta la República Caucásica de Georgia. Todos estos nombres, aun reducidos al mínimo de los elencos posibles, así, en su simple enunciación pudieran parecer imponentes, correspondientes a vastas extensiones de territorio soviético. Una inspección simple sobre el mapa demuestra más bien lo contrario. Se trata de rutas contiguas, prácticamente “pegadas” a toda la línea fronteriza de la URSS con los países europeos del bloque del Este; con el Mar Negro; y con Turquía. Dejo a propósito aparte la transitada frontera desde Finlandia, por Tarfyanovka y Brusnichnoe, y a través de Viborg, hasta Leningrado, y Moscú, porque dicha comunicación ha venido gozando, desde prácticamente siempre, de un trato preferencial, normalizado. En las dos ocasiones en que, años más tarde, visitaría Leningrado, eran literalmente hablando, docenas de coches con la matrícula de Suomi los que podían verse estacionados en, o discurriendo por, las plazas y calles de la ciudad del Hermitage. La leyenda de la afición de los finlandeses por el vodka, de una parte, y el cada vez más creciente volumen en la utilización de los servicios de construcción de casas y

de hoteles, a cargo de ingenieros y arquitectos finlandeses, por parte de los soviéticos, de otra, justificaban convenientemente el tráfico turístico de dicha frontera. El resto de las vías de acceso a rutas motorizadas, o bien tenía lugar entre Turquía y Armenia (por su capital, Erevan); o bien desde el Mar Negro, prácticamente un lago soviético en toda su sección norte-oriental; o bien, como señalé, desde los Estados de la órbita soviética, de detrás del Telón de Acero: desde Rumania, hacia Kishinev (Moldavia) y hacia Chernovtsy; desde Hungría hacia Chop; desde Checoslovaquia, hacia Uzhgorod; desde Polonia, hacia Lvov y hacia Brest... Brest pertenece a Bielorrusia; y las otras cuatro localidades, inmediata y anteriormente citadas, a Ucrania.

Pero, como digo, esto sobre el papel. Para empezar, en la época de la URSS al viajero normal y corriente no se le evidenciaba distinción ninguna en virtud de la posible singularidad de una u otra República. La URSS en su momento, como Yugoslavia, en el suyo, ofrecía a los ojos del extranjero turista un bloque compactado en una sola y única identificación. Esto, por un lado. Por otro, el turista occidental, digamos, alguien como yo, se encontraba de entrada con el formidable obstáculo de tales primeras instancias, el muro de los países satélites, fueren cuales fueren, antes de poder hallarse en alguno de esos puntos fronterizos con la URSS.

Aquí y después de tan inevitable explicación puedo decir que regreso a mi punto de partida; a mi meterme en mi coche y... tirar hacia el Este, hasta donde pudiere yo, o me dejaran llegar. Aquí también, a efectos de hacer siquiera un poco inteligible el ambiente geopolítico de 1975, es donde se acomoda el esfuerzo diplomático de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, plasmado en los acuerdos sobre supresión de algunas trabas fiscalizadoras e intervencionistas con algunos países, sobre todo respecto a la circulación de viajeros. No tuve que profundizar mucho en mis averiguaciones para dar por sentado que el turismo en coche *dentro* ya de la Unión Soviética estaba sujeto a todo tipo de vigilancia y control, como no podía ser de

otra manera; algo así como tener informadas a las “autoridades competentes” de... ¡¡todo!!: de dónde y cuándo piensa uno pararse; de dónde y cuándo piensa comer; de si piensa dormir solo o acompañado... y de si su mente alberga algún pensamiento o maquinación lesivos a los principios del materialismo histórico. Bueno, pido disculpas al lector por esta expansión lúdica y maximalista, con la cual, sin embargo, de forma plástica he sustituido trasladar a mi crónica la farragosa y cargante especificación de condiciones reglamentadas que la Intourist hace públicas a los virtuales automovilistas en el ya citado “Scheme of Automobile Tours”. Sin dejar de reconocer que tales medidas constituían un tímido inicio de aperturismo, no otra cosa podía razonablemente esperarse del totalitarismo bolchevique.

Tal era el diseño de posibilidades *reales* que se ofrecía al viajero normal, por libre, occidental, como yo por ejemplo, en 1975. Si, como alguien sugiere [aunque yo no lo recuerdo] se me oyera decir, “Voy a ver si llego a Moscú”..., comprenda el lector la total laxitud no vinculante de tal pronunciamiento. No quiero parecerme a los malos historiadores que siempre con la pretensión de justificar lo enteco de sus facultades y lo canijo de su imaginación están achacando lo insulso de sus escritos, lo inoperante de sus resultados investigadores, a la ausencia de datos. Bueno, pues para lo que a mí ahora me concierne, puedo asegurar y aseguro que para una buena parte de mi recorrido campea una total inexistencia de detalles, aunque contrariamente a la conducta de los delatados malos historiadores, supongo que tuve buena razón para no enredarme con fruslerías, y salvaguardar los momentos de primacía que hicieron de aquel viaje una experiencia notable...

Sé que de una tirada solía conducir grandes trayectos, teniendo buen cuidado de no comer. El litro de leche que acostumbraba a tomar por las noches, y el descanso y la higiene del alojamiento me hacían recuperar fuerzas. Una vez, deshidratado como iba, recuerdo que en una de las Rest Areas o Áreas de Servicio de algún punto de las rutas

francesas, me quedé en bañador, llené de agua la regadera que llevaba en el coche, la colgué de una astilla de rama que sobresalía en un arbolito y haciéndola bascular logré una estupenda y bienhechora ducha. No puedo olvidar, eso sí que no puedo olvidarlo, que una vieja con pinta de norteamericana, que se dirigía hacia el edificio central de la cafetería y restaurante, al verme se detuvo, y con un movimiento de cabeza, de arriba hacia abajo y vuelta otra vez, de pura aquiescencia, me espetó: “¡How ingenious!”. No podría imaginarse, acaso, la buena señora lo mucho que celebró mi alma semejante piropo. El caso es que en un par de jornadas o tres me planté en Eisenach, patria, por cierto, de Bach, ya dentro de la DDR o así llamada República Democrática Alemana, que parece que cuanto más alejados están los nombres de ciertas realidades [lo de llamar *democráticos* a los regímenes comunistoides bajo la batuta de Moscú guardaba mucha menos sensatez que la de, por ejemplo y sólo como ejemplo, identificar mis partes *pudendas* con una mata de geranios] ... más hincapié se hace en ellos.

Pasar de la Alemania Federal u occidental a la Democrática u oriental era como pasar del traje de “smoking” al mono y la alpargata; del cuero y chapa de primera calidad de los coches [cualquiera de las marcas, para no desdeñar a ninguna] a la ridiculez del plástico y la hojalata del modelito oriental Trabant que más bien parecía un Biscúter moderno que otra cosa; de las autopistas cuidadas, a los cientos de kilómetros inutilizados, cerrados y abandonados a los hierbajos y matojos creciendo libremente por doquier; de las Áreas de Servicio a todo tren imaginable, a unos garitos depauperados, ruinosos, sucios, con unos pocos productos básicos (leche en polvo, sopa, etc.) de donde elegir a efectos de hacer una comida; de los uniformes de los *maitres*, como uno se puede imaginar, a unas vestimentas raídas, mugrientas, pringosas. Viajar por la Alemania del Este era como la experimentación sobre un fondo o substrato opulento (lo alemán, por antonomasia), con arreglo a fórmulas postizas (el socialismo marxistoiide y empobrecedor)...

Claro que a mí todo aquello me daba prácticamente igual. Así añadía yo mordiente a mi experiencia; así agudizaba mi capacidad de distinguir entre las cosas. Técnicamente era cierto que me daba, bueno, que me importaba muy poco. Mi coche era uno de los pocos que circulaba por las autopistas de la DDR [me adelanto a informar que me dirigía a Dresden, y desde allí a la frontera con Polonia, en Görlitz] así que, aun con la mitad de su superficie para mi uso y aprovechamiento, me sobraba; en cuanto a la comida, mi sobriedad es proverbial y manifiesta. Pero había detalles plásticos que por nada del mundo, quiero decir, por ningún accidente pueden desvirtuarse..., como el de que en una de las Áreas de Servicio en ruta [quiero recordar que entre Eisenach y Görlitz únicamente me percaté de dos de los tales establecimientos] donde, es justo reconocerlo, me sirvieron un plato de sopa exquisita, muy parecida al ‘borsch’ ruso, el camarero con una servilleta llena de lámparas y deshilachada “limpió” la mesa, restregó el plato y sacudió las migas de la silla: ¡Todo en una!

Bien, volviendo un poquito hacia atrás, en Eisenach me miraron con extrañeza los encargados del puesto de policía y Aduana, como si no tuvieran aprendidas las innovaciones del reglamento en lo que respecta a que un español pudiera circular sin más trámites. Sin embargo, me preguntaron que a... a dónde iba, y que... qué pensaba hacer, etc. A pitón pasado, pasma la ingenuidad que presidía mi estado de ánimo de entonces. Recuerdo vagamente, pero lo recuerdo, que les dije que mi plan era llegar a Dresden, desde allí seguir a Görlitz, atravesar la frontera y continuar por Polonia, hasta donde me dejaran. Muy típico de estos regímenes que implican un funcionariado de esbirros con el cerebro docilizado, lavado y fregado con un cepillo de raíces..., muy típico de estas pobres gentes, digo, es lo de no dar explicaciones, mantenerse en un hierático y hermético mutismo y cumplir con el cometido que las altas instancias les tienen asignado. Así conmigo y con la funcionaria que me atendió –una alemana morena y joven, bastante atractiva, aunque con un dejo de mecanicidad fatalista en sus expresiones. Me miró, debió de pensar que yo estaba fuera de mis cabales, me devolvió mi pasaporte, hizo

unas anotaciones [luego supondría yo con todo sentido que se trataba de mi intención de pernoctar en Dresden] y nos despedimos.

Lo que anticipadamente he relatado de las autopistas y de los servicios en ruta es lo que tuve amplia oportunidad de constatar en mi trayecto hacia Dresden; como tampoco fui ajeno a las resonancias históricas y universales que despertaban en mi conciencia algunas de las ciudades por donde atravesaba la autopista: Erfurt y Jena, como lugares que tuvieron que ver con acontecimientos políticos y/o batallas en tiempos de Napoleón; Weimar, y la República de 1919; Karl-Marx-Stadt (moderna Chemnitz)... Lo de menos es que yo probablemente confundiera la asignación de las realidades histórico-políticas que fueren a los dichos lugares; sí, eso era lo de menos, sobre todo en la tesitura de ir rodando en coche hacia unos destinos absolutamente futuribles, y con la incumbencia inmediata de mi propia orientación y salvaguarda del... minuto a minuto. Lo que más me importaba era una como desdibujada percepción, aunque envolvente y real, de que en la misma proporción en que la DDR era una parte relativamente desconocida de Alemania para la mayoría de los turistas (yo por ejemplo), en esa misma proporción se encontraban en ella ciudades, sitios, motivos histórico-culturales cuya realidad despertaba un interés fuera de lo común, fuera de lo trillado. Y bien me repetía yo que en el fondo de todo aquel sistema de concienciaciones singulares primaba la disparatada realidad de tener que considerar a una parte de Alemania como afectada a una modalidad de convivencia que “no pegaba ni con cola”; que no encajaba, al menos, en mis esquemas cosmovisivos.

En Dresden hice noche en un hotel algo sórdido. Para qué insistir: Se trataba de otra concepción, de otro estilo, de otra forma. Lo hemos repetido hasta el aburrimiento: Los regímenes socialistas marxistoides [póngase el nombre que se quiera: es tan sólo para entendernos y poder continuar] consisten en la más portentosa máquina, disparatadamente burocratizada, para intentar repartir con cierta equidad, eso sí, la pobreza, la cutrería y la miseria que

previamente se han desvelado en generar, aunque para ello se hayan tenido que enredar en cataclismos y holocaustos. Porque –deben de pensar, supongo– tales y tan tremendos medios no pueden merecer fines de menor entidad.

A la mañana siguiente pongo rumbo a Görlitz y al cabo de una hora aproximada de conducción llego allí así por las buenas, por libre, a pelo. Me encamino al área fronteriza y ya me encuentro con el primer mazazo de frustración: Unas colas arracimadas de vehículos llenando todos los espacios posibles. Estaciono como y donde puedo..., y me dirijo a las barracas que sirven de dependencias de policía y aduana. Allí me dicen que sin visado es totalmente imposible pasar a Polonia. La política de nuestro ministro Sr. López Bravo no ha podido taladrar la parte de telón que corresponde a estos mierderos, mea-pilas, come-hostias de polacos. Nada: Que sin visado no hay nada que hacer. Nada de hacerlo allí mismo, tipo, por ejemplo, Hungría donde mediante una tasa y la entrega de dos fotillos de esas de circunstancias se gestionaba “in situ”, sobre la marcha, el visado. Estos polacos, más papistas que el Papa, son la mar de restrictivos en lo que se refiere a permitir que entren turistas en coche a su país. Recuerdo que encontré a un italiano que pretendía lo mismo que yo: Entrar con su coche en Polonia; y no llevaba visado ni pollas en vinagre que lo fundara, y..., lo que son las cosas, no hay situación por deplorable y deshumanizada que sea, que no contenga un germen, una larvita de ilustración: Aquel italiano, con cara seria, aunque con ademanes despreocupados, con un aire a lo Vittorio Gassman, pensaba de buena fe que con merodear por allí y por allá iba a resolver las cosas. Me preguntaba el hombre que... dónde había dejado yo mi coche, mi ‘machina’, sin parecer importarle el grado creciente de mala leche que iba yo adquiriendo..., ni parecían importarle las colas, las muchedumbres, el abigarramiento de la situación. Curioso tipo. Quiero recordar que llevaba una camisa ‘sweater’, tipo T, impecable, moreno, inasequible a las putadas comunistoides. ¡Pintoresco fulano! Por mi parte, barbotando la convicción de que estos... muertos de hambre piojosos de socialistas lo arreglan todo con colas, para que no



nos olvidemos de que las excelencias de su diseño de vida hay que adquirirlas con cuentagotas y con el mayor consumo inútil e improductivo de tiempo..., pertrechado y rezumante de tales convicciones, como digo, me abrí paso como pude entre toda aquella legión de, llamémosles así, viajeros, me metí en mi coche y salí zumbando.

Helga Patzsch, mi amiga de Radolfzell, llevaba ya viviendo un par de años en Berlín, donde trabajaba de profesora en un... lo que llamaríamos Instituto de Segunda Enseñanza. Para qué negarlo. La había mantenido como mi bala de plata en la recámara, como mi postrer referencia..., y ahora me parecía de todo punto razonable cumplimentar su existencia. Decidí ir a Berlín, conocer algo de Berlín, y sobre todo decirme a mí mismo, comulgar yo mismo con la realidad de haber estado en Berlín. Así que... ¡a Berlín! Desanduve el trecho de autopista hasta el empalme, ligeramente al norte de Dresden, y seguí en dicha dirección. Puedo asegurar que en esos casos circular requiere toda la atención imaginable, atención que en el supuesto de un país como Alemania se ve recompensada con la captación inequívoca de toda la materia informativa de que se trate y sobre la que tengamos que hacer descansar nuestro quehacer, nuestra decisión concreta. Los servicios públicos de la Europa mejor y próspera dan ciento y raya a los españoles. Las señalizaciones viarias en España han sido y siguen siendo uno de los páramos más impresentables y más tercer-cuarto-quinti... mundistas. Parece increíble y de broma que lo fundamental, lo básicamente imprescindible en tal asunto se acometiera en los años sesenta, durante el ministerio de Fraga Iribarne en aquello que llamábamos Información y Turismo. Hoy todavía en regiones de Andalucía lo único que queda en cuanto a señalizaciones se refiere son las flechas aquellas en chapa de cinz y/o aluminio, en blanco y negro, que la cerrilidad ágrafa de las gentes hasta ha partido, o descabezado, o despuntado. Se evidencia así que después de aquel esfuerzo original, incipiente y, como tal, insuficiente, aunque tan meritorio, de nuestros gobernantes de entonces, en proporción a la construcción de nuevas

arterias viarias, la señalización en España ha continuado siendo algo caótico, disfuncional, menguado...

Dicho esto, huelga añadir que Alemania [igual que los USA y Canadá por lo que respecta a mi concreta experiencia] era un paraíso para el automovilista, aun cuando estemos hablando ahora de la Alemania Oriental. Ahora bien, las autoridades de la Alemania del Este ejercitaban un maléfico truco en lo que se refiere al acceso a la ciudad de Berlín; y es que, sobre todo pretendiendo hacerlo desde cualquier dirección que no fuese clara y antonomásticamente *el oeste*, no sé por qué sistema de señalización proceloso y ambivalente el automovilista se encontraba desembocando en el Berlín oriental. No me gusta aducir el ejemplo de los demás, de los muchos, para justificar mi carencia de habilidad, o mi resuelta torpeza. No. Aquí se trata de que, al tocar el tema a lo largo de los años con un numeroso muestrario de viajeros, resulta que a todos nos había ocurrido lo mismo. Supongo que todo aquel que, como en mi caso, quisiera decididamente llegar a la zona oeste, iría con mil ojos, sobre todo conforme uno se aproxima al “cinturón o circunvalación”, el “Berliner Ring”; supongo que al entrar en dicha circunvalación todos extremaríamos nuestro cuidado por dirigirnos hacia el oeste, siguiendo las indicaciones, todas y cualesquiera que así lo hicieran visible... Supongo... Supongo que la atención que se presta en circunstancias tales no guarda mucha relación de parentesco con el grado de brillantez o mediocridad intelectual del conductor. Supongo que éste es un buen ejemplo de que si, en mi personal estadística, *todos* los viajeros que hallándose en tales tesituras dieron con su coche en el Berlín Oriental... es porque la cosa tendría que encerrar algo de truco...

Mi plan, claro, era llegar a Berlín; alojarme, de momento, en un hotel, y al día siguiente contactar con Helga. Yo, con la tensión natural de la búsqueda de orientación en un sitio completamente novedoso..., no me percaté de que ya estaba en la zona oriental. Cuando una funcionaria garrida, rubia, con un uniforme azul marino con algo de sombras grises por el uso, me dijo... “Señor, está Vd. en el

Berlín Oriental”, aparte de sonarme a frase de diálogo de película de guerra fría..., me evidenció lo erradas que habían resultado mis apreciaciones. El caso es que me encontraba en la Alexander-Platz, algo así como el Treff-Punkt o punto de encuentro por antonomasia, el centro natural del Berlín-Este, el patio principal de los Monipodios marxistoides germanos. Bueno, se estaba haciendo tarde y decidí poner en práctica un plan básico de emergencia. Ya no sé si llamé a Helga desde allí [porque no descarto la inviabilidad de tales comunicaciones telefónicas] o más tarde..., ya se verá. Recuerdo que entré a un restaurante a comer algo, y el mismo aspecto, el mismo diseño de lo que había visto en las Áreas de Servicio de las autopistas: Camareros con uniformes raídos, lazos negros mugrientos, servilletas con hilachos colgando dobladas sobre el antebrazo..., y sobre todo, con un aire, acaso sólo perceptible para cierto tipo de turista occidental..., con un aire de encontrarse haciendo aquello de lo que se tratara..., por obligación, e importándoles tres pollas en el fondo, con una desgana, un desánimo reflejando sin decirlo, recitando sin decirlo... “¡para lo que me van a pagar!”

En la historia de las realidades socio-políticas que yo conozco, tal vez los casos de Cuba y de la Alemania Oriental hayan conformado dos de los ejemplos máximos, dos de los paradigmas más puros de cómo algo se intenta meter con calzador, y cómo se produce el rebote, el rechazo, la repulsa más estrepitosamente rotunda ante semejante intento. Hablo de ciertas realidades cosmovisivas, sobre criterios convivenciales, en sujetos que hayan alcanzado su mayoría de edad y tengan –para bien, para mal, o para peor– su discernimiento desarrollado y forjado. Los nacidos y sometidos a tal o cual lavado de cerebro del régimen imperante, esos, por no constituir categoría excepcional alguna, no cuentan [Muy pronto verá el lector a lo que me refiero]. Pero aquellos a quienes la imposición les ha pillado ya de mayorcitos ofrecen los ejemplos, los cientos de ejemplos que pude ver en Cuba y en cubanos en Moscú; y que pude ver, por todos, en aquel camarero de aquel restaurante de la Alexander-Platz de Berlín oriental. Por más que yo le daba vueltas, sus facciones, sus gestos, no

me exteriorizaban más que un tipo de mensaje más o menos parecido a un... “¡Y a mí qué me cuentas, si yo no he inventado todo esto y estoy aquí a la fuerza!” Y eso que los ciudadanos del Berlín Oriental podían considerarse afortunados al tener frontera con la otra parte de Berlín, con el Occidente pujante. Como todo el mundo sabe, la paridad oficial o teórica del marco era absoluta en una y otra zona, con la pequeña salvedad de que el dinero oriental no valía más que allí, en dicha zona; o sea, basura. Y que los marcos occidentales eran la presa más codiciada de los súbditos orientales. Además de la imposición a los viajeros de una a la otra zona de Berlín [quiero decir, por parte de los orientales a los occidentales] de cambiar una cantidad mínima de marcos, los orientales veían encantados que sus servicios se pagasen con marcos occidentales. No hacía falta que el desgajado del camarero que me atendió me dijera que yo podía pagar (así, como con generosa condescendencia y todo) en... ¡¡marcos occidentales!! Creo que fueron 5 DM lo que me costó un plato de carne con ensalada, un vaso de leche y un postre. Muy razonable, desde luego. Bueno, hecho lo cual, había que salir. Hubiera sido demasiada cortesía, demasiado desprendimiento que las señalizaciones ideadas y dispuestas en territorio de la Alemania Democrática me hubiesen llevado a Berlín occidental. Y así, ahora se trataba de salir, de largarse del paraíso democrático y entrar en la parte del Berlín corrupto y capitalista...

Muy bien. Hechas las averiguaciones pertinentes, se me informa que el paso natural y obligado desde el sector en que me encuentro a la zona Oeste de Berlín ha de hacerse por el así llamado Checkpoint-Charlie o control sito en la Friedrich Strasse. Pues bien, vamos a ello –me dije. Hay ciudades que suscitan un formidable conglomerado de relaciones y de vivencias, convocadas por la literatura, por el cine y por los propios testimonios de algunos de nuestros mayores. Así con Berlín. Recordaba yo una película clásica, “Cuatro en un Jeep”, en blanco y negro, y no demasiado puntera en las bogas de la popularidad. No podría ni siquiera conjeturar sobre la identidad de sus protagonistas. Sólo sé que la “echaron” en una de las salas de Alcalá de Henares, todo lo más, todo lo más a comienzos de

los cincuenta; si no a últimos de los cuarenta. Me encantó. Se trataba de las peripecias en que se ven envueltos los cuatro soldados miembros de la policía militar berlinesa –uno por cada país vencedor garante de la paz en el Berlín de post-guerra. El americano, huelga decirlo, es el que se lleva el gato al agua en lo referido a heroísmo, generosidad y rasgos humanos edificantes y sobresalientes. El ruso, por el contrario, y siempre dentro del bastidor de alianza que al menos en teoría todos habían representado respecto del otrora enemigo común, Alemania, el ruso no podía dejar de ser el contrapunto, el... si no villano, al menos el no-héroe, el antipático de la película. La testimonialidad de las dos restantes potencias vencedoras, Gran Bretaña y Francia, en el caso específico del guión marcaban tan sólo una discreta comparsa. Una gran película de mis años de Bachillerato. Tiempo después asimismo pude presenciar otra, de corte más sofisticado, aunque también en blanco y negro, protagonizada por Ernest Borgnine. Tanto en la de “Cuatro en un jeep” como en esta segunda más moderna los escenarios aparecían bien logrados: Montones de escombros, soldados con capote gris husmeando con perros-policía los posibles escondrijos de gente fugada o en trance de escapar; situaciones tensas, sustentadoras de un “statu quo” de conveniencias, precario, presto a desmoronarse, a explotar... Bueno: eso que hemos entendido como “guerra fría”.

Eso iba yo reproduciendo en mi cerebro, hasta llegar al control. Los típicos pasillos señalizados: Alambradas, sacos, parapetos, muros. Uno va conduciendo con todo el cuidado del mundo, consciente de no transgredir la más insignificante norma de... qué, bueno, no se sabe, de convivencia, de estilo, o de manera impuesta por el que en cada caso mande... Señalizaciones y más señalizaciones. De nuevo, las secuencias sonoras y visuales de las películas... “Está Vd. ahora entrando en el sector...” ... “Está Vd. ahora abandonando el sector...” Por fin llego a lo que parece el punto final; quiero decir, que tengo que detenerme porque hay otros dos coches más delante de mí. Enfrente, en trazos grandes, instrucciones: “Put your lights off and wait inside your car for your turn” (Apague las luces y espere su turno dentro del

coche) También en alemán. Me oriento. Sí, el punto es correcto. Este es el control Charlie. Si lo había oído antes, no estaba seguro. Pero en todo caso aquello se trataba de *the real thing*, de la cosa misma. Así que, ¿para qué conjeturar si la realidad conjuntaba todos los posibles aspectos y consecuencias del asunto? A unos 15 metros, a la derecha, las oficinas o barracones del puesto aduanero y policial. Y entre estas dependencias y la continuación del pasillo, ya hacia la zona americana, se encontraban dos “vopos”. Claro, ahora lo recuerdo. Tal es el nombre de los gendarmes policías de la Alemania del Este. Se trataba de dos chicos jóvenes, creo que ninguno llegaría a los 25 años, vestidos de uniforme verdoso oscuro. Estaban comiendo. Muy bien. Tienen derecho, me sentí yo inclinado a conceder. Pasó una media hora y los vopos habían terminado de comer lo que estuvieran comiendo. Ahora ya no comían. Se hallaban sentados, haciendo como que miraban a uno u otro lado; a veces, cambiaban alguna palabra. Nosotros, los coches, a unos 20 metros de distancia, allí surtos, con las luces apagadas y esperando nuestro turno de ser intervenidos como nos recordaban inequívocamente los paneles levantados mediante sólidos bastidores de hierro. Pasada más de una hora, un poco indolentemente los dos jóvenes policías se levantaron y se dirigieron al primer coche de los dos que tenía yo delante, no sin antes aprovisionarse de unas ligeras carretillas o trolleys. Se nos había conminado a permanecer dentro del coche hasta que se nos instruyera en contrario, y así, en un principio me fue trabajoso hacerme idea de lo que aquellos cachivaches podían ser, y para lo que pudieran servir. Al aproximarse los vopos al sitio de los coches y comenzar a manipular los artilugios en cuestión, me fijo en que eran espejos; espejos planos y dobles que, introducidos por debajo de las carrocerías de los coches permitían la inspección del detalle de sus fondos y de todas sus tripas interiores... ¡Serán cabrones! –pensé. Mientras que uno de ellos recorría con los espejos toda la parte inferior del chasis del vehículo, el otro, con el capó levantado y el maletero abierto, se dedicaba a registrar los interiores, también de los asientos de los pasajeros. Creí observar en los dueños o usuarios de los vehículos

inspeccionados un aire como de resignación, como de haber pasado por ello otras veces, y no parecían darlo más trascendencia. Mi caso era distinto. Salvo la porfía de aquel aduanero jovencito y cretino de la frontera suiza de Ginebra unos años atrás, cuando las filminas de Teresa Geissman, relatado en su lugar correspondiente, salvo eso, digo, yo no había experimentado un control automovilístico tan salvaje y tan concienzudo y en grado tal que transformaba en experiencia desdeñable todo lo anterior...

Por fin me tocó el turno a mí. Con el capó levantado y la maleta abierta, y mientras uno de los angelitos hacía rodar el carro de espejos por debajo, el otro se dedicó a sacarme el asiento de los pasajeros de detrás, para pasmo mío que, ante tan nueva manipulación, temía por la integridad material de la tapicería. Por suerte para mí el funcionario aquel demostró una gran pericia mecánica respecto de semejantes menesteres, y además y para tranquilidad mía, aunque sorprendido por tratarse de la primera vez que veía yo desmontar tan por las buenas todo el asiento trasero de mi Mercedes 200-D, éste iba acoplado al chasis mediante unos espigones o clavos curvos que permitían el desglose desde detrás y hacia arriba de todo el asiento corrido, sin más consecuencia excepto mi natural alarma. Huelga decir que visto lo que quisieran y tuvieran que ver fueron devolviendo a su posición original las partes afectadas: Capó bajado; asiento encajado y.... Vaya, resulta que al merodear en el maletero, el más concienzudo de ellos, el que había llevado a cabo la inspección del interior de los demás rincones del coche, veo que coge en su mano un..., oh, bueno, claro, el taquito o fajo de direcciones, en fichas, que ni siquiera me había yo molestado en meter dentro del bolso que también estaba allí, abierto. Y aquí empieza la película. Me pregunta el tío que qué era todo eso, que... qué significaba..., y que qué llevo yo ahí. Pues lo que Vd. puede ver: Una serie de direcciones de amistades, tanto de España como de Europa, sobre todo de los países por donde he pasado o puedo pasar, por si necesito referirme a ellas, mandarles una postal, etc. Es la típica respuesta desarbolada, carente de mayor significación, de tan impertinente y tan fuera de

lugar como nos suena la pregunta. Pero el caso es que el fulano no se da por satisfecho: Baraja las fichas o papelitos, los hace chascar, los remira, hace como que lee el nombre de alguien que, por orden alfabético, aparece consiguientemente en primer lugar... y que no es otra que Vicky Alamos [una de mis amigas malagueñas]... deletreando el nombre /Vi-ki-A-la-mos/ hasta casi producirme risa de lo absurdo en que ha embarrancado la situación. Es de ficción cómica, pero *es... está siendo*, y no hay manera, en todo el espectro de virtualidades, no hay manera de desasirse de este molestísimo entramado de malentendidos. El policía por toda ejecución mantiene, retiene, el taco de direcciones y se mete en las oficinas. Al poco rato sale, me dice que ponga mi coche a un lado y que espere. Así lo hago, con un indescriptible sentimiento de indefensión y de orfandad de recursos. Al cabo de otra media hora aparece el que tiene que ser necesariamente el superior de los dos vopos, y con gesto algo más conciliador, me alarga el taco de direcciones y me dice que me puedo marchar. Intercambia instrucciones con sus subordinados y éstos me hacen señal de que me marche, de que siga...

No sé por qué lo hice, pero el caso es que... previendo tal vez la inconveniencia de visitar a Helga a tales horas... posiblemente les preguntara si conocían algún hotel recomendable del sector americano, al que me hallaba yo a punto de acceder. Bien. Hay cosas que no se despintan; cosas no obligatoriamente solemnes; ni voluminosas; acaso una palabra; una expresión; un ademán, una vibración. Algo parecido percibí yo entonces: Con el gesto hierático, como recocado de odio y desprecio, de desapego vengativo, va y me dice el tío, en alemán siempre y por supuesto, el equivalente exacto de: *No tengo ni idea de lo que hay ahí, detrás de esa línea*. Me quedé de piedra, pero nada me pareció más oportuno que proseguir y separarme de aquel paraíso del Berlín marxistoide. Quería abandonar lo antes posible el maldito Check-point Charlie, los registros, las suspicacias [¿Qué pensarán estos piojosos que puede uno llevarse de su emporio? –me pregunto?...]... y sigo, continúo el pasillo de frontera, los carteles ahora cobran un signo redentor... “You are now entering



the American sector... (¿o “zone”, qué más da?)”. Me encuentro aliviado. ¡Oh, boy! He aquí una de las vivencias geopolíticas que más somatiza el alma del viajero: Los niveles de adecuación de su espíritu con respecto del hábitat o bio-topo por el que en cada momento le toque discurrir. Lo áspero y poco convincente unas cuantas jornadas en el pretérito se torna acogedor y providencial en el presente. Es uno de los fenómenos más elocuentes y que con más rotundidad prueban las arenas movedizas en las que se asienta el criterio humano, la descorazonadora inconsistencia de los valores que normalmente nos acompañan. Con motivo de mis vacaciones en Bulgaria, al regresar de nuestra excursión a Turquía, traspasar la frontera y encaminarnos de nuevo a Albena, sentí –ríase el lector– una especie de liberación del abigarramiento atípico de impresiones y encuentros que había supuesto Turquía, y consecuentemente un acoplarme bajo la protección del ambiente búlgaro, mucho más cercano a mis parámetros de convivencia. ¿Y ahora? Tremendo, sencillamente sin igual. Aunque vaciado del deseo de regresar al ritmo de vida USA, cuando observé al negrazo sonriente y parsimonioso que controlaba el acceso al sector oeste, o zona americana, me sentí seguro, me consideré protegido. Se me notó en mi forma de hablar, me lo noté yo mismo cuando me dirigí a mí..., benefactor, con una jerga confiada y cómplice de entendimiento. Algo le tuve que decir, como... “¡Joder, qué mal rato me han hecho pasar esos hijos de puta que he dejado atrás!”, a lo que quiero recordar que el negrito me contestó: “¡Wow, man! [¡pero hombre!]... aquí se han terminado todos tus problemas. ¡Considérate en casa!” Más de una vez he pensado si por sistema y adrede al viajero por la DDR que quiere entrar en Berlín, le conducen hacia la zona Este; y si una vez allí, y quiere salir, le dirigen al tristemente célebre Check-point Charlie. También he pensado si estos prójimos de la República Democrática Alemana, cada vez que intervinieran una agenda o cuadernillo de direcciones de cualquier viajero estuvieran prestos a creer que se trataba de una relación de contactos subversivos, de referencias sediciosas, conspiradora-complóticas.

No puedo pensar ya cómo se sucedieron los detalles. Lo único que recuerdo es que fueron más de dos horas de reloj las que me tuvieron en aquel control de vehículos encabronado, entre los dos Berlín; que era ya bien entrada la madrugada, pero que al fin pasé la noche en el número 15, ático, de la Martin Luther Strasse, domicilio a la sazón de Helga Patzsch. Mis problemas podían considerarse ahora cosa del pasado.

Berlín occidental me gustó tanto, me impresionó tan positivamente que tres años más tarde le dedicaría una estancia de ocho semanas, pretextando repasar en el Goethe Institut mis conocimientos de alemán. Fueron sólo dos noches las que entonces –quiero decir, en este viaje de 1975– hice allí. La primera que prácticamente no contó, y una siguiente y última. Con todo, Helga se dio maña a enseñarme aquí y allá, lo justo y pertinente para engancharme y convocarme yo solo a un ulterior y más detallado merodeo. Me impactó la montaña, ahora verde y florida, que los berlineses habían formado artificialmente con los millones de toneladas de escombros de después de la contienda. Un ejemplo portentoso de reciclaje de una situación. Aunque fugazmente, pude percatarme yo de alguna de las singularidades de Berlín. Ciudad cerrada dentro de sí misma por “El Muro” (“Die Mauer”) y fuera también por las fronteras naturales con la DDR, no tenía más remedio que potenciar, que dinamizar al máximo las posibilidades y recursos que la conjuntada ayuda del exterior le proporcionaba. Orden y concierto como en pocos sitios, tal vez ninguno, hubiera visto yo. Me explicaba Helga que el tráfico se acomodaba a cuantificaciones matemáticas de espacio y de número de vehículos, teniendo en cuenta que en un porcentaje cercano a la totalidad los coches circulaban dentro de la limitación de la ciudad, sin estar sujeto este movimiento a ninguna perturbación por incremento o por mengua apreciables.

En Berlín hay multitud de restaurantes funcionando como tales las 24 horas. La noche, o mejor, la mañana antes de marcharme, me llevó Helga a eso de las 03:00 am. con un matrimonio amigo suyo a

cenar, he dicho bien, a cenar a la terraza de uno magnífico en el que el servicio de cocina funcionaba “round the clock”; o sea, las 24 horas.

Pero había que irse; con un botín sensacional de vivencias, es cierto, pero había que empujar el viaje, ya de retirada. Checoslovaquia, sin embargo, estaba al lado, allí abajo, y decidí conocer Praga. Deshice el camino desde Berlín hasta Dresden y penetré en el país por Teplice. Tampoco hacía falta visado sino una constancia identificativa del pasaporte y del vehículo en la frontera. Ese mismo día de mi salida de Berlín me planté en Praga. Debí de servirme de alguna prestación turística por la que, si bien el tráfico de vehículos era permisivo, se ejercía cierto control mediante la asignación al visitante de un determinado Hotel, etc. Me recomendaron el Alcron, calle Stepanska 40, no lejos de la plaza de Wenceslas. Conservo papel de escribir, con membrete, de dicho establecimiento. Por aquel entonces la divisa canadiense disfrutaba de su Edad de Oro; su dólar tenía algo más de capacidad adquisitiva que el homólogo USA. Y yo portaba dinero canadiense en cantidad; por esa parte no había problema, percatado como estaba de que en todos aquellos países de detrás del Telón de Acero que se autoproclamaban complacidos de recibir visitantes, los precios eran artificiosamente, políticamente altos.

Dos únicas noches estuve en Praga. Las horas diurnas las pasé curioseando por las calles, mirando cosas, empapándome en evidencias..., tales como que el socialismo estatalista y centralizado sofoca prácticamente todo. Es como si hasta la realidad independiente de las manifestaciones artísticas estuvieran lastradas por una pesantez del espíritu que se interpusiese entre ellas y la fecunda captación de todos sus valores por parte del espectador. Praga es una ciudad singular, con bellos edificios de esbeltez gótica, casas de ladrillo marrón oscuro, granate, puntiagudas en sus aleros y en sus áticos, muestras todas ellas de un pasado adscrito al esplendor germano-austro-húngaro. La impronta de Alemania es proverbial. La realidad es una, una. Las decisiones geopolíticas son otras. Desde 1945 para

acá una serie de países cayeron bajo la férula del gran hermano del Este, la URSS, y así como con fórceps han venido calzando unas formas de convivencia que mal se compadecían con su substrato artístico anterior. Lo vi en Hungría; lo estaba viendo ahora en esta parte, la más germanizada de Checoslovaquia; y no digamos nada, porque ya lo hemos dicho, de la Alemania Oriental, donde la bota de tachuelas del totalitarismo soviético se había tenido que meter con calzador de hierro en los pies de aquellos habitantes hasta que no sintieran nada, hasta producir unos monstruitos –estoy pensando en los jóvenes *vopos* del Check-point Charlie– con el cerebro lavado, resultado químicamente puro de un proceso de substitución cosmovisiva de todo un tipo de estructuras mentales. Y Praga no era excepción. ¿Bonita, elegante, artística, pintoresca? Sí, y mil veces sí. Pero también triste, opaca, apagada, amortiguada, como todo aquello que tuviera por encima de sus conciencias el palio paternalista de la vigilancia soviética...

Guardo de Praga el botín de una idea: la de que estuve allí. Salí de Checoslovaquia vía Pilsen y Waldhaus, ya dentro de la Alemania Federal. Recuerdo que los aduaneros policías checos del paso fronterizo se comportaron un poco bordes con una familia de holandeses que coincidieron conmigo y que iban cargados de trastos en su “tourer” o *caravan*. La cosa no llegó a mayores pero aquello lo entendí como un signo, un aviso, una dosis de advertencia de que todavía nos encontrábamos a merced del estatalismo totalitarista, nada comparable, claro, a la cerrazón robótica de los gendarmes del Berlín Oriental, de la Friedrich Strasse, del Check-point Charlie; pero al menos un fiel reflejo.

Una vez que mi coche se encontró en territorio de la Alemania..., Alemania, como buen potranco que anticipa el pesebre de su cuadra, cobró bríos haciendo de todo el recorrido de regreso a casa un puro trámite.

**Angelina y Larissa Macarro; María; Valentina, Svetlana y Ana;  
Olga: Moscú (URSS), verano 1976**

Dispersa y repetidamente, en latitudes espontáneamente separadas de mis escritos, he tomado conciencia de las tan... heteróclitas, tan impensadas motivaciones que pueden impulsarnos a viajar. Las porciones territoriales de que en cada caso se trate pueden asimismo corresponderse con una nueva remesa de interés, o de curiosidades profesionales, o simplemente de diletantismo vivencial, alojados necesariamente en una franja temporal de nuestras existencias. Mi deseo de visitar la otrora Unión Soviética [y cuando se vale uno de dicha denominación el primer lugar de entrada con que se cuenta suele ser Moscú] comenzó a fraguar su diseño en la década de los setenta, sobre todo después de mi inicial incursión en algunos países socialistas de detrás del así llamado Telón de Acero: Hungría en el verano de 1972, al terminar mi curso de alemán en Passau, en la Baviera oriental, haciendo frontera con Austria; y la propia Alemania del Este y Checoslovaquia en 1975. Por su status tan *sui generis*, en el sentido de aperturismo e independencia dentro del citado concierto del socialismo europeo, dejó de incluir con toda intención a Yugoslavia. Por otra parte, una excursión organizada a Albena, junto al mar Negro (Bulgaria) a finales de verano de 1972 me había permitido asimismo visitar la vecina Rumanía. Todo ello junto con otras peripecias en Turquía ha quedado suficiente y monográficamente tratado en mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro*.

Pero hay más. Entre las complicidades que contribuyeron a mi impulso de viajar a Moscú está la de un amigo mío de Alcalá de Henares, “Nani”, más o menos de mi edad y compañero de escuela de Primera Enseñanza. Un buen día de aquellas épocas, sin poder yo ahora determinar las causas de nuestra conversación, resulta que me informa que la mujer y la hija de su tío José [huido a Rusia en razón de la Guerra Civil española, y muerto pocos años más tarde luchando contra los nazis en el frente de Stalingrado]... viven en Moscú; que hablan español, y que nada les complacería tanto como conocerme y

regalarme el máximo posible de su compañía y de su asesoramiento turístico durante los días de mi estancia. Debo decir aquí que Angelina y Larissa, nombres de madre e hija respectivamente, nunca habían roto su comunicación con España, ni en lo puramente personal y subjetivo, puesto que mantenían vivo el recuerdo de José Macarro, marido y padre también respectivamente; ni en lo técnicamente objetivo, ya que el ideólogo y escritor Fernando Macarro, más conocido como Marcos Ana, y hermano de José, había estado en la URSS en variadas ocasiones como invitado de cierto rango del, bueno, igualmente así llamado Partido Comunista Soviético. Larissa inequívocamente mantenía el apellido Macarro; y Angelina jamás quiso instrumentar respecto de ella otra identificación que no fuese la de viuda de José Macarro, republicano español, y caído, repito, como héroe nacional soviético durante el cerco que las tropas nazis impusieron a Stalingrado. Ambas, madre e hija conservaban “la sangre espiritual” de la lengua española, siendo Angelina más fluida en el habla mientras que Larissa disponía de mayor competencia en la expresión por escrito. Larissa era Licenciada de Universidad en Ciencias Sociales e Históricas. Angelina y ella dentro de su status de ciudadanas soviéticas trabajaban de administrativas contables especializadas en una factoría de productos de industria ligera.

En el verano de 1976 me decidí a iniciar mi aventura rusa mediante una primera cala en Moscú tan sólo. Los usos y costumbres soviéticos comenzaron a mostrar su particularidad: La necesidad rigurosa de visado en mi supuesto adquiriría una dosis extra de singularismo por el hecho de que yo viajaba solo, como individuo, como unidad personal. En el curso de unos cuantos años los oficiales del Consulado ruso en Madrid, de la calle Carbonero y Sol 34 llegarían hasta recordarme. La noción de individualidad para una mente soviética quiebra la mayoría de las veces. Su cosmovisión, su manera de hacer y de concebir las cosas es... comunal, corporativa, gregaria, en grupo, rigurosamente hablando en plan “soviet”. Quiero decir que ya el hecho de hacer turismo uno solo en la URSS comportaba una cuota de extrañeza para nuestros buenos prójimos.

Todas sus manifestaciones sociales y operativas, ya se sabe, estaban enérgica e inequívocamente dirigidas desde un principio de poder, desde un criterio central indiscutido. En lo referente al turismo la “forma” totalitaria de plasmarse era mediante los oficios de *Intourist*, ente estatal, agencia central, encargada en exclusiva de velar por los intereses de los visitantes. Habrá multitud de ocasiones específicas para reseñar las más sobresalientes características de la manera de actuar de los soviéticos. Baste decir aquí que su noción del tiempo tiene muy poco que ver con el canon “occidental”; su noción del trabajo, lo mismo. La fórmula para tener a todo el mundo ocupado es una pamplina, por ejemplo: Si hay dos mesas y dos sillas en una habitación, se encarga a un grupo de varios obreros moverlas de sitio cada tanto tiempo para que al final de la jornada queden en el mismo lugar que tenían al principio. Salvando este intencionado exceso lúdico, la verdad es que se produce muy poco; se crea muy poco. Pero como en todo caso el Estado [papá pobre pero voluntarioso] va a correr con los gastos básicos de subsistencia, así, al menos, se tiene al personal entretenido, sin darle oportunidad a que maquinen contra el orden y la estabilidad.

El turismo en la URSS, instrumentado por la *Intourist*, se acoge a esas pautas de centralismo, tanto vaya uno en grupo como si lo hace por libre, como fue mi caso. La intervención de pasaportes y documentos acreditativos que sean en el aeropuerto, a la llegada, es lento, tedioso [Ya llegará el momento de referirme a ello pero me interesa adelantar ahora que en mi cuarto y último viaje se superaron todas las expectativas: Un viaje Madrid-Moscú cuyo vuelo de un tirón dura algo más de cuatro horas se convirtió en una penitencia de más de diez horas, contando con una escala técnica intermedia, y las casi dos horas de hacer cola en el aeropuerto esperando la autenticación y proceso de pasaportes... Como digo, todo a su tiempo]. Luego, empleados de la *Intourist* me esperaban para llevarme al hotel que se me hubiera asignado en Moscú. Otro detalle de los que uno se va percatando es que no cabe especificación de alojamiento por parte del cliente, sino la aceptación de buen grado del Hotel que *Intourist*

determine en razón de las disponibilidades. Lo mejor es dejarse llevar y que lo sorprendan a uno. A mitad de camino entre el aeropuerto y lo que podría considerarse el “down town” de Moscú los soviéticos han conservado con esmero una réplica [o acaso el original absoluto, aunque no lo creo] de las fortificaciones anti-tanques que marcan la última línea que alcanzaron las tropas alemanas en su avance. De allí no pasaron. Allí se ven los bolardos en forma de picos entrelazados en cruz, hincados en tierra. Me llevan al Hotel Rossia (“Rusia”), el mayor de toda la URSS, con capacidad para seis mil personas, junto a la Plaza Roja. Cada sección de piso o pasillo tiene una gobernanta que controla a las personas, los pases, los documentos identificativos, etc.

Mi encuentro con Angelina y Larissa no puede ser más cordial. Ellas, como la inmensa mayoría de los ciudadanos moscovitas, habitan en un pisito de 35 metros cuadrados en las afueras de Moscú. Por aquel entonces aún vivía la madre de Angelina, la abuela “babulinka”. Angelina es una mujer jovial, vigorosa, con un estupendo español, y de unos 55 años. Antes de cumplir los veinte se había casado con José Macarro con quien tuvo a Larissa, ahora ya de unos 36 años. Como he dicho, poco más tarde, sobre finales de 1942, José sucumbiría en el sitio de Stalingrado. Larissa es bajita, rechoncha, con una carita como de muñeca ‘matrioska’, enormemente expresiva, irresistiblemente servicial, bondadosísimamente dispuesta. Lo primero que tuve que hacer fue familiarizarme con mi hábitat. El acceso al Hotel Rossia tiene lugar preferentemente, que yo recuerde, por sus fachadas Este y Norte. Prácticamente contigua se encuentra la Plaza Roja, algo así como el corazón por antonomasia de Moscú y el centro representativo, simbólico y ambiental de toda la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El Kremlin, de planta triangular y con un perímetro de dos kilómetros constituye la fachada o lado oeste de la Plaza, con el medallón del mausoleo de Lenin pegado en su frente; los otros tres edificios demarcadores e inequívocos son: la catedral de San Basilio, con sus típicos bulbos bizantinos por cúpulas, al Sur; los almacenes GUM al Este; y el Museo Histórico al Norte, pasado el cual se desemboca en otro gran espacio, con el Museo Lenin y el Hotel



Moscú, a la derecha, y la Plaza Karl Marx y el Hotel Metropol detrás de ellos; y ya en dirección Norte, la calle Gorki, con los Hoteles National e Intourist en su mismo arranque, en la mano izquierda, conforman el bio-topo por antonomasia de la “movida” moscovita; quiero decir, donde se cruzan y se encuentran los intereses de los turistas y de las chicas de alterne; donde pululan los cambistas de dinero en el mercado libre; donde los taxistas tienen sus paradas más concurridas. En lo referente al valor del dinero y a las mercancías que se puedan comprar con él, cuando se ha visto el primer país socialista el modelo se repite prácticamente calcado en todos los demás. Si me entretengo ahora de pasada en reseñar el tema es por tener presente un sucinto breviarío a efectos de pauta metodológica. El valor que adquiere el \$, dólar, en el mercado libre viene a ser tres veces mayor que el estipulado “oficialmente”. Ahora bien: es improbableísimo que cualquier occidental tenga deseo de obtener algo que no se ofrezca exclusivamente en las tiendas “Beryozka” en las que necesariamente hay que satisfacer en divisa el producto que se adquiera. Pero, y dado que las excursiones a la URSS (o sea, régimen de alojamiento, pensión completa, visitas, desplazamientos, etc.) quedan abonadas en su totalidad en el lugar o país de origen de donde se salga, un ciudadano occidental de clase media normal, acomodada, ¿qué demonios puede querer comprar fuera de la estúpida sinrazón consumista? Yo respondo: Muy poco, prácticamente nada. La única adquisición atractiva que existe según mi criterio y mis entendederas, son algunos productos de artesanía soviética (camisas, muñecas matrioskas, etc.) que *también* existen en ciertas tiendas para todos los ciudadanos. Claro es que si se compran rublos en el mercado libre, tales productos salen incuestionablemente baratos. Todavía habría que salvar la pega de justificar el origen de los rublos con los que uno ha comprado dichas mercancías. En mi caso Angelina y Larissa constituían mi cobertura al tratarse siempre de poca cantidad y poder explicarlo como una manifestación del consabido souvenir o regalo. Los rublos en el bolsillo de un turista sirven para los taxis, para las comidas que se hagan por cuenta propia, y cosas así, servicios y

prestaciones que obviamente no requieren ante las autoridades de factura ninguna para justificar su disfrute por la, también obvia, imposibilidad de hacer un seguimiento de las distracciones en que cada turista pueda incurrir. En definitiva, las cosas de verdadero valor, como el caviar, como las putas..., eso hay que pagarlo en divisa, el primero comprado en las *Beryozka*; las segundas, donde se tercie. Las excepciones como la que he apuntado respecto de las camisas, de una magnífica tienda a la entrada de la calle Gorki, a la derecha, y a donde Angelina y Larissa diligentemente me condujeron..., y como la de poder comprar alguna [cada vez más escasas] lata grande de caviar en algún buffet del Hotel Rossia, por ejemplo, y pagarla en rublos, justificarla en la aduana del aeropuerto como regalo, o aducir ya, rizando el rizo, que se destinaba a pautas dietéticas valetudinarias prescritas por un médico..., esas excepciones sacadas con calzador y como hipótesis de trabajo, refuerzan la regla general.

Larissa pidió permiso en su trabajo para dedicarse a estar conmigo un par de días, acompañarme y asesorarme sobre las cuestiones básicas. Una mañana en la Plaza Roja vimos a un montón de parejas recién matrimoniadas, como bandadas de aves blancas y de color, por ellas y por ellos. Le pregunté a Larissa que cómo se decía “guapa novia”; me dijo que “krasívaya dniviesta”, muy aproximado, claro, salvando las peculiaridades del transvase del cirílico al latino, y así se lo fui espetando a varias de las chicas: No hubo ni una sola que no se sonriera y que no hiciese ademanes de complacencia y halago por mi cumplido. Aquello me agradó y siempre lo tomaré como un referente en lo de contar con un “antes” o entonces; con un “más tarde”..., y con un “actualmente” o ahora. Me refiero a todo el turista pionero o de vanguardia respecto de un país como la URSS, que estoy seguro de que cuando se estrenara recogería a raudales estas formas espontáneas, carentes de traducción y de manipulación. Pero el turismo tiene una contextura poliédrica y junto con su bondad más evidente, más incontestable de..., de acicate del propio modelo de vida, de adquisición de divisa, etc., junto con esas y otras cosas más o menos indiscutibles, también entraña unos potentísimos gérmenes

destructivos del medio donde se desarrolla. Si pudiera servirme de un ejemplo plástico y maximalista diría que sus dos cotas máximas quedan visualizadas por la práctica impenetrabilidad de los años cincuenta, de un lado; y la caída del muro de Berlín treinta y cinco años más tarde, y la liquidación del correspondiente paradigma doctrinal que lo erigió, de otro.

Conservo cinco fotos en blanco y negro de 10 x 7 centímetros que me hizo Larissa: dos con la catedral de San Basilio a la espalda; otra, delante, aunque a distancia, del Museo Histórico; otra, bajo una sección almenada de muralla del Kremlin; y la última, con el telón de fondo de una fachada del Hotel Rossia, como un gigantesco y uniforme panal de ventanas a modo de celdillas. En cualquiera de las cinco perspectivas se patentiza esa parte de la ciudad de Moscú como, acaso, la más significada, la más representativa de todo el imperio soviético. Los hoteles como establecimientos estatales públicos se encargan en exclusiva del aspecto de hostelería del turismo y aun de los propios soviéticos cuando procediere. Más de un día invité a Angelina y Larissa [a partir de ahora “las rusas” cuando su mención resulte inequívoca] a cenar conmigo en alguno de los varios comedores del Rossia. Estas cosas tan naturales, en Moscú podían albergar un algo de aventura, de azar, de sorpresa imprevista, grata o desagradable. Se ha dicho siempre, y con semejante visualización se nos ha quedado a muchos occidentales colmada nuestra retina, que las gentes que habitualmente marchan por las calles de una ciudad soviética –y aquí Moscú nos sirve de paradigma general y válido– van provistas de bolsones, de cestillos, carteras grandes o sacos..., de cualquier recipiente donde se puedan echar cosas y llevarlas, porque nunca se sabe con qué artículo de consumo a buen precio puedan encontrarse. Es un tópico aireado por todos los comentaristas, viajeros, periodistas..., pero que conviene tener presente en su dimensión de realidad plástica y con la que se convive mientras se está en la URSS. Bien. Pues a eso me refiero en cuanto a la carga de azar que hasta puede encerrar la cena en uno u otro comedor del inmenso Rossia. Para empezar hay que decir que la gente que frecuenta estos

hoteles y sus correspondientes servicios, es muy variada: Junto con los extranjeros propiamente dichos se destaca una tremenda variedad de tipos provenientes de, y pertenecientes a, las 16 Repúblicas que integran la federación soviética: Un ruso blanco se distingue de un kirguistano; un moldavo, de un uzbeko..., y cosas así. El Hotel Rossia es una ciudad que cuando se halla a tope puede albergar en algún momento a cerca de 10.000 personas. Orientarse por su laberinto de secciones y niveles es algo, si no complicado, al menos muy entretenido. Las rusas y yo descubrimos un comedor al que había llegado una partida de vino Campo Viejo español, y lo repetimos. Inútil pretender enterarse de si algo con lo que uno cuenta en un instante dado va a estar disponible más tarde, mañana, dentro de los días que sean... Como con la gente de las bolsas grandes, si uno se encuentra algo obtenible, hay que aprovechar, olvidarse de las preguntas... y sanseacabó. Una de las pegas más señaladas con que yo me enfrenté en Moscú respecto de la comida era la casi total carencia de fruta..., fruta fresca, de esa que está en los árboles, se recoge y se comercializa. Si acaso alguna ciruela canija, o alguna manzana verde del tamaño de nuez. Imposible encontrar fruta. Las comidas en el hotel podían consistir en una sopa rica de esas que llaman *borsch* [de col, repollo y/o coliflor], seguida de carne o pescado, y terminando en un postre de confitería, o a base de helado. Todo muy rico y muy abundante, pero lo más adecuado también para echarse uno encima tres o cuatro kilos en unos cuantos días. Fruta, por ninguna parte. Siempre el mismo problema de la distribución. Mientras que en lugares de otras Repúblicas –y por supuesto dentro de la misma Rusia– podrían estarse produciendo millones y millones de kilos de peras, melones, manzanas, etc, a Moscú no llegaban. Estoy hablando de 1976. Poco a poco y con decidida pujanza fueron abriéndose camino y adquiriendo carta de naturaleza los mercados en que los granjeros podían vender sus propios productos. Un día me hallaba yo en la Plaza Roja, y en uno de los escaparates de los almacenes GUM, allí enfrente quiero decir, vi unos platos con manzanas esmirriadas, supuestamente en venta. Algo es algo –pensé. Entré allí sin perder de

vista la mercancía, me puse en la correspondiente cola, y al llegar a la altura de la camarada dependienta tuve la suerte de que no sólo las manzanas del escaparate quedaran visibles desde donde yo ahora me encontraba, sino que otro plato más de ellas estaba también en uno de los vasares contiguos a la posición de dicha vendedora. Le expresé de forma inequívoca que quería comprar aquellas manzanas, bueno, si no todas, algunas... Kaufen, acheter, buy... Apfeln, pommes, apples... “Het... Het, niet, niet... Warum? Pourquoi? Why? Niet, niet”: ¡¡Que no, que no, y que no!! No hubo manera de sacarle nada más a aquella funcionaria. Las manzanas estaban allí, supuestamente a la venta pero al menos a mí no me las quisieron vender. Uno de esos detalles típicos de la cerrazón de estas pobres gentes totalitarizadas.

En otra ocasión las rusas quisieron llevarme a cenar por su cuenta a un sitio distinto del Hotel Rossia y concertamos vernos a tal hora del día señalado que fuere a la entrada del Hotel Budapest, de la calle Petrovka, no muy lejos del centro y siempre dentro de un radio de andar. Al llegar yo allí a mi hora me encuentro con un impresionante gentío y con las rusas que habían formado cola en cabeza desde dos horas antes esperando ya que se abriera el restaurante con el fin de asegurarse el sitio. Y nadie se quejaba: Era el sistema asumido por todos como lo mejor, o siquiera lo menos malo. Una vez dentro la cena y la sobremesa se desarrollaron en un magnífico y distendido ambiente. En una mesa contigua se encontraban unas conocidas de Larissa con la que intercambiaron algún que otro comentario, creo que referido a mi persona. Durante todo el tiempo hubo música..., y yo, cantarín por naturaleza, cumplí con el grato ejercicio de cortesía de retener la melodía de alguna de las piezas e intentar ejecutarla. Había una, en especial, que decía algo así como “Nie minute pacuoia”... y que Larissa, muy impuesta en el tema y muy dada a la sentimentalidad, me dijo que se trataba de que el protagonista expresa “no poder vivir ni un minuto más sin la presencia de la amada”. Como verá el lector, de una candidez enternecedora. Pero aquella gente disfrutaba de lo lindo. Cuando más o menos todos acabamos de cenar y discurría la sobremesa vino el turno del baile. Yo

hice lo que pude por dejar bien alto el pabellón hispánico de la improvisación y de los recursos pues ensayé algunas secuencias de esas danzas cosacas... o no cosacas, en que el bailarín se queda en cuclillas sobre un solo pie, estirando el otro hacia el frente y alternando. Me aplaudieron el intento. Antes de marcharse observé cómo religiosamente todo el mundo recogía con sumo cuidado la comida que no se hubiera consumido, y se la llevaban a casa.

Las rusas me hicieron un señalado servicio al prestarme un martillo pequeño, clavos y un paño o colgadura grande con el que tapié el hueco del ventanal carente de persiana de mi habitación del Hotel, todo ello con el consentimiento de la gobernanta del piso y con el gesto aquiescente de otras camareras que se acercaron a ver mi obra. Como se hallaban allí las rusas para explicar el sentido de tal medida “ambiental” [i.e. que yo no podía dormir con luz, etc., etc.] oía yo de aquella gente sus conclusiones aprobatorias mediante los correspondientes “jarashó, Jarashó” (bien, bien), conciliándose con la industria inventiva que yo había instrumentado.

No me podía quedar sin ver el Metro y aunque estrictamente hablando bien podía abstenerme de su uso por tener toda mi incumbencia en el centro turístico y topográfico de Moscú, cuya completa cobertura la hacía yo a pie, las rusas me llevaron a él una vez que fuimos a su piso [ellas solían desplazarse en autobús que también costaba 5 kopecs]. Pocas cosas del mundo soviético han quedado más explicitadas que el Metro de Moscú, ni con mayor consenso respecto de su grandiosidad. Imaginemos que una buena parte de la riqueza de nuestros palacios, de nuestros museos, de nuestras catedrales, etc., y estoy hablando de cuadros, lámparas, trabajos de orfebrería, estucos, vidrieras, bronces, bajorrelieves, repujados arquitectónicos, frisos y paramentos marmóreos y sospecho que hasta criselefantinos, candelabros, artesonados por paredes y techos, estatuas, etc., ... imaginemos, digo, que todo eso se ha trasladado a las galerías y a los vestíbulos del transporte subterráneo, y se tendrá lo más aproximado a una cabal noción de lo que intento expresar. Y ya en disposición de

concebir el bosque, por encima de la posible descripción de los miles y miles de árboles que lo compongan, nos podemos preguntar: ¿Qué significa todo esto? Pues significa que el soviético encarna esa desindividualización subjetiva pero real, en aras de una comunalización objetiva pero virtual; es una forma de hacerle ver que es dueño de todo cuando en puridad no le pertenece nada; es la mostración más portentosa de un sistema, de un procedimiento..., es el “todo para el pueblo”, con la salvedad de que cada uno de los que constituyen ese pueblo ¡no puede ser propietario de nada! Por cierto que ese sentido de lo colectivo, de la disolución de lo individual en la instancia del grupo, tuvo su materialización más obcecada y más rotunda una ocasión en que a la hora de cenar pretendí acceder al Hotel Rossia por una puerta lateral secundaria. Al portero no le cabía en la cabeza que yo anduviera solo [¿qué pena no haber sabido ruso para matizarle eso de “mi polla y yo”, fórmula con la que el concepto de soledad queda superado!...]..., que yo no estuviera dentro de un grupo, y al buen bolchevique todo se le hacía repetirme con insistente exigencia... “gruppe, gruppe”. Lo de menos ahora es precisar cómo le hice ver que mi andar solo obedecía a una opción perfectamente legítima y absolutamente legal. Otro aspecto ampliamente difundido por cualquier visitante extranjero de aquella época y que se correspondía con la verdad era el prácticamente inagotable margen de seguridad personal que se respiraba por cualquier punto de Moscú a cualquier hora. No puedo precisar con motivo de qué exactamente, pero es el caso que una noche, ya de madrugada, me fui a comprobar dicho extremo, saliendo del Hotel y sin dejar la orilla del río hasta la Komsomolsky Avenue, continuando luego por el puente que sirve asimismo de estación de Metro, hasta llegarme a la Universidad Lomonosov, sin nadie a mi alrededor, en la más absoluta y preciosa soledad, para pasearme entre los manzanos silvestres, a la luz neblinosa de unos focos de neón.

Mi primer contacto con las “diébutchkas” o chavalas soviéticas no se hizo esperar, y ello ocurrió al salir yo cualquier día de echar un vistazo de la Beryozka del Hotel Rossia. Extranjero, saliendo de una

“tienda de dólares” (dollar shop) como popularmente, y para entenderse, se denominan estos establecimientos estatales de captación de divisas, pues era sinónimo de amigo potencial y pudiente. Se llamaba María, era alta y supongo que guapa aunque [por ser la inicial de una frondosa cosecha que a partir de entonces recogería, contando con las tres visitas más que en años subsiguientes dedicaría a la URSS]... siempre mejorable. Estuve con ella un par de veces sólo, la segunda vez consecuencia directa de la primera, porque la chica me había dejado un número telefónico; y la primera vez, porque yo tenía un interés sociológico especial en comprobar el grado de autonomía financiera, de independencia social [sobre todo en lo referente a disponer de vivienda propia] que podía concurrir en alguien como María, chavala de 22 años, estudiante, etc. Y descubrí que las condiciones para alguien que pretende disponer de un... pisito propio, para sí, son muy precarias. María casi se me ha borrado: Hablaba un poquito de inglés, como todas las chicas que no descartaban el mercado del alterne con algún extranjero. Además de la vivienda de sus padres, María aparentaba alojarse en una habitación con derecho a cuarto de baño, en un inmueble de vecinos. Y ahora que hablo de cuartos de baño, aprovecho para recordar la tremenda economía de espacio habitable que el Estado socialista soviético imponía a sus ciudadanos. Donde esta carencia de amplitud cobraba una manifestación más palmaria era precisamente en el cuarto de baño donde, sin embargo, era posible servirse de las diversas prestaciones esperadas con sólo aplicar un mismo adminículo a varias funciones. Recuerdo que el grifo de manguera que servía agua al lavabo, también lo hacía al baño –tina, más bien– con sólo girarlo; y que mediante otro tubo de goma fácilmente adaptable se podía usar de ducha. No creo que todo ello, junto con el inodoro propiamente dicho, estuviera dispuesto en mucho más de *un metro y medio cuadrado*. Las puertas necesariamente, o bien tenían que abrir hacia fuera, o eran correderas del tipo de panel deslizante.

Pero donde se produjo la “highlight” de mi estancia fue en un singular encuentro. Había salido yo del Rossia por la noche, después



de cenar, y me hallaba deambulando por las superficies arboladas de cerca del malecón Moskvoretskaya... De pronto, veo que vienen enfrente de mí... tres chicas, nada menos. Era imposible evitarse porque en ese momento acaso fuésemos los únicos cuatro viandantes por aquel lugar. Venían habladoras, festivas, muy alegres, y muy con ganas de satisfacer su curiosidad. Fue prácticamente nada lo que tuvimos que hacer para encontrarnos intercambiando las inevitables frases de despegue hacia las cotas de la intimidad. Se trataba de Valentina, Svetlana, y Ana, tres amigas que venían de dar una vuelta y se dirigían a no sé dónde, probablemente a casa de una de ellas. Ana era rubia, Valentina morena y Svetlana castaña, al menos por la tonalidad que –natural o no– mostraban sus cabellos. Exploté a conciencia el tema de las canciones: Por aquella época sonaban también mucho en Moscú soniquetes discotequeros españoles como “La playa estaba desierta, / el mar bañaba tus pies”... Empecé por ahí y derivé a un sin fin más de ritmos clásicos y universales, además de españoles. Fue un impacto pleno, de esos que no admiten desperdicios. Hablaban un poquito de inglés, lo suficiente. Me llevaron al piso de Valentina, que era la mayor de las tres, con alrededor de 30 años. Svetlana, la más joven, tenía 22; y Ana, 25. Valentina estaba bien relacionada y disponía de un apartamento que, para standards soviéticos, suponía un lujo. Me pareció entender que era secretaria de una Agencia de apuestas de carreras de caballo y cosa así. Surgió el tema del amor, y con mucho tacto, aunque con regocijo por parte de ellas, quedamos en que me podía acostar con las tres..., una detrás de la otra..., y que les haría un regalo conjunto de 100 \$, si bien en aquel momento sólo llevaba en el bolsillo setenta y tantos, y lo comprobé allí mismo con el fin de dar a mis palabras una carga total de veracidad. Valentina fue la primera y... me encantó. Era la más callada: Sólo sonreía y se había limitado a no contradecir lo que de ella me participaban sus compañeras más parlanchinas, a saber: Que estaba divorciada [como la inmensa mayoría de las mujeres soviéticas de menos de 40 años], y que era muy buena amante, como animándonos a que comenzásemos el recital. Valentina me encantó:

Discreta y prudente, se desnudó con pudor y respondió a mis besos con una exquisita y reduplicada entrega. Salí de estar con Valentina vestido y lavado, y me puse a charlar un ratito..., como si no hubiera pasado nada. Decidieron que pasara Svetlana, y así fue. Aquella chavala me comió, me zarandó. Era la más robusta de todas ellas..., y lamenté que mi proverbial incontinencia no le hiciese los honores. Por sus amigas me había parecido entender que se había divorciado hacía unos meses, y que prácticamente desde su separación de su marido no había estado con varón alguno. Me maldije una vez más por no poder cumplimentar de la forma debida a mujeres así, de tan excepcional talla. Cuando salí de estar con Svetlana.... Ana se había tenido que marchar. La esperaban en su casa y no quiso demorar más. Su encuentro conmigo, en todo caso, hubiese sido *entonces* problemático. Yo hubiera necesitado una hora por lo menos de total relajación para haber celebrado con ella. Expresé mi disgusto, exacerbando mi frustración por no haber podido estar también con Ana. Nos habíamos intercambiado ya direcciones y habíamos quedado en vernos en cuanto que yo regresara de nuevo a Moscú otra vez, otro año, que me prometí que sería el siguiente en 1977. Les dije que tal y como les había ofrecido, y aunque sólo había estado con dos de ellas, y en gesto de buena voluntad, que estaba dispuesto con toda conformidad a completarles mi regalo hasta los 100 \$ pactados, y puesto que Svetlana vivía en una parte de Moscú, para ir hacia la cual le cogía de paso el Hotel Rossia, concertamos que se viniera conmigo en el taxi, que se esperase en la puerta unos minutos mientras yo subía a mi cuarto y recogía el dinero. Así lo hicimos: Llegamos al hotel, quedó el taxista enterado de la maniobra, y tan pronto como me fue posible regresé con los veintitantos dólares restantes. Svetlana me pareció más preciosa y más joven que antes: La verdad es que se quedó contentísima al comprobar mi inmejorable disposición de ánimo en todo lo que había constituido nuestro encuentro. Nos prometimos encontrar cuando fuere, y se marchó con el taxi al que yo previamente aboné toda la carrera hasta el sitio en que Svetlana lo dejase. Desde aquel instante no se me fue de la cabeza la idea de tirarme a Ana, la

tercera de mis amigas, y que por limitaciones ineluctables se había ido... viva! Por el simple y brutal hecho de no haber podido cumplimentar nuestro proyecto de estar juntos, Ana se destacó ya desde aquel momento en adelante como la asignatura pendiente de aprobar en mi recién estrenado curriculum moscovita.

Mis días de vacación estaban iniciando la cuenta atrás de sus horas..., y ya sólo se trataba de ordenar las ideas, replegarse uno en las vivencias de valor con que se hubiese encontrado, y tomar nota para próximas y siguientes excursiones. Una cosa quedó clara: Y es que entre los hoteles Rossia e Intourist, en todo aquel espacio de ciudad, se encontraba el corazón, la verdadera sala de máquinas de todo el imperio soviético. Conociendo aquello se llevaba uno, turísticamente hablando, la visión más de compendio que se pudiera ofrecer a un visitante de la Europa occidental.

Creo que fue la noche antes de regresar cuando me fui un poco así, libre y conscientemente, de caza al tramo de acera de la calle Gorki [¡cómo me acordaba de su novelita *Varenka Olésova!*] entre los hoteles National e Intourist. Era tarde. No contaba con que a tales horas hubiere ninguna chica paseando por allí. Los servicios de restaurante habían cerrado y... Pero no hago más que cruzar la calle cuando me encuentro con una chavala a la que, busto y cara captados en ese asedio instantáneo y de compendio, juzgué en extremo atractiva, con un gesto en el que me pareció adivinar algo de desencanto o desazón o impaciencia... como por querer rematar la velada y no haber encontrado pareja. La abordé... No se me olvida: Hizo un mohín como de reproche, de desconfiada insatisfacción. Probablemente a mis casi cuarenta años le parecí no el italiano guaperas veinteañero, ni yo sé qué paradigma de príncipe azul nórdico. Pero nada más comenzar a hablar, en cuestión de segundos se tranquilizó. La dije que era español... y que me hubiera gustado saber que la iba a haber encontrado con el fin de haberla traído un regalo regio en consonancia con su simpatía y con su belleza. Me dijo, así, un poco por probar mi deseo de estar con ella... que si estaba dispuesto a

darle 50 \$. No sé la cara que puse pero sí recuerdo que quedé convencida de que me sobraban ganas y dinero. Pasó un momento al Hotel National, compré una botella de espumoso y nos metimos en un taxi camino de su alojamiento. Se trataba de una habitación: el baño estaba pasillo adelante y me encareció que no hiciese ruido porque había vecinos. Así, como si nada, pero asegurándome que lo veía ella, dejé en una mesita los 50 \$ y me hice el desentendido. Se llamaba Olga. Celebramos los dos nuestro encuentro, más que con la botella de espumoso que se aprestó a descorchar nada más llegados a su modesta morada, con las demostraciones de cariño y de mutua aceptación que tan activamente compartimos. Aquella criatura me ilusionó. Cuando me despedí de ella me aseguró en su inglés elemental que yo era “a good man”, “a fine man and a gentleman”... y también “a good lover”...

Mi vacación en Moscú había terminado. Mi primera cala en la URSS había concluido. Las rusas, Angelina y Larissa, me acompañaron al aeropuerto Seremetievo. La parte del hall de salida de nuestro vuelo estaba lleno de chavales uniformados que resultaron ser el grupo de “La Ciudad de los Muchachos”, con sede, creo que en Orense, Galicia, y que habían actuado en Moscú. Esta circunstancia hubiera resultado perfectamente baladí de no haber sido por el hecho fortuito de que en el avión me tocó de vecino un thailandés, que era precisamente el médico naturista-acupunturista de los chicos. Aquel detalle puso su cuota de impulso en la dirección de mis curiosidades turísticas y en mis deseos de conocer Tailandia [que se materializarían a finales de 1983, con un primer viaje al que seguirían casi una docena más de ellos en el curso de los años]. Vinimos todo el camino charlando y bromeando. Me escribió en su lengua la versión única de las típicas frases y picardías en español: Decidor, jovial y chancero, vio que yo no me quedaba atrás en capacidad de bromear, y aquello se transformó en un pugilato de chascarrillos y donaires. Las sufridas y educadas azafatas del Tupolev tuvieron que aguantar la tanda incesante de chocarrerías que les espetábamos: Yo le decía a una azafata rubia, y muy atractiva por cierto, que el thailandés me había confesado *a mí* que ella le gustaba mucho... “poom shaap kun”,

recalcaba yo, pero que él no se atrevía a confesarlo. La disciplinada chica hacía gestos de amable complicidad, que estoy seguro que querían decir que no esperaba haberse encontrado con un par de payasos tan cualificados. Mi amigo se llamaba Prasob Heng, y en el mismo cuaderno en que conservo las frases que me escribió Larissa, junto con otros apuntes fruto de mi iniciativa, aparecen asimismo las locuciones de cortesía y picaresca del thailandés, médico acupunturista de ocupación, y cachondo mental supurante en sus ratos libres. Un delicioso final de viaje.

**Fahtma: El Cairo (Egipto); empleada de Camst Viaggi: Roma (Italia). Navidad-Noche Vieja, 1976**

Se trata de las fechas navideñas de 1976 y el comienzo de 1977. En mi formato laboral –funcionario docente-investigador de Universidad, como soy– eso que *sensu lato* se entiende como “vacaciones”. Justo en mis cuarenta años. En lo que yo comenzaba a considerar como niveles o cotas viajeras alcanzables, detrás de mí quedaba ya la mayor parte de Europa; la América del Norte (USA y Canadá), y el sector del África nor-occidental transitado con ocasión de mi bien reseñada expedición al Sahara y al Níger. No era poco. Ni mucho, a decir verdad. Era lo exacto para constituir una pequeña plataforma válida desde la que articular la perspectiva, dirimir las opciones, y discernir las preferencias. ¿Por qué, entonces, Egipto? Como en tantos otros episodios, para el momento en que me he puesto a escribirlos no obraba ni en mi memoria ni en mi documentación una referencia concreta relativa a razones o pretensiones. Algo sí tenía muy claro. Y ello era que puesto que el viaje lo iba a llevar a cabo enteramente con Alitalia, a mi regreso y antes de llegar a España intercalaría una estancia, acaso cortísima pero suficiente, en Roma con el fin de dedicar a la “Ciudad eterna” una cuota monográfica de concernimiento, y saber a qué atenerme. Quiero rescatar ahora el sentimiento indudable de que por aquellas épocas se viajaba ya muchísimo en avión; pero la proporción entre rutas e índices ocupacionales de las flotas de la mayor parte de las grandes compañías permitían aún cierta flexibilidad con el juego de fechas de los billetes, que de forma inmediata y directa repercutía en la comodidad del viajero para diseñar sobre la marcha la duración de sus estancias y hasta la modificación de sus trayectos dentro de un amplio organigrama de oportunidades.

Digo esto porque lo único que me consta de aquel viaje, en lo tocante a la materialidad de fechas, es que tuve necesariamente que obtener un billete para volar a El Cairo desde Madrid, con escala técnica en Roma, y con Alitalia en todo caso; y que el regreso,

también previsto para volar con Alitalia, lo dejé abierto sin mayor problema. Por aquel entonces los de la agencia Meliá, tanto en Alcalá de Henares como en Granada, se encargaban de la pequeña infraestructura administrativa de mis viajes. Y fue a través de ellos como reservé mi alojamiento desde España. Si me estoy aplicando por justificar y cubrir mediante viñetas más o menos de urgencia unos cuantos episodios viajeros de la década de los setenta es por evitar que los menguados datos con los que todavía cuento puedan desasirse de la plataforma de mi retentiva y volatilizarse por entero, dando al traste la apoyatura material, básica, mínima, de los correspondientes reportajes.

Hay países en los que, nada más pisar, siquiera sea por su vía de acceso más proverbial, los aeropuertos, puede uno compendiar de unos cuantos vistazos lo más significativo de su sociología y del lugar que ocupan en una posible escala de valoraciones. El aeropuerto de El Cairo era un sitio más, acaso selecto, acaso convencional, donde se retrataba la sociedad de este país cinco veces milenario o más... Por cada oficial cetrino portando uniforme, una legión de desharrapados, barbudos, chilabosos y sandaliosos. Tal parece ser la proporción despiadada. Mientras se nos inspeccionaban los pasaportes y las rutinas de rigor de todas las llegadas a un aeropuerto internacional, y más si se trataba de “zona caliente”..., mientras esperábamos “por allí”, me fijé en un tipejo, vestido con un traje verde chillón, pantalón de bajos acampanados y con calzado de tacón alto tipo botines, que se paseaba con aires de suficiencia, sabedor de que la realidad que se encarnaba y se materializaba en él, la realidad de poder pasearse con aquel traje horriblemente charro y macarra, verde..., eso y lo que pudiere ser y que él supiese, estaba posibilitado por el pulular de toda aquella otra escoria humana, carne de derelictos, trasmundo. Con la excepción de la breve y tan anecdótica cala en Estambul cuatro años antes, el Medio o Cercano Oriente me era desconocido. Me hacía cargo, eso sí, de la inexorabilidad de ciertas reglas por las que se regían las prestaciones turísticas de sitios así, a saber: Todo lo que no fueran los emporios de cinco estrellas de los hoteles de las grandes

cadena multinacional (Hilton, Meridien, etc.) podía considerarse cercano a la basura. En parte porque no quería gastarme el dinero a todas luces asumible y costeable por los prebostes y las empresas petrolíferas para sus ejecutivos; en parte porque quería huir del ambiente estereotipado que supone un hotel de 5 estrellas de estas características, esté donde esté, sea la 5ª Avenida de New York, o sea el país más cutre y salvaje de África; en parte porque el descenso de alguna estrella no me pareció constitutivo de ningún cataclismo, por lo que fuera o fuese, el caso es que contraté la estancia en el Hotel Le Nil, un cuatro estrellas en la margen derecha del río, con estupendas vistas.

El primer día lo debí de pasar inspeccionando... las existencias. Desde fuera todo parece ser un poco de mito respecto de Egipto. En unas notas escritas sobre un papel con membrete "On board an Alitalia jet" [necesariamente, en mi viaje de regreso] aparece esto: "El primer día de hotel tuve que compartir el cuarto de baño, en un tipo de habitación doble con antesala. Horrible". He copiado al pie de la letra el apunte, sin poder aventurar ningún detalle más. Tuvo que tratarse, por supuesto, del primer día, por razones de fuerza mayor, de forma que a partir del segundo la situación se normalizaría dentro de lo posible. Mi nueva habitación era espaciosa, cubierta por esa clase de alfombrado muy transitado, muy trillado, muy de batalla, sobre el que se pasa una escoba o un aspirador muy de tarde en tarde. Nada más instalarme me apercibí de grandes depósitos de pelusa prácticamente por todas partes. Llamé a los criados, unos hombrones barbudos e indolentes, vestidos con esas túnicas de color ala de mosca o panza de burra, acamisonadas. Les dirigí hacia donde se parapetaba la guarrería, los depósitos de pequeños detritus, pelusa y polvo, hecho ya rollos, bolas..., y los tíos con aire de extrañeza, y un poco así, como a regañadientes trajeron unos escobones y fueron reuniendo con parsimoniosa pesantez toda aquella broza almacenada impunemente. Hotel de cuatro estrellas, no se olvide. Increíble pero cierto. Ese primer día quiero recordar que lo consumí ajustando mi retina y los compartimientos de mi cerebro a la observación, desde mi hotel de



una sección de los casi diez millones de cairotas, en un país que ya sobrepasaba los 40.000.000 de habitantes. Egipto, entre el fanatismo belicoso de los menos de cuatro millones de libios, por el oeste, y el pasotismo adinerado de la Arabia Saudí, al este, era el perfecto parachoques de las irreprimibles ganas expansionistas de los israelitas, contra los que llevaban ya 9 años de guerra, y a los que habían tenido que ceder todo el Sinaí. Un gigante depauperado perdiendo batallas contra un recién nacido furioso. Yo percibí una colosal demagogia esgrimida contra todos aquellos desgraciados desheredados. Lo mejor con lo que habían contado era Nasser, el de la batallita nada menos que contra Francia e Inglaterra. De aquel bofetón en plena cara que le dieron, sólo como aviso, el pueblo había heredado la típica gaseosa del nacionalismo, mientras que al forastero turista todo le resultaba muy claro; o sea, que si salieron del régimen de los reyezuelos y pachás gordinflones y corrompidos (Farouk, por ejemplo), ahora tendrían que hacer su travesía del desierto no se sabe cuántas generaciones hasta dejar de ser un país de harapientos. Como si el peso de la historia gloriosa de los faraones hubiese consumido de por vida cualquier otro resurgimiento. Recorrí el hotel. Desde su terraza se divisaba un buen trozo de Nilo, y un buen segmento de la ciudad. Tremendo. Ya lo dije: 10.000.000 de individuos allí metidos. La imaginación no dejaba de afanarse por compaginar épica histórica, grandiosidad del pasado, con realidad trivializada del presente: de Keops, Kefrén, Micerinos..., pasábamos a los personajes políticos ya mencionados. Ahora gobernaba Sadat, el más sensato de todos, el más pro-americano de todos. A ver, a la fuerza ahorcan. Los USA necesitaban el petróleo del Sinaí, bien en manos egipcias, o en las de sus aliados naturales, los israelitas. Nasser en opinión de algunos fue el típico bla, bla, bla, peón de la URSS y víctima de las grandes potencias. Si todo el dinero gastado en hacer la guerra infructuosamente a Israel lo hubiese empleado en servicios públicos, Egipto sería otra cosa. Desde la terraza del hotel contemplo lo que parece ser el entrenamiento de algunos nadadores tragamillas. Ahora comprendo mejor, que Egipto haya proporcionado algún que otro

atravesador del Canal de la Mancha y del Estrecho de Gibraltar. Parece que se tiran al agua en una dársena, plataforma o embarcadero frente al Semiramis Hotel, cerca del puente El Tahrir, ascienden contra corriente diez o doce kilómetros y vuelven a bajar. Por lo que pude observar se trataba de un entrenamiento a lo bestia, en un medio natural carente de sofisticaciones.

La primera noche cené un buen pescado en el comedor del Hotel: los maîtres, uniformados de alta etiqueta, sudando la gota gorda. Yo no quería pensar en las manos ni en las actitudes de todos aquellos, cocineros o no, pinches o no, a través de los cuales había adoptado la forma final todo lo que nos estábamos comiendo. Sigo informándome bajo cuerda pero de manera inequívoca sobre las disponibilidades que conceden allí las costumbres. De momento, el legalismo puritano no permite subir huéspedes a las habitaciones. Lo veo escrito y me lo confirman. En mi caso el tema concreto es el de coger a alguna descendiente bonita de Cleopatra y subírmela a follar. No parece posible..., y además de no parecerlo tiene todos los visos de *ser* posible. Primer conato de frustración. Con todo, di por superado mi primer día en Egipto.

La segunda jornada el panorama se me despejó. Recuerdo que especulé con la posibilidad de contratar a alguna guía especializada, y visitar con ella la parte del Alto Nilo, Assuan, por ejemplo, y los puntos que más se destacasen por su significación. Descarté tal posibilidad al percatarme de que ciertos servicios llevarían emparejados las típicas servidumbres de pagar por un día entero de compañía cuando en estos casos, pasadas las primeras rondas o ratos de comunicación, el interés decae en progresión geométrica. Tampoco guardo el registro concreto sobre cómo trabé conocimiento con Ahmed, un joven taxista que hablaba algo de inglés, lo suficiente para el trapicheo expresivo de los asuntos esenciales. Probablemente fuese a través de algún empleado del Hotel Le Nil, que me lo recomendara. Acaso, quiero recordar, lo vi estacionado, me acerqué, comenzamos a hablar y consolidamos nuestro pacto de ayuda mutua. Se trataba de un

muchacho despierto, intuitivo y respetuoso, dentro de los parámetros comparativos que permitía el país. Nos dimos el aprobado. Ahmed celebró mucho que yo le pagase en dólares USA, ya que él sabría potenciarlos convenientemente, sobre todo porque al menos en teoría en Egipto el mercado negro no estaba permitido, y la tenencia de divisa extranjera era prácticamente inviable para los nacionales de a pie. Quedamos en que con toda flexibilidad Ahmed se dedicaría en exclusiva a mí los tres o cuatro días más que yo pensaba permanecer en El Cairo; que yo le pagaría al final de cada jornada, en razón de las horas, o simplemente conjuntando en una cantidad global todos los servicios. Quedé muy complacido del acuerdo, y todo lo que a continuación sucedió vino a corroborar aquella primera impresión. La estrategia consistía en tomar el taxi por la mañana, visitar turísticamente los lugares que procediera, comer en algún sitio, devolverme al hotel de forma que yo pudiera descansar, lavarme, etc., y por la tarde otra sesión de la intensidad y forma que conviniera. En total, no creo que nunca contabilizáramos más de siete horas al día que podrían pasar como jornada laboral completa. Ahmed se liberaba de callejear a la caza de clientes, cobraba generosamente en dólares y... bien para él. Por mi parte encontraba a Ahmed avisado, razonablemente culto, perceptivo, deferente, y con cierto conocimiento de otros ambientes europeos, como Italia, y creo que Grecia, donde había trabajado como peón algún tiempo. Por lo tanto, bueno para mí. Diseñamos la estrategia turística y puesto que había que hacerlo, cuanto antes, mejor...

Me refiero a las pirámides. Lo más llamativo de estas construcciones es que las rampas de ascensión progresiva hacia el vértice final son algo muy distinto de la superficie aparentemente lisa que nos invitan a imaginar las reproducciones impresas y las fotografías. Se trata de pedruscos cuadrados, moles paralelepípedas, erosionadas, descascarilladas, mordidas. Todo el lugar de las pirámides, como se puede uno imaginar, está superpoblado de viajeros, turistas armados hasta el sofoco y la extenuación de aparatos tomavistas, artilugios filmicos a cual más sofisticados y potentes. Pero

lo que hace de aquel sitio una experiencia incambiable es la legión indiscriminada de guías, supuestos mentores, cicerones, todos ellos en chilabas deslustradas y sucias, todos impertinentes: Lo que se dice, una plaga; le asaltan a uno, le persiguen, no cejan, no permiten que uno pasee a su gusto por allí, despachándose las dosis de contemplación que mejor le plazcan. Son un engorroso agobio. Ahmed, el hombre, fue leal a mí, ayudándome a ahuyentar a espontáneo tras espontáneo que se empeñaban en orientarme por los sitios que yo podía ver por mí mismo. Una experiencia. Luego me llevó a la Esfinge. Estaban de reparaciones. Desde luego que aquellos tíos de alrededor de tres mil años atrás montaron un tinglado en toda regla, y la teoría de los vasos comunicantes o la búsqueda de la nivelación hacía comprensible que su factura en *historia humana* la estuvieran todavía pagando sus paisanos de finales del siglo XX. ¡Qué gastos no harían, en qué fastuosidades de vida no incurrirían los egipcios de nuestra leyenda, de nuestras novelas, de nuestro cine, como para haber dejado hipotecados durante siglos y siglos a sus descendientes! A lo largo de nuestro recorrido Ahmed y yo tratábamos de hablar de todas las cosas de mi interés. Yo procuraba ajustar la balanza de sus valoraciones en su justo medio, pues la tendencia natural del nativo complaciente, que quiere aparecer como culto y progresista a los ojos del turista extranjero, es la de agudizar la percepción crítica de las cosas de su casa. Por ejemplo, me decía que el país vivía exactamente igual de mal o peor que en la época del rey Farouk. El mito de la presa de Assuán era eso; un mito. El *humus* depositado que dejaban las anteriores inundaciones periódicas ya no existe y la tierra se va gastando. Si Israel destruyera la presa de Assuán –me aseguraba Ahmed– medio Egipto perdería la vida directa o indirectamente. Bueno, pensé, he aquí una forma de ver las cosas.

Probablemente aquella mañana con Ahmed la termináramos visitando *el* palacio o en todo caso uno de los palacios de los pachás: Allí las camas aparecen rodeadas de una tela metálica a modo de mosquitero. Algunas paredes, con pinturas preciosísimas de mujeres árabes. En mis notas tengo reseñado: “La cena, buena, en el

restaurante popular donde comí arroz”. Creo referirme a ese primer día que de manera lata lo dediqué al tributo convencional y esperado de la visita de los “monumentos turísticos” por antonomasia.

El segundo día con Ahmed quise imprimir un sello más personal y “por libre” a mis andanzas. Le pregunté si podía poner rumbo a Alejandría porque me hubiera encantado conocer la patria de... tantos nombres; comprobar si quedaba algo que pudiera inferir el ambiente que suscitara a Lawrence Durrell su celeberrimo *Quartet...*; rastro de Kavafis, olores de la mítica biblioteca, señales del Faro..., y cualquier cosa que en semejantes trances expansivos y despreocupados se injerta en la conciencia del viajero para formar la argamasa de esas instancias iniciáticas e intransferibles del propio criterio. Pero la policía interrumpió nuestro pretendido viaje nada más traspasado el cinturón de El Cairo, pretextando que se trataba de “zona restringida”. El país, por si no lo recordábamos, se hallaba en estado de guerra “fría” y latente, aspectos sobrados de justificación como para impedir que un turista por libre merodease a su antojo figoneando lo que no procedía.

Aquella jornada la dedicamos a transitar las calles, dejándome yo anegar del espectáculo de la vida real. La regla respecto de los hoteles parecía cumplirse a rajatabla: Fuera de los de lujo lo demás era una pura cochinado: Por el exterior parecen algo, pero por dentro se caen a pedazos, faltos de conservación. Ahmed me metió por los barrios marginados: También la misma canción, el mismo problema demográfico: Las pobres gentes tienden a abandonar el campo e incorporarse a las grandes urbes, agarrados a sus miserables cinturones de suburbios siempre en expansión, como garrapatas luchando por asirse a la piel del animal en el que se alojen. Me iba fijando en el mundo de los artesanos, las –por así decirlo– empresas de una sola persona dedicada a cualquier menester manual. Mucha indolencia; mucha guarrería, como correspondientes a colectivos concentrados en espacios de gran saturación humana. Mucha basura por las calles. Los autobuses sobrecargados hasta límites de película

surrealista. Vimos el gran mercado Jan Jandili y otros mercaduchos más modestos. El tráfico, enloquecido; la situación no da para normativas minuciosas ni regulaciones que se puedan hacer cumplir. Pasamos frente a un matadero de reses y hasta allí vimos encaminarse a distintos carromatos mugrientos, transportando la carne al aire, plagada de moscas y de cualquier bicho volador que sobre ella quisiera aterrizar. Las túnicas, camisolas o chilabas que veía yo puestas sobre los viandantes se llamaban, según Ahmed, “galabeya” para hombres, y “milaya” para mujeres. Pienso que si Egipto de verdad pretende incorporarse al ritmo occidental y a su esfera de influencia tendrá que cambiar su alfabeto al latino. Me enteré de que Albania tenía Embajada, y hasta allí me llevó Ahmed, sólo para entrevistarme con dos funcionarios de cara amoriscada ambos, y uno de ellos exhalando un hedor nauseabundo por aliento, que no me dijeron nada que no supiera yo: Más o menos que España y Albania no mantenían relaciones de ninguna clase, y que de no ser por invitación o en comisión especial no era presumible que yo pudiera entrar. ¡Vaya par de piojosos muertos de hambre –pensé! Al hilo de todas aquellas cosas, y como relleno mental, iba yo reflexionando sobre uno de esos corolarios cruelmente irrefutables; y es que –me decía– hay un primer mundo: América del Norte; Europa industrializada. Un segundo mundo: España, América hispana, etc. Y un tercer mundo: Los demás.

Aquel mismo día, tercero o cuarto de mi estancia en El Cairo, le dejé caer a Ahmed el tema de las chavalas de folleteo, y mi previsión de no marcharme de Egipto sin firmar. Me dijo, no sin alguna vacilación, que le parecía bien; que era difícil [cosa que ya sabía yo], pero que lo intentaríamos. En esta cuestión es obvio que la mutua confianza, la camaradería y el transvase de convivencialidad que había estado operando entre nosotros sirvió para que Ahmed desechara cualesquiera reticencias. Al final de cada jornada ajustábamos la compensación económica y yo percibía la íntima satisfacción de Ahmed al recibir los dólares que fuesen, así por derecho, tangibles. Bien para él que se ahorra zascandilear por ahí

en busca de parroquianos. Bien para mí, que confiaba a los servicios de una sola persona de confianza los menesteres dispersos que mi condición de turista me acarreaban.

En mi hotel quise hacer un intento con una sirvienta camarera de mi habitación, jovencita y algo esmirriada, prácticamente la única que vi, ya que los trabajos de limpieza estaban mayormente encomendados a los moracos esos, barbudos y cetrinos, grandazos y guarros de los que hablé. La chavala, de nombre Sonia, era terror lo que tenía porque la vieran conmigo. Podía más su espanto que su deseo. Era una pobre criatura a quien le hubiera encantado acompañarme un rato durante la siesta, eso me constaba. Y cualquier contraprestación generosa que hubiera mediado por mi parte hubiera colmado de todo punto sus expectativas. Pero reflejaba en su expresión el horror que la producía siquiera imaginarse retozando conmigo y verse sorprendida por alguien del hotel. De manera que tuve que desistir por completo lo de procurarme juntamiento con hembra allí, en Le Nil. Por otra parte, en aquellos tres días pasados, intensos, me había dado maña en compactar una buena visión de El Cairo para mis necesidades turísticas y sociológicas del momento. Ahora lo voy viendo más claro: Había salido de España el día 25 después de pasar la Nochebuena en casa, y veía también que lo mejor sería llegar a Roma el 30, y quedarme allí un par de días o tres, recibiendo en todo caso el Año Nuevo. Contaba, pues, con todo el día siguiente 29 de diciembre para estar en El Cairo, reservar mi vuelo y también mi alojamiento en Roma a través de la Agencia filial (o fraternal) que los de Meliá me habían consignado.

El quinto día en El Cairo, 29 de diciembre de 1976, se me presentó como jornada de remate, de atar cabos, de terminar los perfiles. Y todos esos quehaceres se me antojaba a mí que no los conjuntaría sino concediéndome una buena sesión de follar. Lo primero que hice por la mañana fue reservar el vuelo para Roma el día siguiente. El tema del hotel quedó pendiente hasta por la noche en que me dirían los de la Agencia el resultado de sus gestiones. No les puse

topes, con tal de que estuviese en el centro y se tratara de un lugar decente, tirando a bueno. No recuerdo en qué pasé la mañana. Acaso permaneciera en el hotel, escribiendo. Por aquellas fechas me hallaba yo enamorado de la egregia calientapollas de Rosarito, mi compañera de Derecho de Granada, y no me chocaría que la dedicara algún raptó de literatura de los que ella decía gustar tanto. Sí, creo que transcurrió buena parte de la mañana escribiendo, acaso en las hojitas de color crema que me había traído de mi vuelo con Alitalia hasta El Cairo.

Ya bien entrada la tarde nos encontramos Ahmed y yo. La consigna monográfica era que yo quería contactar con un par de chicas guapas, selectas y pegarme una follada intensa con ellas. [Como el lector tendrá ocasión de empezar a observar... ya mismo, la cosa adquiriría dificultades como si se tratara de cuestión sinuosa, apta sólo para desarrollarse conforme a canales y protocolos de gran entidad. Toda una película] Ahmed quería complacerme, sin dejar, por otra parte, que los designios caprichosos de un pudiente y rijoso europeo pudieran pisotear y mancillar irreparablemente sus principios de orgullo respecto de su propio patrimonio espiritual. Yo procuraba tener en cuenta con objetividad la doble incumbencia de Ahmed, su condición de nativo, y su supeditación laboral a mí, que no dejaba de constituir una de las mayores bendiciones con las que el hombre pudiera haberse topado. Pero al mismo tiempo yo estaba decidido a emplear aquella última velada en El Cairo en procurarme conocimiento femenino, a costa de lo que fuera, al precio que fuese...

Comenzamos la caza. Ahmed, el pobre muchacho, estaba lleno de contradicciones, acaso, y como sugerí, fruto y resultado de su deseo de complacerme, y de la realidad de las cosas, que no era otra sino la de que los árabes sauditas, los faldonazos esos motilonos, copaban al parecer todos los recursos expansivos y de alterne que El Cairo tuviese que ofrecer. A Ahmed tan pronto se le hacía asegurarme que lo difícil era encontrar un piso franco donde poder follar [porque abundaban las chicas, según él], como lo contrario: Que lo difícil eran



las chicas porque los árabes sauditas las tenían cogidas a todas, etc., etc. Ese tipo de planteamientos a mí me disgustaban, como se puede figurar el lector, porque quebraban los principios inalienables de la lógica; y más que nada porque me reconfirmaban mediante el inesquivable zarpazo de la evidencia, que cuando uno está entre piojosos..., lo más probable es que resulte contagiado. La ley despiadada de los contrastes relativos, y de los absolutos objetivos aquí se me desplegaba ante mi conciencia en toda su crudeza y siniestralidad. El árabe saudí, nadando en petróleo y en dólares, pero no teniendo más que eso... y arena que llevarse a la boca en su país, se trasladaba a Egipto que aunque misérrimo a standards occidentales, representaba entonces el *non plus ultra* de las posibilidades. El tremendo principio de la oferta y la demanda, el “cuentan de un sabio, que un día”... Por fortuna para mí, tenía mucho tiempo, toda una tarde-noche; tenía ganas y tenía dinero. Ahmed, con intención más o menos enaltecedora, me contaba historias acerca de la virginidad de las mujeres, y de las costumbres familiares ancestrales, como la ablación, y cosas así, a las que yo prestaba una atención muy menguada, interesado y preocupado como estaba de llevar a buen fin mi afán. En general, yo me encontraba satisfecho con Ahmed, al que intuía como el mejor de todos los colaboradores con que me hubiera podido encontrar en aquel país abigarrado de pordioseros. Ahmed ensayaba a veces cierta visión, cierta valoración cosmopolita de las cosas por el hecho de haber estado trabajando algún tiempo en Europa. Entenderme con él a veces, sobre todo cuando se trataba de sutilezas, llevaba consigo penosidad. El inglés que tenía yo que emplear no era “broken” sino más bien “torn to pieces”, rebajando trabajosamente mi competencia y poniéndome a la altura de mi interlocutor. Claro que en descarga del bueno de Ahmed, eso me ocurría con prácticamente todo el mundo de entre los subalternos del hotel con los que me había tenido que comunicar..., sobre todo con la camarerita Sonia, a la que, como medio semiótico más inequívoco le mostraba yo la cama, señalizando el menester de extenderse, abandonarse en su horizontalidad.

Ahmed, a petición mía, me instruyó en el uso de algunas frases de aplicación inmediata: “Ismac é?” (¿Cómo te llamas?) “Ismi... me llamo” “Inti halua / Inti gamila: Qué bonita eres”, y pamplinas por el estilo. Me dijo también que “arusa” significaba “mujer casadera”. Seguimos patrullando la ciudad y los barrios donde potencialmente podía hallarse la caza. Fueron muchas las vueltas, y muchas las prospecciones, aliviadas, de un lado, por mi abundancia de tiempo y de recursos; y enconadas por la pertinaz y contumaz resistencia que oponía la realidad. Faldones negros y coronillas de los árabes saudís, por todas partes. Un mito asqueroso éste de la Arabia saudí. Tienen dinero pero no tienen en qué gastarlo, excepto en hacer más dinero y en ser propietarios de campos de arena con petróleo debajo y alacranes encima. Por eso vienen a El Cairo. Siempre he pensado que a estos pájaros lo mejor sería mantenerlos juntos, sin permitirles mezclarse con nadie más. Como en todo, la realidad de la evidencia se imponía. Los USA explotan los yacimientos de los árabes; les dan a éstos buenos dineros que a su vez se los gastan en comprar tecnología y productos a los USA. El círculo completo...

Ahmed a todo esto divisa a una pareja de chavalas con buena pinta. Me dice que va a ver. Le urjo a que concierte con ellas... lo que sea; llevamos dos horas de merodeo y la cosa empieza a ponerse pesada. Ahmed se baja, habla con las dos chicas... tienen buena pinta, sobre todo una, con una corpulencia armónica, morenas las dos, un poco alocadas. Ahmed regresa al coche y me dice que se han citado para dentro de media hora porque las chicas tienen que ir a no sé donde. Bueno, pues a esperar media hora. Busquemos la habitación para tenerlo todo listo cuando nos encontremos definitivamente. Hemos quedado aquí, en el mismo lugar donde nos hemos topado con ellas. La búsqueda de un sitio para acostarse es un infierno de dificultades. Sistemáticamente todos los garitos que parece conocer Ahmed están cogidos, alquilados por árabes sauditas; y además, los precios, muy en consonancia con la realidad de todos estos países en los que del aire acondicionado del hotel de 5 estrellas se pasa al barracón muladar de braceros, los precios, digo, no parecen guardar

proporción con nada, como si estos piojosos desgraciados no tuvieran la más remota idea del valor del dinero. El caso es que no quedamos en nada, no nos da tiempo; así que recogemos a las chicas y los cuatro juntos hacemos un intento en un caserón cuyo dueño, un barbudo viejo vestido con chilaba de color hueso, nos sale pidiendo 50 dólares USA por el alquiler de unas dependencias modestísimas por un par de horas. Ahmed, me consta que con la mejor fe, lo consigue por 40 dólares. Se trata de dos habitaciones separadas, un living y un cuarto de baño, todo pobretón pero, al parecer, lo mejor con mucho que puede lograrse en tales circunstancias. Se me hace ver por vez enésima que los árabes sauditas son los dueños de todo el mercado de la carne, y que pagan el precio que sea..., por lo que sea. Las chicas, me parece entender, hablan con el dueño del piso y por simpatía pide también cada una de ellas 50 dólares USA, una barbaridad, pero ya no estoy en disposición de regatear, y les digo que sí, pero que tienen que follar una vez cada una con nosotros dos; tal es el regalo que le quiero hacer a Ahmed, el cual, al principio, reticente y puritano, no sabe qué decir y... no dice nada; sólo, que me despache yo primero como y con quien quiera de las dos chicas... y que él se quedaría por allí... vigilando.

Me paso a la mejor de las dos, Fahtma y me doy cuenta de que es una preciosidad de hembra, con dos de las tetas más opulentas, compactas y proporcionadas que hasta entonces hubiera yo visto. Es una puta consumada pero respetuosa. Me come la polla a conciencia y la disfruto a tope. Termino con un polvazo. Me quedo hablando un rato con ella, bueno, haciendo que hablo..., diciendo su nombre... Fahtma, Fátima, y ensayando lo del "Inti halua / Inti gamila". Me levanto, me lavo como puedo con agua fría y digo que me pasen a la otra. Llega, menos opulenta que Fahtma, no recuerdo su nombre, no lo llegué a registrar. Pero es agradable, como sabedora de que sus encantos corporales no son de la categoría de los de Fahtma, y tiene que potenciar todo lo demás. Me entretengo más con ella. Es dócil. Celebramos. Prácticamente no hablamos nada. Pero sonreímos. Doy por terminada la sesión. Me levanto, voy a lavarme de nuevo y para

mi sorpresa y complacencia me encuentro a Ahmed por el pasillo, en un sucinto *slip* de color azul, viniendo de lavarse él también. Así que, debió de pensarlo mejor y ha tenido un cuerpo a cuerpo con Fahtma. De todas formas pagaba yo toda la fiesta. Nos reunimos los dos ya vestidos... y ahora ocurre lo más grande de toda la velada. Ahmed me dice que ha descubierto que las chicas son ágrafas, analfabetas totales, y que no saben leer cifras, que no entienden de números; o sea, que no distinguen un *cinco* de un *cincuenta*, y así me dice que les dé a cada una un billete de cinco dólares, he dicho bien, cinco dólares, porque no saben leerlo. Bueno. Así lo hago. Justo castigo para su desmedida codicia. Las chicas lo reciben, se lo guardan, y nosotros nos marchamos. Yo no tengo la culpa de que en estos pueblos de religión “del libro”, en este caso *Corán*, se críe tanta estupidez y tanto desacato al sentido común. En definitiva y en sentido estricto, los 50 dólares USA que he pagado por todo es lo que en justicia entendí yo generosamente que valía la fiesta, repartidos entre el dueño del garito y las chicas como mejor les diera la gana; eso ya no era cuenta mía. Me agradó comprobar que Ahmed probó así lealmente el reconocimiento a mi liberalidad. Fue un botín no desdeñable sobre la solidaridad humana el que mi alma se llevó. Eché cuentas respecto de mi relación con Ahmed y vi que había sido buena. La técnica del taxi para mí solo la encontraba realista y dinámica. Las cosas que vi, las impresiones de la vida corriente no las podría haber realizado por mi cuenta. El coste del taxi, con la gratificación de mi esplendidez, fue algo absolutamente asumible. Me despedí de Ahmed y le deseé la mejor de las fortunas. Contacté con la administración de Le Nil y me confirmaron la reserva de un hotel en Roma para, en principio, las fechas 30 y 31 de diciembre; que luego en caso de quedarme no habría problemas; que pensaban que no me importaría pues se trataba del Palace Ambassador, Vía Veneto 70, “a bit expensive” pero que supusieron que, eso, que “I would not mind”. Pues no; no me importaba. No tenía idea del hotel en cuestión pero no me preocupé lo más mínimo.

Al día siguiente, el de mi partida a Roma, 30 de diciembre de 1976, los mozos de mi habitación y supongo que los que no lo fueran también, más pedigüeños y serviles que nunca, más sinuosos e insoportables que nunca, al tener noticia de que me marchaba. Liquidé mi cuenta restando el depósito preceptivo en libras egipcias que el hotel exige, y me dejé llevar al aeropuerto. Allí árabes sauditas, grandazos, sentados y con faldones como tiendas de campaña dobles, montaban sus mesitas, sirviéndose té, rodeados de subalternos y correligionarios, con un aire sencillamente indigesto, de prepotencia, de indiferente sordidez. La cultura “del Libro”, en este caso *El Corán*. Lo dicho: Como para no volver más y dejarlos solos. Con tan sólo una vez sobraba.

Roma se me apareció como un reto. Mis dos anteriores visitas a Italia la habían pasado de largo, por condicionamientos concretos de tiempo y de espacio. Y ahora era mi gran oportunidad de dedicarla una estancia todo lo corta que pudiere ser, pero monográfica, exclusiva. El primer detalle de suntuosidad me lo proporcionó el hotel. Se trataba, efectivamente, del Ambassador, en la Vía Veneto, un cinco estrellas clásico, alojamiento habitual –según me informaron– de los Jefes de Estado extranjeros, altos dignatarios, y destacadas personalidades de la vida pública. Entonces, y de un golpe de imaginación, cobraron sentido las palabras de la señora que se encargó de mi reserva en El Cairo: “It is a bit expensive, you know? We hope you don’t mind”. Pues no; no, señora; no me importa. Más cara me resultaría la mortaja... de eso no hay duda. Los “cairotas” de El Cairo [salta la proximidad con *carota*] se aprovecharían de una buena comisión y... todos tan contentos.

Ese día 30 de diciembre de 1976 en Roma sólo hice tomar contacto con la realidad, pertrecharme de capacidades porque estaba seguro de que iba a emplearlas a tope, y más que hubiera tenido. Seguía yo sin descartar la posibilidad remotísima de poner pie firme en alguna plataforma desde la que un viaje a Albania fuera posible. Una cosa sí tenía clara desde siempre: Y es que dentro de la Europa

Comunitaria, Italia seguía siendo el país que, con mucho, más ascendiente desplegaba respecto de los intereses y las incumbencias de Albania. Italia era la potencia que aquellos desheredados y maltrechos albaneses tenían enfrente, monopolizando todo lo que de modernidad, independencia y progreso pudieran imaginarse. A través del Adriático, Italia era la tierra de promisión, la gran superpotencia. Y así, necesariamente, era también Italia la que administraba cualquier posibilidad realista de organizar visitas a Albania. En realidad, y sacado de alguna revista, española o extranjera, probablemente *Triunfo*, llevaba yo el anuncio de Camst Viaggi. Agenzia di Roma, Vía Guattani 9, supuestamente especializada en la organización de visitas en grupo a Albania. Para regalo mío aquella calle se hallaba bastante cerca de la Vía Veneto. Han transcurrido más de 21 años, y la fijación de los detalles se ha ido deslizando hasta ese ámbito típico de la vaguedad y del desdibujamiento. La Vía Veneto la recuerdo haciendo un doble viraje y en cuesta; y aquella Vía Guattani creo que estaba en la parte de abajo respecto del Hotel Ambassador. Aquella agencia de viajes se trataba de un establecimiento de aspecto y de dimensiones nada ostentosos. Eran ya cerca de las 20:00 pm. pero tenían abierto. Comenté e indagué las cuestiones convencionales sobre la posibilidad de que alguien como yo, desde España, pudiera enrolarse en alguna excursión que ellos gestionasen desde Roma, y ese tipo de cosas. Me confirmaron, en efecto, que sí; que el dato que obraba en mi poder sobre su “especialidad en viajes a Albania” era correcto; que lo habían realizado anteriormente, pero que en la actualidad se habían suspendido indefinidamente, “*sine die*”, debido a dificultades en la política interna de Albania. Lo típico, lo socorrido que no por ser cierto dejaba de ser menos decepcionante.

Pero las cosas guardan a veces acordes insospechados que poco o nada pensamos que tendrían que ver con la partitura prevista. Italia es todo: Forma, substancia, imaginación. Una de las dos chicas, empleadas, tal vez dueñas, de la Agencia me impactó subitáneamente, nada más verla. Era un paradigma de alabastro en su piel, de morenía en su pelo, de proporción en sus mensurabilidades. Agónicamente

bonita, esplendorosa en la dejadez tan natural, tan asumida de sus dintornos, de la organización eurítmica de sus atributos. Me colmó la vista y el deseo, y el alma; pero más que en actitud militante de conquista, como la última thule donde hacer descansar para siempre todos los destinos de mis previsiones; todos los nirvanas de mis transcendencias... ¡Oh, sí, Italia era forma, imaginación, entidad, plasmaciones vivas portadoras cada una de esa cuota imperecedera de estética asumpta! Aquel torso, aquellos hombros, aquel místico alabeo de su regazo, aquella parsimonia suficientemente activa de su gesto y de su palabra..., ahí, en ella sentí yo inequívocamente que residía la eternidad, que se hacían fuertes todos los resortes de la gloria y de la catapultación a ámbitos señeros en su opulencia beatífica, en lo iniciático de su acendramiento. Ni siquiera la pregunté el nombre, ¿para qué? si ya pasaba a constituir dato primordial dentro de mi historia, de mi intra-historia, de mis ansias irrenunciables de eternidad, de mis centrifugaciones teleológicas. Salí embriagado, ungido en signo más, circundado por el enaltecimiento. De todo mi pasaje sobre Roma esta anónima criatura constituyó la cúspide y el mirador de mis afanes y de mis referencias, y por eso así aparece co-justificando el título de la viñeta.

Después de mi indagación en la agencia Camst Viaggi y de mi impregnación a expensas de aquella egregia *ragazza*, me di una vuelta por las tiendas de los alrededores, en busca de camisas “Arrow” con los picos del cuello largos y abotonados. No las tenían pero el camisero de uno de los establecimientos se ofreció a hacérmelas en cosa de 24 horas..., menos, si teníamos en cuenta que el día siguiente 31 de diciembre y último del año las tiendas deberían cerrar bastante antes. No lo vi claro y desistí. Las prisas sólo podían generar problemas, el más tipificado, por ejemplo, el de que hubiera que retocar algo y no hubiera tiempo material, y, o bien habría tenido que llevarme algo contrario a mis expectativas; o bien, la cosa hubiera desembocado en disensión e incomodidad. Con todo, apunto el dato como indicativo del carácter emprendedor del comercio de ciertos sitios. No es maravilla que Italia, a pesar del circo en que tiene

convertida su vida política, fuera uno de los fundadores de origen del Mercado Común; que en 1976 ocupara el puesto cinco o seis en el elenco de todos los países industrializados del mundo, y que la iniciativa –sumergida o no, pero siempre personal, autónoma– de sus ciudadanos supusiera el 25 % de toda la producción. La actitud del tendero de aquella camisería, probablemente de la Vía XX Settembre, me confirmó las razones por las que algunos países medran y otros se quedan estancados.

Esa noche ya, antes de recogerme, me fui a un restaurante cerca del Hotel y me comí un suculento plato de spaghetti. Lo digo con intención marcada porque un dato de significación tan accesoria al menos tendía a contrarrestar lo que hasta entonces había entendido yo como regla general, a saber: Que todas las demás veces que en Italia había decidido yo comer pasta [con la excepción, acaso, de la lasagna de Venecia que justifica en otro lugar una viñeta de viaje; y de lo que comiera en Trieste], ninguna se había destacado por su excelencia. Todo lo contrario. La pizza de Lino's, de Kingston, Ontario, Canadá, seguía siendo el referente a batir e imbatido. Algo semejante a lo de encontrar buenas “paellas valencianas” en cualquier parte excepto y/o además de Valencia. Es una pena que no guardara una servilleta, la factura, o algún papel con la dirección de aquel restaurante sin pretensiones, pero que me sirvió, regado con un buen vaso de vino tinto, uno de los platos de spaghetti más exquisitos que yo pueda recordar. Quizá se tratara de la calle Corso d'Italia, con la que la Vía Veneto por arriba limita su curso, ya contiguo al verdor de Villa Borghese.

En el Hotel Ambassador, en mi habitación, me percaté de que la ropa de cama era de primerísima calidad. Las sábanas, como de lino purísimo, inmaculadas holandas. Ahí radicaba uno de los secretos del precio por las cinco estrellas. Yo tengo la, ni buena ni mala, la... simple costumbre de la limpieza; pero penetrar en aquella cama, acogerse entre sus valvas no podía cumplimentarse así sin más, por las buenas; necesitaba poner en marcha un pequeño protocolo con



voluntad de ceremonia. Me volví a duchar, hice uso de los ungüentos que el Hotel proporcionaba; o sea, que me apliqué el agua de colonia y la crema pertinentes por mi cuerpo, amén de la higiene rutinaria de la boca..., y así, ungido en urbanidad fue como únicamente me atreví a extenderme dentro de la cama. Ya en mi posición horizontal, los giros de costado, los merodeos que con los pies o con las piernas enteras llevara yo a cabo por la superficie cuadrangular, me proporcionaban un suavísimo confort, una conformidad conjugada de lo bueno y de lo bello y de lo agradable; una piadosa voluptuosidad, un hedonismo de colegial. En esos trances se piensan muchas tonterías, se hacen cábalas mediante las aptitudes siempre dispuestas de un cerebro despierto y que no renuncia a nada. Echaba yo cuenta mentalmente de los miles y miles de liras que aquello me costaba, y me entretenía en encontrar el correspondiente justificante de cada tánta o cuánta cantidad por cada patadita, por cada exploración de la textura de las sábanas que yo hiciera con mi cuerpo; por cada caricia que dispensara aquí y allá a la almohada, a la caída que formaban las sábanas cuando colocaba yo las rodillas en la posición de tienda de campaña. La ropa de cama más fastuosamente señorial con la que mi cuerpo pecador haya tomado contacto. No en vano, según me dijeron, se consideraba al Ambassador equiparable en empaque, tradición y señorío al Palace o al Ritz de Madrid, sólo como ejemplo.

Pero el día siguiente amaneció, 31 de diciembre de 1976. Y yo tenía por delante la realización de, prácticamente, todo mi programa que no era otro sino ver Roma, lo en ella contenido y así embriagarme, y así contar con otra realidad inventariada con la que rastrear la preñez de mi corazón. Desayuné opíparamente en el comedor del Hotel: nada de buffets ni historias: A la carta, en plan selecto. Según entendí, el precio de la habitación consentía el sistema “bed and breakfast” en sentido flexible, que en mi caso todo se redujo a sacrificar los variados comistrajos del *buffet* por los tres o cuatro productos básicos: Recuerdo que en aquella ocasión me sirvieron huevos fritos con bacon; pan; zumo de naranja; café con leche, y un par de piezas de bollería exquisita. Acabado lo cual, me salí a la puerta

del Hotel. Serían las 09:30 am. De los muchos coches y taxis que hasta allí llegaban y que desde allí partían, me fijé en uno, un Mercedes grande y nuevo que acababa de dejar pasajeros. El chófer, un hombrón de buena pinta, con gesto distendido y conciliador. Nos miramos. Él debió darse cuenta de que yo, hospedado en el Ambassador, requería de sus servicios. Hablamos y concertamos el alquiler de su trabajo por... todo el día, ese término vago y suficientemente acaparador como para que entre sus mallas no se escape nada. Pues venga: Enséñeme Vd. Roma entera; sea Vd. mi guía, mi cicerone, mi taxista, mi amigo y mi compadre.

Era un día precioso, de sol refrescante. No recuerdo la ruta que seguimos. El señor taxista, Pietro, iba equipado con una cámara *kodak instamatic*, a la que cargó con su correspondiente carrete, y fue esmaltando todo nuestro viaje con la plasmación en las cartulinas instantáneas de los lugares más representativos. Probablemente comenzásemos por la Piazza di Spagna y su famosa escalinata, sus así llamados “Spanish Steps”. Allí me tiró la primera foto: Iba yo enfundado en mi magnífica gabardina Burberrys, bufanda verde de cachemira y zapatos Gorila de suela de goma, cómodos hasta más allá de toda ponderación. Y sobre todo, mis plenos y jóvenes cuarenta años que llevaban tan sólo tres meses de andadura. Me sentía pletórico y me puse a cantar “Las muchachas de la Plaza España / son tan bonitas”, acoplando mi melodía a la versión del chileno Lucho Gatica, rey del bolero suave. Porque, además, es que era cierto: Las chicas que por allí transitaban eran... ¡tan bonitas! Luego, después de atravesar el Tíber y la Piazza Cavour, accedimos a la Ciudad-Estado del Vaticano, así como suena. Es cierto, y bien marcado que está, que situándose uno en un punto de los adoquines de la Plaza de San Pedro, cada dos piezas de la columnata de Bernini se transforman en una, de tan perfectamente como se llevó a cabo el cálculo matemático en la simetría arquitectónica de la obra. Allí, en mitad de la plaza, pero desde perspectivas combinadas, aparezco yo, sonriente, distante, irónico, enaltecido por la buena fortuna de haber acertado con el mejor tipo posible de excursión.

La visita del interior del Vaticano fue un capítulo mayor del recorrido. Pietro, en parte por pasarme la factura, en parte porque creo que era verdad, me decía que en las visitas al Vaticano él no acostumbraba a acompañar al cliente; pero que conmigo se encontraba cómodo y que hacía la excepción de, además de transportista y comentarista espontáneo de las cosas que fuesen apareciendo por las calles, además, digo, se constituía en guía cultural del Vaticano propiamente dicho. Y tengo que decir que lo hizo bien. Llevamos a cabo el recorrido a mi aire, rápido pero compacto; dinámico pero completo. Se trataba de ver al natural, a lo vivo, a lo bestia lo que yo como simple ciudadano estudioso, de un país europeo, de una familia de cultura románica, romana o romanista [y por si fuera poco, como doctor en Filosofía y Letras] había tenido que transitar en mis relaciones con el Arte. Muy bien. Pues ahí está el Buonarrotti y sus frescos de la Capilla Sixtina. Bien. Tampoco era cuestión de emborracharse y quedar aturdido. Fiel a mi sistema, yo seguía primando a la excursión al aire, desde el coche, por la calle.

Eran ya las 13:00 horas. Habíamos consumido tres horas estupendas de excursión. Le pregunté a Pietro por la comida; que si tenía alguna hora especial, ya que por lo tocante a mí, con mi abundante desayuno podía tirar varias horas más. Me dijo que no me preocupara; que siguiéramos y que ya veríamos más tarde. Yo percibí claramente que Pietro era un estupendo profesional. Yo sabía... que él sabía que estas excursiones “de todo el día” teóricamente comprenderían, por lo menos, las ocho horas de trabajo que se suelen acomodar dentro de una jornada; pero que en nuestro caso se consideraría asimismo “todo el día” cuando viésemos lo que teníamos que ver. En esto de las excursiones conforme va transcurriendo el tiempo la duración planteada se va menguando en progresión geométrica, porque se va haciendo innecesaria. Yo calculaba, y no me equivoqué, que nuestro tiempo de andar juntos no pasaría de las cinco horas que, al ritmo en que yo las estaba empleando, iban a dejar las alforjas de mi curiosidad más que repletas. Así que eran las 13:00 pm.

Habíamos terminado con el plato fuerte de El Vaticano, y pensé que con un par de horas más de travesía la cosa podría darse por terminada.

Volvíamos a cruzar el Tíber y por el Corso Vittorio Emanuele II llegamos a la Piazza del Campidoglio con el bellissimo monumento a él dedicado. Dos fotos en ese punto. Desde allí, al Foro romano. Una preciosidad de ambiente rememorado y de imaginadas vivencias. También dos fotos. El Arco de Constantino y el Coliseo están cerca uno del otro. Pietro me hizo sendas fotos, viéndoseme de cuerpo entero. La del Coliseo es espectacular, porque lo que normalmente aparece en las reproducciones es la estructura exterior, el anillo roto en una buena sección de su parte superior. Pero Pietro me dijo que me colocase dentro, en una especie de mirador o muro de carga, como montante desde el que a mis espaldas se hacían visibles los compartimientos subterráneos donde, supongo, se acomodaban tanto los humanos como las fieras que justificaran el espectáculo. Una preciosa foto de Pietro.

Eran cerca de las 15:00 pm. y nos fuimos a comer al Trastevere, donde Pietro me dijo conocer un restaurante amigo. Un estupendo descanso y un oportuno refrigerio. Le invité yo a la comida: Unas ensaladas, unas tortillas, un vino y un postre. Había que pensar en el regreso. Me quedan algunas fotos que se resisten a su identificación porque se me ha desglosado toda referencia y no tuve la precaución de escribir siquiera una sucinta anotación al dorso. Con todo, creo que una de las no identificadas, junto a unas fuentes semejando las formas de una criatura o pez marino, o parte de una concha dentro de otra fuente mayor, circundada por una barandilla interior de hierro, bolardos y brocal o puteales anchos de granito, esa foto, digo, fue disparada frente a la casa donde vivió el poeta inglés John Keats. Creo que otra me la hizo Pietro desde una eminencia o terraza del Trastevere, yo de frente y destacándose a mis espaldas la mole imponente de la peonza invertida de la cúpula de la Basílica de San Pedro, surta en una nebulosidad o calígine de iniciática textura.

Hay una foto que recoge un pedazo de obelisco, con una plataforma o terraza cuadrada en la cima; todavía más arriba, un pedestal redondo y la figura de... un como dignatario eclesiástico o civil..., no puedo reconocerlo, la foto está de espaldas y recoge un vértice de la plaza donde se halla el monumento. En otra foto que me hizo Pietro aparezco recostado en las estrías del fuste de una vigorosa columna que junto con varias más forman el soporte recio y masculino de una edificación cuya pared parece ser de piedra y mortero, de color marrón arcilloso. Ya de regreso definitivo al Hotel, nos detuvimos en la Fontana de Trevi, donde el manitas de Pietro debió de disparar los dos últimos fogonazos de su *kodak*. Efectivamente [y aunque yo no arrojara ninguna] se ven multitud de monedas yaciendo sobre el fondo, como dice la canción de la edulcorada película en que lo mejor es la interpretación de Clifton Web:

Three coins in the fountain  
each one seeking happiness,  
thrown by three hopeful lovers...  
which one will the fountain bless?

Ahora eran ya las 16:00 pm. cuando regresamos al Ambassador. En total habíamos estado juntos Pietro y yo seis horas, contando la comida; o sea, técnicamente dos horas menos, como dije, de lo que en terminología laboral se hubiera considerado jornada completa. Le pagué lo estipulado: Bien lo recuerdo, el equivalente entonces a seis mil pesetas, que estaba muy bien para él, y que tampoco estaba mal para mí. Yo había resuelto mi problema, me encontraba con las bodegas de mi espíritu llenas a rebosar de vivencias. Había incorporado Roma al acervo de mis propiedades intelectuales; desde entonces formaría parte de mi linfa, de mis reacciones psico-químicas. Estaba satisfecho. Decidí esperar y acometer el Año Nuevo sin más, con toda la dignidad que mi aposento me dispensaba; y ya, coligiendo que el día siguiente sería un magnífico día para volar a casa, ya que no era probable encontrar aglomeraciones de tráfico ni de nada, porque los ciudadanos de Italia

estarían durmiendo o reparando sus excesos, por todas esas razones que yo intuía como válidas, cerré con los servicios del Hotel mi factura...

No recuerdo mucho más de aquel día 31, quiero decir, desde que me separé del taxista hasta que adviniera el primer vector del Nuevo Año. Me eché la siesta; me lavé, me asecé; me puse a escribir y a ojear la prensa del hotel, así como algunas de sus dependencias. Recuerdo que tuve la tentación de agenciarme alguna chavala, quiera decir puta, para follar; y que merodeé por alguna cafetería-pub de por allí cerca, pero no me gustó el ambiente. Las chicas ese día, con toda lógica, tienen el cupo de sus disponibilidades cubierto, bien porque están con sus familias, en sus sitios de origen; bien porque más plausiblemente han alquilado y comprometido sus servicios con alguien concreto o con alguna entidad que tenga interés en servirse de ellas. Yo estaba muy bien follado de El Cairo y no era cuestión de insistir. Estuve viendo, eso sí; recorrí la calle que, si mal no recuerdo, había obtenido cierta credibilidad internacional por las hetairas que, según se decía, paseaban por allá. Fuera por la fecha, fuera porque las cosas hubieran tomado otro cariz, el caso es que yo no vi nada que me atrajera, y mucho menos que me otorgara confianza. No insistí. Hubiera sido por mi parte una dejación incalificable no haber hecho una prospección sobre el tema del folleteo, pero discerní donde se había trazado la línea de la proporción y quise terminar el año sin violencias de principio ni forcejeos de criterio...

Las horas fueron sucediéndose en su denominación identificativa, y cuando lo quise recordar faltaban sólo unos minutos para la media noche. Yo estaba allí, unos metros arriba y abajo de la entrada al Ambassador que, si no se me ha malogrado el diseño, tenía un doble acceso por escalinata, todo en plan señorial, macizo. Parecía como si los motivos del Año Nuevo y de la despedida de 1976 convocaran un consorcio de ruidos, trajín y expectación en general. Se veían cohetes rasgar las bóvedas, el ámbito de la noche de Roma. Reparé en que unos *carabinieri* que hacían la ronda por allí se habían

como aflojado las hebillas, se habían expeditado la impedimenta y tenían un par de botellas de espumoso cuyos tapones ya habían comenzado a desenredar. La inminencia anunciada se resolvió en un clamoreo de campanazos, en un dar rienda suelta a las bocinas de los coches... Yo, excepto por mi reloj, no podía en medio de aquel tumulto asegurar cuando las doce campanadas se habían materialmente producido. Lo colegí cuando los *carabinieri* soltaron el taponazo y liberaron de sus grilletes de cristal la furia paciente del espumoso..., y comenzaron a beber a morro...

Yo, de espectador universal, en la mejor localidad de toda la función, en primera fila si de circo se tratara; en barrera de sombra si de albero y coso fuera el asunto; en la avanzada de todos los resortes de aquiescencia allí y entonces por tratarse de mi alma, por referirse a la hechura de mi corazón, a los desbordamientos controlados de mi espíritu. Dejé transcurrir una media hora más para asegurarme de que el Universo había movido ficha, y de que estábamos en 1977. No recuerdo que hiciese nada más. Me fui a la complicidad invitante de las holandas y los linos de mi cama.

Al día siguiente, quiero decir unas horas más tarde del mismo día, como me había imaginado, reinaba un cierto *tempo lento*, un cierto letargo en el pulso del Hotel. Pagué la cuenta y me puse en manos del transporte que fuere, camino del aeropuerto. Llegamos y... primera sorpresa desagradable. Al parecer, por fuerza mayor... y sin previo aviso, el vuelo que tengo confirmado sobre el papel informatizado de mi billete, se ha suspendido; y también otros vuelos de ese mismo día 1 de enero de 1977 con destino a Madrid. El aeropuerto de Fuimicino está un poco como a media marcha. Es como si la mitad del personal, con motivo del Año Nuevo se encontrase ausente, de vacaciones; pero al mismo tiempo tampoco parece haber un movimiento excesivo en el tráfico aéreo, váyase lo uno por lo otro. Es un día que se me antoja surrealista. Yo lo único que quiero es salir de allí, llegar a casa, preso del síndrome tantas veces explicitado de que cuando los viajes han alcanzado su cúspide, la caída o regreso al

punto de partida es conveniente hacerlo con la mayor celeridad posible, sin andarse uno con miramientos. Estoy varado, con Madrid allí enfrente, salvado el mar Ligúrico, el mar Tirreno y el mar Balear Mediterráneo, a dos horas justas de vuelo. Estoy surto, encallado. Me acerco a los mostradores de Alitalia para recabar información y proceder al curso de acción que se me pueda aplicar en las circunstancias. Por fin logro que me atienda un empleado al parecer con rango superior al de todos los demás a quienes he acudido. Consulta por teléfono no sé qué..., vuelve a consultar con otros empleados de tierra, un poco separados todos de mí, me mira..., como preguntándose si yo merecería que se tome la molestia..., vuelve a consultar y se viene a mí. Me dice que es posible que a través de París vuele a Madrid esa misma tarde, a primera hora. Que hay un vuelo que sale para Orly inmediatamente y que... bueno, que si quiero..., que les diga donde tengo el equipaje para que ellos puedan proceder. ¿Equipaje? ¿Qué equipaje? “Esto es todo mi equipaje” –le contesto, señalando al bolso que llevo en la mano. Expresión mirífica. Como si le hubieran accionado un resorte, el hombre abre los ojos de agradecida admiración, me dice que le siga, coge mi billete, llegamos a una de las puertas de salida, arreglan lo que fuese, escriben las oportunas diligencias y me dicen que puedo embarcar; que en Orly, nada más llegar, debo conectar con el vuelo tal y cual de Air France; que en mi billete ya van consignados los pertinentes endosamientos... y que ¡buen viaje! ¡¡Uuufffhhh!! Ventajas de viajar ligero.

En el avión de Alitalia hacia París me pongo a leer la revista de vuelo *Alitalia Italy's World Airline. Flytime* que resulta ser un repertorio sensacional tanto de cuestiones aeronáuticas como literarias. Entre otras cosas de aplicación turística y de información geográfica [como corresponde al formato e intención de estas publicaciones de prácticamente todas las grandes líneas aéreas] en las páginas 18-23 se inserta el artículo “Quando il jet si chiamava ippogrifo / When jets were winged horses” que no es sino la transcripción de una serie temática de octavas reales “Un viaggio di Astolfo / one of Astolfo's journeys” del *Orlando Furioso* de Ariosto



(1474-1533) en traducción al inglés contigua de Sir John Harington, 1591 (edición de Robert Mc Nulty. Oxford University Press, 1972). Hasta en cosas así los italianos, me digo, tienen gusto. Me pongo a leer el italiano con la traducción en inglés al lado y una vez más me percató de que la música del endecasílabo es uno de los aciertos de la entera historia del mundo. Llevado de no se sabe nunca de qué vientos misteriosos, me pongo a pensar en Rosarito, la calientapollas egregia, amiga y compañera mía de Derecho de Granada, de la que yo estaba enamorado con pertinaz –y contumaz– y literaturizante infatuación:

Ma con tutta sua possa e suo tesoro  
Gli occhi perdutti avea miseramente:  
E questo era il minor d'ogni martoro

-----  
But losse of sight made all his comforts vayne  
And bard him ev'ry tast of worldly pleasure,  
And this did much encrease his care and payne.

¡Vaya final de fiesta! Me encuentro con un espacio literario en que además del tema de mi predilección, la traducción poética de poesía, me coloca en la estela de Rosarito [a quien vería unos cuantos días después, en Granada], y me propicia escribirla una carta, supongo que de amor. El vuelo de París a Madrid no añadiría nada reseñable a lo ya dicho. Llegué a Alcalá de Henares, a mi casa, esa misma noche. Había puesto pie en 1977 bajo los mejores augurios, bajo los guiños más prometedores de todas las estrellas del orbe.

### **Valentina y Ana: Moscú; Nina Bulájova: Leningrado. URSS 1977**

Mi viaje a Moscú del año anterior había cumplido a las mil maravillas su función de prepararme el camino para posteriores incursiones, lo cual no era poco. Había puesto una primera piedra al monumento de intimidad que me proponía ahora continuar y rematar glotonamente en razón de las Valentina, Svetlana, María, Olga etc. De momento, Ana había estado en mi conciencia buena parte de mi curso académico 1976-1977. Tal y como me pidiera, le compré –recuerdo que en Calzados Roselli, de Puerta Real en Granada– unas botas de nieve, pero de vestir. Me había acusado recibo de ellas en una pequeña carta que no conservo, y en la que se contenían los extremos corteses y esperables: Que cuando llegase de nuevo a Moscú, que no dejase de contactar, etc. etc. El simple detalle de no haber podido *estar*, en la ocasión en que sí que lo hice con Valentina y Svetlana, agudizaba mi propensión; espoleaba mi determinación de rematar al trío con el que tan espontánea y distendidamente me había encontrado el verano anterior en aquella superficie arbolada de cerca del Hotel Rossia. Mi viaje de 1977 lo diseñé en el cuerpo de un grupo reducido que organizaba Meliá y que comprendía, además de Moscú, una visita de, creo, uno o dos días a Kiev, y de tres o cuatro a Leningrado. Me voy a permitir romper el protocolo alterando la secuencia de las fechas y sin que ello suponga detrimento alguno para lo que de posible valor pueda tener mi narración.

Lo que quería decir es que fue un desacierto la inclusión de Kiev en aquel viaje que tenía a Moscú y a Leningrado como platos fuertes. El lector lo habrá averiguado ya, bien por haber viajado él mismo a todos estos sitios; bien por la abrumadora abundancia de testimonios en sentido idéntico, a saber: Conociendo Moscú y Leningrado, cualquier otra ciudad [Kiev era la capital de Ucrania, la segunda República en importancia de toda la URSS]... resulta carente de interés. Puede sonar bronco e insolidario, pero es así. [No entro en valoraciones específicas o pormenorizadamente privativas de las cualesquiera particularidades, desde el punto de vista socio-político,

geográfico o simplemente personal, que puedan concurrir en multitud de otras ciudades y sitios dentro de un imperio de veintidós y medio millones de kilómetros cuadrados!!] Me asombra no recordar prácticamente nada de Kiev: Conservo la tarjeta-pase del Hotel Dnipro, de la Plaza Lenin-Komsomol y la calle Kreshchatik, donde nos hospedamos..., y casi nada más. Considero este dato admirable y aleccionador, porque en cualquier caso redundo en mi inquebrantable criterio de que cualquier otra ciudad que se comprenda en el mismo paquete de Moscú y Leningrado está probablemente condenada a desaparecer de la memoria. No recuerdo nada de la ciudad de Kiev; acaso comencé por no dedicarle ninguna voluntad de curiosidad, ninguna emoción anticipada. Estas excursiones en que se combinan más de dos ciudades, bien claro lo ví, permiten a las autoridades de Intourist entretener a sus empleados; presentar, aunque sólo sea en teoría, unos programas combinados en los que interviene la variedad; potenciar el hecho de que ciudades distintas de las inevitables Moscú y Leningrado se aprovechen del flujo –más bien pequeño en comparación– de divisas que la visita de los turistas extranjeros acarree. Desde mi perspectiva, además, sirve para someter al viajero a una intempestiva rotura de la secuencia de su vacación, sometiéndole a los típicos e inmisericordes madrugones. Porque esto sí me interesa dejar claro por considerarlo de primordial incumbencia para todo aquél que especule con hacer turismo en los países socialistas: Al pobre viajero se le levanta entre las 05:00 y las 06:00 de la madrugada para coger el medio de transporte acordado. Al gobierno soviético le es más rentable descargar al paquete de turistas en un sitio centralizado –Moscú, en cualquier caso– y de allí traerles y llevarles cuantas veces haga falta. Nuestro supuesto siguió el patrón general: Para ir a Kiev, que dista de Moscú más o menos lo que Leningrado, unos 700 kilómetros, nos levantaron a las 06:00, para salir del Hotel a las 07:00, para estar en el aeropuerto a las 08:00, para tomar un avión YAK-40 a las 09:30, para llegar a Kiev a eso de las 10:50, para llegar al Hotel a eso de las 12:00, y para sentarse a comer a eso de las 13:00. Al gobierno soviético le es enormemente rentable tener a los turistas

jarreados de un sitio para otro, llevándolos de la cama a la mesa, y empleando en tales menesteres buena parte de un día. En el esquema de producción soviético eso es lo que se lleva; eso es lo más conveniente... para ellos; los más demoledor para el viajero. Kiev: Mejor no haber ido. Conociendo Moscú y Leningrado, cualquier otra ciudad [me refiero siempre de entre las típicamente rusas que tenga la URSS en Europa] queda borrada, nihilizada. Así que permítame el lector dar por concluida mi mención a Kiev y mi centralización en todo lo demás.

Ya hemos quedado en que los diseños de viaje que confecciona Intourist no se caracterizan por una reducción de horas de movimiento ni de traslados, y su consiguiente economía en la instrumentalización de medios. Para cualquier occidental más o menos inmerso en una economía de mercado, el modelo más normal para una excursión a la Unión Soviética en que se combinen o comprendan las visitas a tres ciudades como Kiev, Moscú y Leningrado, sería comenzar por la primera, seguir por la segunda, y desde la tercera regresar a casa; o algo que siquiera se pareciese a dicho planteamiento. En la URSS esos modelos no tienen cabida. Nuestro viaje no fue excepción. Primero, Moscú; desde allí, ida y vuelta a Kiev; de nuevo, desde Moscú ida y vuelta a Leningrado; y ya siempre desde Moscú, regreso a España. Eche cuentas el lector. El sistema persigue que todo el mundo tenga la sensación inequívoca de concienciarse ocupado. Ya dije que como el tiempo cuenta poco, los trasiegos turísticos se suelen resolver con madrugones salvajes perpetrados a expensas de los turistas, que son movilizados de un sitio para otro sin contemplaciones. Bien. El caso es que de regreso de Kiev estamos en Moscú y si mal no recuerdo el resto y grueso de nuestro tiempo se organizó mediante una primera estancia allí de varios días; a continuación, la visita programada a Leningrado; regreso a Moscú y permanencia de unos pocos días más antes de tomar el avión de vuelta definitiva a España. Parecía tratarse de no dejar que el turista calentara el sitio; de tenerle haciendo y deshaciendo equipajes, jornada sí, jornada no; de mantener los autobuses feotes y podencos de la Intourist yendo y viniendo desde los

hoteles a los aeropuertos, para eso, para dar la sensación de actividad dinámica. En Moscú nos hospedamos también en el Rossia.

Lo primero que hice fue dirigirme a las señas de Ana. De siempre me han apasionado las pequeñas aventuras de encontrar una dirección desconocida. En Moscú predominan los grandes espacios que de cuando en cuando están interrumpidos por barrios, por bloques de viviendas parduzcos; mejor, incoloros. Tiene uno la impresión de que no se ve a nadie, y si se cruza con algún vecino o habitante del mismo inmueble, el gesto es de indiferencia total. El extranjero occidental es otro mundo, pensé, no tiene nada que ver. Se sabe y se asume que el forastero, yo en este caso, es una realidad subitánea y fugaz, como un cometa que todo lo más que hace es una arañazo en la epidermis del éter. Así con la dirección de Ana..., porque los taxistas no pueden hacer milagros. Comprobé el bloque, el inmueble, los números y las letras de las entradas, de las escaleras y de los pisos, y llegué a lo que debía ser la vivienda de Ana. Llamé y al abrirse la puerta apareció una preciosa niña morena [de cinco años, me enteraría luego], con ojitos levemente como de zíngara. No bien me había percatado de todo esto cuando apareció Ana. Me presentó a su marido, un chaval más o menos de su edad, espigado, rubiales, con el pelo revuelto, con aire bonachón y cansino. Me hicieron pasar y sentar. Llevaba yo unas chucherías de España, usables y consumibles por chicos y grandes, así que no tuvo mayor complicación dejarlas allí con un expresivo: “Este pequeño obsequio de mi país”... Ana se desglosó un par de minutos para cambiarse la bata que llevaba puesta, por una blusa y un pantalón. La niña, absorta y curiosa, se sonreía mirando a su padre y a su madre como en busca de permiso, cuando yo la invitaba a sonreírse. El marido de Ana –me pareció entender– formaba parte de un grupo musical y el hombre estaba obsesionado con marcharse a los USA. Había cursado su solicitud hacía años, con arreglo a las normas establecidas legalmente para las cuotas de salida y a las alegaciones ortodoxas que en cada caso correspondieren. Ana y yo quedamos en que esa misma tarde nos encontraríamos con Valentina a la entrada del restaurante del Intourist. Me despedí con un

besito a la niña y un apretón de manos a Ana. El marido y yo salimos juntos: Él iba andando hacia una dirección y yo tomé un taxi de regreso al Hotel.

Todo el resto del día me lo fui consumiendo con la glotona y turbia anticipación de encontrarme con mis amigas; acostarme, sobre todo, con Ana..., y lo que además fuere por añadidura. Pero mi imaginación quedaba surta, trabada en consideraciones de muy distinto linaje. El totalitarismo soviético implicaba todas esas cosas con las que yo me estaba encontrando a lo vivo: Apartamentos a los que únicamente la cálida realidad de albergar criaturas animadas con atributos tan atractivos como los que habían concurrido en María, en Olga... , y ahora en Ana; la voluntad de seguir existiendo por entero..., únicamente eso los separaban de la mezquindad cuasi indigente, de la sordidez más desconsoladora. También implicaba plasmado brutalmente el factor desdeñable de las apetencias de las opciones personales, que sucumbía ante los intereses primantes de la colectividad según las pautas establecidas por sus dirigentes. Ana estaría alternando conmigo mientras que su marido andaría en sus cosas. Me consta que dentro del encofrado de previsiones soviéticas se querían y se respetaban... todo lo que era dable asumir en semejante diseño de convivencia. Ana por su lado, y su marido por el suyo eran dos unidades, solamente dos de los acaso muchos millones de disidentes que, bien por ignorancia, bien por apetencia de lo que no se podía obtener, bien por deseo de cambiar hacia lo no conocido..., albergaba la sociedad soviética conforme al sistema institucionalizado a partir de 1917. Mi imaginación no quería caer en tópicos: Yo había comenzado a visitar la URSS a partir de 1976 y por lo tanto las reflexiones que ahora pretendo exponer tenían lugar en aquella visita de 1977. Pero después de haber residido diez cursos en USA y Canadá, habían sido miles y miles los ciudadanos empujados por el imperialismo ruso, después de 1945, y pertenecientes a países y regiones anteriormente autónomas [la lista se haría ociosa y molesta: Téngase en cuenta el reparto de Yalta]..., miles y miles de ciudadanos, digo, los que residiendo en América del Norte encarnaban el rechazo

de la manera convivencial –no me atrevo a llamarlo *estilo*– soviética. Y Ana y su marido [ella, por querer vivir por encima de las posibilidades que su ámbito social le permitía; y él, acaso, por una mística mejor o peor asumida respecto de lo que entendiera por progreso]... Ana y su marido, digo, eran dos, dos unidades tan sólo dentro de los muchos millones de disidentes resignados que consumían sus existencias bailando al son de una melodía que ellos nunca eligieron y que tampoco podían modificar. Claro es que la Historia siempre ha dispuesto de mostraciones contrastivas para cada fenómeno que haya surgido. Ha habido y seguirá habiendo casos de arrepentidos que reforzarán el corolario general: Se dice que la hija de Stalin se hartó de la vida en los USA y regresó a la URSS. Una amiga de Larissa, Lucía, joven animosa y atractiva, después de luchar por salir de la URSS e instalarse con su marido venezolano en dicho país caribeño, regresó a Moscú un poco harta del clima, de las costumbres bananeras..., y sobre todo, de percatarse de que conceptos de “libertad”, “independencia”, y otros, son mascarones de proa que cada cual lleva en sus propias entendederas; y que casi siempre el mejor sitio que cada cual tiene para vivir es aquél donde y desde el que se le ocurre preguntarse si habrá algún otro mejor para el dicho menester de la vida.

A la hora señalada me fui al Intourist y a poco de estar allí aparecieron Valentina y Ana, sugestivas, preciosas las dos. Svetlana –me dijeron– se hallaba fuera de Moscú. Encontré a Valentina atractiva en extremo, con esa madurez convencida de sentimientos que le presta su probable renuncia a todo lo que no fuese la mejora y la dignificación de lo que tenía en su *allí* y en su *entonces*. Ana estaba también muy bonita: Se había puesto una falda azul y una blusa negra. Las invité a cenar. El comedor ofrecía una especie de *show*... Recuerdo que una cantante interpretó en ruso la por aquellas fechas popular en España “Una paloma blanca”, con todo su acompañamiento de corte discotequero y tal. Como digo, para ese tipo de dispendios en rublos el sistema de cambio del mercado libre de divisa venía al pelo. Luego nos fuimos al piso de Valentina, que había

mejorado notablemente. Reparé en un magnífico y amplio “chesterfield” de color anaranjado que ocupaba buena parte de la pared del recibidor. Valentina sin lugar a dudas prosperaba. Me tiré a las dos, primero a Valentina, que me volvió a encantar por su dulzura de madraza, su femenino recato y su perenne sonreír. Cuando le llegó el turno a Ana fue como si parte de nuestra celebración se nos hubiera consumido en las expectativas generadas y en la literatura que yo le había dedicado por carta. Cubrimos el expediente de manera satisfactoria y con ello quedó abrochado el botón de mis deseos al ojal de la realidad, quiero decir a la versión óptima de realidad entre todas las posibles. Me regalaron una fotografía en la que aparecen las tres juntas en pose de... ¿remedar?... un conjunto musical [nunca me hablaron de sus aptitudes en dicho campo]: Svetlana, con blusa granate clara y pantalones vaqueros, sosteniendo el micrófono y como cantando; Ana, blusa blanca y falda negra, enarbolando un clarinete y como soplando; Valentina, con un vestido de una pieza con diseño de cebra, y como pulsando un arpa. Las acompaña un colega que sí que parece estar tocando en serio un acordeón-piano. Ninguna fotografía ha sabido compendiar mejor que ésta un tramo tan significativo de mi peregrinaje lírico en la URSS.

Nos trasladan a Leningrado mediante el conocido sistema del madrugón inicuo, ya que el vuelo a la ciudad del Neva dura menos de una hora en cualquier tipo de reactor. Ya sabemos que aquí se va el tiempo penosamente en márgenes innecesarios de... esperas para entrar en el autobús y para bajar del autobús; esperas para entrar en el aeropuerto y para hacer cola para el control de pasaje; para entrar en el autobús que conduce al avión..., para..., y así sucesivamente. El tiempo no cuenta, recordamos, y se trata de tener al personal entretenido. En Leningrado nos hospedamos en el Hotel Moskva (Moscú), en el número 2 de la Plaza Alexander Nevsky, junto a la estación de Metro Ploschad, no lejos del río. La opulencia y empaque de esta ciudad han sido proverbialmente reconocidos por todos y no es cuestión de insistir en tan común lugar. Ahora bien, por aquel entonces, y hablo de agosto 1977, el diario *YA* de Madrid publicó un



sorprendente e interesantísimo artículo de El Marqués de Lozoya [Juan de Contreras y López de Ayala], “Elogio a Rusia” del que, por el relativo desconocimiento que en su momento constaté que el gran público tenía del mismo, destaco ahora algunos fragmentos:

“Católico, monárquico y tradicionalista, a lo largo de una vida ya muy dilatada, por convencimiento y por sentimiento, creo que el comunismo, que niega con una pasión que podríamos llamar ‘misticismo ateo’ toda trascendencia sobrenatural, hace más desventurado el breve paso de los hombres por la tierra. Pero me veo obligado a elogiar dos aspectos de la Rusia soviética, de la que me separa un abismo ideológico y sentimental: el urbanismo y la decencia pública.

He visitado por dos veces la URSS, como simple turista, y he gozado de la libertad con que el extranjero provisto de pasaporte y de dólares puede recorrer plazas, parques y avenidas de las grandes ciudades del que fue imperio de los Romanoff, y que hoy, sin los Romanoff, sigue siendo imperio. Pasé unos días inolvidables en una de las ciudades más bellas de Europa, la que en mi Bachillerato, en la clase de geografía, llamábamos San Petersburgo; la que se llamó Petrogrado luego y se llama hoy Leningrado. Es un conjunto urbanístico maravilloso, con perspectivas de una grandiosidad inigualable: Un París agigantado y una Venecia en la cual los palacios se reflejan en el agua de los canales, con parques bellísimos y bien cuidados. Desde la época de los zares, Rusia ha sufrido la transformación más radical que pueblo alguno haya experimentado. Sin embargo, si uno de los personajes de Tolstoi o de Dostoyevski adquiriese nueva vida, podría pasear por la capital del imperio sin advertir apenas cambio alguno. El palacio que fue del príncipe o del conde sigue intacto, rodeado de su parque, aun cuando ahora está ocupado por una de las oficinas del partido o por una escuela de anormales. Está en su sitio la estatua ecuestre, de Falconet, y si algún día fuese posible la restauración del culto ortodoxo, el patriarca encontraría todo en su lugar en la catedral de San Isaac, convertida en

museo, en cuyos iconos las imágenes del Pantocrátor o de la Theotokos aparecen, sobre sus fondos de oro, en todo su esplendor. En España las hubiesen quemado"...

El trabajo no tiene desperdicio. Tan sólo que yo no me he atrevido a incorporarlo entero en este texto mío, por un ejercicio de discernimiento personal respecto de la proporción de las cosas. En Leningrado, yo, como todos, nos dejamos llevar. Se nos asignó de guía a una mujer excepcional, Nina Bulájova que, según constatará inmediatamente el lector, constituiría una de las más desgarradoras e inequívocas imantaciones con que mi alma se encontrara en lo relativo al eterno femenino soviético.

Nina era una mujer alta, de unos treinta años, de tez clara sin llegar a la palidez, manos alargadas y cuidadísimas, cabello castaño como tirando un punto a albino, gesto como de resignación consciente, de voluntarioso entusiasmo... ¡yo qué sé! Sentí un fortísimo interés por ella a las primeras rondas de nuestras excursiones. Ocioso ni casi siquiera reseñarlo: La visita al museo Hermitage fue la más cualificada de nuestras cumplimentaciones de turistas. El español de Nina era portentosamente rico y correcto. Si asistí a la visita del Museo fue por estar al lado de Nina, con quien formé equipo desde el primer momento. Me ayudó el hecho de que en mi grupo..., así, de un intelectualismo puro, intenso, o al menos recalcitrante, yo podía considerarme el único. Nina se dio cuenta cabal de ello y a mí me dirigía, en clave profunda e iniciática, sus, por otra parte, siempre discretísimas y ponderadas exteriorizaciones de información artística o sociológica o cultural o histórica, en la esperada creencia de que también en mí y desde mí se producirían los asentimientos y las instancias valorativas más en consonancia con la sintonía de su alma. Una egregia, un enorme pedazo de mujer, un dechado compactado de competencia, discreción y feminidad. En el Hermitage yo tuve ocasión de ver por primera vez en mi vida un montón de “picassos” y de otros cubistas... y de otros impresionistas, sobre todo franceses, cosas todas ellas que me importaban más bien

poco, a no ser por el dato escueto y pintoresco de haberme puesto en contacto con cuestiones de mi propia casa (España) o de la casa vecina (Francia), precisamente en Rusia. A petición de alguien de nuestro grupo, Nina nos llevó a una iglesia de rito ortodoxo, en la que pacífica y normalmente estaban celebrando, entrando y saliendo feligreses, aunque la casi absoluta totalidad de la clientela eran viejas...

Ante la expresión en regla de mi deseo de seguir en contacto con ella, Nina accedió a facilitarme la dirección de una amiga suya, Elena, a quien yo podría cursar mi correspondencia. Ya era sabido por todos nosotros que a los empleados directamente por Intourist, so pena de perder su empleo y su status comparativamente selecto, se les desaconsejaba tener relaciones con extranjeros. De vuelta en Moscú contacté con las rusas Angelina y Larissa. Una de aquellas tardes me llevaron a hacer un recorrido en barco por el Moskva: Si mal no recuerdo partimos del muelle Kropotkinskaya bajo el Puente Bolshoi Karmenn, y llegamos hasta el Puente Borodinsky, cerca de la Plaza Smolensky, que conecta con la calle Arbat. Fue una, para mí, original excursión de varios kilómetros cubriendo el mayor y más pronunciado de los meandros que forma el río Moscú en la capital. Nos pusimos en la proa de la embarcación, y el final de la travesía estuvo esmaltada por el cromatismo reverberante de una puesta de sol inédita en el archivo de mis impresiones.

Otra mañana Larissa me condujo al Círculo o Casa de España en Moscú, donde conocí al Secretario de... –no sé la denominación exacta– la Asociación. Se trataba de Jesús, un idealista convencido; mejor, un iluminado lleno de ilusiones, con el que departí intensa y retóricamente, sentado uno enfrente del otro, en una mesa, en uno de cuyos laterales Larissa estuvo escuchando piadosa y pacientemente sin pronunciar palabra. Había cosas que... “no daban el ancho”, como dirían en Granada por lo menos. El hecho de que alguien como Jesús sólo dispusiera de dos pares de zapatos, uno para diario, y otro para ocasiones de más esmerada cortesía, a mí me parecía bien. Yo, anti-consumista por intuición y por deducción, estaba de acuerdo con

cuestiones así. Ahora bien, con lo que no estaba de acuerdo era con que la realidad de no tener ni una sola gota de leche para echar al café se debiera, según Jesús, a carencias naturales de dicho producto en la URSS. No. Ahí disentía yo frontal y categóricamente. No había leche porque en el juego de preferencias y prioridades el Estado soviético absoluto lo había dispuesto así, y sanseacabó. Cuando el proyecto de vida en común que encarna el modelo socialista siente como necesario invertir la mitad del presupuesto en gastos militares “de defensa”..., a mí, plin; ni me parece mal ni me parece bien; lo acepto como se acepta que el agua moje. Lo que no acepto son maximalismos de hechos consumados que pretenden apuntalar a toda una concepción ideológica que, a su vez, quiera justificar los antedichos hechos consumados.

Allí, en la sede de la Asociación, existe una relación [ya no recuerdo si esculpida en piedra, mármol o metal; o escrita en documento protocolario] de los españoles caídos por la causa socialista del pueblo soviético en la Segunda Gran Guerra. Muy emotivo y muy veraz.

La noche anterior a nuestra fecha de regreso a España, Larissa y Angelina vinieron a despedirse de mí al Hotel Rossia, y con tal motivo tuvieron ocasión mis compañeros del grupo de viaje de departir con ellas sobre ese tipo de cuestiones manidas, cuya concepción y respuesta están ya implícitas en la perspectiva previa desde la cual se suscita. Ya dije que ninguno de mis paisanos turistas era ideólogo de profesión, y por tanto resultaba penoso, lacerante, pretender que nadie les explicase por qué en la URSS no existe economía de mercado; por qué a los súbditos ciudadanos les está vedado airear sus críticas en la prensa diaria, etc., etc. ¡¡Por qué, por qué, por qué!! ¡Keine warum!..., como dijo en su momento nuestro profesor de alemán de Passau, Herr Steffens. Una forma de vida, modelo y pauta para media humanidad, tiene sus carriles..., y si no los tuviera cambiaría de nombre y de concepción proyectiva. En el fondo, la mejor captación de ciertas realidades se produce mediante la

metáfora y/o mediante el chiste. El sistema soviético pretendía compensar la ausencia de incentivos y motivaciones personales de cada individuo, con unos reconocimientos vagamente localizados en todos, en la sociedad, en la masa totalitaria, lo cual a alguien como yo le suena a puro cachondeo, a música de esferas. El súbdito administrado soviético tiene que aprender a creer que tiene de todo aquello que tienen entre todos los demás, en razón de no tener nada de lo que correspondería tener privativamente a cada cual. Es el imposible de cuadrar el círculo. Es el imposible de enseñar a un borrico a no comer: En ambos casos se fracasa. En el primero, porque siempre parece que queda un piquito o vértice que no se redondea o que no se cuadrícula del todo y en el segundo porque cuando parece que el burro se ha acostumbrado efectivamente a no comer, comete la insensata impertinencia de morirse, dando al traste con el experimento. Así en la URSS, donde los servicios *individuales* sobresalientes se reflejan en unas listas o paneles con las fotos y los nombres de los así destacados, como ejemplos de ciudadanía. Si se acepta el sistema; si se encuentra uno unimismado con, y engullido por, él, ... el dolor queda amortiguado. Cuando se mantiene la conciencia viva de una disidencia operante, la frustración debe de ser terrorífica. Los millones de inconformistas o ciudadanos no integrados en el rodillo de la uniformidad, supongo que habrán sido huéspedes a la fuerza de los correspondientes “gulags”, y el mundo ha seguido andando. En uno de los *stands* de la Recepción del Hotel Rossia había ejemplares de regalo de folletos de clara propaganda del régimen. El así titulado *URSS: 100 preguntas y respuestas...*, ¡qué casualidad, hombre!, no contiene ni una [pregunta, quiero decir] que, por inútil, sandía e inservible, a mí se me hubiera ocurrido hacer. Cosas de la política profesional. Con todo, yo no había ido por segunda vez a la URSS a enredarme en esos temas de Filosofía del Derecho [que, por cierto, acababa de cursar, disfrutar y superar en mi 5º curso de carrera en Granada] sino a ensanchar el espectro múltiple de mi alma. Y este cometido sí que lo había desempeñado a satisfacción. La cada vez más acuciante memoria de Nina así me lo atestiguaba fielmente.

**Pilar: París (Francia); Brigitte, Robin, Raffi, Silvana: Goethe  
Institut: Berlín (Alemania) Julio -agosto 1978**

Un año salvaje, un año pletórico preñado de realizaciones y de primeras piedras en la construcción de otras realizaciones aquél de 1978. En marzo, mi viaje inicial a Hispano-América del Sur (Argentina, Chile, Bolivia, Perú, etc.) con la arribada plenipotenciaria a Rio de Janeiro como puerta antonomástica de la Iberoamérica, a bordo de un avión Concorde de Air France. En junio, tras la superación un mes y medio antes de mis seis cursillos de doctorado en Derecho, daría yo asimismo por terminada y consolidada una base de datos, una verdadera plataforma de investigación para mi Tesis doctoral. A finales de año, como también veremos en su lugar, mi segundo viaje a Iberoamérica. Y entre medias quedaba el verano. Quería repasar mi alemán y quería conocer Berlín porque después de la breve visita de 1975 lo único que había sacado en limpio era que los *vopos* del Checkpoint Charlie eran unos hijos de puta redomados, lo cual no podía ser representativo de una de las ciudades más sugestivas del mundo. ¿Repasar mi alemán y conocer Berlín? Blanco es; la gallina lo pone... La cosa no podía estar más clara: Curso de verano en el Goethe. Me matriculé en el que se desarrollaba del 3 de julio al 26 de agosto..., y esta vez, nada de coche ni de tonterías: Saqué un billete de ida y vuelta en avión. Las combinaciones para volar a Berlín prácticamente eran ilimitadas, aunque siempre dentro de las restricciones, aún en vigor, de los pasillos aéreos, y de que todo vuelo inmediatamente anterior, si mal no entendí yo entonces el estado de la cuestión, debía originarse desde una ciudad alemana...

Yo, por otra parte, me seguía escribiendo, aunque muy esporádicamente, con Pilar Pérez Lafita, la hija de nuestro amigo “El Campanero” de Biota (Zaragoza), el personaje que por ser amigo de los amigos de mis supuestamente amigos, había conectado con nosotros después de la travesía del Sahara en 1969. Pilar era la hija mayor, más o menos de mi edad, bueno, quizás algún año más joven que yo, y que desde virtualmente su mocedad residía en París junto

con un hermano suyo que había encontrado trabajo y engrosaba el contingente de españoles en los entonces países del MCE. Los últimos tiempos se había empleado como institutriz de los hijos del Primer ministro de Malí, unas verdaderas preciosidades de hermanitos, niño y niña, de pelito rizado, a los que Pilar se había llevado a Biota aquel verano de 1969, cuando los chavales contaban cinco o seis años nada más. El dignatario maliense, según parece, veía en Pilar a una verdadera segunda madre para sus hijos que, huelga decirlo, se educaban por completo a la europea, fuera del paraíso paramarxistoides misérrimo y depauperado en que la República de Malí estaba convertida por aquel entonces. Si en el verano de 1969 yo estaba a punto de hacer 33 años, Pilar tendría cerca de treinta y, bueno, a mí me encandilaba. Era la típica “mujer de su casa”, con ese *saber hacer* profundo de domesticidad. Tenía un talle bonito, como de espiga alabeada en mansa curvatura, suave alongación de su rostro. Aquel verano de 1969, siempre aquel verano de 1969, hice una noche allí en Biota (Zaragoza) en casa de la familia de Pilar, y al día siguiente, al prepararme para salir temprano en marcha, en mi coche, de regreso hacia Alcalá de Henares, y aunque la noche anterior había yo con toda intención informado que me iría de incógnito y que no quería despertar ni perturbar a nadie, recuerdo que Pilar me estaba esperando, envuelta en una especie de blusa larga o bata maniobrera, de esas de andar por casa, fáciles de ceñir y desceñir, y con zapatillas. Se había levantado para preguntarme si quería comer algo y para, en todo caso, asegurarse de que no me faltaba nada. Al despedirnos se abandonó sobre mí, con sus brazos rodeándome el cuello, ladeando su cabeza y acurrucándola sobre mi pecho, bajo mi mentón, para levantar de pronto los labios y ofrecérmelos...

De todo aquello hacía ya nueve años y ahora, en 1978, con motivo de mi viaje a Berlín me había puesto en contacto con ella y habíamos quedado en encontrarnos en el aeropuerto Charles De Gaulle, de París, previamente a mi vuelo para Berlín, con escala técnica en Düsseldorf... Pilar acudió acompañada de sus dos pupilos, el niño y la niña malienses, convertidos en dos jovencitos de 14 y 15

años respectivamente ahora, pero a los que todavía cuidaba con lealtad y competencia, y respecto de los que seguía ejerciendo un menester de preceptora, compañera y madre eficaz. Pilar estaba muy desmejorada. Aquellos nueve años transcurridos habían erosionado su piel, amortiguado su gesto, encogido su textura, abollado su enarcamiento, cargado de opacidad el brillo de su sonrisa. Con todo, fue muy agradable, muy cordial, muy justo volver a encontrarnos... en la que sería por ahora [y estoy escribiendo esto a mediados de 1998] nuestra última vez.

Helga Patzsch no había dejado de vivir en Berlín en todo aquel tiempo; así que, avisada por mí de mi llegada, me estaba esperando en el Flughafen Tegel, y de allí me condujo en coche hasta la sede del Goethe Institut, en la Knesebeckstrasse, en el mismo centro de la ciudad, pegando a la Kurfürstendamm, a doscientos pasos de una estación de Metro. Todo un primor de sitio. Llegué, me presenté, comprobaron mi identidad y me pertrecharon de cuantos papeles me hicieran falta para empezar a funcionar; sobre todo, mi tarjeta de identificación Teilnehmerkarte. La cosa del alojamiento lo había yo intentado orientar y gestionar desde España. Había escrito al Europa-Center, Verkehrsamt Berlín, y en contestación de 21 de abril, aparte de la mención que me hacían sobre procedimientos para alquilar un piso a través de agencias inmobiliarias, me decían: “We also referred a copy of your letter to the Goethe Institut. In case they have rooms available they will contact you in a separate letter”. No conservo mucha más correspondencia sobre el tema. Por aquella época se cumplía ya mi primer año entero de estancia en el Hotel Residencia Casablanca, de Granada, que si bien pendiente de mejoras sustanciales, bueno, ahí estaba, en el centro de Granada, proporcionándome una habitación por 350 pesetas al día y, aunque a nivel de aprobado mínimo, resolviéndome mi problema. En lo que respecta a hoteles, el diseño de Berlín más parecido o más aproximado a lo que yo tenía en Granada lo constituía el Hotel Börse, en Kurfürstendamm, 34, que con sus DM 60 diarios me hubiera salido a cinco veces más, quiero decir un *quinientos por cien* más caro que mi



presupuesto español. Lo cual puede dar al lector una idea de la diferencia de niveles económicos entre uno y otro país. La peseta con ninguna otra divisa extranjera ha depreciado tanto su valor desde los años cincuenta como con el marco alemán; hablo del orden de un 450 %; es decir, que si a finales de los cincuenta, un marco alemán correspondía a 18 pesetas, más o menos, hasta las 85 actuales, en el momento en que esto escribo, abril 1998, eche el lector la cuenta y no haga más comentarios.

Con este panorama decidí con buen criterio acogerme al amparo, en cualquier caso normal y esperado, de los servicios del Goethe. Y no me equivoqué. Después de diversos tanteos y opciones me avine a quedarme en un piso de la Bismark Strasse, propiedad de una tal Ingrid Schultz, que fue inmediatamente informada del curso de acción que había tomado el Instituto. Lo cual, dicho así sin más, no pasa de ser un dato de valor poco o nada resaltable, pero que encierra toda una filosofía, una entera cosmovisión basada en que las cosas funcionen y en que sólo sean eso: Cosas. En España hubiera sido difícilmente imaginable que alguien, sin estar presente además, conviniera en que un gestor en su nombre, por muy Goethe Institut que fuese, entregara las llaves de un piso de su propiedad a una tercera y desconocida persona, yo en el caso que nos ocupa, sin ni siquiera haberle visto la cara, elaborar un inventario, etc. Obraba a mi favor, eso sí, el estar referido al Goethe en calidad de alumno; y en lo personal el hecho de que cuando hablaron conmigo y me expresé, debió de quedarles claro que lo último que yo pretendería era causar molestias, ni destrozos, ni siquiera desgaste palmario por el uso que fuere...

Así que me instalé. Era un piso bajo, al que se accedía a través de un corredor y de una especie como de patio. Algo destartado pero con todos los utensilios y cacharrería propios de un lugar amplio que se supone que va a ser habitado por gente que piensa hacer allí la vida. También había ropa de cama, nevera, artículos de limpieza y droguería. Puesto que yo no cocinaba sino que, como se puede

imaginar el lector, hacía las comidas en la calle entre las horas de clase y en los sitios típicos y numerosos para el estudiantado, por eso, digo, casi la totalidad de aquel utillaje doméstico me era absolutamente innecesario en principio. Lo que sí que celebré tener fue un magnífico aparato de televisión en color, en el que vería no pocos reportajes, noticias y películas. Técnicamente, y en lo que a estudiar se refiere, yo estaba inscrito en la segunda parte del Curso Elemental; o sea, como si se tratara de un repaso de todo el Grundstufe. Nos asignan una profesora joven y sonriente. Se llama Raffi, y es de origen persa, iraní, casada con un alemán; deportiva, jovial, de éstas que se cambian de blusa tres veces al día aunque las tres tengan algo roto; de las que van descalzas a veces; con los dos dientes de delante algo salidos y separadillos de los demás; empedernida fumadora, producto del *stress* que parece que ha sufrido en su vida. A muy poco transcurrir de tiempo se destacaría como una mujer competentísima, generosa, agraciada y recordable en todas sus manifestaciones...

Los compañeros de mi clase eran muy variados, ilustraban un muestrario de amplio espectro: Entre las chicas estaban la australiana Robin Cavendish que vivía en Toronto: finita, extrovertida, de espontáneo altruismo; la italiana Silvana Devetak, de Trieste, y que estudiaba en Udine: típica italiana, preciosa de cara, con un perfil como de vestal, sólo que suavizado; busto de ensueño, de esmaltadísima proporción. Estaba la belga Brigitte Allard, de Chatelinau, rellenita y compacta, de buena estatura, educada, con un formidable encanto personal que emanaba de su... maternal estilo, cercano, pegadizo. Un pedazo de chica. Un primor de mujer. En cuanto a chicos había un italiano, majo, vividor, guapo, que era mi emulación porque, al parecer, además de guardar a su familia en Italia, quiero decir mujer e hijos, en Berlín se hospedaba en un hotel con una amiga norteamericana: gran tipo, paradigma del “latín lover”. Había un negrito, Tamba Koroma, de Sierra Leona, que me dio la dirección de su gente allí y me encareció que no dejara de verles, que me tratarían como a un rey... Estaba un suizo, Edmond Granges, de Nyon,

alto, altísimo, despreocupado, bancario... y que, como él decía, llevaba hablando alemán toda su vida, pero quería aprender a hablarlo con corrección gramatical. Había un libanés que se enorgullecía de su ascendencia fenicia... ¡Ah!, y se me olvidaba, también se incorporó algunos días después de comenzado el curso una chiquilla turca, muy tímida y bonita, supongo que sin poder evitar cierto complejillo de encontrarse entre otras muchas nacionalidades más..., más unánimemente europeas y pudientes. Se llamaba Suleyman Ugurbu, pero recuerdo –y así aparece en mis notas– que ella nos dijo que la llamáramos Meral. Fuera ya de mi clase trabé cierta buena amistad con un argentino judío, Mauricio/Oded Balaban, que años más tarde se instalaría en Israel como profesor de filosofía y a quien visitaría yo en Haifa en 1982.

Mis obligaciones académicas eran llevaderas. Lo hubieran sido en cualquier supuesto, pero por tratarse además de un curso de repaso, que por tener ya aprobado en su momento no era susceptible de ningún otro examen, el desahogo y la carencia de *stress* eran las características más destacadas de mi condición de estudiante. Quería potenciar mis actividades de turista y por ello me apliqué a apuntarme a todo menester que significase contacto con el modo de ser alemán. Lo primero que hicimos todos fue proveernos de una tarjeta o bono mensual para ir en Metro, una Schüler-Monatskarte para la red subterránea o U-Netz. Una verdadera maravilla de puntualidad y limpieza este “Underground” de Berlín. Y además sin, al parecer, aglomeraciones acusadas en horas punta. Era como si todo el tráfico, el de la superficie del exterior y el de bajo tierra, se conformaran a unos principios indestructibles de proporción y de ausencia de factores de sorpresa distorsionante. Como una isla que era, Berlín contenía un número previsto de vehículos que no podía traspasar unas cotas definitivamente máximas. De ahí que el flujo rodado se auto-contuviera, se asumiera en sus justas proporciones, exento de engendrar caos mastodónticos.

Me apunté, como digo, a todas las excursiones que el Goethe organizara. Una de ellas, a visitar el campo de Berlín; o sea, todo lo que no era ciudad; todo lo que no eran calles y tráfico humano, sino prados, fincas, inmensos maridajes de verdor y de agua. Aquella vez que nos acercamos al lago Havel en su parte de Playa de Wannsee, así llamada “El Lido de Berlín”, Robin, mi compañera me sacó unas preciosas fotos en blanco y negro que ella misma amplió y me envió de regalo meses más tarde desde Toronto. La parte de Berlín occidental contiene multitud de granjas y espacios campestres, propios para hacer en ellos excursiones y acampadas; y todo ello es quizás el artículo turístico que más se promociona, quiero decir, como contrapunto a la pesada carga de contenido político y urbano que el nombre de Berlín suele llevar consigo para cualquier forastero. En otra ocasión, acompañados por un profesor de una clase distinta, hicimos un recorrido del Berlín ciudadano, sobre todo respecto de los lugares con alto significado post-bélico. La justa captación de una buena parte de la realidad estriba en considerar que la zona Este de Berlín está, obviamente, controlada en exclusividad por los rusos y por los alemanes de inspiración soviética; que forma equipo, en una palabra, con el bloque soviético de la Europa oriental del Telón de Acero; y que el Berlín Oeste, aunque constituyendo parte del sistema financiero y legal de la Alemania occidental, mantiene, al menos en teoría, representantes de las fuerzas de ocupación de las cuatro potencias..., llamémoslas vencedoras: USA, Gran Bretaña, Francia y la propia URSS. Ahora bien, es público y notorio que la presencia soviética, por simbólica que sea, en el Berlín occidental, pasó de ser “no grata” a ser indiferente. Los propios soldaditos rusos destacados allí sobresalen por sus rasgos eslavos, por sus caras frecuentemente de niños tirando a rubios, con rasgos tártaros de estiramiento ligero en los vértices exteriores de los párpados. Parece como si ellos mismos fueran los primeros conscientes de la poca popularidad que despierta el sistema político de la potencia a la que representan; y en general, según nos decían, procuran pasar desapercibidos, “unnoticed”, si bien

las polainas mitad fuelle, mitad embudo de sus pantalones amarillentos grisáceos les delate.

Como digo, aquel día de excursión a los sitios destacados en el mapa geopolítico de después de la guerra nos condujo, en primer lugar, a la cárcel de Spandau, donde todavía se hallaba recluido el famoso dirigente nacionalsocialista alemán Rudolf Hess. El mito de este nombre y de las circunstancias acompañantes se resisten a cualquier ponderación. Era cuestión de *orden público* por parte de los soviéticos mantenerlo allí hasta su muerte, por más que la peligrosidad potencial de un hombre viejo y fuera por completo de onda, quedara reducida a cero absoluto. Era creencia afincada en toda la ciudadanía alemana que el régimen soviético perseguía tan sólo el sostenimiento ejemplar de un firme criterio, de perpetuar la evidencia de que fueron los alemanes los agresores y los que comenzaron... el follón! Y asumido lo cual, lo demás pasaba a segundo plano. Lo demás, por ejemplo, incluía reconocer que el señor Hess se había convertido en el preso más caro de toda la historia del régimen penitenciario sobre la tierra: Mantenerle a él solo en la prisión de Spandau no sé la pila de millones que costaba, según se nos aseguró. Pero se trataba de un tema ejemplarizante, con valor histórico, acaso irreplicable, y había que mantenerlo. De allí nos fuimos..., no estoy seguro del lugar, que en todo caso resalta su identidad inequívoca porque el turno de guardia o vigilancia que corresponde a la URSS lo protagoniza cada vez un soldadito ruso durante dos horas completas, inmóvil, absolutamente firme, quieto, “bewegunglos” como nos especificó nuestro guía. ¿De qué sitio puede tratarse? Una pena no poder estar seguro. Acaso del Ploetzensee Memorial, en honor de las víctimas que se resistieron a la dictadura de Hitler. Acaso también la Postdamer Platz, punto donde convergen los tres sectores de las potencias occidentales de ocupación.

Por último la excursión incluía una visita al muro, “Die mauer”, secuencia que en mi caso queda perfectamente recogida en una foto que conservo y que alguno de nuestros compañeros hizo de Robin Cavendish, la australiana-canadiense, y yo. No puedo precisar

el punto exacto o sección del Muro. La identificación, sin embargo, puede resultar inconfundible, ya que en aquel momento sobre el cemento armado de la estructura grisácea se podía leer “Freiheit für Nico Hübner Hanste...” [Libertad para...], y aquí termina el cartel-graffito. Desconozco de qué personaje se pudiera tratar. Como todo el mundo sabe, El Muro se convirtió en una de las superficies más vastas del mundo donde quedarán fijadas, hasta el día de su destrucción, pintadas sobre pintadas, expresiones espontáneas, *graffiti* polifacéticos, mensajes pertenecientes a todo el espectro emocional humanamente imaginable, una plataforma experimental para dar salida a reivindicaciones y humores. Pasado el tiempo, mi siempre buena amiga Helga Patzsch me regalaría el precioso libro de Heinz Kuzdas, *Berliner Mauer Kunst: Arte en el Muro de Berlín*. Elefanten Press 1990.

El primer golpe espectacular de mano que se me ocurrió dar a todos mis amigos del Goethe (me refiero a los compañeros más significativos de mi clase, y a algún otro como el argentino Mauricio, además, por supuesto, de Helga Patzsch) fue una comida-merienda-cena que organicé, monté y costeeé exclusivamente a mis expensas en el piso que ocupaba. Aproveché la holgura de espacio de la que podía disponer, cosa del todo imposible si me hubiera acomodado en las cualesquiera otras modalidades de habitación con una familia, hotel, residencia, etc. Decidí marcarme un tanto definitivo y creo que lo conseguí. Lo primero de todo fue colocarme en la plataforma adecuada de valoración de la realidad. Y ello no consistía sino en la evidencia de que los alemanes, en general –y acaso mucho menos los berlineses– no solían permitirse el lujo frecuente de pegarse una hartada de solomillo [carne de primera, quiero decir] por ejemplo. Helga, que como profesora de instituto ganaba un buen sueldo, me había dado pruebas fehacientes de todo aquello que para mí constituía el reto que me disponía a superar, a saber: que los ciudadanos de a pie, más o menos como nosotros, como ella, hacía ese tipo de celebraciones en un restaurante una o dos veces al año, todo lo más; que lo normal era la comida italiana, el *Wienerschnitzel*, las ensaladas,

etc., pero con moderación y contando los marcos uno a uno. Todo se había confabulado para que yo me encontrara directa, irresistiblemente motivado, urgido a hacer una demostración... eso, espectacular, después de la cual los valores, las personalidades y las referencias quedarán fijadas en sus justas cotas. Así que me apliqué a ello. Pregunté, indagué y dí con la carnicería que más garantía me ofrecía, por cierto cerca de la Bismark Strasse. Llegado el día de la celebración –que fue un sábado– recuerdo que el carnicero, ya avisado y prevenido, me vendió en filetes ya cortados la partida de trozos de carne más costosa y significativa que el hombre me pareció que había vendido a un solo cliente en mucho tiempo. Debió de ser el equivalente a unos cinco kilos, una verdadera pequeña fortuna que mi abundancia –¡todavía!– de dólares canadienses se encargó de neutralizar. Fiel a mis deseos de simplicidad, al menos en algunos asuntos, la comida iba a consistir en ensalada variada, carne, vino y postres. Me ayudaron Robin, la australiana, y Brigitte, la belga; también la italiana Silvana y, por supuesto, Helga, la cual me dijo no haber visto en su vida tanta cantidad de carne junta para comer. Compré seis u ocho botellas de vino Chianti, calculando un mínimo de media botella por persona, que resultaría en casi una entera para los bebedores, compensada por el vasito que nos despacháramos los no-bebedores. No recuerdo el número de comensales, pero a tenor del vino y de los filetes, calculado para que tocáramos a cerca de medio kilo de carne, antes de servida en el plato, por persona, puedo inferir que nos reuniésemos unos 11 ó 12. Preparé los filetes a mi estilo: “broil”, o sea, fuego por abajo y por arriba; unte de aceite y sal a lo largo de las estriás hechas por ambos lados, y recogida del jugo resultante en las bandejas de papel de aluminio al efecto. No me extenderé más: Un descomunal éxito, una clamorosa y definitiva demostración que me granjeó el todavía más cordial respeto que se me profesaba; un alarde que si en cualquier otro individuo hubiese parecido desproporcionado, en mí encajó a la perfección, porque únicamente de mí, en mí, –fíjese bien en esto el lector– únicamente de mí podrían todas aquellas criaturas esperarse semejante pródiga

rumbosidad. Les vi comerse hasta los dedos. En todos sus corazones, en el “Who’s who” de sus conciencias constaté que me habían reservado una entrada selecta, una distinguida señalización. Por cierto que la bella y madraza Brigitte se pasó al día siguiente, domingo, por resorte espontáneo de su voluntad..., se pasó por mi piso para ayudarme a terminar de recoger cosas y limpiar el paisaje. Creo que ella, entonces, esperaba que yo le hubiera dicho algo, como que me quería casar con ella..., como que... me parecía la compañera ideal. Pero no le dije nada. Espero que así me haya recordado siempre, con esperanzada y positiva armonía.

Los restaurantes que normalmente frecuentábamos el estudiantado eran del tipo “pizzeria” con precios asequibles ya que de otra forma la clientela hubiera desplazado su patrocinio a otros lugares. Había una, quiero recordar de nombre “Amico” en la Savignyplatz, que recibía nuestra aprobación mayoritaria. Estaba también la “Mensa” o comedor de la Technische Universität: Desde la sede del Goethe, siempre siguiendo la Knesebeckstrasse, y en la Savignyplatz se cogía la Carmerstrasse hasta la Hardenbergstrasse, y allí mismo enfrente, el comedor. Los nombres de las calles de aquel vasto entorno correspondían a personajes notorios en el campo de las Humanidades, de la Filosofía y de la Historia, en general: Bismark, Goethe, Uhland, Savigny, Kant, Schiller, Leibnitz, etc. Era como pisar sobre el patrimonio cultural más incuestionable del germanismo; como ponerse en contacto, irrigarse desde la raíz con todos aquellos colosos.

Un día, digamos, al cabo de una semana de estancia, reparo en que sobre uno de los tabloncillos de anuncios estaba fijado un “Sport und Spiele im Freizeit und Erholungs Programm”, o sea, toda una oferta de actividades deportivas que tenía lugar a pleno rendimiento desde el 1 de mayo hasta el 30 de septiembre. Indagué con más cuidado y, en efecto, existía un programa de atletismo ligero que una vez puesto en práctica le permitía a uno ejercitar unas pruebas y obtener el oportuno refrendo o certificado de su forma física. Y todo ello..., a la alemana;



quiero decir, con orden, con concierto, con seriedad, con la responsabilidad asumida; con sitios concretos y diversos donde se podía dejar la ropa con toda garantía, lavarse y volverse a vestir. No es el lugar ahora de entrar en especificaciones ni nomenclaturas de las actividades deportivas en las que tomé parte. Puedo decir que en todo aquello en lo que no se necesitase un equipo especial, sino un par de zapatillas de atletismo, un soporte o braguero interior y un pantalón corto. Y eso lo tenía porque me lo había llevado de España, con toda intención; así como un traje de baño. Algún que otro fin de semana nos íbamos a correr por sectores de la Grunewald, dirigidos y conducidos por un Instructor, conforme a edades, aptitudes y ganas de correr en el día concreto de que se tratara. Aquello estaba realmente bien. Comenzaba la sesión de, digamos, una hora de carrera: Según se fuera viendo, en tal o cual momento más o menos posterior cada uno podía seguir en el grupo originalmente asignado desde un principio, o pasar con los más avanzados y más rápidos; o simplemente abandonar si así se lo pedía el cuerpo. Otras veces un instructor especializado nos dirigía las sesiones de ejercicios en un Gimnasio en toda regla: Flexiones, tensiones, fuerza o colgamientos de las barras horizontales. En ocasiones era en algún Estadio atlético donde desarrollábamos nuestros desfogues. Yo, con casi 42 años todavía desplegaba unas facultades razonablemente boyantes que me permitían materializar esfuerzos, si no extenuadores, sí significativos, sin por ello plantearme problemas de lesiones o de rechazo de la actividad deportiva que fuese, por incompatibilidad motriz o funcional. Llegara hasta donde llegara, me encontraba dispuesto a coger el peso y a tratar de lanzarlo; a nadar lo que hiciese falta con mi estilo que no llegué nunca a depurar; o a hacerme las “laps” o vueltas de 400 metros de la pista que fueren necesarias para dejar sentada mi versatilidad y la amplitud de mi espectro. A todo esto, y como incentivo, la autoridad competente de la República Federal de Alemania, ya dije, emitía a través de sus oportunos órganos unos certificados con los registros obtenidos por el interesado en el grupo de pruebas que más se afectaran a sus habilidades. Yo superé tres de los cinco grupos con suma facilidad:

Normalmente se combinaban los ejercicios o pruebas de fuerza con las demostraciones de velocidad, a elegir. En cosas de carrera, quiero decir, de tiempos logrados por rodar en pista, no tuve yo nunca problema alguno. Dentro de la franja de edades en que se acoplaban las distintas prestaciones a mí me sobraba suficiencia, en el sentido de haber podido alojar mis marcas en la banda de atletas alojados dos franjas de edad por debajo de la mía. Sin embargo, en la prueba de los 100 metros de natación me faltaba un poquito, como asimismo me faltaba otro poquito, sólo medio metro, para los siete y pico u ocho que se exigían en el lanzamiento del peso... “Macht hat er...” (“Tiene fuerza”), dijo un entendido, que también debió de observar que yo carecía de los más mínimos resortes de técnica...

Un día caímos juntos en el Estadio el suizo Edmond Granges y yo. Él, que venía un poco por libre, sentía yo como si mirase todo eso del atletismo como un juego superficial, como algo a lo que él, así sin más, pudiera acceder después de levantarse de la mesa y con nada más que ponerse a ello. No se me olvidará en tanto viva de tan ilustradora como encontré aquella lección. Ocurrió que una de las instructoras [que también las había mujeres] sugirió comenzar una tanda de 400 metros para todos aquellos que quisieran probar aptitudes en la distancia. Parece que le estoy viendo: Miró así, como extrañándose de que alguien pudiera prepararse para algo tan ridículo como correr 400 metros. Se quedó en pantalón de deporte, se puso en la línea de salida y arrancó con otros muchachos de su edad. Edmond medía sobre 1'90 metros, así que los primeros cien metros le vimos todos cubrirlos con un impresionante sprint, impulsado por el generoso arco que sus larguísimas piernas le permitían... Pero... ¡qué veo! A eso de los 200 metros el bueno de Edmond afloja, empieza a hacer unas contorsiones, unos tembleteos como de desmadejamiento... y se deja caer en la pista. La pájara que sufrió fue de órdago. Hubo que darle oxígeno y vigilar su recuperación, de lo malísimo que se nos puso el grandullón. Era un buen muchacho y nadie se lo tomó a mal, pero aquella lección suponemos muchos que le duraría. Aunque el alemán era la lengua que, supletoriamente y también, se hablaba en la parte de Suiza donde

vivía, él con toda naturalidad nos decía que no era capaz de articular una frase sin perpetrar faltas garrafales... Por eso estaba en el Goethe. Por toda explicación para su accidente, Edmond no dejaba de dar la misma versión... “Que había empezado muy fuerte, pero que al llegar a los 200 metros...” ... “Ich konnte nicht *accelerieren*”..., verbo éste último absolutamente macarrónico e inexistente, aunque inteligiblemente descriptivo. Pues ya ve el lector en lo que se puede transformar el juego de correrse indiscriminadamente los 400 metros lisos.

También había veces en que hacíamos deporte ligero en grupo. O sea, que nos juntábamos familias enteras con gente suelta como yo, y allí el cómputo de edades recorría prácticamente todo el espectro. Un señor de 72 años, bien lo recuerdo, participaba en todas las variantes de los ejercicios, excepto en la pirueta –mitad fuerza, mitad velocidad– de saltar “a pídola” por encima de las costillas y, bueno..., del torso completo de alguien agachado hacia adelante. Otro día coincidimos algunos amigos de nuestro habitual instructor, y yo, en un pequeño Estadio, distinto del utilizado en anteriores ocasiones: Tan variada y tan versátil era la capacidad de Berlín en dichos menesteres. No sé exactamente por qué razón Brigitte, la belga, y una amiga suya se encontraban allí. Me parece presuntuoso inferir que fuera porque yo había ido y ellas me habían acompañado. El caso es que mis compañeros, diez años más jóvenes que yo por lo menos, y todos ellos un dechado de deportividad, iniciaron entre ellos una especie como de tanda de *sprints* diagonales, y sin darme tiempo a reflexionar me vi envuelto en tan espontáneo como no buscado reto. La cosa fue tomando características de competición, y en algunas de las mangas, al culminar el sprint oía yo que Brigitte me enardecía con la típica exclamación: “¡Come on, Thomas!” Porque Brigitte y yo nos expresábamos tanto en inglés, como en francés, como en alemán. Fabulosa y conmovedora criatura, amiga de sus admiradores, madraza para con sus amigos. Yo, qué duda cabe, me encontraba fuerte y así, además, debía de parecerlo. Una tarde mientras esperaba el autobús para ir a uno de los lugares de deporte, una señora mayor que hacía la

misma ruta, al subir y hablar con el conductor alguna cosa sobre los horarios, al referirse a mí como testigo de lo que fuese, me dedicó el improvisado y sin par piropo de llamarme “Dieser Junge... Este joven”.

Mi vida social en Berlín era inexistente, arrollado como estaba por las clases y por la propia dinámica de las actividades deportivas y para-curriculares que el Goethe Institut se encargaba de patrocinar y administrar. El elemento femenino encarnado en mis compañeras no podía prosperar. Me llevaba muy bien como se ha visto, con Brigitte, la belga; y con Robin, la australiana-canadiense que, por cierto, se había alquilado un coche para toda la duración del curso, y más de una vez me acercó graciosa y espontáneamente a casa. Ella fue también, ahora lo recuerdo, quien me hizo las fotos que luego desde Toronto me mandaría ampliadas. También recuerdo que Robin me felicitó elocuentemente por el éxito de la invitación a la célebre comida en mi piso. Robin valoró altísimamente mi proceder y se sorprendió de que me hubiera embarcado “tan pronto” [o sea, con sólo unas semanas de rodaje de curso y de ambientación, es lo que quería decir] en una invitación tan costosa y tan completa. Alguna que otra vez, por libre, me dejaba caer por algún establecimiento, pub, restaurante o cafetería, fuera de los circuitos normales del estudiantado del Goethe. Lo hacía con el propósito de captar por la vía directa aspectos y segmentos de la vida alemana de Berlín, más allá de los esquemas propiamente turísticos o estudiantiles. Una de las facetas que más resaltaban en aquella época era la afluencia de negros, negros africanos, de esos altísimos y oscurísimos, como la badana, no podría aventurar su procedencia, pero negrísimo, troncos de dátil brunos, vestidos con sus camisones blancos, o azules, a veces verdes, acompañados de chicas rubias, normalmente atractivas. Ahí radicaba una de las características por las que yo otorgaba mi pleitesía y mi respeto a estos alemanes: Su capacidad para ensayar módulos convivenciales que, a buen seguro, a otros muchos occidentales hubieran parecido desencajados, sacados de contexto...

Yo tenía mi propia explicación: Estos germánicos de la postguerra, viviendo en un Berlín vigilado, tenían un prurito como de mostrar al mundo la práctica inagotabilidad de sus resortes sociológicos. Dejaban a sus espaldas el nazismo con toda su carga de genocidios y de exclusiones étnicas, y ahora, así, como para demostrar que ellos eran demócratas y tan anti-xenófobos como los que más, se despachaban ellos mismos a su propia costa estas dosis de confraternización que, de momento y por ejemplo, en los USA, responsables directos de la derrota del nazismo, hubieran causado horror. Admirable gente, investidos de una capacidad ingente tanto de ejercer el liderazgo como de auto-aplicarse medidas de extrema ascesis.

Pero por mucha sublimación y muchas actividades de señuelo, de distracción pura y dura que yo quisiera imponer a mi vida, al iniciar el último tercio de mi estancia se me hizo patente la necesidad de expansionarme: "¡Semen retentum, venenum est!", reza el aforismo, y no es cuestión aquí de poner en tela de juicio tan inveterado y tan clásico principio; ni mucho menos se me ocurrió semejante cosa allí en Berlín. Ahora bien, cuando uno se halla en ambientes tales, procurarse información sobre ciertas cuestiones no es muy asequible, porque el círculo de las posibles fuentes se halla absolutamente desplazado de los focos de asistencia, de conversación en que uno estaba inmerso. Con todo, sin recordar ahora muy bien *los cómo*s, sé que pregunté a alguien, probablemente, casi con toda seguridad, a un taxista. Una lástima, una verdadera pena no poder ahora ni siquiera conjeturar el nombre de la calle, aun del distrito, de la zona roja, tan total fue mi carencia de cualquier anotación o dato concreto sobre el tema. Recuerdo que no estaba lejos de donde yo vivía y de donde yo tomaba el Metro ó U-Bahn, en Bismark Strasse, sólo seis o siete estaciones acaso hacia el sur, y hasta en un raptó de irresponsable gratuidad por el que, en caso de error, pido desde aquí y desde ahora disculpas..., acaso en el distrito de Friedenau, mejor dicho entre éste y el de Steglitz, tal vez... no, no sé si debo, tal vez por la calle Feuerbach..., como si se bajara un poco de altitud, pasada una estación

en que las vías del tren S-Bahn cruzaban por allí. Fuese lo que fuese, el caso es que después de los titubeos del primer día [Gibt es Huren here? Bordell?, creo que le pregunté a un joven] me orienté perfectamente y no tuve problemas. Las tías estaban en la calle, a la puerta de algunas casas, o bien dentro de una especie de portales o zaguanes, sentadas, charlando o simplemente esperando. Los precios eran competitivos, siempre teniendo en cuenta la debilidad de nuestra moneda respecto de cualquier cosa que hubiera que pagar en marcos. Creo que estuve tres veces, repitiendo una de las chavalas. Estaban buenas, en general, y ofrecían un trato algo más “amistoso” que las de Constanza, único referente del que yo disponía durante mis días de Goethe. La chavala con la que estuve dos veces se dejaba besar, acariciar sin restricciones, y no exteriorizaba, ni siquiera de lejos, ningún signo de impaciencia o descompostura mercenaria que suele ser lo que agria este tipo de expansiones. Quiero recordar que se llamaba Inge.

El curso iba cobrándose fechas, dejándose empujar hacia su consecución. Todo mi espíritu estaba lleno de incumbencia. Me hallaba en Berlín repasando mi alemán, al tiempo que en España me esperaba la continuada zambullida en la investigación jurídica de mi Tesis doctoral, a la que tan magníficos cimientos había yo colocado en aquellos casi dos meses previos al verano y a mi regreso de Granada a Alcalá de Henares. Por si fuera poco, mi alma había comenzado a compaginar vivencias emocionales, intensas e inequívocas respecto de la chilena santiaguina Lucía [hermana de mi buen amigo Eduardo Martín Letelier; aventura espiritual que está recogida en su encofrado cronológico correspondiente]. Lo de mi alemán me lo tomaba con toda la seriedad posible, pero siempre con el alivio de saber que, por benignos que fueran los exámenes, no tenía esta vez que enfrentarme a ellos. Berlín y “lo alemán” desplegaban ante mi conciencia esa serie siempre variada de realidades que aun asumiendo las más agudas oscilaciones nunca dejaban de llevar consigo un poso perceptible de excelencia. La T.V. era una preciosidad, de imagen y de programas. En ninguno de los canales obtenibles desde Berlín podía uno verse

sorprendido por ese tipo de productos chabacanos, vulgo “reality show” que tanto abundan ahora en España. Las películas mostradas solían ser de calidad estimable, argumentadas, con historia. Yo disfrutaba especialmente con las “Noticias / Nachrichten” ya que la fórmula de discurso que los locutores empleaban, emanado sobre el fondo de la realidad que fuere, contenía los componentes de dificultad más adecuados para que yo midiera mis fuerzas intelectivas. Las palabras, los giros volvían a sonarme, aunque ni por un momento dejé yo de perder de vista los principios incuestionables en esto del manejo de una lengua, a saber: Que todo lo que no sea emplear la palabra o giro aprendido, con alguien de la calle, a lo vivo, y medir el impacto; todo lo que no sea someterlo a la prueba de la comunicación directa y espontánea, ... es producto enlatado, inservible, no apto para el consumo.

Berlín en este caso concreto se me aparecía a mí como una avanzadilla del nuevo espíritu alemán, como deseando a toda costa reclamar la atención de propios y extraños, sobre todo extraños, extranjeros, visitantes, forasteros, turistas..., mediante la exhibición y la explicitación de recursos propios, de iniciativas propias, por tratarse de una Ciudad-Estado y por si fuera poco, dividida en dos concepciones desiguales y, durante muchos años todavía por venir, irreconciliables. Uno de los detalles que a mí, como español, más me impresionó, más me puso en la pista de lo que los pueblos pueden hacer cuando una minoría de líderes, conductores o dirigentes se lo propone..., uno de los motivos que más me dio que pensar sobre lo que podría ser en un futuro muy próximo el proceso convivencial entre ciertas comunidades dentro de un mismo Estado, fue ver una enorme profusión de carteles con las cuatro provincias de Cataluña, en las paredes del Metro sobre todo. Así que –pensé yo– no ha hecho más que descapullar el así llamado Estado de las Autonomías, y ya tenemos a Cataluña haciendo patria, anunciándose “por libre”, concertando quién sabe qué acuerdos y pactos de tú a tú con la República Federal Alemana, con la Ciudad-Estado de Berlín y con quien hiciere falta. Eso es uno de los resultados de salir fuera: Que se

adquiere perspectiva que a uno le sirve para la mejor valoración de las cosas de casa. No habían pasado aún tres años del deceso de nuestro gran autócrata y ya los catalanes vendían en el extranjero, por todo Berlín por lo menos, su imagen de Comunidad autonómicamente consolidada.

Un día íbamos camino del sitio para comer un grupo de nosotros, del Goethe, y nos llamó doblemente la atención el hecho de que para advertir sobre la existencia de un hoyito en la acera, quiero decir de un pequeño descalabro o bache, del tamaño de un ladrillo, en el pavimento, las autoridades de mantenimiento a quienes correspondiere habían montado una señalización completísima, a base de una cerca o vallado de material reflectante, triángulo de circulación significando “Peligro / Achtung”, banderitas de color rojo y varias luces en constante parpadeo. Y todo por un insignificante desconchón o rotura de la acera. ¡Igualito que en España! –pensé yo.

Al entonces decano de nuestra facultad de Filosofía y Letras en Granada, Angel Sáenz Badillos, le llevé a cabo el señaladísimo servicio de que la Biblioteca del Seminar für Judaistik de la Freie Universität Berlín le fotocopiara el volumen entero de *Jubelschrift Zum Neunzigsten Geburtstag des Dr. L. Zung* (Berlín 1884). Ángel, hombre correcto y competente, catedrático de Filología hebrea, se enteró de que yo andaba por Berlín entonces y me hizo llegar su ruego que, por mi parte, cumplimenté con todo gusto, adelantándole yo, por si fuera poco, el dinero de mi bolsillo.

Encontrándose en Berlín occidental, el mejor turismo que un europeo puede hacer es pasar al Berlín oriental. Sin problemas. Se tomaba el tren subterráneo, Metro propiamente dicho o U-Bahn; o el tren de superficie S-Bahn y ambos le dejaban a uno ya al otro lado de la demarcación. Yo, las dos o tres veces que fui lo hice en Metro pues para eso disponía de mi tarjeta-bono. Se pasaba por debajo de la Puerta de Brandeburgo y en mi caso me regodeaba de esquivar lo que por vía de superficie tres años atrás me había causado tanta penosa molestia en el Checkpoint Charlie, viajando en coche. Las autoridades



orientales le imponían al turista cambiar DM. 7 buenos por marcos orientales que había que consumir o regalar necesariamente en dicha parte de Berlín ya que, al menos en teoría, no se permitía sacar ningún dinero oriental del Berlín... oriental; y además dicho dinero no servía para nada en ninguna otra parte. Yo había reparado en que la celeberrima avenida Unter den Linden, “Bajo los tilos” era continuación natural de la Bismark Strasse, donde yo me alojaba, y quise comprobar a lo vivo la grandiosidad y el empaque de aquellas arterias, a lo largo de las que, según yo entendía, el señor Hitler organizaba sus masivos y enardecientes desfiles. La ya citada en alguna otra parte de mis escritos Alexander Platz, era como la Puerta del Sol de Madrid, un sitio de cita inequívoco, un destino centralizado y como obligado para todo aquel que deseara llegar al corazón de la parte este de la capital. Hasta allí me fui yo andando, paseando, una vez, desde el control de llegada en Metro. Como digo, era continuar la Bismark Strasse. Medio millón de tíos desfilando por allí, bien armados, bien vestidos, bien acompañados por un despliegue tremolante de banderas, pendones, etc., y bien calentados por las vociferaciones energúmicas, mesiánicas, visionarias y trontronantes de don Adolfo... debía de ser, tenía que ser todo un espectáculo. Yo, conforme recorría el trayecto hasta la Alexander Platz me iba conjeturando en imágenes orales el desarrollo de aquellos “shows” que el autor de *Mein Kampf* solía montar. Sí, algo muy serio tenía que ser todo aquello.

Por otra parte, no es que en el Berlín occidental hubiera sentido yo en momento alguno inseguridad ciudadana o zozobra por falta de protección personal, pero en el Berlín oriental podía yo respirar la más absoluta de las certezas de que se podía pasear a cualquier hora y por cualquier parte sin que uno percibiese el más mínimo indicio de perturbación. Lo mismo que en Moscú donde yo había estado ya dos veces. Y también como en la URSS, llegado a la Alexander Platz pude comprobar que las cosas tenían otro registro, otra dinámica más apagada, más resignada. Me sentaba yo por allí, junto a jóvenes que charlaban. Sus ropas, mucho menos estridentes, mucho más uniformes

y conformadas que las de sus hermanos del oeste. Con los DM 7 cambiados solía entrar a cenar a alguno de aquellos restaurantes deslustrados, mugrientos, atendidos por camareros con la vestimenta desgastada y raída. Pudo ser el mismo de 1975, pudo ser otro, ahora no conservo el dato preciso, pero supongo que cortado por el mismo patrón. Todo, autopistas, edificios..., carecía de refinamientos y de medios para su conservación. En sistemas así sólo se tienen recursos para armamentos y para lavar el cerebro de los que vivan dentro de las fronteras. Es una pena tener que decirlo pero es así.

En uno de aquellos ratos, de paseo por la Alexander Platz, mirando a un sitio y a otro, midiendo claves de convivencia, apuntando registros a tenor de la indumentaria de la gente que se sentaban por allí, en uno de esos ratos acerté a conversar con dos muchachos jóvenes, despejados y bien parecidos, el uno moreno, rubio el otro..., que encontraban extraño que alguien quisiera venir del Berlín Oeste al Este. Charlamos, yo siempre en la percepción de que aquellos ciudadanos estaban como esperando continuamente noticias, dádivas, esperanzas, lo que fuera... de quienquiera pudiese venir del Oeste. Se ofrecieron a acompañarme en mi viaje de regreso al Berlín occidental hasta donde a ellos se les permitía, la última estación de Metro..., y al percatarme yo de que se habían subido al vagón sin más, así sin más, les pregunté que si no tenían billete, ni tarjeta. Me miraron entre incrédulos y resignados... y me vinieron a decir que, para qué, que, bueno, que sí, que se suponía que todo viajero debería ir provisto de su correspondiente título de transporte, pero que allí... no pasaba nada, que aunque la inspección les pillase, que no pasaba nada. Fue una portentosa lección la que me dio aquella actitud, que no era sino la consagración de que en ciertas economías, bajo ciertos modelos de convivencias, sólo importan unos cuantos, pocos, macro-conceptos centralistas, y lo demás es desestimable, insignificante. Viajaban conmigo, me acompañaban por el puro placer de hablar con un extranjero, de recibir *noticias de fuera*. [Años más tarde podría yo constatar lo que entonces me parecía imposible: La incorporación y absorción de los casi veinte millones de alemanes orientales al cuerpo

de la República Federal, una de las mayores gestas, en mi opinión, de todo el siglo XX; uno de los fenómenos socio-económicos de mayor relevancia de todo el siglo XX ..., de toda la Historia contemporánea]

Las cosas iban conformándose hacia su fin. Yo estaba más atento ya a lo que me esperaba en España que a lo que tenía entre manos en Berlín. Sin embargo no quise desaprovechar la oportunidad portentosa que me brindaba una ciudad que se esforzaba por aperturizarse, por testimoniar su fe de vida en cualesquiera foros, siendo a su vez, como era, Estado, ciudad, colonia, autonomía..., todo en uno. Alrededor de diez días antes de acabar el curso comencé a echar cuentas ajustadas y saqué la conclusión de que llegar el 25 de agosto a casa, en plenas Ferias de San Bartolomé, no me hacía gracia en absoluto. Podía disponer de una semana más, justo para agotar el mes de agosto y llegar a España a primeros de septiembre. Indagué y para sorpresa y agrado míos me informaron de que desde Berlín podía uno obtener con toda facilidad el visado correspondiente para viajar a la URSS, que era el plan que yo me había trazado. Me aseguraron la existencia de una Misión Diplomática soviética en la calle Reichensteinen Weg 34-36, Grunewald, donde en efecto me confirmaron que se expedían visados con el mínimo de molestias. Así lo hice, al tiempo que las líneas Lufthansa también me arreglaron mi billete en el sentido de añadirle el valor calculado y equivalente al tramo Moscú-Berlín, ya que decidí hacer el viaje de ida en tren. Aquella triple gestión de obtener un visado para la URSS; sacar mi correspondiente billete de tren de Berlín a Moscú; y suplementar mi tarifa aérea de regreso a España lo conseguí mediante un proceso concentrado y fácil de gestión, todo allí, prácticamente dispuesto en un radio pequeño desde donde yo me encontraba. Dispondría así de una vacación añadida de una semana, con mi alemán reciente, lengua subsidiaria del ruso en la mayor parte de los hoteles y de los organismos oficiales en Moscú. En la viñeta apropiada y en la latitud que sea de mis *Mujeres, lugares, fechas...* se da cuenta proporcionada de este viaje que sería mi tercero a la URSS, y esta vez viajando asimismo solo, y únicamente a Moscú, como la vez primera en 1976.

Nuestra profesora Raffi nos organizó una fiesta en su piso a toda la clase, unos veinte en total. Su marido era un alemán, también de ascendencia asiática, modelo de corrección y simpatía. Ocupaban una espaciosa vivienda en la que se nos dejó ir y venir a nuestro antojo, con la sola restricción para los hombres de no estorbar mucho en la cocina. Recuerdo la risotada que soltó Oded (Mauricio) Balaban al contarle yo el chiste del loco que cortaba los huevos a todo aquel que tuviera más de dos, pero que lo malo del asunto era que primero los cortaba y después los contaba. La carcajada de nosotros dos fue estentórea y sostenida, y Raffi entendió que se hallaba ante un exceso de epifanía expresiva por parte de dos hispanos. Raffi –igual que nos dijera Herr Steffens, nuestro instructor de Passau– empleaba ese solo nombre, convención universalmente aceptada al parecer por los alemanes. En un momento, y un poco por guardar las formas, me acerqué al señor de la casa, el marido de Raffi, y le pregunté que si... bueno, supongo que algo que tuviera que ver con la elección de música, con la elección de bebida o comida, con la elección de sentarme en uno u otro sitio..., y el hombre, afable, abriéndome los ojos, la sonrisa y los brazos me contestó: “Tun Sie was Sie möchten!” [“Haga Vd. lo que le plazca]. Una preciosa velada en la que nadamos en bebida y encallamos en comida, de tanta como había, algunas cosillas llevadas por nosotros. Raffi disponía de una nevera enorme que la habíamos atiborrado de género y a la que menudeábamos los viajes, el abrir y cerrar de su puerta. Raffi era una gran mujer: Excelente profesora, llena de paciencia y de sentido de la proporción, interesada por el mundo de los demás, al que se acercaba con deportividad generosa. Su puesto en el título de esta viñeta pretende salvaguardar el dintorno de su memoria. Que así sea.

Pocas cosas quedaban ya por reseñar. Dentro de los cuatro o cinco últimos días de estancia, una tarde de aquéllas se abre la puerta de mi piso y aparece una chica, de unos 25 años, ni guapa ni fea, follable nada más. Ante mi cara de asombro, me dice que es turca, que está terminando el Mittel Stufe o Grado Medio en el Goethe, y que la

dueña del piso la ha indicado acomodarse allí. Pasado el primer tramo de sorpresa incruenta, percibo que la chica ha debido de estar allí más de una vez, porque se siente familiar con las cosas y las habitaciones. Pasa a alojarse en el cuarto más distante del ocupado por mí, dejando sobreentendido que la sala de T.V. y demás servicios son para compartir. Aquél fue un detalle más de la dinámica práctica que los alemanes imprimían a sus módulos de convivencia: Nada de trajines, nada de protocolos ni de anuncios. Se trataba de que yo estaba a punto de marcharme; se trataba de que aquel piso disponía de espacio para cuatro personas por lo menos..., y que la dueña había decidido dejar instalarse a la chica turca que excepto en lo de encontrarnos una o dos veces por el pasillo, no coincidimos nunca. Ella tenía su llave; yo tenía la mía. Antes de salir de Berlín yo debía dejarla depositada con el personal del Goethe, y todo arreglado. Un modelo de operatividad.

En Berlín sabido es que viven más de 300.000 turcos, siendo ésta la comunidad de extranjeros más numerosa, con mucho, en Alemania. Ocioso decir que entre tantos hay lugar para encontrarse con un espectro completo de valoraciones. La niña Meral, la compañera de nuestra clase, era un verdadero primor: Educada, bonita, comedida. Un día hasta nos invitó a su casa a Robin, a Silvana, a Brigitte y a mí, como si estuviese al tanto de quienes habían sido mis novias imaginarias y posibles. Vivía en Reinickendorffer Str. 8. Vorhaus. 2 Stock, y a la chica le hacía una enorme ilusión que cuatro compañeros provenientes de países significados, tanto del Viejo como del Nuevo mundo, del bloque anglosajón y de la cuenca Mediterránea, echaran un vistazo al grado de confort e integración que su familia había logrado en Berlín. Ocupaban un piso bajo, una especie de ante-vivienda y en términos comparativos no estaba mal. Nos invitó a degustar té y pastas hecho todo a la manera turca, y estoy seguro de que la chica sintió su status afianzado.

Un detalle garrafal vino a enturbiar el estado de armisticio que mi conciencia sostenía con la comunidad turca. El cuarto de baño de nuestro piso estaba en el centro de la vivienda, y mi dormitorio se

hallaba entre la puerta principal a la calle y dicho cuarto de baño. Una noche creí oír que alguien se había levantado..., mas como no sonó la cisterna, que hacía un ruido recio de manguera a presión, me decidí por pensar que tal vez había sido una percepción falsa. Al poco tiempo, una o dos horas después, fui yo quien me levanté con el fin de echar la chorrada de rigor, y cuál no sería mi fastidioso estupor al encontrarme todo el fondo de la taza del inodoro, como una fuente sopera ovalada, rebosando con una defecación inmensa e imperturbada..., una verdadera plasta, más propia del resultado de la evacuación de tres o cuatro personas que de una joven, por robusta y maciza que estuviese y fuese. Al coincidir ese mismo día, ya más tarde, me dirigí a la turca con voz amenazante y la hice saber [¡qué pena no recordar los recursos de alemán de que yo me sirviera para dar a mi comunicación la claridad, el tono y la vehemencia suficientes!] que era una cerda..., y que me había encontrado la noche pasada con el producto de la movida de sus intestinos en el cuarto de baño, y que no se había dignado tirar de la cadena. La turca se asustó ante mi expresión indignada e iracunda..., y lo único que se atrevió a decirme –bien lo recuerdo– era que, bueno, que había sido “nur einmal”, “sólo una vez”. ¡Hombre!, pensé yo, sólo faltaría que lo hicieras a diario, cacho asquerosa!

Al tiempo de la clausura de las clases de ese curso recibí un certificado final Teilnahme-Bestätigung [Certificado de Participación] declarando que había estudiado el Grundstufe II; que “Dieser Lehrgang umfasste 192 Unterrichtseinheiten zu 45 Minuten”; y que “Es wurde mit dem Lehrbuch BS Ib gearbeitet”. Perfecto. No quería más para dejar fe de mi estancia en Berlín. El mismo día de mi partida hacia Moscú compré siete kilos de fruta de primera calidad (plátanos, manzanas, naranjas, peras, melocotones) allí en la misma Bismark Strasse, en una tienda magníficamente surtida, frente a mi piso, para llevármelos a Moscú. [Sigo remitiendo al lector al lugar correspondiente donde se relata aquélla que sería mi tercera visita a la URSS] Brigitte, la belga, fue al tren a despedirme.

### **Magdalena; Tania: Moscú (URSS) 1978**

Cuando aquel 25 de agosto de 1978 me vi en la estación Lehrter de Berlín occidental subido al tren que me conduciría eventualmente y de un tirón a Moscú, tuve la completa seguridad de que la cosa iba en serio. Inmediatamente detrás de mí quedaban..., mi curso de alemán de repaso y refrendo de mi Certificado obtenido seis años antes en Passau; la muy atractiva Brigitte, la belga compañera de mi clase, que me había ido a despedir al tren; mi decisión de haber adquirido una banasta de siete kilos de fruta, sí, así como suena, siete kilos de fruta que había comprado en una magnífica tienda de la calle Bismark, justo enfrente de donde yo me hospedaba, para que ni durante el camino ni en Moscú me faltara aquello que yo más echaba de menos como regalo de mi dieta. Quedaba detrás de mí el fecundo recuerdo próximo de Berlín, las disponibilidades impensadas que me había ofrecido, cuales eran las de haberme facilitado sin ninguna dificultad un visado de viaje y estancia en la URSS, y un arreglo del billete de avión que ahora tuvo que ser suplementado con el precio equivalente al del tramo Moscú-Berlín para mi viaje de regreso a España. Todo aquello y muchas más cosas quedaban detrás, y en la viñeta correspondiente de mis Memorias generales *Mujeres, lugares, fechas...* pondré mi mejor empeño en ofrecérselo al lector. Porque, aunque decidida y diseñada con el mejor de los espíritus de improvisación y espontaneidad en vista del magnífico punto de arranque que, para mi sorpresa, Berlín resultó ser, en realidad aquí estoy tratando de mi tercera visita a Moscú. Delante de mí tenía 36 horas de viaje; o sea, el recorrido durante dos noches y un día enteros a través de Alemania Oriental, toda Polonia y un buen pedazo de la URSS occidental europea. La línea de ferrocarril era la directa y principal: Frankfurt, saliendo de la DDR; Poznan y Varsovia en Polonia; Brest en la frontera con Bielorrusia; desde ahí, Minsk, capital de la mencionada república; y ya Smolensko seguido de Moscú, dentro de Rusia propiamente dicha como la primera república de la Unión Soviética.

Concernido como estaba en exclusiva con mi punto de llegada, Moscú, confieso que dediqué una difusa, más bien poca, atención a todo lo que la travesía de alrededor de 2.000 kilómetros me dispensaba. El compartimiento era de cuatro literas, y cuando el tren traspasó al sector oriental de Berlín, subió una señora joven y un niño de unos seis años, hijo suyo: Viajaban a Moscú también. Le ofrecí amablemente que eligieran donde colocarse, adelantándoles yo mi conformidad con cualquiera de los sitios. Dijeron preferir las dos literas de uno de los lados, y yo expresé mi intención de acomodarme en la otra de abajo. Me felicité por el hecho de que un espacio previsto para cuatro lo ocupásemos ya con muchas probabilidades *sólo* nosotros tres durante todo el trayecto.

Tuvimos que pasar por Varsovia al amanecer del día 26 de agosto, o sea, unas diez horas después de iniciado el viaje en Berlín. Quiero recordar que me incorporé y logré divisar un rectángulo colgante con el nombre Warszawa en la estación, al tiempo que se dejaban oír los campanillazos típicos de los ambientes ferroviarios, los resoplidos y silbidos estridentes, mientras pululaban aquí y allá tipos portando fardos y bolsas grandes. Una lástima atravesar Polonia y no haber incorporado ninguna vivencia destacada en todo el panorama de uniformidad que imponía el dejarse llevar por un tren. La señora de mi compartimiento era de la DDR y, como dije, viajaba a Moscú, me explicó que a pasar unos días con su marido que se hallaba allí trabajando. Estaba claro que aun dentro de la misma cápsula general de socialismo, una alemana por muy del Este que fuera marcaba sus diferencias con lo que pudiéramos entender por ortodoxia soviética. Digo esto a cuento de que, según transcurrían los kilómetros, y dentro de una exquisita compostura y discreto pudor por parte de mi compañera de viaje, no pudo por menos –así me lo pareció– de flexibilizar su normal recato como contrapartida a algún comentario que yo hiciese. Estoy seguro que, mejor o peor, pero probablemente en un decente alemán, encontrara yo un caudal válido de conversación en el tema de la rigidez soviética en cuanto a la práctica imposibilidad de obtener fruta por la carencia de un sistema de distribución, etc.



Estoy seguro de que cosas así permitían aspectos distendidos de cambio de impresiones en los que ni ella ni yo vulneraríamos ningún principio de honestidad o pauta de patriotismo. El tema de la fruta adquirió un matiz monográfico, tanto por las observaciones que a su costa hicimos respecto de las deficiencias del sistema de distribución en Moscú, por ejemplo, como porque yo abiertamente –pues no podía ser de otra manera– había levantado la tapa del arcón que servía de asiento, había extraído la pieza o piezas de fruta que se me hubiese antojado comer en ese momento, y les había ofrecido con una naturalidad tal que no pudieran encontrar justificación alguna para rehusar. Si mal no recuerdo había adquirido cinco clases de fruta: peras, manzanas, naranjas, plátanos y melocotones. Los había pagado a precio de oro, pero ante la excepcional calidad y la rareza de prepotencia incontenente que significaría degustarlos en Moscú, me parecían baratos. Al comprarlos en la dicha frutería de la calle Bismark el día de mi marcha me pareció entender que el procedimiento que se seguía en Berlín con el tema de la fruta era parecido al de otras muchas realidades: Berlín formaba una isla dentro de la DDR, y sólo a través de los pasillos aéreos establecidos podía comunicarse con el exterior, a modo de caudaloso gota-a-gota. Así las cosas, lo que se importaba tenía que ser de primera calidad por obligación, porque todo ese trajín de conexiones por aire cuidadosamente medidas para no interferir con otros espacios sólo encontraba justificación en hacer que los productos que por allí iban y venían fuesen de garantía plena. Me pareció entender al tendero que cada tipo de fruta venía seleccionada del país o lugar [sin descartar la propia Alemania Federal] que se hubiera significado por la primacía en el cultivo y producción de dicha especie. Acaso las naranjas fuesen españolas, de Valencia o de Almería, monográficamente cultivadas para su recogida y comercialización en verano, quién sabe; acaso los melocotones fuesen de los parajes granadinos de Benalúa de Guadix. La banasta de siete kilos que me dieron de los cinco tipos elegidos de fruta era algo clamorosamente impactante. Ya dije que la señora de mi compartimiento era berlinesa, pero del Este, y estoy seguro de que no

tenía acceso a semejante lujo. Ante la mostración esplendorosa y preparada de la banasta, con cada unidad en una especie de cestita, excepto los plátanos, y a mi directo ofrecimiento, la señora y su hijo tomaron una pieza cada uno, se deshicieron en gracias conmigo y acompañaron sus mordiscos con una no interrumpida sonrisa en la que se mezclaba su complacencia ante tan suculento manjar y una como incrédula gratitud ante el hecho de haberse topado tan inesperadamente, tan graciosamente con alguien como yo. Al tiempo de todo ello, me esmeré en ponderar el esencial sentido que tenía la fruta en mi dieta..., como suavizando el individualismo salvaje y por libre que había presidido toda aquella operación mía...

Pero resulta que habíamos llegado a Brest, ya dentro de la URSS propiamente dicha, y allí se llevaba a cabo una inspección del tren y control de pasaportes. Es como si las cosas reales una vez producidas necesitasen de una instancia..., espiritual, literaturizada, para cuajar por entero. Lo cierto es que estábamos hablando la señora y yo, siempre bajo la absorta atención de su niño, cuando se abre la puerta del compartimiento y aparece un miliciano joven, el típico soldadito soviético, con un fusil cruzado al hombro, pidiéndonos la documentación y demás convencionalidades de rutina... Y de rutina tuvo que ser igualmente cuando, al tiempo que levanta, hace como que mira dentro del baúl-arcón de ambos asientos, y vuelve a dejar todo cerrado, nos pregunta con expresión mecánica en su rostro, muy de circunstancias, muy de haberlo hecho ya y de tener que seguir haciéndolo en los compartimientos que le correspondieran, quizá de dos, o de tres..., cuatro vagones, digo que nos pregunta sin salirse de su expresión de funcionario, de quien echa un vistazo a los pasaportes y a los billetes, y los devuelve sin más, sin entrar en detalles, nos pregunta, fíjese bien el lector, como único aspecto o cuestión monográfica, como la exclusiva especificación de todo su cometido de aduanero e interventor de frontera... nos pregunta que si llevamos o tenemos ¡¡alguna fruta, algún tipo de fruta!!..., y nos lo pregunta primero en ruso, luego en alemán, por si la cosa no estuviera clara: "Keine Obst?". La verdad es que en la dinámica de estos menesteres

todo queda hilvanado en una secuencia rectilínea, rapidísima y sin desvíos, y lo automático es, suele ser, repetir lo que a uno le preguntan... “Keine Obst?” Pues claro que no. “Keine obst?” “Nein, keine obst!”, supongo que dijimos la señora y yo, sobre todo yo, porque fue a mí a quien el muchacho policía dirigió la instancia indagatoria. Parece como si, al saber que la joven y su hijo venían de la DDR, quedaran descartadas como portadoras de cierta clase de productos. Recuerdo que cuando salió el soldadito y cerró la puerta detrás de sí, y tuvimos la evidencia de que se había separado lo suficiente de nuestro compartimiento, yo hice un gesto teatrero, un hhuuffhh!!, y la señora se echó a reír, de manera comedida pero cómplice. Fue la única expansión espiritual que en mi presencia se permitió aquella mamá joven, bella, femenina y amable.

En la estación Byelorussky de Moscú, que junto con la calle Gruzinsky Val conforma la plaza donde se encuentra un monumento a Gorky, me esperaban dos funcionarios de la Intourist, con un coche negro. Era mi tercera visita a la URSS, pero la segunda vez que lo hacía viajando individualmente, y en cualquier caso el sistema dispensaba idéntico tipo de cobertura. Siempre en la confiada y gratuita creencia de que me llevarían al Hotel Rossia, fue tan sólo al rato de circular cuando..., cuando... “Where are we going? Wohin fahren wir?” –“Al Hotel Mozhaiskaya”- me dicen. “¿Cómo que al Hotel Mo...?” Se supondrá el lector que fue inútil iniciar un toma y daca de conversación. Veo que nos vamos alejando del centro de Moscú y que salimos a zonas cada vez menos pobladas, más del extrarradio, varios kilómetros, calculé, de mi querida Plaza Roja. Los funcionarios me dejaron en Recepción donde me pareció más pertinente expresar mi estupor por haber sido asignado a aquel sitio, cuando en el documento que había rellenado en Berlín expresamente encarecía mi deseo de hospedarme en el Rossia u otro hotel de aquella misma zona. Las chicas de Recepción del Mozhaiskaya me miraron de esa forma tan peculiar, como diciendo..., “¿Pero es que no sabes que las cosas en la URSS son así?” Lo cual es cierto. Como principio general el turista muestra su acuerdo tácito de conformarse con la

mejor de las soluciones que, a la vista de las circunstancias, el Estado soviético, la Intourist aquí, pueda proporcionarle. Y mi caso era una bagatela desdeñable..., casi ofensiva; un capricho de occidental pudiente; una rabieta insolidaria de turista capitalista mimado. Les encarecí, de nuevo, que se tomaran la pequeña molestia de comprobar mi solicitud y que tuvieran la bondad de cambiarme a un hotel del centro de Moscú tan pronto como pudieran, porque la cosa me urgía. Supongo que no me hicieron ni caso. Me escucharon las funcionarias jóvenes y bonitas: Hablaban alemán, y un poquito de francés y de inglés tan sólo, además de ruso, y mis recursos eran suficientes hasta para guarnicionar con algo de retórica dramática el nervio de mis argumentaciones. Me escucharon y me dijeron que harían lo que pudieran, y que entretanto me acomodara en mi habitación. Así lo hice. Una grata sorpresa fue la de encontrarme allí con una nevera, convencional y sin refinamientos, pero grande, en la que coloqué a placer toda mi fruta. Ver allí desplegados todavía más de cinco kilos de aquellos ejemplares de Feria de Muestras, me confortó sobremanera.

Aquel mismo 27 de agosto, por la tarde, cogí un taxi y me fui al centro a ojear. Había cosas que las tenía claras, muy claras, lo cual me aliviaba de otras cualesquiera preocupaciones. Una de ellas, que un extranjero con dinero en Moscú era amo absoluto de todas las prestaciones que pudieran existir o inventarse; otra, que el Hotel Intourist, por lo que yo sabía hasta entonces, era uno de los puntos de encuentro, “meeting point” o “Treff-Punkt” neurálgicos y por excelencia del ambiente. Como consecuencia de todo esto uno se sentía gratificado entrando y saliendo libre y expeditamente de los sitios donde por sistema se llevaba a cabo una vigilancia y un control extremo de las gentes que los poblasen. Lo primero que hice fue cambiar \$100 allí mismo. Los taxistas que estaban en aquella parada que también servía al Hotel National, solían tener la puerta de delante abierta, como para ventilarse. Sólo hacía falta que le vieses a uno la cara y que le oyeran pronunciar la palabrita mágica *dólares*. Le invitaban a uno a subirse y si acaso, se alejaban de allí rodando

alrededor de la manzana para que nadie tuviera la tentación de fijarse. Con rublos por valor de \$ 100 había bastante para invitar a media docena de personas por todo lo alto en cualquiera de los comedores de los Hoteles. Además, yo siempre llevaba una substancial cantidad de dinero americano para el pago de la mercancía en divisa; bien se tratara del capricho de alguna chica en cualquier Beryozka; o de la chica misma, que era lo más probable. Me di una vuelta por la Plaza Roja y regresé al Intourist. Pasé al bar de la planta baja e inmediatamente me detectó una joven que se hallaba sola en una mesa redonda. Me hizo señas de que me acercara..., y así lo hice. Se llamaba Magdalena y hablaba inglés suficientemente. Recuerdo que estuvimos cenando y que me presentó a una amiga suya que se unió a nosotros. Les hablé de donde estaba, el Hotel Mozhaiskaya, y que había venido de Berlín [ellas no hablaban alemán], etc., etc. La amiga de Magdalena, algo gordita y simplona, dijo tenerse que marchar, pero hizo idea de encontrarse conmigo en alguna otra ocasión.

Magdalena me elogió gratamente, y yo, que estaba flotando en aquel primer día tan desajustado, tan original, por la sorpresa del alojamiento..., yo no tenía plan y decidí dejarme llevar... al apartamento de mi amiga. Es muy poco lo que recuerdo de mi celebración amorosa. Magdalena con toda seguridad me invitó a quedarme la noche entera. Le hice el estupendo regalo de \$ 100 por haber estado dispuesta a hacerlo conmigo tantas veces como a mí me hubiera apetecido, pues, según ella, yo era un hombre interesante, buen conversador, culto y apasionado. Sí, yo le di \$ 100 y ella me dio un envase de caviar, de esos de cristal, y una *matrioska* de varias piezas producto del descortezamiento reductor. Me dejó su teléfono, y me dijo que ella me llamaría. Celebramos dos veces, bien lo recuerdo, pero yo estaba cansado del viaje, y aunque el piso, a standards soviéticos, no estaba mal, yo echaba de menos la habitación de mi hotel, para mí solo, con mi propio silencio. Así que, muy bien entrada ya la madrugada, y mientras Magdalena dormía, yo me levanté, me puse la ropa, recogí mis regalos y salí del piso sin más miramientos. Hay impresiones que se atrincheran en las retaguardias de la

conciencia y de allí no son desalojadas prácticamente en el curso de una vida entera. En otro lugar, quiero decir, con distinta mujer y distinta fecha, intenté comunicar el impacto que advino a mi alma al contemplar desde la ventana de un hotel de Győr (Hungria) en 1972 grisáceas, frondosas y enracimadas huestes de trabajadores moviéndose, llenando los espacios de aquella plaza o parte de la ciudad, en sus primeras maniobras hacia el trabajo, a eso de las 05:30 am, bajo la luz como sucia y húmeda, agujereada, de los faroles de neón...

No con esa intensidad ni con el mismo estado de ánimo fue como se apercibió mi alma del bío-topo en el que yo me encontraba al bajar del piso de Magdalena y salir a la calle. Ya he dicho que los espacios de Moscú duplican en magnitud a los de cualquier ciudad española grande, dígase Madrid..., o Barcelona, con las que uno decidiera establecer la comparación. Las calles de Moscú son anchas, laceradas por los raíles de los tranvías y la superficie accidentada por los bloques de granito en suaves badenes, con ese aire de destartalamiento opaco, incoloro. En una enorme extensión alrededor de mí no me pareció ver a nadie. Tan sólo a lo lejos se me antojó que coincidiendo con el trayecto de algún tranvía –si es que a tales horas circulaban que creo que sí–, bultos o formas de persona interrumpían la quietud neblinosa del telón de fondo más lejano de mi ámbito. Eché a andar. No tenía ni la más remota idea de donde me hallaba. Las instrumentaciones a ese respecto son precisas: Muéstrale al taxista la tarjeta o pase del hotel y que él haga el resto... Seguí andando, y a los dos o tres minutos observo que desde muy lejos un meteorito verde enfrente de mí se viene aproximando a velocidad de... taxi hacia donde yo me encuentro. ¡Qué suerte! -pienso. Se acerca, se hace cada vez más inequívoco. Es un taxi, sin duda. Le hago señas y aspavientos con las manos. Se para a mi lado, le saco la cartulina del Hotel y, bueno, empieza el hombre a mover la cabeza..., que no, que “niet”, va justo en la otra dirección, no puede ser. Y se va, se va y desaparece a mis espaldas. Bueno, me digo, lo mismo que ha venido este taxi , otros aparecerán. Sigo andando sin gran preocupación aunque con

algo de frío. Ando, yo diría que seis o siete minutos más, y en un acto de pura gimnasia refleja, de kinésica arbitrariedad, vuelvo ligeramente el torso hacia detrás y veo otra luz verde, sin duda la de otro taxi que se acerca hacia donde yo estoy. Ya lo decía yo –pienso–. No hay problemas. Despedirse uno y aparecer otro sin demasiada tardanza. Al llegar el coche a mi altura me percató de que se trata del mismo taxista. Ocioso reconstruir lo evidente. Al hombre le han entrado remordimientos de dejar a un turista tirado, y lo ha pensado mejor, y ha dado la vuelta desde donde estuviese para recogerme. Me hace una señal, así como gruñendo a regañadientes, de que suba. Me puse en su lugar: ¿De dónde... narices puede venir un turista perdido, a estas horas de la madrugada, sino de la verificación de algo no precisamente edificante ni ejemplar para la moral ortodoxa socialista? Me deshice como pude en expresiones de agradecimiento hacia aquel profesional tan competente; le solté una estupenda propina..., y por fin pude encontrarme en mi cama del Hotel Mozhaiskaya.

Lo primero que hice cuando me levanté ya al mediodía fue interesarme en Recepción por la gestión conducente a mi cambio de hotel. No tengo constancia de lo que entonces me dijeran, pero sí tengo claro que desde aquel momento cobré conciencia suficiente de que no me podían trasladar, y que insistir sobre el tema sería perjudicial, sería indisponerme con aquellas preciosidades de funcionarias; sería perder el tiempo y... prácticamente desistí y decidí “to make the best of it”. Simultáneamente con esta concienciación de la realidad, y como si los resortes de mi receptividad se hubieran súbitamente ensanchado, me percató de un cartel en que, si no entiendo mal, el Hotel proporciona viajes gratis *a y desde* Moscú para los clientes turistas. ¡Oye, pues no está tan mal! –parece que quiero decirme. Lo constato con una de las recepcionistas y me lo confirman: Absolutamente gratis y además con bastante frecuencia. Llegan hasta la explanada de la Plaza Manejnaya, a la entrada de la calle Gorky. Perfecto. No podía ser de otra manera; y el regreso al hotel, igual. Veo que las cosas empiezan a enderezarse y que fue tan sólo debido a mi ofuscación del primer día el hecho de que yo no pudiera percibirme

de las prestaciones del Mozhaiskaya. Resulta que dispone de Beryozka; de bar de copas o “dollar bar” abierto hasta las 04:00 am; de un espacioso restaurante, y de una cafetería “express”, cada uno por separado y que funcionan hasta las 23:00 horas diariamente.

Todos los viajes, antes de realizarlos, antes de que nos metamos en sus tentáculos, en el peso de sus servidumbres, suelen permitirnos divagar en plan expansivo sobre articulaciones ulteriores, sobre la ampliación de nuestros desplazamientos; la remodelación, sobre la marcha, de nuestro primer esquema provisional. Digo esto porque durante el tiempo que tarda un raptó de pensamiento en asentarse en nuestro flujo de conciencia..., imaginé la posibilidad de acercarme a Leningrado, y allí conectar con el gran asunto de Nina. Inviabile de todo punto. Con mi billete de vuelta para siete días después, lo de meter una cuña intermedia de viaje a Leningrado dentro de ese periodo se me presentó absolutamente irrealizable. He ahí otro de los grandes principios de este tipo de turismo guiado desde la concepción estatalista centralizada en el gran aparato de Intourist. La mente de un occidental rebota, terca y rebelde, ante este patrón operativo hasta que se acepta el sistema con todo lo que ello implica, que no es sino una cosmovisión convivencial y sociológica diametralmente separada de los cauces por donde discurren los usos, las cosas, las instrumentaciones a las que estamos acostumbrados. Alquilar un coche en Moscú y viajar a Leningrado, por ejemplo; o mucho más fácil aún, servirse de algo equivalente a lo que entenderíamos por puente aéreo o “shuttle service”, llegar a Leningrado, aprovechar un día entero, hacer noche, y seguir aprovechando la jornada siguiente antes de regresar a Moscú..., eso sencillamente era impracticable porque ni siquiera me habrían despachado el primer billete de avión sin la autorización correspondiente de la Intourist para salir de Moscú. En el supuesto de que me las hubiera agenciado por mi cuenta para trasladarme a Leningrado en un transporte particular [hipótesis calenturienta de laboratorio] es muy posible que en Leningrado no me hubieran librado alojamiento en ningún hotel con sólo comprobar el esquema original



técnico de mi viaje; y es seguro que en ese mismo momento me hubiesen puesto en manos de las autoridades y que éstas me habrían devuelto a Moscú, reintegrado al modelo de excursión del que –estoy seguro de que así me lo recalcarían– nunca se me debería haber ocurrido salirme. Y por encima de todo esto la espectacular y pavorosa barrera de la lengua echaba para atrás. La gente del pueblo, la gente de la calle no tiene interés en hablar con los extranjeros: Es otro mundo, otra percepción, otra existencia. Fuera de los oasis internacionales de los hoteles, y de los puntos donde se articulan las nervaduras del turismo, la URSS se me presentaba como un cementerio poblado por seres vivos. Una tremenda asignatura ésta del idioma ruso, una losa cubriendo toda la extensión del cielo, de las posibles salidas hacia arriba cuando uno se encuentra en el pozo de la impotencia. Bueno. Toda esta digresión bajo la especie de soliloquio me ha asaltado con el fin de asegurarme mi paz de espíritu respecto a la inviabilidad de viajar a Leningrado en aquel específico *entonces*. Moscú se me aparecía grávido de incumbencias y bastante tendría con mantenerme a flote entre la nueva remesa de intereses que por fuerza se desplegaría en el curso de los restantes seis días de mi estancia.

Así, descartado no ya moverme de Moscú, sino ni siquiera del Hotel Mozhaiskaya, me apliqué, como digo, a sacar el mejor partido de las cosas con las que sí que podía contar. Por la tarde de aquel segundo día llamé por teléfono a las rusas Angelina y Larissa. Quedamos en que me llamarían ellas para llevarme a cenar una noche a su pisito. La mañana siguiente recibo con sorpresa un telefonazo de la amiga de Magdalena, citándome para esa noche en el restaurante del Intourist, al que Magdalena y ella acudirían. Muy bien. Tomé buena nota y a la hora prevista allí me fui. Estaba la amiga, cuyo nombre sigo sin recordar y descarto definitivamente desde este momento, pero no estaba Magdalena. Me informó de que habían surgido unas cuestiones imprevistas y que Magdalena tardaría. No hubiera tenido la cosa mayor relevancia de no haber sido porque en una mesa rectangular grande, algo alejada, no mucho, de la que nosotros ocupábamos, se hallaban sentados un numeroso grupo de

hombres y mujeres en tono abiertamente festivo y hablador. Como tenía todo el tiempo del mundo, y la amiga de Magdalena no me interesaba, me dediqué a escudriñar algo más curiosamente a algunos de los elementos que componían aquella reunión de comensales vecinos. Sobre todo, y en el curso de ya más de una hora en la que yo había flotado con esa indolencia tensa que produce la espera por alguien que no aparece..., sobre todo, había reparado en un hombre joven; bueno, quiero decir acaso de todavía menos edad que yo, moreno marrón tipo castaña, con la cara grande y aunque tendiendo a la redondez, con algunos accidentes en los pómulos y en el mentón como si quisieran desarreglar la conformación general. Como digo, tez oscura, con cara de... indio, ¡qué tontería! –pensé–, con cara de indio no; en todo caso de... [y aquí pasé revista mental a los productos étnicos de las variadísimas nacionalidades incursas en las tan distintas Repúblicas Soviéticas]. En lo que a conversación y exteriorización de menesteres propios de un ambiente de alterne el hombre aparentaba llevar una de las voces cantantes, y lo que me pareció más indicativo de su peso específico dentro del colectivo allí congregado, es que sacó a bailar por lo menos a dos chicas distintas... varias veces. Era evidente que hablaba ruso, porque durante las evoluciones del baile que él, por cierto, ejecutaba con energía y rotundidad, aunque sin técnica, sus gestos, las modalidades de su risa, la conformación que adquirirían sus diversas instancias comunicativas, demostraban a las claras que se expresaba en el mismo idioma que su pareja; o que la persona que en cada momento departiese con él en la reunión de la mesa. Pero desde mi posición, y en la inacción lo más distraída posible con que yo me ocupaba, una de las chicas que al menos en dos ocasiones bailó con este hombre, se me fue dibujando, recortando; se me fue destacando como una verdadera preciosidad. Me esforcé por asegurarme de que no me estaba fallando la vista: Se trataba de una rubia primorosamente proporcionada: Piernas, senos, cintura, volumen en general, invitantes; ni muy alta ni muy baja, por encima del 1'60 calculé, y vestida de negro, que constituía un referente cromático de

bellísimo contraste. Precisamente se sentaba en el lado corto de la mesa rectangular más cercano a mi posición...

No sé ni cómo ocurrió pero es el caso que, como respaldado por la total garantía de que no tenía nada que perder, y desestimada hacía rato la virtualidad de que Magdalena viniese [y aunque así hubiera sido, ¿qué?], nada más comenzar la orquesta a interpretar una melodía propicia, supongo que de ritmo básico de bolero o reductible a dicho módulo, me levanté, me dirigí a su mesa y la invité a bailar. Me dijo llamarse Tania, ser moscovita. Al preguntarle yo por su... compañero, por el hombre con quien yo la había visto bailar más de una vez... “Ah, sí” –me dijo– “*Marchello*”, por supuesto sin tener idea de su apellido, y que era diplomático de... tampoco sabía el país, aunque le parecía que de América del Sur. El fuerte de Tania no podía estar en la geografía ni en las etnias. Dejó de sonar la música, y después de acompañarla a su mesa me reintegré yo a la mía. Para mi satisfacción y alivio mi amiga se había ido ya. De nuevo, y antes ya de marcharme, volví a invitar a bailar a Tania con el fin de atar cabos. Me dio un teléfono..., yo la dije todos mis particulares: Donde estaba hospedado, en el hotel Mozhaiskaya..., que era español, y que pensaba que lo más significativo que me podía ocurrir ya a partir de entonces era encontrarme con ella. Esto no sé cómo se lo dije pero se lo di a entender. Su inglés era elemental y al mío le sobraba retórica y vehemencia. Me dijo que la llamase, que la llamase sin falta porque le parecía que yo era muy simpático... Que si no la llamaba yo, que ella me llamaría en todo caso... Se acabó la ronda de músicaailable, devolví a Tania a su mesa, hice una leve pero intencionada reverencia a los demás comensales y me marché a la calle. Allí me encaminé a la parada del autobús que me llevaría poco después al Mozhaiskaya. ¡Vaya preciosa mujer! –me repetía machacona y agónicamente. No era gran cosa lo que tenía, un teléfono suyo. Pero lo que confirmó más mis expectativas de volver a verla fue la seguridad de que en el Hotel Intourist siempre podría encontrarla.

Al día siguiente cené con las amigas Angelina y Larissa, en su piso. Con esta última quedé en la parada del autobús de mi hotel, en el centro, y antes de llevarme a su casa y mientras yo esperaba dentro del taxi que cogimos, se pasó por la Embajada de Cuba donde una amiga suya, Marina, le tenía reservados *dos* envases de caviar, de esos de cristal en forma de concha, que Larissa le había pedido que me guardara para mí. [A esta Marina Babunova, hija de españoles pero nacida en la URSS, no tuve nunca ocasión de conocerla allí, ni siquiera en mi posterior y último viaje de 1983, sino ya en España en 1989, y de todo ello y de la excepcional mujer que era la tal Marina se hará la mención oportuna en el pasaje que proceda de mis Memorias] Ya en el pisito de las rusas nos reunimos a cenar ellas dos –la abuela, o sea, la madre de Angelina había muerto meses antes tan sólo–, otro matrimonio amigo, y yo. Angelina preparó una especialidad suya: Empanada, tipo besamela, tipo lasagna, que estaba riquísima. El vino espumoso, o sea, lo más parecido a lo que nosotros entenderíamos como cava o “champagne”, es corrientísimo en la URSS, y las Macarro hicieron gala de un amplio abastecimiento, al menos en lo que a aquella velada se refiere. El marido de la amiga de las rusas, fuertote, coloradote y campechano, la emprendió con el vodka que él mismo se había llevado, y al final de la cena la tonalidad de sus mofletes rozaba lo carmesí. Una estupenda y cordialísima velada. Por si fuera poco, Larissa me regaló la gramática rusa [y prácticamente el libro de texto para españoles] УЧЕБНИК РУССКОГО ЯЗЫКА, Moscú 1974.

Había consumido ya cuatro días, la mitad de mi vacación. Mi hotel ahora me parecía tener un ambiente interesante: Una noche, y sin llegar a consumir nada, me había acercado al “bar de divisa” o “dollar bar”, y estaba atestado de clientela. El gregarismo de unos y de otros producía aquellos efectos que yo, abstemio y no fumador, no dudaba de catalogar como antinaturales. Se me evidenció el hecho de que había un montón de soviéticos “pudientes” que se trasladaban al Mozhaiskaya por el hecho de disponer de un bar con licencia para servir bebidas alcohólicas hasta bien entrada la madrugada. Chicas de

alterne también se veían por allí, con aire de estar acostumbradas a un ambiente tan permisivo.

Llegó el día en que después de comunicarme con Tania por teléfono quedamos en que ella iría al Mozhaiskaya a cenar conmigo. Me pareció bien, por supuesto, aunque simultáneamente al efecto de alegría que me produjo el programa de Tania, de encontrarse conmigo, me asaltaron dudas mortificantes sobre cómo y dónde consumir nuestra intimidad. A tenor de lo que había sido el Rossia, entendía yo que el acceso a las habitaciones, sobre todo en horas de noche, estaba vedado a los acompañantes..., y de manera especial e inflexible a todo aquel que no se alojara allí. Sin tener idea de la localización del piso de Tania o de si vivía sola o acompañada, pensaba en plan gratuito que tal vez lo mejor hubiera sido quedar en el centro de Moscú, cenar en cualquier lugar de por allí, y luego trasladarnos a su piso. Pero el caso era que aún no había tenido ocasión material de hablar con ella de tales cuestiones tan de emergencia y tan de supervivencia. Yo estaba en brasas: Aquella mujer me comía la pulpa de todas mis previsiones; constituía el cañamazo de todos los argumentos que, tal se me antojaba, pudieran tener interés y relevancia para mí en Moscú.

Se acercó la hora y bajé de mi habitación. Me di una vuelta por el vestíbulo, haciendo tiempo, y a poco de estar por allí vi a Tania entrando, junto con varios amigos entre los que sobresalía inequívocamente el moreno de pelo algo rizado y facciones como de indio, impecablemente vestido de azul marino, al que acompañaban tres hombres y dos señoras, además de Tania. Tomamos sitio y asiento en una mesa, y ya no pude por más tiempo sostener aquel absurdo secretismo. Me presenté y se presentó mi amigo. Resultó ser un súbdito ecuatoriano, Marcelo Arboleda, Secretario de la Embajada de su país en Moscú, habiendo residido allí durante varios años, matrimoniado en primeras nupcias con una rusa, divorciado o en trámites de estarlo, dominando el ruso. Claro, sus facciones revelaban una prosapia india, de América del Sur, quechua a buen seguro. Yo, en parte por vanidad, en parte por mi situación “de prestado” en la que

necesitaba aparecerme con méritos ante toda aquella tropa, y tener pretensiones de acceso a la intimidad de Tania..., en parte porque me apetecía..., me convertí en un “name dropper” respecto de la realidad de Ecuador [Sólo al año siguiente, en 1979, dedicaría yo mi primera visita a aquel país –Guayaquil y Galápagos]. Así que a falta de una relación de primera mano cargué fuerte en el tema de la historia y de la literatura y algo de geografía. Creo que me excedí. Me espoleó mi propia vanagloria y comencé a hablar de José Joaquín Olmedo y de Juan Montalvo; de Velasco Ibarra y de los Zaldumbide; de Jorge Icaza y de Carrera Andrade; del Chimborazo, del Cotopaxi y del Cayambe..., y habría hablado de la mismísima papisa Juana si hubiera sido ecuatoriana. Marcelo no parecía ser un hombre dado a las emociones de cierto tipo. Se le veía surto y establecido en un mundo que distaba astralmente de la concepción occidental; y dentro de ella como un sub-producto de la de su país de origen, Ecuador. Pero fue haciendo un voluntarioso esfuerzo, como de engolfarse en un asunto por él proscrito, de la manera como quebró su aparente neutralidad..., y se dignó, se violentó en felicitarse de haber encontrado en la URSS a alguien que de forma tan lozana, tan salvajemente espontánea, le hablara de un tema tan relegado, tan emocionalmente a trasmano como la literatura, la historia y la geografía de su tierra. Desde aquel momento crecí a su conciencia lo suficiente como para hacerle saber yo lo que estaba haciendo en Moscú; o sea, turismo; y que había quedado con Tania. El, a su vez, me explicitó que Tania era, o había sido, amiga de su mujer... Que estaría allí en la Embajada no sabía cuánto tiempo más... Que ahí estaba su teléfono y que no dudase en comunicarme con él en caso de que me hiciese falta. De verdad que sentí un alivio... institucional al contar con la aquiescencia de aquel hombre para todo lo que mis andanzas con Tania pudieren implicar. Marcelo me evidenció que él llevaba un poco vida de ‘play-boy’ “de puertas para afuera”, algo así como una actividad de creación de imagen que el propio gobierno soviético –y esto ya son suposiciones mías– se desvelaría por propiciar y alentar; pero que él no participaba en los finales de... amor y cama con los que se solían saldar las

eutrapelias y festejos entre extranjeros con divisas y nativas, como era la ocasión en la que estábamos incursos. Al preguntarle yo que quién iba a ser su compañía, con resuelto, viril y convincente tono ascético –y jamás olvidaré aquella puntualización– me dijo que “él no se iba con nadie”. Tampoco olvidaré la gran cabezota como de monigote inteligente y voluntarioso de aquel hombre a quien Tania, por desconocimiento de lo español y mayor preponderancia de la imagen de Italia en todos los ámbitos, pronunciaba “Marchel-lo” sin entrar en ulteriores consideraciones. En suma, del aspecto de corifeo mimado de este hombre el primer día, sobre todo cuando bailaba con Tania, respecto de la que ya mi alma desplegaba una celosa incumbencia, y sentía como potencial enemigo a todo otro imaginario competidor..., desde la impresión de tibieza disoluta de “bon-vivant” que me inspirase Marcelo entonces, hasta la..., yo diría, hombría de bien solidaria que se concentró en aquel subitáneo raptó de confidencialidad irreductible a ningún otro módulo de cortesía ni de diplomacia..., en todo aquello, digo, podía entenderse y reconstruirse la frondosa trama de su personalidad.

La velada fue transcurriendo. Tania le daba muy bien al traguito, sin perder en ningún momento su compostura femenina, ni sus rasgos devastadoramente atractivos para mi conciencia. Yo era –bien me di cuenta de ello– el novio oficial de Tania, por lo menos aquella noche, y la aceptación de dicha premisa se plasmó en el hecho consumado, por ejemplo, de que nos dejaran a Tania y a mí estar sentados juntos, teniendo yo a Marcelo a mi derecha, el cual a su vez canalizaba sus enormes reservas conversacionales con los demás comensales. La situación apremiaba. Urgía saber a qué atenerse. Le dije a Tania que... todo lo que yo quería –buena gana de repetirlo– era estar con ella; que aquellas dos veladas no habían sido sino la señal acuciante y cada vez más intensa de que mi permanencia en Moscú no tenía más sentido que... estar con ella. Le hice ver que me gustaría que ella sugiriese la modalidad de nuestro poder acompañarnos solos, completamente en privado...

El comedor se disponía a cerrar. Marcelo y los demás amigos expresaron, unos, su idea de marcharse; otros, la de tomar una copa en el bar de pago con divisas. Tania me dijo que la esperase –no se me olvidará nunca– al comienzo de la escalera, porque subiría conmigo a mi cuarto. Yo me quedé temerosamente sorprendido. Si aquello era verdad significaba que, o bien permitían que los huéspedes subiesen a las habitaciones a horas tenidas por mi conocimiento como no operativas; o que Tania se las arreglaría buscando las vueltas. Yo..., ¿qué podía hacer?, me dejé llevar. Supongo que me despediría de Marcelo, aunque no hacía falta, porque en estos casos todos nosotros íbamos y veníamos como boyas, y el hecho de tropezarnos en un biotopo común como podía ser una cena, una celebración, una tertulia, no modificaba la condición semoviente y errabunda de los espíritus de cada cual, engolfados en las cualesquiera singladuras diarias a que nuestros finalismos nos arrastraran.

Me fui a los aseos de recepción a acicalar mi compostura, hice unos cuantos minutos más y me dirigí a la escalera, al lugar de la cita. Era verdad. Tania venía hacia mí. Consciente de que había bebido una copa de más, andaba con prudencia, como compensando con su voluntad de atención concentrada la pequeña falta de reflejos que pudiese haberle acarreado un sorbo innecesario de espumoso. Pero venía espléndida, vestida también de negro, lo que mejor supongo yo que le sentaba. Subimos a mi habitación por derecho, sin yo atreverme a volver hacia atrás la vista. Me resistía a creerlo. En mi propia habitación, era la primera vez [y sería también la última] que un encuentro con nativa se celebraba bajo standards occidentales.

Tania se metió en el cuarto de baño y estuvo un buen rato, pero salió como inmersa en una fragancia auténtica y simple. Hizo una inspección de las cosas que tenía yo y la sorprendió que viajara con tan poco equipaje. Le enseñé la nevera y se quedó estupefacta cuando le conté, a grandes rasgos, la historia de la fruta. Cogió una pieza de algo, creo que un plátano, y comenzó a comérselo. Sin darle más importancia me dijo que se hallaba incurso en su débito fisiológico



femenino mensual, y me agradó sobremanera que, según me pareció, ella quedase ampliamente complacida de mis explicaciones, que no fueron otras sino la exaltación que yo hice de dicha condición de la mujer en aquellas fechas singulares; que era siempre asunto de la sensibilidad del varón y que por mi parte encontraba enaltecida la personalidad de cualquier mujer..., ella, Tania sobre todo y más que ninguna, que superase los melindres pacatos y se entregara a un hombre precisamente cuando su feminidad mostraba sus atributos más exacerbados y más atractivos... Charlamos un poco. Me dijo que era peluquera..., de cara al régimen, y que tenía necesariamente que justificar un mínimo de horas de trabajo... a la semana para que no se le echara encima la policía, y cosas así. Lo típico [Tiempo tendría yo en 1983, y con otra amiga de Leningrado, de constatar como evidente y consuetudinario esto que ahora me contaba Tania].

Pasé yo a mi vez al cuarto de baño y me fue imposible dejar de observar el tipo de compresa básico, carente de refinamiento, de aquella criatura, constándome como me constaba que cualquier adminículo de higiene personal que usara Tania comportaba la mejor calidad de todo lo existente en el mercado. Claro que el turismo socava, poco a poco, los cimientos sobre todo de la gente joven: Sus usos, sus propensiones. Cuando esa pleamar horadadora llega a la ropa íntima de una mujer, a su modalidad de lencería, ello significa que el proceso se ha afincado y que, como irreversible, es cuestión de tiempo. Tania usaba compresas de textura básica, carentes de los ringorrangos, arrequives, propiedades y sandeces a que crecientemente –¿hasta dónde?– nos tiene acostumbrados la abrumadora sociedad de consumo. Tania llevaba una camisa-enagua sencilla debajo del vestido y por encima de su “slip” y de su sujetador: Éste era de color negro como el vestido y todo lo demás reseñado, muy simple en la modelación de las tazas, de las hombreras tirantas, y de la grapa o presilla del broche por detrás. Le dije que no se preocupara, que a mí me parecía doblemente dichosa e irradiante... por su estado menstrual. Se lo decía en inglés, claro está, y es de todo punto probable que no

entendiese los detalles, pero sí que captara el sentido en bloque de mis aseveraciones.

Pusimos todas las toallas, menos una, encima de la sábana, y aun entre las unas y la otra coloqué unas bolsas de plástico, que había conservado yo de Berlín, cortadas y extendidas...

Lo hicimos tres veces en las horas en que estuvimos juntos. Amé en Tania su ausencia de remilgos y de escrúpulos burgueses, de negación de la vida. Yo sólo deseaba estar dentro de ella, conectado para siempre con aquella santabárbara de su matriz, con aquel templo tibio de sus interioridades, a través y por medio del istmo embravecido, amorosamente enhiesto de mis urgencias. Pero yo no quería luchar; sólo quería permanecer surto. Percibimos después de nuestra primera porfía que su flujo había teñido de carmesí parte de las toallas: Manchones aquí y allá de linfa que sólo en las estribaciones más separadas consentían un color menos furiosamente rojo, algo más amarillento. La receptividad emocional de Tania se había consorciado con la singularidad fisiológica bajo cuyos efectos se encontraba incurra, y se me antojó percibir que todo ello me lo ofrecía ante el ara de mi entusiasmado y endiosado deseo. Terminamos rebozados los dos en aquel glorioso menstruo, ensalivados por la baba de nuestros besos acaparadores, con voluntad de unimismar la carne de nuestras almas. Dormimos lo que buenamente pudimos, y antes de marcharse Tania se procedió a poner algo de orden en aquel pequeño complejo de ropa de cama llena de rosetones empurpurados. Lavamos sábanas y toallas en el baño y las tendimos a secar en las barras de la ducha. Al menos no quedó rastro ofensivo de una mostración tan escandalosa como es la sangre.

Tania se llevó algunas piezas de fruta y, ... supongo que la hice un regalo significativo. En ese caso también supongo que le diría lo que, sin dejar de ser la verdad más económica, solía decir a todas mis amigas sobresalientes, a saber: Que si hubiera sabido que iba a encontrarla me habría traído un castillo de mi país para que se instalara en él como reina de mi corazón..., pero que la realidad

imponía emplear la imaginación y la buena fe para que de esa forma pudiese ver, mental y fácticamente, el puñado de dólares con que yo la estaba obsequiando transformados en aquello que más le conviniera comprarse. Así, yo no le daba dinero sino el regalo en cuestión que ella quería.

Me quedaban solamente dos fechas más en Moscú, y me produce gran desazón no disponer ni siquiera de una suposición medianamente razonable para justificar el hecho de que yo una vez más me encontrara con Tania en el Intourist la noche antes de marcharme. Cualquier hipótesis conectiva se descontrola y pierde su validez. Lamentablemente no recuerdo si es que concertamos vernos para despedirnos; hasta dudo de si aquella cita se produjo cuando yo estoy conjeturando que se produjo, o sea, en mi última noche de estancia en Moscú; o hasta quizás antes de nuestros mutuos ofertorios en la jornada de tan encrespadas y agónicas comuniones. Recuerdo con doloroso detalle el hecho, pero no lo que le antecedió. El caso es que yo fui al Intourist con idea de coincidir con Tania..., no sé, no sé a santo de qué, y desde luego no recuerdo que siguiese a nuestro encuentro ninguna acción singular de intimidad compartida, no. Tengo los canalillos o engramas cegados y como cortados, impidiendo que la memoria mía se aprovisione del almacén general, seccionada, separada, aislada...

Es el caso que en el vestíbulo de la entrada principal del Hotel Intourist vi bajar a Tania con otra amiga suya, más o menos acompañadas por varios personajes que por la pinta parecían árabes: Cetrinos, con bigote..., sí, sin duda árabes, moros del petróleo, iraquíes, saudíes, de los Emiratos ésos, qué más da. Y es curioso que uno de ellos gesticulaba y gritaba en inglés lo que parecían expresiones que en todo caso denotaban una prioridad o derecho que, siempre según su particular valoración de la realidad, él habría adquirido sobre Tania para que se marchara con él, en razón –por lo que trabajosamente fuimos averiguando– de las invitaciones que el tal

moro había hecho a las chicas y el consiguiente desembolso de dinero que ello le había acarreado...

Si dedico algunas líneas a este pasaje es porque la plasticidad de la escena no se me despintará nunca. Sitúese el lector en un panorama de hábitos tácitamente codificados, ni vinculantes ni excluyentes, en el que *sensu lato* el varón turista que hubiere acompañado a la nativa una buena parte del tiempo inmediatamente previo al cierre del establecimiento y desalojo del público, éste, el turista extranjero (léase hombre de negocios asimismo) se entendía que podría sentirse con ciertas expectativas de que la chica que le hubiera acompañado en el comedor y hubiera sido objeto de sus invitaciones, pues... se fuera con él a rematar la fiesta si de tal cosa mostrara él deseo. Algo así debió de ocurrir con Tania. El moro, en un inglés enladrillado, estentóreo y de contenido argumental inequívoco, parecía proclamar su legítima prerrogativa adquirida sobre Tania por haberla invitado... a los tragos que fueren...

Lo que ocurrió fue hermoso y cruel; tremendo y descarnado, pero que en todo caso tiñó del sentido que fuere –no estoy para precisiones– mi incumbencia emocional respecto de Tania; y probablemente el abandono del desapego mercenario de Tania hacia todo el mundo, yo incluido, por una instancia de concernimiento personal a mí dirigida. Al tiempo que el moro aireaba la supuesta cifra de lo gastado en la comida y bebida de Tania, y hacía como intención de asirla del brazo, y así exteriorizar su título de posesión por el tiempo que fuese..., Tania, siempre sin perder la feminidad pero con determinación, pegó un respingo, barbotó medio chillando alguna imprecación, abrió su bolso, sacó un puñado de dinero, y se lo tiró a la cara del moro, dejando que el papel de los billetes fuera cayendo en combadas oscilaciones y cubriendo un buen espacio de pavimento. Todo el mundo que no entendiéramos ruso pudimos traducir más o menos literalmente: “Aquí tienes, cerdo, el dinero que dices haberte gastado, y déjame en paz”. En ese momento intervine yo: Me interpuse entre el moro y Tania y le dije al tío, accionando los brazos

y las manos hacia su cabeza, tanto en un gesto modular de defensa como en clara mostración de ataque: “Don’t you see she doesn’t want to go with you?” Por toda respuesta, golpeándose el pecho, y como en consulta personalísima y secreta con Alhá, el moro gritó: “You understand, I am a man”. Llegó alguien del Hotel, al parecer con capacidad de mando y de decisión, el corrillo se fue disolviendo y el Hall se quedó vacío. Ya en la calle Tania, que se había colgado de mi brazo desde el momento en que roció el espacio de delante del moro con los billetes de dinero, me miró, me dio un beso y me dijo... “Now, I see you care for me”. Tuve que sentir en la pulpa de mi visceración el veneno inundante y aniquilador de los celos para que Tania me dedicara aquel cumplido.

En el avión de regreso a España coincidí con el grupo musical “Ellos y ellas”, de Granada, que venían de trabajar en Japón y habían hecho escala en Moscú. En el aeropuerto el Hotel que para tales menesteres [o sea, estar de escala técnica] reservaban las autoridades soviéticas, según contaban, rozaba la catalogación de sórdido. No me choca. El sistema soviético no estaba interesado en promocionar ese tipo de viajeros. Patricio Cuadros, su preciosa y jovialísima mujer Cristina, y yo, vinimos cantando buena parte del camino. Según me explicitaron, su habilidad para mimetizar palabras, y su natural conocimiento de la conjugación de tiempos y sonidos, les permitía interpretar canciones en inglés, por ejemplo, y en la lengua que fuera, sin entrar muy en detalle de lo que el texto quisiera decir. Una versatilidad de la técnica. Un broche de signo casero y exótico a la par, para mi tercer viaje a Moscú.

**Nina: Leningrado; Natalje: Moscú (Rusia, URSS). María José;  
Vicenta; Marisa Belilla . . . Excursión marzo 1983**

Hay nombres, sí, para cuya pronunciación se necesita apelar a buena parte de la fortaleza del corazón de uno; secuencias cuyo tratamiento requiere esmerados pertrechos de lucidez y voluntarioso rigor; asuntos literarios respecto de los cuales parece que no terminaríamos de pulir nuestros resortes expresivos. Tal con Nina, la protagonista principal de esta viñeta, última que, por ahora, mi pluma haya dedicado a la entonces todavía Unión Soviética. En síntesis de urgencia me tomo la, supongo, perdonable libertad de recordarle al lector que yo había conocido a Nina en 1977, en mi segundo viaje a la URSS y primera visita a Leningrado. Actuaba de guía de nuestro grupo y desde el momento inicial me pareció un pedazo de mujer en toda regla, asistida por un conjunto de atributos que podían compendiarse en su feminidad y en su eficacia. Su español era de una corrección y riqueza asombrosas, y la discreción y compostura con las que llevaba a cabo sus funciones eran, asimismo, exquisitas. Nos hallamos en el apogeo de la época de Breznev, cuando la URSS imponía con intensidad y pureza los principios convivenciales que década y media más tarde formarían, como resultado de su demolición, un conjunto estrepitoso de escombros. En 1977 la figura del Estado paternalista, todopoderoso, vigilante y monopolizador de la cosa pública y aun de la privada era lo que imperaba. El código de la impermeabilización de la sociedad soviética a los flujos del exterior se relajaba únicamente mediante la cuota controlada del turismo, sin que este factor ni contingencia alguna imaginable pudiera hacer pensar en un desmantelamiento, ni siquiera inquietud, en el sistema de vida de la URSS. Nina, como empleada “senior” de Intourist era bien consciente del grado indiscutible de preeminencia que concurría en su persona por razón de su cargo. Y yo también desde el primer momento me hice a la idea de tener que digerir tan enojoso obstáculo, que hacía de nuestros intentos de comunicación algo que había que llevar a cabo con extremada cautela y con un supuesto y parsimonioso desentendimiento. El paraíso soviético socialista no permitía que una

empleada de Intourist [la agencia estatal de turismo, como ya sabemos] se relacionara epistolarmente con un extranjero; y mucho menos, que allí mismo donde tuviere lugar la visita turística y el menester de la guía, se propiciara contacto ninguno entre los interesados. Nina conocía sus limitaciones y ni las celebraba ni dramatizaba sobre ellas. Simplemente cumplía como funcionaria que era de su Estado, y lo hacía a las mil maravillas. Huelga decir que yo tuve que hacerla ver el horizonte de incumbencia que despertaba su persona en la conciencia mía. Tuvo que ocurrir que en algún “fuera de juego” del grupo aquel de 1977 Nina yo nos intercambiáramos las direcciones postales. La mía, completa y sin problemas, como cabe esperar. La de ella, a casa de una amiga, Elena Panteleeva, y aun así, recomendándome no escribir directamente con palmaria univocidad su nombre, sino más bien servirme de alguna clave de referencia, por otra parte evidente. Nos cambiamos un par de comunicaciones: Yo la escribí dos cartas y ella me escribió una, comedida pero gratificadamente femenina, esperanzada y cálida.

De esta manera transcurrieron más de cinco años. Mi concernimiento respecto de Nina, mejor dicho, mi interés, una vez comenzado, quería yo al menos comprobar su ulterior desarrollo estético. De momento y únicamente se había sustentado en esas breves comunicaciones epistolares a las que yo también, por pura diletancia y optimismo, no dejaba de concederles cierto valor cargado de futuro. Para sorpresa, halago y, en parte, preocupación y responsabilidad mías, en la segunda mitad del mes de agosto de 1982 recibo esta carta de Elena Panteleeva, la amiga de Nina, a la que había dirigido yo mis mensajes anteriores. Elena había conseguido trasladarse a Barcelona según parece hacía ya un año, es decir, a mediados de 1981, y desde allí me escribía esto, absolutamente decisivo y que traslado literalmente:

16/08/82

Estimado Sr. Tomás:

Acabo de recibir una carta de una amiga de Nina, Natalia, que dice que puedo darle su dirección para que pueda escribir a Nina (como le había escrito antes, Nina no puede recibir sus cartas en su domicilio, porque por cualquier sospecha de relaciones extraoficiales con un extranjero la echarían de su trabajo, aunque siempre puede mandarle una postal en tono "neutral" -porque la leerán- a la "Intourist", Leningrado). Parece que Nina está bastante desanimada y, aunque ya hice bastantes tentativas infructuosas en este sentido, me pregunto si no tendrá Vd. uno o dos amigos solteros para sacar a Nina y a Natalia, casándose (el matrimonio es nulo una vez en España). Se precisarán dos viajes a Rusia, para presentar la solicitud del matrimonio y para la boda propiamente. Por mi experiencia puedo decirle con seguridad casi, que no se tarda mucho en ganar el dinero suficiente para devolverle esta deuda.

Le ruego que, si le escribe a Nina o, si viaja a Leningrado, y llama a Natalia, procure no mencionar el apellido de Nina ni escribirle nada sobre su deseo de emigrar. En el sobre no escriba el nombre de Nina, simplemente empiece la carta con su nombre.

Suerte,

Elena

En el reverso del medio folio de papel que emplea me especifica la dirección de Natalia Nikitina en Leningrado y su teléfono. Esta carta, parte de cuyo contenido no significaría coincidencia alguna con la realidad, como en su momento veremos, fue lo que terminó de hacer que mi decisión de viajar de nuevo a Leningrado se llevara a término. Me hice a la idea de volver a ver a Nina, y de asumir, de trasegar mejor dicho, de la mejor manera posible y de momento, los puntos de naturaleza tan delicada y



vivencial con los que Elena cumplimentaba su comunicación. Sabido es que al socaire del progresivo desmantelamiento de nuestra teocracia, y del advenimiento de los ambientes así llamados democráticos, todo lo relativo al Derecho de familia había experimentado una rápida y vigorosa transformación. La ley canónica, sin dejar de ser eso, canónica, instrumentó un cada vez más nutrido repertorio de salidas para que muchísimas parejas encalladas pudieran ponerse nuevamente a flote. Los Tribunales eclesiásticos antes –y aun inmediatamente después– de nuestra Ley de Divorcio de julio de 1981, y como si se tratara de ofertas al por mayor, de saldos a precios cada vez más populares, flexibilizaron sus resortes y decretaron la  *nulidad*, como digo, de muchos “empapelamientos”. Lo cual, sin dejar de ser operativo, generó, sin embargo, no pocos quebraderos de cabeza. La carta de Elena apunta a una parte, acaso la más folklórica, de la problemática. Según ella, tanto Nina como Natalia estaban esperando a un par de caballeros que se decidiesen a sacarlas de allí mediante el socorrido sistema del contrato de matrimonio con opción de anulabilidad posterior, si ello procediere. Por si fuera poco, mi caso añadía un factor de infrecuente vivencialidad, ya que, por muy buena voluntad que Elena hubiera puesto en la interpretación del criterio y del estado de ánimo de Nina, mi ignorancia real del asunto era completa. Eso sí, me halagaba pensar que Nina me había parecido una gran mujer y que en el peor, peor de los supuestos, someterme por escrito a un contrato matrimonial con una criatura como ella hasta podría entenderse como tolerable. Yo, obvio decirlo, no había vuelto a saber de Nina desde ya hacía bastante tiempo. La carta de Elena, en buena parte, explicaba la causa, y todo ello junto con la especulación más o menos gratuita que había quedado establecida a expensas de los sentimientos y del estado emocional de Nina, todo ello, digo, añadido a la natural propensión que ya albergaba mi alma por el tema, determinaron que yo contemplara como inevitable una visita..., por lo menos una visita más a Leningrado.

A todo esto nos encontramos a principios del curso 1982-1983, y pasadas las rondas de octubre y consolidado el trimestre, me apresté

para ir a Alemania y recoger mi nuevo coche Mercedes durante el periodo de Navidad. El esquema no podía ser ni más sencillo ni más propio: A mi regreso de Stuttgart me detendría en Barcelona, aprovecharía para que me hicieran la primera revisión a los alrededores de 1.000 kilómetros de rodaje y procuraría entrevistarme con Elena Panteleeva. Más o menos así ocurrió todo. Volé a Stuttgart, recogí mi coche y me lo traje rodando hasta España. Hice una noche en Barcelona y efectivamente, previo telefonazo, nos encontramos Elena y yo en su piso del número 39 de la calle Peligro, más bien una habitación grande, llena de papeles, todo medio destartado, pero que a buen seguro significaría un enorme avance en espacio y libertad respecto de aquello a lo que hubiese estado sometida en la URSS anteriormente. Como me llevé su carta, la cosa fue sobre ruedas. Una conversación cara a cara, a lo vivo, puede suponer un alto grado de matización respecto de los mismos temas que hayan conformado el contenido de una carta previa. Y así con nosotros. Lo de menos es que yo hablase desde mi atalaya de doctor en Derecho civil... ¡matrimonial! Lo de más es que Elena, sin violencia alguna de principios, se avino a reconocer que tal vez el diagnóstico que había aventurado sobre Nina no fuese del todo correcto. Lo que me dijera de su común amiga Natalia quedaba fuera aun de mis especulaciones, por carencia de pruebas, ni siquiera indicios, por parte mía. Pero Nina en ningún momento había dejado traslucir el más ligero síntoma de querer salir de su país, de esa manera que bien podría tener visos de definitiva; o por lo menos de sopesadamente deseada a voluntad. Nina me pareció siempre una extraordinaria mujer en la que concurrían atributos de claridad mental, conocimiento de las realidades sociales no sólo de su país sino de otros muchos con los que la URSS pudiese sostener un pulso comparativo; y por último un envidiable sentido del discernimiento que la libraba de perderse en las procelosidades de las apariencias y de los falsos paraísos...

Bueno. Elena y yo sostuvimos una larga conversación. Ella no dejaba de fumar y de tomar café. Se hallaba traduciendo... la obra, no sé si algo o toda la obra completa del escritor checo a quien le habían

concedido el Nobel de Literatura recientemente. Elena, como buena intelectual soviética dominaba a la perfección cuatro o cinco idiomas –entre ellos, por supuesto, el castellano– y se ganaba así la vida. Era una mujer corpulenta, de unos 40 años, comunicativa sin llegar a lo cordial; educada pero sin ningún tipo de edulcoraciones empáticas. Creo que me las compuse para hacerla ver que nuestro encuentro constituía el mejor incentivo, la remoción de cualquier duda, si es que la hubiera habido, para yo decidirme a viajar a Leningrado, por lo menos una vez más, ver a Nina y hacerme cargo de la situación por mí mismo, de primera mano, “on the spot”.

No conservo ni memoria ni registro documental sobre si después de mi encuentro con Elena escribí efectivamente a Nina a través de Natalia Nikitina. Supongo que sí, y además dándolas a entender que estaba decidido a verlas. Nos encontramos ya a primeros de 1983 y todo fue cuestión de espigar entre las ofertas numerosísimas de excursiones de Semana Santa a la URSS, limitadas únicamente a Moscú y Leningrado. Elegí una, del 26 de marzo al 3 de abril, que me pareció buena, tanto por el diseño de fechas y estancias, como porque se habían aumentado algo los precios en razón del número reducido de viajeros que la Agencia Meliá había previsto acomodar en el grupo en cuestión. En todo aquel primer trimestre de 1983 yo anduve preparándome el ánimo y en sucesivos raptos de previsión, que tanto aplaudía como vituperaba mi conciencia, dejé listos una serie de papeles para llevarme a la URSS, en caso de que... –así me lo quería yo imaginar– un remolino de obcecación, un arrebato de desmantelamiento de mis defensas, y siempre contando con Nina, claro, me colocase en la tesitura de ser consecuente documentalmente con el negocio jurídico en el que me vería inmerso. Y así preparé una ‘fe de vida y estado’; el pasaporte en regla, por supuesto; un DNI también, como sustituto suficiente del pasaporte; una partida de nacimiento legalizada; un documento redactado en castellano y en inglés, de capitulaciones matrimoniales sobre separación absoluta de bienes. La enumeración de todos estos embelecocos, cuya sola existencia enrarece el espíritu de libertad omnímoda a que toda

persona debiera tender..., pues claro es que puede producir risa, pasmo o ambas cosas en el lector. Yo estaba decidido en cualquier caso a que por mí no quedase, y así, aun a fuer de curarme en salud de manera tan desproporcionada, no quise que la casualidad o la improvisación pudiese tomar rehenes a mis expensas.

Todo llega, y el día de nuestra partida desde Barajas no fue excepción. El grupo lo componíamos trece viajeros, incluyendo a una guía española, delegada de la Agencia Meliá. A partir de aquel momento una imprevista y magnífica y original dimensión vivencial apareció en el panorama de mi espíritu. Allí mismo, antes de embarcar, conocí a María José Caldentey (Sra. de Contreras), estupenda chica, extraordinaria compañera de viaje, inspirada y concienzuda cronista. M<sup>a</sup> José viajaba con una amiga suya, bastante mayor, también catalana, Vicenta Vives. M<sup>a</sup> José, Licenciada en Filología Hispánica, era, como digo, proclive a la escritura y en su momento me haría llegar el elegante resumen, desde su órbita, de nuestro viaje en prosa concisa pero muy completa en sus precisiones; muy clara en el menester de explicar al lector con paso seguro e inequívoco la realidad objetiva de las cosas de la URSS con que ella, M<sup>a</sup> José, se topaba por primera vez entonces. Vicenta era viuda desde hacía ya algunos años, y entre ellas dos –siempre contando con el beneplácito de Jordi, el marido de M<sup>a</sup> José, un gran tipo, generoso, amable y comprensivo, como tendría yo ocasión de descubrir meses más tarde–, entre ellas dos, digo, se había consolidado una como sociedad viajera que funcionaba a la perfección.

Ocurrió como suele ocurrir con temas de esta naturaleza, y es que conectamos muy pronto, casi de inmediato, las dos señoras y yo [queda fuera de lugar en esta viñeta la comunicación amistoso-literaria que yo seguiría sosteniendo ya indefinidamente con M<sup>a</sup> José; y hasta la visita que hicimos al matrimonio Contreras mis dos sobrinos y yo, en Sitges, ese mismo verano de 1983... o acaso de 1984]. Por eso de que los documentos que yo llevaba conmigo viajasen con el máximo de garantías, iba yo pertrechado de mi maletín-estuche inglés, de

ejecutivo, que prestaba a mi persona una fachada de negociante, o de negociador más bien, altamente pintoresca. Las cosas pasan, ocurren, y a veces lo hacen de tal manera que ellas por sí solas se las arreglan para organizarse y para producir unos efectos que ni toda la preparación de los humanos podrían darse maña en alcanzar. Fuere lo que fuere, el caso es que nada más saludarnos allí en el aeropuerto comencé a “bacilar” con M<sup>a</sup> José y con Vicenta, sirviéndome como hipótesis de trabajo que la una fuese hija, sobrina, o algo así de la otra. Recuerdo que nada más dirigirme a ellas, ambas me miraron en clave especial [fechas más tarde me lo revelarían] como preguntándose quién era yo en realidad, y a qué demonios iba yo a la URSS provisto de tan sofisticada maletita o cabás para documentos. [También días más tarde y ya en vena de eutrapelias para-confidenciales me harían saber que en un principio pensaron que yo iba en misión oficial de algún tipo a Moscú: Todo por el efecto que producía en mi persona el aditamento de mi maletín inglés de ejecutivo]

Pero como acabo de apuntar hay cosas que suceden, hay situaciones que se producen espontáneamente como si hubiesen ensayado todo el tiempo del mundo una representación, unas mostraciones, unos resultados, y sin que nosotros los humanos podamos jactarnos de ser protagonistas de nada. M<sup>a</sup> José y Vicenta entraban al trapo de todas mis ocurrencias y razones y así ellas, a su vez y de la forma más eficaz que uno pueda imaginarse, me daban pábulo a mí para seguir ensayando expresiones ambiguas, en las que mezclaba atisbos de estilismo con brocardos idiolécticos, vocablos rebuscados sin por ello dejar de ser un paradigma de corrección, y sentidos que participaban de lo abstruso, lúdico y hasta en ocasiones crípticamente iconoclasta. Yo exploté a fondo la situación desde un principio y durante el curso de la excursión entera. Como también indiqué, mi entrar en contacto con aquella pareja de mujeres formidables fructificó en un transvase de empatía por parte de todos nosotros en muchos años sucesivos e inmediatamente después de este viaje a la URSS en la Semana Santa de 1983.

Ya en el avión caí sentado junto a un español que viajaba a Moscú para seguir un tratamiento de la vista en un Instituto de Microcirugía ocular y/o de Oftalmología, creo que el Gelmgoltz. Se trataba de un muchacho joven, comunicativo y bien informado. Charlamos de casi todo, y por la dinámica natural de las cosas salió a relucir el tema “caviar”. Yo tenía muy en cuenta que cinco años atrás la lata grande aquélla que conseguí encontrar en el buffet del Hotel Rossia, y que asimismo nos dimos maña a justificar en la aduana como regalo de Angelina y Larissa, allí presentes..., aquella lata era una de las últimas “gangas” a mi alcance. Testimonios de unos y de otros coincidían, a pesar de los detalles discrepantes, en una misma realidad, a saber: Que la demanda de caviar por los extranjeros se había multiplicado por no sé cuántos, y que las autoridades habían cerrado la mano de forma drástica. Todavía más, para añadir morbo disuasorio a la cosa: Se nos había asegurado que si algún confiado mortal encontraba una caja de aquéllas, de casi dos kilos..., que aun pagándola a peso de oro quedaba expuesto a que se la requisaran en la intervención de aduana de salida del aeropuerto, sin que se pudiera reclamar bajo ningún concepto, por ser una exportación prohibida, aun cuando la publicidad de dicha prohibición quedase normalmente fuera del alcance y de las entendederas del cándido turista. Por lo visto se había montado una especie como de empresa tácita entre los vendedores de caviar y los funcionarios del aeropuerto: Así, al menos en teoría, una lata podía ser vendida nadie sabe la de veces y seguir permaneciendo siempre como patrimonio y riqueza del pueblo de la URSS. Supongo que en todo ello habría evidente exageración pero las historias, todas, apuntaban inequívocamente a la altísima improbabilidad de que un mortal cualquiera, turista para más señas, se hiciera con una de aquellas latas grandes, parecidas a las nuestras de anchoas (o de escabeche o de atún, o de sardinas o de caballa) por métodos normales, convencionales, o sea, pagando el caviar en rublos previamente obtenidos por venta de dólares USA en el mercado libre, y de esa forma lograr casi dos kilos de caviar por unas 7.000 pesetas cuando en

España, por ejemplo, no bajaría de las 50.000, y estoy hablando de precios de 1983.

Mi amigo de circunstancias, el enfermo de la vista en busca de seguir su tratamiento en Moscú, dio su verdadera talla de hombre enterado, sobre todo en lo que se refería a la situación y al perfil de las cosas en aquellos años precisamente, al sugerirme que la única manera de poder pasar “una cierta cantidad” de caviar por la aduana, y siempre, claro, que uno tuviera la maña o la suerte de encontrarlo, era... hacer creer a las autoridades que se trataba de un producto para el propio consumo en razón de sus cualidades salutíferas como dieta, frecuentemente recomendado por los médicos de la URSS. Para lo cual, el procedimiento más fehaciente de desterrar cualquier sospecha de posterior venta, comercialización o manejo de intermediario, era transvasarlo a uno, dos, o tantos jarros o recipientes de cristal como hicieran falta; cerrarlos de forma convencional sin ningún tipo de precinto, y hacer ver que se trataba de algo prescrito para el propio consumo. Tomé buena nota de ello y ya verá el lector en su momento la materialización del plan y el éxito de semejante estrategia.

A todo esto el diseño del viaje completo era llegar ese mismo día 26 a Moscú: Hacer noche; salir a la mañana siguiente para Leningrado; pasar allí tres días y tres noches; regresar a Moscú y terminar las restantes cuatro jornadas antes de volver a casa. Como se observará, muy poco operativo, aun sin dejar de ser una buena excursión, con precios sensiblemente por encima de los de otras organizaciones más populares. Lo normal hubiera sido un vuelo directo sin escalas y puntual a Leningrado, etc. En su defecto, una llegada a buena hora a Moscú, y empalme desde allí para Leningrado (tiempo de vuelo: 1 hora) y consumir los días que estuviesen asignados a una y otra ciudad, seguidos, sin ningún tipo de interrupción intermedia, etc. Pero nada de esto que entendemos por lógica, operatividad y eficacia capitalista tenía sentido en las mentes y en la praxis de los soviéticos. El viaje, que arrancó de Madrid a eso de las 11:00 am, con una escala no anunciada de casi dos horas en el

Berlín oriental, nos dejó en Moscú sobre las 18:00 pm. Allí en el aeropuerto de Seremetyevo, ya renovado, nos tuvieron otras dos horas entretenidos con la comprobación de los pasaportes, todo lo cual, unido a la hora y media larga que tardamos en desplazarnos hasta el Hotel Kosmos hizo que el viaje de puerta a puerta, o sea, desde que me levanté de mi cama en Alcalá de Henares hasta que avisté la del hotel de Moscú, consumiera *doce horas*, que se dice pronto, *doce horas*, cuando un avión de Barajas a Moscú, directo y sin escalas hace el trayecto en sólo algo más de cuatro. A eso me refiero cuando deseo ilustrar mi tremendo rechazo a los viajes; a la progresión geométrica de frustración y cansancio y mala hostia que se va produciendo entre cada dos horas consecutivas conforme se avanza hacia la culminación de todo el recorrido; a la inaguantabilidad de tales tropelías, a menos que uno vaya inflamado en proyectos teleológicos de fuste especial que le alivien y amortigüen el sinsabor material de tanta desconsideración. Aquí viaje fue uno de los más dilatados y pesados que yo recuerde en proporción a la razonable y no excesiva distancia de que estamos hablando. Uno de los viajes que le dejan a uno sin ganas de... viajar. Una penitencia. Una paliza. Pero, ¿qué era todo ello dentro del gran organigrama de la idiosincrasia soviética? Pues nada.

Nos llevaron a Moscú a dormir la noche del 26 para tenernos listos al día siguiente temprano y trasladarnos a Leningrado. Desde 1980, año de las Olimpiadas, Moscú contaba con alguna mejora en sus infraestructuras. El Hotel Kosmos, en la Avenida de la Paz, en dirección ligeramente noroeste, y por afuera ya del anillo de circunvalación “Sadovoye Koltso” (“Garden Ring”) constituía la construcción turística más sobresaliente que los moscovitas realizaron como apoyo logístico de los Juegos. Era un mastodonte en forma de arco de elipse, de más de 30 pisos, y con capacidad para más de 4.000 huéspedes que, en cierta manera, reemplazaba al primer gigante, el Rossia. Aquella noche no nos dio tiempo más que para caer desvencijados en la cama y deshacer lo mínimo del equipaje. Pues ésa es otra de las pegas más significativas de dichas estancias de conexión de una sola noche que siente uno como desproporcionado: Desplegar



las pocas o muchas cosas que lleve para tener que empaquetarlas unas horas más tarde; y así la disyuntiva no puede ser más desconsoladora: O privarse de los servicios que prestan los útiles para tal fin; o darse uno la paliza trabajando tontamente.

Sufrimos la primera madrugada a eso de las 07:00 am. aunque se tratara de tomar el avión para Leningrado pasadas las 11:00. Una vez más, nunca la última, el sentido del trabajo en la URSS no tiene que ver nada con el concepto occidental. La URSS blasonaba de no tener prácticamente parados, y era verdad. La gente, en general, producía muy poco o nada. El Estado totalitario ocupaba a las masas con sandeces estériles: Ejemplo, si se tratara de fabricar piezas de construcción, ladrillos, digamos, la concepción soviética justificaría sus presupuestos socio-económicos haciendo que una persona se pasara todo el día fabricando un par de ladrillos; o que un funcionario en un centro u organismo político traslade sillas de una habitación a otra y que, a su vez, las mismas sillas sean devueltas a su lugar de origen por otro funcionario. Así se llega a la fórmula de tener a todo el mundo ocupado pero sin producir nada. Los verdaderos puestos productivos de responsabilidad tienen que ver con la defensa y con la fabricación de armas y artilugios de guerra, fría o caliente; y ahí, en ese plano, sí puede hablarse de producción. El turismo proporcionaba a los soviéticos una formidable excusa de justificar horas de trabajo a costa de los sufridos viajeros, cuyos esquemas de valores sobre las ecuaciones de producción-tiempo diferían por entero de las de los responsables del invento. Una guía turística soviética, por ejemplo, se levantaría muy temprano a lo largo de todo el año para justificar su no hacer nada. Con turistas, su justificación quedaba materializada. Se suponía que para tener acceso al desayuno que se nos servía a las 07:30 am. habría que levantarse a eso de las 07:00 am, digo yo. Bien. Luego, a eso de las 08:30 am. nos metían en el autobús, camino del aeropuerto. La marcha de estos trastos jamás pasaba de los 40 kilómetros/h, cosa muy loable si el turista no quedara apercebido de que siempre y en cualquier supuesto se trataba de llenar tiempo y tiempo, de estirar tiempo y tiempo, porque de otra forma nuestra

conciencia seguiría transcurriendo con arreglo a su algoritmo inmutable, idéntico y secreto..., sólo que vacío, carente de referencias. El viaje al aeropuerto, una hora de duración. Y ya en el aeropuerto, una espera de una hora y media, hasta embarcarse a las 11:00 am. En Occidente eso, para un vuelo nacional, podría reducirse prácticamente a la mitad: Levantarse a las 09:00, tomar el autobús a las 10:00 y llegar al aerodromo a las 10:30, para tomar el avión a las 11:15 tiempo real, tratándose como en nuestro caso de un grupo de 13 personas con guía, cuyos pasaportes se entregaban en bloque y cuya comprobación era cosa de dos o tres minutos. El viaje de Madrid a Moscú, la misma historia: Nos podríamos haber ahorrado cuatro horas de la manera que ya vimos, volando directo y expeditando los trámites a la llegada a Moscú. Cosas así son las que han desacreditado el sistema de vida y la concepción convivencial de las culturas así llamadas socialistas, nacidas de la Revolución de 1917. Y no digamos de algún vástago listo, que hasta quiera haber adelantado a sus maestros, como sería el caso de Cuba: Allí la Revolución tiene bastante con airear los logros constantes que el régimen propicia: Todas las semanas se inaugura un centro, una casa, un habitáculo, una sede... para el Partido; construcciones de las que la iniciativa privada podría realizar cien veces más en la mitad del tiempo. Pero el caso, ya dije, es mantener ocupado al personal e inflarles la conciencia de demagogia, para provecho de los enfebrecidos y visionarios dirigentes.

Bueno: Toda esta digresión cargante supongo que sabrá el lector disculparla porque acaso así haya conseguido yo infundirle los grados de evidencia de que ciertas cosas no funcionan respecto de ciertas personas y en momentos concretos.

Hemos llegado a Leningrado a media mañana y se nos traslada al Hotel Pulkovskaya, en el número 1 de la Plaza de la Victoria, cerca del monumento conmemorativo de los héroes que defendieron la ciudad durante el asedio nazi en la pasada guerra mundial, que es un complejo escultórico, alongado, grandioso en verdad, cubriendo el centro de un boulevard a modo de plaza. Arribamos al Hotel, como

digo, casi a la hora de comer. Porque ésa es otra de las martingalas de estos diseños de entretenimiento turístico: Al viajero se le colma de comida, y como cada convocatoria prandial se acompaña de un antes y de un después, además del correspondiente durante, resulta que una buena parte del tiempo se consume con el estúpido señuelo de las horas de la comida, ¡¡como si uno saliera de su casa a comer!! Tomamos posesión de nuestras habitaciones, y se nos concede una media hora para visitar las instalaciones del Hotel, sobre todo para dar oportunidad a los infatigables compradores de cargar con algún chisme más, supongo que repetido, de la inevitable Beryozka...

Mi espíritu comenzaba a agolpar instancias cómplices, perspectivas inéditas que tanto me replegaban en mi irresolución como me exacerbaban de temeridad. Tampoco guardo pruebas ni siquiera registros en mi memoria sobre alguna comunicación por escrito que nos intercambiásemos Natalia y yo en todo aquel ámbito temporal que arrancaba de mi encuentro con Elena en Barcelona. Pero estoy seguro de que tuve que escribir a la camarada Nikitina, apercibiéndola de todos los detalles de mi viaje. Puedo casi garantizar que aquel día 27 de marzo de 1983 Natalia estaba esperando mi llamada, mi ponerme con ella en contacto, mi primer movimiento, un conato de fe de vida por mi parte, lo que fuera. Seguro también que Nina habría sido informada de mi programada estancia en Leningrado. Casi, casi me dio un vértigo cuando en el rato que nos concedió la organización antes de comer para asearnos y dar una vuelta me pareció ver a Nina, sí, a la misma Nina en persona en la Beryozka, acompañando a otro grupo de turistas. ¿Era ella? Sí, no podía ser otra: Su gesto recatado; su cimbreo elegante..., la persuasión inundadora de sus modales. Nos cruzamos un proyecto de sonrisa, ni eso..., un conato de comprobación escrutadora, de intercambio de reconocimiento. Pero acercarme a ella allí y entonces hubiera sido una torpeza evidente, un error crasísimo. Yo me había hecho a la idea de no dar un paso que no se ciñese al esquema de los oficios intermediarios de Natalia..., a la que ya, sin más preámbulos telefoneé...

La invité a comer con nosotros pero no podía. Eso me dijo. Quedamos para aquella misma tarde, en el Hotel Yevropeiskaya, en la calle Brodsky, perpendicular y pegando a Nevsky Prospekt. Me hizo saber el atuendo con el que se presentaría vestida, etc. Después de comer creo que el grupo la emprendió con la primera de las visitas, probablemente al Hermitage, que yo por razones obvias decliné amablemente, para curiosidad añadida de M<sup>a</sup> José y Vicenta que se preguntarían por la razón de mi estancia allí. Me quedé tumbado, recuperando las fuerzas consumidas en el diseño tan disparatado de nuestro viaje. Mi cometido en Leningrado era muy concreto y no tenía ganas de dejarme llevar por el rigor rutinario y asexuado de las visitas a monumentos ni a más lugares de arte...

A la hora convenida cogí un taxi y me fui al Hotel Yevropeiskaya. Esperé un poquito. Es extraordinario sentirse uno turista en ciertos sitios; es como si en nuestra persona transportáramos un reducto inexpugnable e inacabable de recursos de inmunidad. La sensación de saberse con la suficiente independencia, con la pequeña libertad concreta de acometer el, sin embargo, significativo acto de voluntad de ir a un país y poder salir de él, en oposición a los propios nacionales, eso... produce un ensanche en las dimensiones con las que contemplar el mundo. Llegué al Hotel y esperé por allí un ratito, como digo. Quiero recordar aquel vestíbulo como de color predominantemente rojo, con paredes de cristalera, muy tradicional en clave de opulencia. Escribo esto en 1998, quince años justos después de aquella última visita a Leningrado, y hasta siento el regusto de aventurar dicha fijación cromática..., igual que el vestido encarnado en el que se confundía un cuerpo de mujer, ni alto ni bajo, ni imantantemente bonito como para monopolizar el curso de la mirada, pero tampoco para dejar de indagar pasada la primera inspección...

Se trataba de Natalia Nikitina. Nos sentamos a cenar en una especie como de sección reservada del Hall-Comedor. Parte de nuestro temario estaba ya formulado y planteado. Los asuntos comunes de Elena y de Nina franqueaban con toda seguridad nuestra

conversación y nos protegían de las cualesquiera incursiones hacia materias que pudieren considerarse más procelosas. A las primeras rondas de charla Natalia se destapó como un tipo de mujer sobresaliente. He dicho “un tipo”. De no tener yo mi incumbencia surta en mi recreación de Nina; de no haber cortado yo las amarras de mi referencia a criatura alguna que no fuera Nina; de no haber trucado yo los dados del azar, y de la voluntad, y de mi horizonte vivencial en favor de Nina..., no sé lo que hubiera pasado. Natalia encarnaba a uno de esos seres excepcionales en quienes –y siempre a los ojos de un occidental europeo llegado de un país con cierto grado de libertad– las restricciones reinantes se traducían en resultados de una portentosa competencia, de un ejemplar valor. Su español, prácticamente, no podía distinguirse del que emplease un nativo, y acaso más rico, más completo, más especioso. Asombraba el dominio que tenía del vocabulario y de la sintaxis, y eso sin haber pisado nunca un solo país de habla hispana. Natalia era una inconformista frontal con el régimen de la URSS. Las cosas ya no estaban como cuando Stalin, y de ahí que la forma como las autoridades penalizaban su perpetua “objeción de conciencia” era incordiando a Natalia con alguna que otra visita rutinaria a su domicilio para asegurarse de que si no quería trabajar para el Estado, al menos no protagonizaba actividades subversivas. Parece que Natalia había sido guía turística, pero que su actitud rebelde la acarrió su retirada de semejante menester supuestamente preeminente y selecto dentro de la nomenclatura de valores de la sociedad soviética. A Natalia no parecía importarle nada. Justificaba su colaboración con el Estado trabajando varias horas a la semana en una Escuela de Arte, en calidad de... no sé qué. El asunto del matrimonio de conveniencias que con tanta inequívoca seguridad supuesta había tocado Elena en su carta, aquí ni se mencionó. Era curioso. Yo estaba allí con Natalia, y en circunstancias normales nuestra amistad se hubiera esmaltado en sesiones de intimidad más apremiantes con las que, acaso, Natalia hubiera dispuesto de una buena plataforma de razones y de mostraciones para animarme a “rescatarla” mediante el “empapelamiento” ya indicado. Pero tanto

ella como yo estábamos referidos, vinculados a Nina: Natalia, como amiga íntima; yo, como enamorado en abstracto y potencialmente gestor de cualquier curso de acción que se me presentara enfrente de la conciencia mía. En todo caso, Natalia, con su espléndida intuición, se apercibió del grado de fijación y de claridad que asistía a mi criterio en el asunto de Nina, y ni por un momento rozó la más mínima o incruenta insinuación.

Aquella primera reunión con Natalia sirvió a ésta para concienciarse de que mi curiosidad vivencial por Nina era real; que estaba allí para llevar a cabo todo lo que hiciera falta con el fin de esclarecer el sentido de mi referencia a aquella mujer. También supongo que Natalia fijaría en su mente la genealogía y el talante de todas y cada una de las vibraciones que yo emitiera respecto de Nina para poder transvasarla a ésta, siquiera, un adelanto del estado anímico del hombre con quien pensaba conectarla... al día siguiente. Porque fue para el día siguiente para cuando concertamos que Natalia me guiaría, me llevaría materialmente a Nina. ¡Oh, qué mujeres éstas tan maravillosas! Cuando una mujer no está contagiada por ninguno de los típicos virus de la rencilla, del despecho, de la acritud, su gestión se convierte en la más providencial de las embajadas, en el más elocuente de los parlamentos, en la más eficaz de las intercesiones. Así con Natalia. Aquella mujer tenía todos los resortes para que mi empeño, al menos en su tramo procedimental, llegase a buen puerto. Así quedamos. Así nos lo deseamos para el próximo día, conviniendo en que Natalia me recogería en el Hotel donde yo me hospedaba, para desde allí llevarme directamente al lado de Nina. ¿Se imagina el lector este ambiente tan poco rectilíneo en el que se tenían que desarrollar mis expectativas vivenciales? Pero tal vez aquel enrarecimiento atizaba el ardor de mis anticipaciones que en realidad se apoyaban en basamentos gaseosos, en razones de voluntarismo impenitente. Aquel día, después de estar con Natalia, sólo hice meterme en la cama, a ver si mi cuerpo conseguía algún acopio de fuerzas reparadoras, y podía ser un digno y decente templo de mi alma, a la que esperaban arduas y comprometidas situaciones.

El día 28 lo pasé solo hasta la hora de comer en que me uní a mi grupo. Se trataba de gente realmente buena, matrimonios acomodados y, además, eso que entendemos en inglés como “easy-going people”, tratables. Aparte de mí, los dos otros miembros sueltos del grupo eran la delegada de la Agencia, Asunción Lázaro, una chica educada y sin grandes deseos de protagonismo; y una norteamericana afincada en España, Pamela Knudson, que parecía estar algo chiflada y que, siempre en clave de buena fe y bobaliconería, nos amenizaba con ocurrencias de alto e improbable pintoresquismo. Con M<sup>a</sup> José Caldentey (Sra. de Contreras) y Vicenta Vives creo haber apuntado que continué una trabada y buena amistad, apuntalada mediante frecuente correspondencia y con un par de visitas que hice a los Contreras en su propio Sitges. El matrimonio Belilla (Enrique, prestigioso oftalmólogo, y Marisa) eran de La Rioja, y ese mismo verano de 1983 nos invitaron a todo el grupo a pasar con ellos un par de días deliciosos, visitando, por ejemplo, localidades históricas y literarias de la provincia que conservaban la huella y el espíritu de Berceo (San Millán de la Cogolla), dentro de un ambiente de generosísima prodigalidad y de buen gusto; o llevándonos a magníficos santuarios culinarios, como el de Ezcaray; además de la fabulosa comida-merienda-cena con que nos obsequiaron Enrique y Marisa en un asadero, también bodega, de su propiedad en el mismo Logroño, donde los que quisieron y pudieron, estuvimos trasegando pedazos de carne sabrosísimos y buchets de riquísimo vino espeso... hasta bien crecida la madrugada, etc., etc. Decliné toda excursión cultural en Leningrado y esperé con ávida zozobra el momento de encontrarme con Natalia. Estábamos a últimos de marzo y la temperatura era tan sólo de cuatro o cinco grados por encima de cero. Hacía viento, y la oscuridad del Norte parecía imponerse más visiblemente y con más decidida diligencia en Leningrado.

A la hora fijada se presentó Natalia: Dejó el taxi esperando mientras me recogía en el Hotel..., y ya los dos nos dirigimos al punto convenido. No puedo recordar nada, ni siquiera el nombre de la calle o

plaza donde Nina había concertado con Natalia que nos encontraríamos. Yo me dejaba llevar. Había oscurecido y además de la baja temperatura, algún que otro sabanazo de bufante viento conformaban la situación con un inevitable componente típico de guión cinematográfico. Yo me dejaba llevar como un paquete lleno de concernimiento, rebosante de protagonismos y al tiempo, consciente de mi poquedad, de mi absoluto depender de los oficios de los demás, en este caso, Natalia. El taxista condujo y condujo hasta que se detuvo enfrente de una edificación en forma de arcos que ocupaba buena parte de una pequeña explanada o plazoleta, desprovista de tráfico, protegida en un gran sector de su perímetro por la distancia a que se encontraba de otras arterias circulatorias. Nos bajamos Natalia y yo del taxi, le ordenó que esperara, y nada más conducirme unos cuantos pasos, se vino hacia nosotros una figura de mujer, erguida, cimbreada, cuyo bulto se hizo definitivamente asumible y reconocible. Era Nina. Cambié unas palabras con Natalia, ésta me dedicó una sonrisa de aquiescencia y regresó al taxi.

–Hola, ¿cómo estás? – dije yo.

–Hola, ¿cómo estás tú? –dijo Nina.

Llevaba un precioso abrigo color ceniza, ajustado por un cinturón hecho un nudo, elegante dentro de su sencillez; zapatos asimismo sobrios, de medio tacón: Igual atuendo con que nos habíamos visto el día anterior, tan fugazmente, en la Beryozka del Hotel Pulkovskaya. Así se lo hice notar, y así asintió Nina: Que había reparado en que yo me encontraba allí, y que suponía que yo no necesitaba más orientaciones sobre el sigilo y la discreción que debían intervenir en nuestros contactos. Habían transcurrido nada menos que seis años desde que yo había tenido ocasión de mirar a Nina de cerca, a su cara; auscultar sus facciones. Aquella excursión previa a Leningrado de 1977 me había permitido sentarme junto a ella en el autobús de nuestros recorridos y prácticamente por el hecho de viajar yo solo y suelto, monopolizar su compañía y sus explicaciones en toda oportunidad en que el grupo se dispersaba o se reunía. Fue allí, entonces, en 1977, qué duda cabe, donde y cuando eché los cimientos



de la configuración del alma de Nina, del dintorno de todos sus atributos. Para complacencia mía pude percatarme plenamente de que la estructura psico-somática de Nina no había experimentado deterioro alguno; que el halo de armonía que su persona exhalaba al bío-topo de su contigüidad era innegable; que el armazón de su feminidad se había conservado incólume, acrecentado en la inmediatez de su epifanía, en lo acuciante de su aparición.

¿Qué tal, Nina? –diría yo también, acaso.

¿Qué tal tú? –contestaría ella.

Estoy escribiendo esto quince años justos después de haber sucedido, y celebro no recordar detalles, sino hallarme en posesión plenaria, como un todo, del asunto; si acaso, recordar uno o dos árboles, pero sí asumir por entero aquella frondosidad, aquel bosque poblado de vivencias. En un momento dado nos tomamos de las manos, fui haciendo discurrir las mías hacia arriba, por sus brazos, hasta sus hombros, y allí se produjo el acercamiento incontestable de nuestros labios. Tuvimos nuestros alientos consorciados y ensalivados durante mucho tiempo. Lo inodoro del alma de aquella mujer se traducía en regustos y complacencias inéditas para mi espíritu. Estábamos de pie, en plena coincidencia de nuestros cuerpos amortiguada por el espesor de su abrigo color ceniza claro y de mi pelliza muelle y ligera, de color verdoso, la que me compré en Londres. Pero nuestros labios soportaban todo el tráfigo de las incumbencias de nuestras voluntades, todas las transferencias de vivencialidad y ofertorio que los dos necesitábamos celebrar. Sí, venían a mi cabeza los versos de Demetrio Castro Villacañas... “El beso de los labios,/ desgarrada ansia inmensa/ de hacerse carne en otra carne,/ de ofrecerse y morir en el estuche / cálido de otra boca”... Mi sentido de la plástica recuerda bultos en uniforme cruzando a lo lejos, siempre a lo lejos de “mi” asunto; los veía taladrar la bruma reinante y desaparecer por la latitud de otras calles; a veces era un solo individuo; a veces, dos, con botas, capote y gorro. Los había visto al principio, pero cuando decidimos Nina y yo amalgamar nuestras bocas, yo dejé de ver cosas, inundado como estaba de alma por todas

partes, allí, de pie, en el centro de todos los mundos imaginarios, en una gloriosa y prepotente soledad compartida, y sin que me faltara de nada. El istmo de nuestros labios, nuestro beso totalizador que se prolongaba hasta la infinitud de todas las magnitudes imposibles, era el “causeway” que me permitía ir a lo desconocido y reintegrarme con mi mundo; nuestro beso era el pasillo conector de mi alma con aquel mundo gigantesco y abstracto de “lo eslavo”; y la dulcedumbre de la persona de Nina desbordaba de responsabilidad y de concernimiento todas mis expectativas. En aquel beso sostenido, larguísimo y copioso se contuvieron todos los argumentos.

Cuando dejamos que nuestros alientos discurrieran con arreglo a sus flujos y mediciones normales, me quedé mirando a Nina y un poco también al lugar donde habíamos decidido permanecer surtos. Se trataba de un barrio residencial de Leningrado, algo retirado del centro, justo para ese tipo de encuentros guarnicionados de sigilo y discreción. Nina se me apareció una vez más como una real hembra, un portentoso paradigma de mujer, un dechado de compostura y de armonía que, manando de sus veneros profundos, inundaba todas las estribaciones y accidentes exteriores con los que su persona celebrara proximidad. Nuestro beso había querido resumir y dar cuenta de aquellos seis años de referencia distanciada, sostenida por un voluntarioso optimismo, por una dialéctica estética que se autoimpulsaba en razón de inéditas transcendencias. A veces nos quedábamos, así como estábamos de pie uno enfrente del otro, asidos de las manos sin decirnos nada. Cuando Nina parecía alborear una sonrisa era como si se abriesen las compuertas de la beatitud y de la esperanza; como si se me extendiera un título crediticio respecto de futuras recompensas. Otras veces andábamos, lentamente, mirando hacia delante, y de pronto, unimismados como por idéntico resorte u ocurrencia, nos quedábamos quietos de nuevo, escrutándonos los ojos. En cerca de dos horas que duró aquella primera entrevista hablamos, sí, de cosas. Muy en la línea que yo había sospechado, Nina no sólo no propiciaba el sistema del matrimonio desmontable para salir de la URSS, sino que lo consideraba como un engaño que más tarde o más

temprano se traduciría en quebrantos, infelicidad y desavenencias para quienes así lo hubieran perpetrado. Preciosa honradez, preciosa mostración de sentido común la de aquella mujer. Elena, con toda la buena fe que en ella hubiere podido concurrir, estaba equivocada en lo de suponer que Nina quisiera abandonar de ninguna manera la Unión Soviética. Eso, de momento. Pero es que, como digo, Nina desaprobaba el supuesto método del “empapelamiento” o casorio fingido. Terminamos la velada. Me dio un número de teléfono para que al día siguiente, a una hora determinada, la llamase y poder concertar el segundo y último encuentro nuestro antes de que mi grupo y yo regresáramos a Moscú y eventualmente a España. Quedamos en eso. Esperamos a un taxi. Me dejó primero en mi hotel y prosiguió ella a su casa.

Es muy poco ya lo que recuerdo, quiero decir en lo atinente a detalles. Recuerdo lo esencial, eso sí, con todos sus trazos generales de veracidad y concreción. Supongo que llamaría a Nina a la hora convenida. Y nos volvimos a ver, no puedo precisar si en el mismo sitio o no. La catarata emocional del día anterior se había remansado, y al tiempo fue como si, en vez del estruendo de la precipitación de las aguas tumultuosas se hubiera dado lugar a la formación de un piélago lúcido, remansado y espejeante, donde mirarnos nuestros espíritus para toda la vida que fuere por venir. Me dijo –y nunca olvidaré aquella tremenda confesión... nunca degustará mi alma un cumplido tan cabal y tan valioso como aquél, venido de mujer tan egregia como Nina–, me dijo que yo había sido el tema, el asunto, la cuestión o cosa más importante que había aparecido en el horizonte vital de toda su memoria; que yo había sido su mayor problema emocional, la ráfaga perturbadora que en ella –si materia, si espíritu– había sacudido más resortes, había supuesto más tentación de replantearse toda la cosmovisión por la que su existencia absoluta y completa se había conformado...

Tremenda confesión, inagotable tesoro de confidencias lo que aquella mujer me estaba participando. Yo, mi solo yo, ínfimo o

inmenso, mi minúscula tendencia de eternidad legítima, lo que yo representaba, mis palabras, las vibraciones que había conseguido trasladarla durante todo aquel tiempo..., habían sido su mayor, tal vez su único referente, si de tomar partido por algo distinto de todo lo anterior se tratara; si de abandonar el mundo en el que había estado armónicamente inmersa se tratara y..., siquiera como hipótesis de trabajo, se aviniese a considerar otras dimensiones, otros estilos, otras coordenadas por las que regirse. ¡Qué bello cumplido, qué estremecedora confesión la de hacer de mí un elemento perturbador respecto de su vida; la de hacer de mi arrebatada personalidad la piedra de toque de todas sus tribulaciones! ¡Oh, Nina, amor mío, cuán reverentemente lógicos parecerían entonces, por ir a tí dirigidos, todos los ofertorios, todos los ensimismamientos, todos los enaltecidos futuribles! Yo, tu más imperecedero contrapunto... No pude, no supe qué decirle. Nina era especial, esmeradísimo señora. Al participarme que yo había sido el mayor problema emocional de su vida, colmó mis expectativas de alma, encumbró todos los horizontes que mi voluntad se propusiera a partir de entonces. Se trataba de una batalla sin igual. Yo intentaba abrir brecha en el baluarte monolítico del criterio socialista, de la uniformidad conformada, de la obediencia a los designios deshumanizados del grupo, de los más, de los otros. Yo, mi minúsculo yo, llevando por armas tan sólo lo irrepetible de mi individualidad, lo iconoclasta de mis inclinaciones, mi profundo desprecio por todo lo gregario y despersonalizante... No, no podía ser. Los efectivos, las fuerzas de uno y otro lado eran disparatadamente desproporcionadas, incomparablemente irreconciliables. Era lo mismo que pretender abatir las murallas del Kremlin armado de un martillo y de un escoplo; vaciar el mar a cubos, sorber de golpe todos los sinsabores que un alma es capaz de experimentar... Nina representaba un “modelo social” consolidado durante los dos tercios de todo el siglo XX y cuyas señas de identidad descansaban en innumerables holocaustos, desgarros de generaciones, transformación del hábitat espiritual de cientos de millones de criaturas. Y este ensayo

gigantesco de “vida en común”, ¿podría ser minado por la irreverente espontaneidad de un romántico? Dejo al lector que juzgue.

No nos prometimos nada. No nos negamos nada. Simplemente nos separamos, nos despedimos, abiertos sempiternamente a todos los cursos que el espíritu universal quisiera tomar. La dejé una pequeña fotografía mía. Ella supo y seguirá sabiendo donde yo me he hallado también siempre.

Recuerdo que volví a encontrarme con Natalia, necesariamente aquel mismo día. Me sirvió de embalse y ordenación de buena parte de mis emociones. A cada una, lo suyo. Natalia se me apareció, aún más si cabe, como una contestataria de pura cepa, a quien desde mi situación privilegiada de occidental más o menos libre de ir y venir, salir y entrar, la hice receptora de todas las liberalidades que en el *allí* y el *entonces* pudieran computarse. La di unos cuantos buenos dólares para que se regalara algo selecto. Me hizo una serie de encargos para que se los cumplimentara desde España [como así haría yo y veremos en su lugar]. Natalia no se atrevió nunca ni a mencionar el asunto del casorio; hubiera sonado a mercenarismo, en la estela que el perfume exquisito de la conducta de Nina había dejado. No, Natalia estuvo en todo momento a la altura de las circunstancias, y yo hice rumbosamente todo lo que tenía que hacer. No nos llegamos a besar ni a intercambiar mostración alguna de intimidad... inequívoca. Nos despedimos. Regresé al Hotel porque al día siguiente volábamos a Moscú.

Nos llevaron de nuevo al Hotel Kosmos, acaso no tan gigantesco como el Rossia pero que por lo menos y en todo caso podría acomodar a más de 4.000 huéspedes. Ya dije que lo hicieron para las Olimpiadas y, pasadas éstas, se había convertido en el lugar de alojamiento más desahogado del turismo convencional que seguía produciéndose a lo largo de las estaciones climáticas benignas. Se trataba ahora ya de pasar otras tres noches antes de dar por liquidada definitivamente aquella excursión. Una de las ventajas de viajar solo, quiero decir consigo mismo y con nadie más pegado, era poder

disfrutar de habitación independiente. Todas eran dobles, se ocupasen por una o por más personas, y ésa era una estupenda consecuencia de que las cosas en la URSS tendiesen a las grandes magnitudes. Lo que se perdía en el refinamiento se ganaba en holgura, concretamente en estas cuestiones de diseño turístico. Probablemente no existiera en todo el organigrama moderno soviético un solo hotel con habitaciones de una sola cama, “individuales o sencillas” en el sentido occidental del término. El Hotel Kosmos era un hotel batallero, calculado para hacerse cargo, de momento y de golpe, de una buena afluencia súbita de turistas, hasta acomodarlos y dispersarlos por otros sitios si así lo exigiera la logística siempre inescrutable y nunca exteriorizada de las autoridades de Intourist.

Lo primero que hice fue llamar al número del diplomático ecuatoriano Marcelo Arboleda. Ya no estaba. Se puso al teléfono la voz en español de un hombre, compatriota suyo, que me explicó con corrección lacónica que... ya no estaba y que ya... no sabía más. Habían pasado casi cinco años, mucho tiempo para suponer inmovilidad o, al menos, ausencia de cambio en una actividad como la diplomacia. Me hubiera gustado preguntarle si sabía algo de Tania, la rubia aquella iniciática con la que copulé en el Hotel Mozhaiskaya, teniendo ella un abundante y enardeciente menstuo. Probablemente ya no se pareciera en nada a la criatura cuyo dintorno, mitad fijado, mitad cambiante, permanecía sin embargo en mi conciencia. Una de las vivencias más pavorosamente desquiciantes, más heladoramente deshumanizadas la conforma el romántico ilusionado con la inmutabilidad de las formas de las realidades con las que se encontró en un pasado más o menos reciente. Yo, en todos mis viajes y por lo que respecta a las constantes más intransferibles, me he considerado permanente, no cambiante, no sujeto a transformaciones modificativas de mi yo más incuestionable; mientras que casi todo a mi alrededor se me ha ido apareciendo como mordido por el cepo del tiempo, como deteriorado por el vaivén de los sucesos, por los restregones ásperos del propio existir. Los milagros no están ahí, a la vuelta de la esquina, ni se despachan sin más en las tiendas. Y por eso, su mostración es la

maravillosa excepción a la regla. No. Marcelo Arboleda se había desglosado decisivamente de mi mundo de incumbencia de cinco años atrás..., y el pequeño cordón placentario de aquel número de teléfono –cierto y real– se había cortado definitivamente, dejando escapar de mi proyecto de conversación y cambio de impresiones a aquella cabezota morena, con aire terco, con facciones indias de elocuente ramalazo de mestizaje.

Al final de la velada de aquel primer día me encontré con un grupo de chicos cubanos en uno de los muchos lugares del vestíbulo. Eran adolescentes, el mayor acaso de diez y ocho años, bien parecidos, tostaditos. Les pregunté que... qué hacían allí, y me dijeron, bueno, lo que yo esperaba como obvio: Que estaban estudiando ruso. Me lo dijeron con el cansancio y el desinterés consabido. Productos de la ideología castrista, me evidenciaron una vez más que lo que no puede ser... no puede ser; y además –añadía el castizo– ¡¡es imposible!! Aquello del idioma ruso se les resistía como la realidad más cruentamente metida con calzador con que se hubieran encontrado en toda su vida. Destilaban un aspecto de trópico..., aunque venido a menos; sus esquemas mentales se rebelaban contra aquellos tejemanejes políticos. Castro preconizaba su consorcio con la URSS en todos los frentes, dada su dependencia social y económica respecto del gigante hermano, pero era como el agua y el aceite; como lo sólido y lo gaseoso..., que no se pueden mezclar. Estaban allí, sí, al amparo de uno de tantos programas culturales que la megalomanía barbuda e inconsecuente de Castro imponía a su pueblo, con desprecio total al sistema básico e irrenunciable de idiosincrasias que lo sustentaban, y al coste vivencial y humano de lo que yo veía: Que un grupo de chavales guapos, isleños, desplazados de su sol y del *hábitat* de su isla estaban allí en Moscú como fantasmas, como boyas, desambientados. Claro que ya sabemos que esas pequeñas cosas personales no interesan a los diseños totalitarios del tipo que sea. Tremenda lección, una de las muchas, quiero decir, de historia y de verdad de lo que se entiende por ley de la evidencia la que me proporcionaron aquel grupo de muchachos. Huelga decir que no

sabían casi nada de ruso; llevaban ya tres meses y debían pasar otros siete..., sin motivación [Cinco años más tarde, en La Habana, volvería yo a encontrarme con este problema, personificado ahora en una encomiástica mujer soviética, profesora de ruso para cubanos, y que tuvo que hacer las maletas mucho antes de tiempo por falta de clientela y de posibilidades]. Ejemplo incontestable del desgarró personal, del impío desafuero que suponía el intento de maridaje entre la lengua de José Martí junto con la cercanía de los USA, por un lado; y el laberinto cirílico, las monsergas de Lenin, y el clima frío, por otro [También en otras latitudes de mis escritos el lector comprensivo y atento podrá tener ocasión de conocer algún que otro intento por parte mía de aprender ruso; bueno, mejor dicho, un poquito de ruso, algo así como para poder defenderme en la tesitura de un viaje por Siberia o por otro de entre los muchos territorios de la URSS. Tales expectativas nunca se materializarían].

La dulcedumbre pesantosa de Nina estaba empapando toda mi conciencia, de muchas maneras, y respecto de ninguna de ellas veía yo salida. Me quedaban tres noches en Moscú; las tres últimas noches de experiencias en la Unión Soviética. Sospechaba, con las mayores probabilidades de acierto, que ya no volvería a viajar a esta parte del mundo, como así resultó. Mis curiosidades estaban a punto de abrirse hacia el Lejano Oriente o “Far East” al que precisamente a partir de 1983 dedicaría más de una decena de viajes. Tres noches más en Moscú, y anegado en conjeturas e improbabilísimos futuribles respecto de Nina, no sé, no puedo auscultar ahora con rigor preciso el cariz de mis sentimientos, pero casi puedo dar por seguro que decidí dejar que las cosas siguieran su dinámica y dejarme yo acompañar por el tráfigo normal y esperable de los acontecimientos.

Esa primera noche salí a dar una vuelta, solo, y me acerqué, como era mi costumbre, al “downtown” o sector más céntrico de Moscú, es decir, el espacio que queda más o menos entre el Hotel Rossia y la Plaza Roja, por un lado, y los primeros cien o doscientos metros de la Avenida Gorki. Salí de paseo; si me encontraba con



alguien abordable, bien; si no, me retiraría sin más. Me hallaba transitando por el paso peatonal subterráneo hacia la Plaza Roja cuando, viniendo desde atrás en mi misma dirección me rebasaron ligeramente dos chicas, ruidosas, taconeantes y con aire muy festivo, muy verbenero, si eso tuviese algún sentido en la idiosincrasia soviética. Me apresté a valorar su chasis, su aspecto, ya que el acto de escuchar a alguien detrás de mí, ver a las dos chicas a mi altura e inmediatamente después adelantarme, porque venían deprisa..., todo ello, digo, se produjo en cuestión de pocos segundos. Refrenaron algo la bullanga al volverse para mirarme y percatarse de que yo las dedicaba una inspección de urgencia, y que las lanzaba una invitación, una requisitoria a que..., a que se detuvieran siquiera unos instantes más con el fin de darnos tiempo a todos a cerciorarnos de nuestras respectivas corporeidades. Hicieron unas contorsiones, pues iban las dos cogidas, como enlazadas por el hombro y por la cintura, en plan gamberro y desinhibido. Al momento vieron en mí... carne de turista asequible, y así, como para propiciar nuestro conagraciamiento, para expeditar y conciliar nuestro encuentro recién estrenado, comenzaron a espetarme nombres de países, sin venir a cuento, para ver si yo era de alguno de ellos; y junto con el nombre de los países, también el de algún cantante de moda en aquellos días o meses. Recuerdo con lúcida precisión que al decirles que era yo de España una de ellas me repiqueteó con recalcada especificidad el nombre de Adriano Celentano, un cantante italiano que por lo visto acompañaba a las vanguardias de aperturismo y modernidad que llegaban desde la Europa del oeste a la URSS. Bueno, dije yo, ¿qué más da el Celentano éste que cualquier otro? A los primeros intercambios de los típicos ¿dónde te hospedas?, ¿cuánto tiempo vas a quedarte? y cosas por el estilo trasegadas en un elementalísimo inglés de subsistencia, se puso de manifiesto que las dos estaban locas porque me fuera con ellas a follar... a donde fuese, a cambio del proverbial regalo en dólares. ¡Pues qué bien! Una de las dos, sobre todo, estaba muy buena: Buen pecho, cuello bonito, pelo abundante y cara... pasable. Las dos juntas me daban algo de reparo por el grado de gamberrismo –femenino y

todo lo que se quiera, pero gamberrismo al fin— en el que se hallaban incursas. Pero no tenía nada que hacer y me dejé llevar, una vez más, siempre una vez más, por el señuelo de lo desconocido, de la cuota de posible maléfica aventura que puede encerrarse en el encuentro con ciertas mujeres. No fijamos detalles. Quedamos en principio en que me follaría a las dos, pero... el problema, siempre el problema típico, era... ¿dónde? El Hotel Kosmos quedaba muy lejos, y supongo que no nos hubieran permitido subir a las habitaciones, viniendo de la calle. Otra cosa es que las dos chicas se hubieran encontrado dentro del Hotel, con motivo de alguna actuación, o del hecho de estar cenando allí, o tomando copas en el Pub autorizado, o lo que se quiera, como había sido el caso anterior con Tania en 1978 en el Hotel Mozhaiskaya. Pero a éstas creo que por la pinta de locas que llevaban no las hubieran permitido traspasar la frontera entre la calle y el hotel, y mucho menos el control de cada uno de los pisos. Visto lo cual, me dicen que me llevan a su casa. Yo no las tengo todas conmigo pero, repito, me dejo llevar. Los remilgos en ciertas circunstancias son raptos de pusilanimidad de los que uno suele arrepentirse inmediatamente...

Me dejo llevar, sí, en taxi pagado por mí, claro, a un piso. Nada más entrar me percaté de que las contingencias de mi encuentro con aquellas dos chicas se diferenciaban de todo lo demás con lo que hasta entonces me había topado en la URSS. Era un cuchitril, o serie de cuchitriles, pequeños, deslustrados, raídos. Pero lo más chocante, con mucho, era que se encontraba lleno de gente, de hombres sentados por el suelo del único pasillo en existencia, dormitando, con la cabeza entre las rodillas, vestidos. ¿Qué harían allí? No he podido adelantar nunca una conjetura medianamente razonable ni sensata. Lo único bueno de estos trances es que uno sigue envuelto en esa coraza protectora de su calidad de turista, y que, además, estos prójimos parecen estar a toda la distancia imaginable de interferir con lo que sea el asunto del que así, como yo, se aventura en tales procelosidades. Ni siquiera levantaron la cabeza los tres que había allí, sentados en el suelo, como dormitantes. Lo tengo todo algo confuso. Los detalles

anímicos se me han escapado aunque conservo el conjunto, el bloque de la experiencia como un impacto sin fisuras, como un recuerdo algo desagradable. No sé si les había ya dado el dinero convenido, creo que no; ni si tenía intención de follar con una o con las dos. Creo que, dadas las condiciones tan poco atractivas, no sé si desistí de follar con una de ellas y, en consecuencia, le hice saber a la otra que era con ella con quien definitivamente iba el negocio. Sí, está todo miserablemente confuso, desabridamente mezclado..., que no recuerdo. Ahora más bien intento precisar que nada más llegar al piso, [siempre en el supuesto de que yo les hubiera hecho ya entrega de mi regalo, aunque en este aspecto, la verdad sea dicha, las chicas no mostraban la típica actitud mercenaria profesional de la recogida por adelantado de la contraprestación] e impulsado por el deseo de cumplir al máximo pero al mismo tiempo con miedo de que las circunstancias me inhibieran en la medida que fuere..., digo que acaso le pedí a una de las dos locas que pusiera el culo en pompa, agarrada a una especie de aparador desvencijado; que se bajara las bragas y que se dejara penetrar. Supongo que con esa maniobra me aseguraba yo un tiempo de rendimiento más dilatado con el siguiente polvo que le echaría a la otra. Recuerdo que una vez desahogado dirigí ya enteramente la atención a la que aún no me había follado; que ésta arregló una especie de camastro, apagó las luces, se metió medio vestida dentro de él, y me dijo que me acomodara. Así lo hice, algo perplejo y expectante; pero para sorpresa mía la muy zángana se quedó quieta, cada vez más quieta..., con visos crecientes de ir cogiendo el sueño..., y yo allí, al lado, sin saber qué hacer. Me parecía descortés y hasta inhumano reclamar el servicio estipulado. Pero quedarme allí, sin más, a expensas de lo que a aquella golfa le viniera en gana decidir me parecía un disparate, un oprobio y, más que nada, una incomodidad cruenta. Hice un intento, la dije no sé qué acompañándome de una incorporación y de un asomarme por encima de su espalda, y sin dar gritos, que me entendiera, porque allí en la misma habitación dormía su amiga también en otra yacija deplorable. Pero mi compañera... por toda respuesta me pegó un bufido, ensayó un respingo... y

malhumoradamente me vino a decir en un inglés que puede imaginar el lector, que... “que me durmiera y que me estuviera quieto”. Bueno, aquello pasaba ya la raya de todas las suposiciones mensurables. Yo no tenía ganas de dormir; me encontraba con un grado notable de frustración y de apercibimiento de que algo raro empapaba todo aquel asunto y de que en definitiva nada bueno podía resultar. Percibiendo que las cosas así sólo podían ir de mal en peor, opté por liquidar el tema de raíz, y cegado de ira la hice saber que quería follarla; que sí, que quería follarla allí y en aquel preciso momento, sin más dilaciones, sin dejar pasar un segundo más, aduciendo en tono brusco que ya las había pagado a las dos, como cosa convenida. La muy gamberra rezongó y medio dormitando y gruñendo me dio la espalda sin decir nada. Puse manos a la obra; me coloqué el condón que tenía al efecto todo el tiempo preparado; la saqué las bragas a trompicones; me encaramé por detrás, y haciendo fuerza con una de mis piernas la separé las suyas y se la metí con mala leche, furioso, pegándola arietazos a discreción. La muy cachonda, aun con desgana, parecía acusar el protagonismo al que me decidí acceder, porque en algún momento levantó y apretó las ancas, como cooperando con la celebración..., pero sin dejar de refunfuñar y de dar bostezos... Me corrí como pude pero decididamente; me levanté de aquel jergón miserable y terminé de vestirme. Salí del cuarto con cuidado para no tropezar con nadie; y lo mismo por el pasillo donde seguían acurrucados ya no recuerdo si dos o tres hombres. Horrible, descorazonadora impresión. Cuando me vi en la calle, fuera de aquel garito, respiré más tranquilo. Me palpé y me percibí entero. No me faltaba nada. Me subí al primer taxi que pasara y regresé al Kosmos a disfrutar de una buena ducha y de unas sábanas limpias. Dos de los polvos –si es que fueron dos, que creo que sí– más accidentados y más enrarecidos que yo pueda recordar.

Tenía delante de mí dos días y dos noches más de estancia en Moscú. Esa jornada penúltima, la correspondiente al primero de abril para ser exactos, la dediqué esencialmente a encontrarme con “las rusas” Angelina y Larissa, con las que había hablado por teléfono la

tarde anterior, recién llegado de Leningrado, y a canalizar con ellas y a través de ellas la compra de la mayor cantidad de caviar que estuviera disponible. Yo les había comentado lo que ellas ya conocían o se suponían, a saber: Que la obtención de caviar se había hecho difícil en cuestión de pocos años. La carencia de dicho artículo se estaba produciendo en progresión geométrica, y nada más lejano de la realidad que lo de “ir y cargar” de unos cuantos años atrás. Ya dije también que la exportación por parte de los turistas se había restringido hasta límites de mafia organizada, sistema por el que buena parte del caviar vendido en lugares que no fuesen Beryozkas [con justificante de pago oficial, pero con precio poco atractivo]... ese mismo caviar era requisado a la salida del país. Como expliqué, mi compañero de avión en el viaje de ida, el del tratamiento de la vista, me había sugerido lo del transvase del caviar a algún frasco o tarro sin precintar, fácil de abrir en cualquier momento, para dar a entender que se usaba exclusivamente como consumo personal por motivos dietéticos prescritos por la ciencia médica, etc., y que, justo lo contrario que haría suponer el envase precintado de la lata de origen, en ningún caso se emplearía para venta o especulación posterior...

Bien. Con estas premisas muy bien grabadas en mi conciencia, Angelina y Larissa me proporcionaron dos frascos de Nescafé de entre los bastantes más que ellas se habían ido llevando de España... ¡qué curioso!, y nos aplicamos a la búsqueda y captura de una caja grande de caviar. Fue a través de un taxista como dimos con el empleado de uno de los buffets del Hotel Rossia, que a su vez contactó con alguien que a su vez... El caso es que después de las instancias intermediarias que fuesen y el pequeño chorreo de propina consiguiente..., la lata grande de 1.800 gramos de caviar llegó a mis manos. Una de las últimas, según podría yo aseverar poco tiempo después; y a un precio que si bien más que triplicado del que yo conociera en mi primer viaje, todavía resultaba enormemente tentador e irresistible puesto en España.

Hay cosas y cosas; hay ocurrencias y ocurrencias; pasajes festivos y experiencias mohinas. Lo que recuerdo yo de aquel viaje y que tiene que ver con el tema del caviar cae dentro de lo pintorescamente raro, de lo grotescamente divertido y, supongo, que, irreplicable. Con la lata y los tarros me despedí ya de “las rusas” y me fui al Hotel a ejecutar el trasvase del caviar. La verdad es que toda aquella cantidad de esas bolitas de color ceniza oscuro dan para muchos canapés. Me hice con una cuchara grande, y después de colocar una toalla extendida a modo de mantel y sobre ella unos papeles lisos por si acaso algo se derramara, comencé la operación. Aquello penetraba resueltamente en los predios de la grandiosidad. El olor comenzaba a enseñorearse del espacio de la habitación, y a cada cucharada que trasladaba a los tarros aumentaba la sensación de que algo grande me estaba yo trayendo entre manos. Terminé la faena y por esas cosas de la coincidencia comprobé que la cabida de los frascos de cristal..., que los frascos, quiero decir, quedaban llenos casi hasta arriba, con precisión como calculada. Coloqué por encima de la boca un trozo de plástico para que la tapa a rosca lo aprisionara, y del que se veían colgando unos trozos o picos, así como para dar todavía más apariencia de que todo era manejado caseramente, sin refinamientos, y para consumo personal.

Mi penúltimo día de estancia en Moscú estaba concluyendo. Mis relaciones con el grupo de viaje desde España no podían ser más cordiales, en las contadas ocasiones en que caíamos juntos, quiero decir, yo con ellos. Esa misma penúltima tarde, ya casi noche, en el vestíbulo del Hotel y tras la “operación caviar”, coincidí con Luis Farrés, que con su mujer Pai formaban uno de los matrimonios más desinhibidos y abordables del grupo. Aunque de origen levantino, vivían en Madrid y puede decirse que su sentido del humor se compaginaba por entero con el mío. Caímos, como digo, juntos allí, en el hall del Kosmos, y decidimos dar una vuelta por el centro, por la calle Gorki y tratar de encontrar lo más parecido, lo que más se acercara a una cafetería española: O sea, un lugar donde poder entrar libremente y tomar café. Inútil pretender una precisión de detalles.

Cogimos un taxi y nos dejó allí. Probablemente le preguntáramos al taxista. El caso es que entramos en un lugar, modestísimo, raído, pobretón y deslustrado. Allí había unos... tabloncitos, que no mesas, altos, a la altura del pecho, donde se ponían las tazas. El café se lo servía uno de una especie como de pucheros de boca ancha; lo pagaba allí a una funcionaria, y se lo llevaba a dichas plataformas de formica gastada y llena de manchas donde, de pie, ya podía uno tomarlo. Tuvo que ser algo sujeto a leyes universales, algo que tuviese que ver con una manera de hacer las cosas distinta en cada lugar. El caso es que tanto Luis como yo procedimos a echar en nuestras tazas un par de dosis de granitos blancos que estaban allí encima, dentro de tarros de mediano tamaño, con un hocico metálico para canalizar el vertido de lo que, por supuesto, nosotros creímos que tenía que ser... No, señor. Era sal. Tanto Luis como yo les endosamos a nuestros cafés dos vertidos de sal. Nada más probarlo nos miramos y comprendimos el error y no nos quedó más remedio que sonreír. Miramos a nuestro alrededor y comprobamos que aun dentro del hermetismo de aquellas pobres gentes para con los extraños alguien dejó esbozar un atisbo de sonrisa curiosa, de... mitad empatía, mitad desentendimiento, no digamos desprecio, hacia las cosas que nos ocurrían a los extranjeros. Por creo que cinco kopecs no se puede pedir mejor ejemplo, una vez más, del tremendo precipicio que se abre entre iniciativa privada al sentido que nosotros lo entendemos, y sistema empresarial protagonizado por el Estado. Estaba claro que fuera de los hoteles, los servicios para el público soviético en general caían dentro de lo paupérrimo y de lo intocable. Pero, como digo, por cinco kopecs no se podía pedir más.

Y llegamos al día 2 de abril, último de pasar por entero en Moscú y, al menos para mí y por el momento, que ya dura hasta bien entrado 1998 en que esto escribo..., último de mi vida en la todavía llamada Unión Soviética. No recuerdo nada de lo que hice durante las horas de claridad. Casi con toda seguridad lo pasara departiendo con M<sup>a</sup> José y con Vicenta, con las que ya había yo compartido la mayoría de los ratos libres, y con las que también, a través de nuestras

eutrapelias sobres viajes, literatura, etc, había yo cimentado un buen cuerpo de intereses mutuos. No sé, no recuerdo, no puedo recordarlo. Sólo tengo diáfano que por la noche, supongo que después de cumplimentar todas las actividades sociales del grupo, me fui de caza, yo solo, al Hotel Intourist. Vi el asunto rectilíneo y asombrosamente claro; y es que, apoyándome en toda mi experiencia pasada; o sea, en las realidades con las que yo me había encontrado en mis tres visitas anteriores a Moscú; compaginando *pros* y *contras*; posibilidades y azares; el tiempo útil que restaba de aquella jornada..., llegué a la conclusión de que el sitio donde más oportunidades tenía de encontrarme con “lo que fuere” era el hall del Hotel Intourist. Si había algún “paso de tórtolas”, por allí necesariamente habría de producirse. Era siempre curioso, sociológicamente aleccionador el comportamiento de los empleados públicos soviéticos respecto de los turistas en los hoteles. Era un aire distinto, una compostura distinta la que nos distinguía de todo lo demás y hacía de nosotros seres intocables que casi por obligación caminábamos por encima de las contingencias de los ciudadanos nacionales; que llevábamos con nosotros el marchamo, la cobertura protectora para podernos considerar indemnes en cualesquiera quiebras del orden y de la naturalidad que pudieren presentarse. El turista era un mundo aparte, con sus reglas, con sus exenciones; también con sus limitaciones, con sus limbos, en el sentido de que sin conocer el idioma ruso, la carga de vivencias que se atesorase en el alma de sus hablantes aparecía lejanísimo, inalcanzable, fuera de toda proporción. Por suerte, el mundo de la atracción entre los sexos se conducía por parámetros harto simples que funcionaban en cualquier hemisferio, bajo cualquier dosel de presupuestos, en climas indistintos, siempre con arreglo a claves equiparables.

Penetré en el hall del Intourist con un aire distinto al de otras veces; acaso con una determinación más neutra, no menos enérgica, si en un mismo núcleo conceptual puede acomodarse tan aparente contrasentido. Y entré a cosa hecha, sabiendo a lo que iba, descartando de antemano cualquier otro tipo de merodeo o indagación.



Subí al comedor principal, abrí la puerta y eché un vistazo general al recinto por si destacara alguna chica que estuviese sola, sentada en alguna mesa. No vi nada. Bajé y me acomodé en el diván alargado que tenían precisamente enfrente de la escalera que conducía de un solo tramo derecho al citado comedor del primer piso. Me decidí a esperar todo el tiempo..., si no del mundo, por lo menos que hiciera falta. Por allí pasaba todo el personal que entrase en el Hotel hacia el comedor y/o hacia cualquier sitio de alterne. Y además tenía la ventaja de que en lo referente a las chicas –que era de lo que entonces se trataba– la colocación abierta de mi “tollo” me permitía unos cuantos segundos de observación de sus características y atributos, en el espacio que discurría entre la entrada principal al Hotel y yo.

Pasó una primera media hora con la más absoluta de las ausencias de “material”. Por allí no parecía ir nadie, excepto algunos grupos como de iraníes, o iraquíes..., moros de esos que trabajan en asuntos del petróleo, en parejas, acaso alguno suelto en busca de otros. Yo en esas ocasiones hago crecer mis recursos de fortaleza en proporción a lo cruento de las circunstancias. Transcurrió otra media hora y por allí no había entrado nadie. Me parecía inconcebible, rarísimo, que así fuera. Si por allí no ocurría nada... de lo que a mí me interesaba, era porque Moscú entera debería hallarse muerta. Alguna vez que el portero recorrió el pasillo para, por lo que parecía, llevar un recado a alguien, no pudo reprimir echarme una mirada de... supongo que de perpejidad dentro de su mundo de total indiferencia respecto de la identidad y menesteres de los extranjeros. ¿Qué pensaría de mí? Transcurrió otra media hora más, y yo llevaba algún rato pensando en el abandono. Sentado allí avizorante, seguía reteniéndome la pesantez de la inercia, la imantación del señuelo y el incentivo que renacía de sus propios supuestos... cada segundo..., cada mínima secuencia temporal. No podía asumir, no podía entender cómo por allí no pasaba... nadie, pero simultáneamente a esta constatación de mi conciencia se producía la todavía más acuciante e inevitable de la propia realidad, y mis desesperados esfuerzos por cohonestar y armonizar lo que se repelía, eso, consumía tiempo mientras tenía lugar

el hecho de su producción; y de ahí lo de la hora y media transcurrida ya; y de ahí lo de no decidirme a levantarme y marcharme.

Tuvo que ser gloriosa y fatalmente cuando me volví para recoger de encima del banco o sofá corrido la zamarra y acaso asegurarme de si había tal o cual cosa en sus bolsillos. Tuvo que ser en los contados segundos en que me incorporé, me revolví e hiciera algún ademán de ponerme mi ropa de abrigo... cuando, ¡oh, no!..., me estaba cruzando ya por delante de mí, había comenzado a ascender por los primeros escalones hacia el comedor, una espléndida mujer, una chica rubia, esbelta, alta, rubia otra vez, sí, vestida de encarnado, un pedazo de carne animada por la gracia espontánea de sus atributos propios y por la previsión entusiasta y esperanzada que desplegó toda mi conciencia, después de una espera tan torturadora. Algo debieron trabucarse los segmentos temporales y los circuitos de mi cerebro dondequiera radique el laboratorio central de las decisiones y de las actuaciones... porque en ese juego de ocuparme yo de recoger mi chaquetón, mi zamarra quiero decir, de acercarse ella y empezar a subir las escaleras, y de concederse los resortes reactivos de mi volición unos segundos con el fin de saber a qué atenerse..., en eso, en ese exiguo contenido temporal, la chica había superado más de la mitad del tramo de escalera, se hallaba más bien cerca de la puerta de entrada al comedor, y lo único y mortificante que recuerdo es que, tan ofuscado me encontraba yo intentando ordenar aquel juego de tan pocas pero tan extraordinarias variantes, lo único que recuerdo, insisto, es que la vi hablando con un hombre que nunca pude calibrar de dónde pudiese haber salido. Me quedé alelado, aplanado, surto e inerme. En casos así, y lo mismo que en los casos de pérdida del conocimiento, suele el organismo generar la contrapartida del sudor compensatorio, así la conciencia en estos otros menesteres, y por pura y arbitraria reacción de dinámica ciega, suele enconar aún más el panorama de desolación autoinculpatoria por negligencia, por falta de atención, por dejadez...

Pero, ¿qué podría haber hecho yo? Sí, se trataba de que había estado allí sin moverme y vigilante todo aquel tiempo, y de pronto, en un pequeño vaivén de instantes los planos de la percepción y de la ejecución parecían haberse trabucado y parecían haber dado al traste con el cometido que con tanta determinación me había llevado hasta el Intourist. Todo este desmenuzamiento vivencial lo estoy llevando a cabo ahora, cuando esto escribo, más de quince años después de los hechos. Entonces, mis reacciones y mis percepciones supongo que estarían gobernadas por la irracionalidad somática atizada siempre por los rescoldos vivos del espíritu. Casi, casi ni me di cuenta de que la conversación que sostuvo la chica con el hombre –turista norteamericano, me pareció advertir– había durado unos segundos tan sólo; ni casi tampoco me di cuenta de que dicho turista pasaba delante de mí, se dirigía a la puerta del Hotel y desaparecía. ¿Y la chica? Imbécil de mí, eché a correr ya sin más dilación escaleras arriba hacia el comedor, abrí la puerta y... justo allí detrás, sin haber traspasado ese terreno que transforma un espacio de antesala o ante... lo que sea, en el recinto específico de que se trate, allí, de pie, junto a la puerta se hallaba la chavala, una locura de sorpresa, una columna bípeda en rubio y encarnado, erguidísima y bellísima cariátide...

– Good evening! Are you by yourself, I mean alone?

– .....

– Would you mind my company?

Por supuesto que no le importaba mi compañía, ni muchísimo menos. Al contrario, la encantaba. Lo normal en estos casos: La invité a cenar. Ya he dicho en otros lugares que los únicos “chollos” o filones asequibles al turista lo proporcionaban los establecimientos de cierta calidad en que se pudiese pagar con rublos cambiados previamente en el mercado libre. El Hotel Intourist, como todos los demás, disponía del Pub/Bar correspondiente en que sólo se aceptaban las así llamadas “hard currencies” o “divisas fuertes”; es decir, cualquier cosa (sobre todo, y por resumir, dólares USA y canadienses; marcos alemanes; francos franceses; esterlinas británicas) menos rublos. En estos comedores, y siempre en función de las existencias,

se puede comer caviar y beber espumoso. Natalje, que así se llamaba mi amiga, cenó lo que fuese, y yo debí de picar algo, algún canapé [y no de caviar precisamente, que no me hace gracia], y acaso algún sorbo de champagne soviético que tiende normalmente a pecar de dulzón.

Natalje era una joven hermosísima y proporcionada. Así de simple es el enunciado. Probablemente con Tania [la del Hotel Mozhaiskaya de 1978] y aquella otra, de nombre ido, acaso Olga, que pasó a comprar una botella de espumoso al Hotel National, en mi viaje de... 1976, una de las tres mejores y tal vez, ¿por que no? la mejor [Nina, por supuesto, siempre quedaba aparte, perteneciente a otra dimensión]. Su inglés, elemental como no cabía esperar de otra manera, era sin embargo abundantemente exacto y correcto. La elección de sus pensamientos se encofraba en los revestimientos adecuados de sus frases. Y además tampoco se trataba de discutir los fundamentos ontológicos del materialismo histórico. Como el lector puede ya imaginar, con una mujer como Natalje esmeré al máximo mi desentendimiento de las cuestiones materiales, pasé como bajo palio por el tema de la compensación, aunque la palabra *regalo*, aun en la más expedita de las expresiones y de los contextos, tuvo que aparecer. Se me quedó mirando, como auscultando el grado de entusiasmo que mi alma desplegara hacia ella, y ajustándolo a los baremos que en aquel momento estuvieran vigentes en las oficinas de su intimidad. Se me quedó mirando..., y más que pedir, mucho menos exigir, me preguntó si podía darla 70 dólares, setenta, para comprarse un artículo del que andaba encaprichada. ¿Setenta? Y setecientos si hubiera hecho falta, relampagueó por un instante el pensamiento mío.

Cogimos un taxi y nos fuimos a su piso. A standards soviéticos era, junto con el de Valentina y el de Magdalena, uno de los más apropiados de todos los que había yo visitado. Disponía de nevera y, además, me pareció que su lecho era de 1'80 metros formado seguramente por la unión de dos unidades de 0'90 centímetros, conjeturas en todo caso marginales e inútiles. El caso fue que, dentro

de lo sobrio, rayano en espartano, de la vivienda de Natalje, el detalle de la nevera, la amplitud inusitada de la cama, y la limpieza y orden que reinaba en su cuarto de aseo, escueto como todos, esos detalles recuerdo que me dispusieron todavía más a favor de aquella criatura tan maravillosamente providencial, tan miríficamente redentora.

Se ofreció a mí, nos ofrecimos el uno al otro mutuamente con el convencimiento de que había sido bueno habernos encontrado. Penetré en su intimidad dándome todo por entero, percatado de que Natalje me ofrecía su completa gracia con la más persuasiva y espontánea de las liberalidades. Sedada mi alma de aquel agolpamiento de urgencias y de dulcedumbres..., hice ademán como de recoger mis cosas y marcharme, pero Natalje insistió en que me quedara con ella, toda la noche, o la parte de noche que yo deseara. Acepté. No había razón para desglosarme tan pronto de la compañía de aquella preciosa mujer. Hice bien porque así tuve ocasión de charlar un poco. Ya en vena de confidencialidades sueltas, le dije a Natalje como mejor pude..., le conté el proceso de penitencia y de incertidumbre por el que pasó mi alma cuando la vi en el Intourist y pensé que por no haberla abordado a tiempo, y reparar en ella unos segundos después hablando con aquel otro turista..., pues que la había perdido. Me contó que aquel turista no la conocía de nada; que se había detenido un momento con ella en la escalera y que le había preguntado no sé qué sobre si iba a estar allí más tarde, porque no le había entendido bien. Le referí, sí, la amagura estrujante que había sentido yo al temer que la hubiera perdido por eso..., por cuestión de unos momentos, y la expansiva gratitud que experimentó todo el ser mío cuando se me reveló la seguridad de estar con ella. Me dijo Natalje en su elemental pero correcto inglés que lo bueno y lo malo del amor era eso: La consecución y/o la pérdida de la persona deseada. Recuerdo aquella lúcida y simple explicación de Natalje como uno de los asertos más apaciguadores, más incontestables y bellos de aquella velada. Me puse cómodo, tomé posesión de la mitad de la cama, me arrebujé un poco y me quedé pensando, quieto, callado, dando la espalda a Natalie.

Debieron de pasar cinco o seis horas. Eran las 07:00 de la mañana. Yo me encontraba milagrosamente descansado, para lo que en tales casos de extrañeza de lecho y hábitat suele ocurrir; y la realidad inevitablemente acuciante de que Natalje seguía allí, a medio metro de mi piel, separada pero al lado, que es la más meritoria cualidad de las camas rigurosamente dobles..., aquel factor tan imperiosamente decisivo supongo que sería el responsable de que mi identidad viril desplegara todas sus credenciales. Me hallaba plena, furiosa... y hasta doloridamente erecto. No sabía qué hacer. No me atrevía a perturbar la tranquilidad de Natalje con ninguna iniciativa de signo tan egoísta y al tiempo tan esperable. Pero ocurrió que aquella locura de mujer, como si hubiera estado aguardando el momento en que todas aquellas dudas y escrúpulos se concentraran en mí..., se volvió, debió decir algo que no entendí e hizo además de ofrecerse mediante un estiramiento como de pez de su cuerpo y un deslizarse de su slip. Corrí un momento al aseo, me enjuagué la boca a conciencia, oriné y regresé al lecho. No recuerdo un misterio amoroso rezado y celebrado con más armonía; no recuerdo por parte de mujer un agradecimiento más intuitivo y más pleno que el de Natalje, al ahondar en su ofertorio, como si no considerase bastante aquel abrirse y extenderse de su piel; aquel adentrarse ansioso y voluntariosamente consciente de su aliento en la impetuosidad posesiva del mío... ¡oh, sí, cómo, cuánto amé yo a Natalje; cómo a partir de ella pude yo contar con parámetros seguros, generosos y lúcidos cuando se tratara de encuentros espontáneos de este tipo!

La encarecí que se quedara durmiendo, pero no consintió que me marchara sin ofrecerme lo mejor de su nevera, un zumo de pera embotellado que me supo a gloria. Al salir, y sin que ella lo advirtiese, la dejé otros 20 dólares bajo el vaso en el que había tomado el zumo.

Llegué al Hotel Kosmos, me asecé a fondo, dispuesto a enfrentarme a las pocas horas más de permanencia en la URSS. Pasado el mediodía, después de comer, debíamos partir para el aeropuerto. Era proverbial que los empleados del hotel que fuese, ante

la despedida de algún grupo de turistas occidentales extremasen sus exteriorizaciones de quererles comprar, bueno, quiero decir... comprar, cambiar o simplemente adquirir de regalo..., lo que también fuese, sobre todo ropa femenina y los horribles e incómodos pantalones vaqueros que sin duda seguían causando furor entre aquellas pobres gentes. Pocas cosas como la que relato me han servido de mejor prueba para desconfiar de eso que de manera lata entendemos como “condición [ya que no naturaleza] humana”. Daba sencillamente pena constatar la presunta ilusión que producía en aquellos ciudadanos soviéticos la obtención de artículos característicos del uso y pretendido disfrute habitual de ciertos ciudadanos de la Europa occidental. Que una cosa tan tiránicamente incómoda como los pantalones vaqueros, cuya rigidez de lona aprieta y constriñe las partes más delicadas, por lo menos del varón..., que una cosa así guste hasta límites de histeria entraña la misma carencia de sentido que la moda gratuita y espontáneamente asumida e instrumentada por los ciudadanos libres de cualesquiera países, de taladrarse y horadarse parte de la carne de sus cuerpos. Me refiero a la capullada esa del “piercing”. Si algún régimen político totalitario, en la exacerbación de su iniquidad, promulgase la obligatoriedad de semejante medida, estoy seguro de que ello reclamaría un lugar preeminente en la Historia como cifra y compendio, como he dejado dicho, de siniestralidad y perversión químicamente puras. Bueno, pues algo parecido con la manía de aquellos camareros y empleados de los hoteles de la todavía URSS respecto de las prendas de vestir características de buena parte de la estupidez de la ciudadanía libre.

Así las cosas, cuando teníamos los equipajes reunidos en el Hall, antes de salir para el aeropuerto, y en tanto esperábamos al autobús, ocurrió un detalle tan inesperado como divertido. Y es que, en un raptó de actitud complaciente, hubo algunos de entre los de nuestro grupo que accedieron a abrir... quién una maleta, quién un bolso, y sacar algo para regalar, o cambiar por lo que fuera [ya he dicho que el filón del caviar había desaparecido] con los camareros, sobre todo, y empleados del Hotel Kosmos. Como parecía que el

autobús tardaba, se formó un pequeño mercadillo de ultimísima hora. Los pantalones vaqueros de repuesto que los hombres y mujeres llevasen en el equipaje era lo más codiciado. Es natural. Salíamos ya para España y el menos pudiente, es un decir, del grupo podía con todo rigor considerarse un verdadero potentado ante aquellos moscovitas. A punto de llegar cada cual a su casa en España, se suponía que un aligeramiento de la impedimenta era hasta estéticamente deseable. Se regalaron allí, en cosa de un cuarto de hora, cantidad de trapos, para regocijo, pasmo y agradecimiento de aquellos súbditos.

Pero he aquí que una camarera, envalentonada por el inesperado auge expansivo y rumboso que había tomado aquella feria de regalos tan improvisadamente montada... una camarera, digo, pareció prendarse irremediable, históricamente de los pantalones que llevaba *puestos* Pai, la mujer de Luis, el amigo con el que sufrí el chasco de echar sal al café. Era tanta y tan acuciante la ilusión que parecía hacerle a aquella pobre mujer la propiedad de los pantalones de Pai, que Luis, su marido, en un arranque tan hispánico, tan ascético, tan de desasimiento de las cosas terrenales, le dijo a Pai algo así como que por qué no se cambiaba de pantalones en un momento, donde fuera, en un aseo, aunque fuese allí mismo entre nosotros, que la formaríamos un corrillo... Llegado este punto de la sugerencia, Pai, graciosa y dicharachera, castiza ella –¡qué bien lo recuerdo!– pegó un respingo y entre quejosa y ufana de encontrar una respuesta que pusiera coto a la liberalidad de su marido a costa del pudor de ella..., gritó allí a todos nosotros: “¡Ay, hijo, Luis, que me vas a dejar en bragas!”..., a lo que siguió por nuestra parte una de las más rotundas y unánimes carcajadas que se hubieran proferido en todo el viaje.

Ya en el aeropuerto, la última baza que quedaba por jugar era comprobar si las autoridades aduaneras se irían a ensañar con mi caviar... ¡o qué! Esperamos allí a que la guía soviética, que nos había recogido los pasaportes, nos instruyera sobre el momento de verificar nuestra salida a través del mostrador de funcionarios dispuestos para



tales menesteres. Se hizo un momento de silencio apretado de curiosidad. La guía, en efecto, nos llama, pero en vez de sufrir la inspección de uno por uno y que nos preguntaran si llevábamos algo en nuestros equipajes de mano, con plena autorización en cualquier caso para intervenirlos y, si procediere, quedarse con ello..., en vez de todo eso, improbable pero posible, resulta que la guía nos dice que... pasemos; que no tenemos que hacer nada; que no nos miran ni nos registran ni nos preguntan nada. Parece que nuestro grupo ha merecido la calificación de VIP y todo esto que estoy diciendo es una de sus consecuencias naturales. Y así es. La guía nos acompaña hasta la sala de embarque, nos devuelve a cada uno su pasaporte y se despide de nosotros. Lo primero que oigo por algún lado del grupo es... “¡Tomás, bandido, qué suerte con el caviar!” Casi todos se desesperaron por haber perdido la gran ocasión, para mí definitivamente la última y como tal, cerrada regiamente, con broche de oro. Yo, ¿qué iba a decir?, intenté por todos los medios descargar relevancia y protagonismo al tema del caviar, subrayando la verdad pura y simplona, a saber: Que a mí no me gustaba y que lo llevaba para regalar a mi familia; y que mi familia a su vez regalaba más de la mitad a sus amistades. Uso y consumo más desinteresado no podía concebirse.

Llegamos a España y cada uno procedió a sus puntos de origen, o de residencia, o de interés. Yo me dirigí directamente a Alcalá de Henares, y de allí a Granada, a acometer el tercer trimestre del curso académico. De Nina jamás volví a saber. Durante nuestras conversaciones en Leningrado ella me habló de la posibilidad de que la enviaran de intérprete de español a Angola, como parte del apoyo logístico a la ayuda de Fidel Castro. No creo que aquello se materializase, dada la celeridad con que los acontecimientos tenían lugar en la escena socio-política. Angola fue resolviendo sus problemas de guerra civil, y al barbudo cubano supongo que se le irían quitando las ganas de enviar soldaditos a dar por el culo y a exportar revolución a países extraños, teniendo él su propia casa sin barrer y empantanada.

Con Natalia Nikitina me carteé profusamente; bueno, quiero decir que fui cumplimentando, y lo hice con sumo gusto y ejemplar diligencia, sus peticiones sobre tales o cuales revistas. ¿Dije que Natalia *también* era modista ? Pues sí, lo era y ella misma se confeccionaba sus propios vestidos. De ahí el contenido de las siguientes tarjetas:

26/4/84 Leningrado

Acabo de recibir su carta y la *Burda*. Muchas gracias! Será estupendo si me pudieras encontrar unas más (la *Carina* también). Estoy sin novedades. ¿Cómo estás? ¿Si quieres algo desde Rusia? Un recuerdo cariñoso.

Natalia.

Ya digo que yo me debí de portar generosa y diligentemente respecto de todos sus encargos. He aquí su segunda postal, ésta de 14/6/83:

Querido Tomás:

Acabo de recibir la revista *Carina* y le agradezco muchísimo - es aquello che me gusta mucho (una realización del sueño!) Será estupendo si me podría mandar unas más de la edición *Burda*. Yo sigo sin novedades - estuve una semana al Mar Negro (para tomar el sol) ¡Mil besos!

Natalia.

Aquí hasta se le escapa algún término italiano: Natalia lo dominaba, así como también el francés. Tremenda mujer. Y eso es lo que más asusta de las mujeres tremendas, que pueden aplicar sus baremos superlativos en cualquier dirección, y tanto encumbrarle a uno a las cimas más señeras de la auto-estima y la dignificada complacencia, como sumirle en el pozo, en el lodazal de todas las desesperanzas. Ahora me mandaba “mil besos” y me hacía pensar en

lo turbio e impenetrable de los designios entre los que funciona y tiene que moverse la humanidad. Aquella mujer, Natalia, había sido absoluta, totalmente mía en Leningrado. Ella hubiera considerado un verdadero “sueño” el hecho de que yo la hubiera sugerido algo; no digamos el comienzo de un abordaje emocional en regla, propiciador de, y hasta conducente a un empapelamiento con rango de libertador. Una insensatez pensar en todo aquello. Olvidamos –o nos hacemos los olvidadizos, que para el caso es igual– que no hay negocio jurídico más social, menos personal; más zambullido en el asunto y ambiente de *lo otro*, de la alteridad, de lo que no somos nosotros mismos; no hay acuerdo menos privado que eso que se entiende por matrimonio. Como doctor en Derecho que soy, y por eso de la malformación profesional y por el prurito de apuntalar eruditamente las cualesquiera ideas que le bullen a uno en la cabeza, por lo que sea a fin de cuentas es por lo que redacté y a continuación publiqué en *Revista de Derecho Privado* mi trabajo “La formulación indagatoria *Cui prodest?* y el principio del abuso de Derecho como cotas conceptuales en la conformación jurídica del matrimonio” que, salvado su inevitable título extendido y pormenorizado, lo que viene a decir es que en el negocio jurídico matrimonial los que menos pintan, con mucho, son... los contrayentes. Aquel trabajo recuerdo que me costó unos cinco años, desde que lo visualicé mentalmente hasta que le dí los últimos remates expresivos en la biblioteca del Colegio Notarial de Granada.

Pues bien, no sé si todos estos recovecos jurídicos y frondosidades reflexivas me las propició Natalia, pero es el caso que su ejemplo, su persona ilustra todo lo que “de bueno”, al menos virtualmente, pudiera presuponerse respecto de una mujer. Y sin embargo, los agolpamientos de mi emocionalidad, las epifanías de mi química respondían a la realidad de Nina, y allí en Leningrado, en aquel momento, ni Natalia... ni la mismísima Papisa Juana hubieran podido desglosar, detraer una voluta, una sola vibración del interés que yo dedicaba en exclusiva a la maravillosa hembra que era la Bulájova. Pero, en fin, nos habíamos quedado en que Natalia había rematado ya su segunda tarjeta con los muy sugerentes “¡mil besos!”

Y a tenor de lo que debieron de seguir siendo mis envíos, hubo, que yo recuerde y conserve, una tercera tarjeta fechada asimismo en Leningrado, el 22/8/83:

¡Hola! Recibe un saludo cordial desde Leningrado. Gracias por tus atenciones - ¡las revistas son una maravilla! Mil besos -

Natalia.

Después de aquel despunte cortés de tuteo y de los segundos mil besos que junto con los primeros ya los hacían ascender a la no desdeñable cifra de dos mil..., después de aquella tarjeta, tercera y última, nunca volví a saber, directamente quiero decir, nada más de Natalia Nikitina...

Tuvo que ser siete, hasta ocho años más tarde cuando me enteré, por esas chiripas espontáneas, que a Elena Panteleeva, le habían concedido el Premio Ciudad de Jaén, patrocinado por la Caja General de Ahorros de Granada, en la modalidad de... de ¿narrativa? Me alegré de veras y desde Alcalá de Henares la llamé a su número de Barcelona. Funcionó hasta ahí. Pero los detalles que ella me facilitó los tengo confusos. Me aseguró, eso sí, que Natalia finalmente había salido de la URSS por el sistema del casorio de cáscara vacía, y que residía por el momento en Milán. Así pues, el afortunado mortal y príncipe liberador parece que tuvo que ser un italiano. ¡Bien por ella y mejor por él! –pensé. También me dio Elena su teléfono de Milán y yo hasta conservo en un trozo de papel un esquema de ciertos puntos que me hubiera gustado tratar, de haber podido celebrar la conversación que nunca celebramos. Aquel número parecía abandonado. Por los apuntes que tengo, parece que Nina –y esto me lo tuvo que decir necesariamente Elena– se encontró en Milán con Natalia; o sea, que a Nina la habían permitido salir en razón de la dosis de confianza y “lealtad al sistema” que ella parecía ofrecer; o bien porque la caída del Muro de Berlín y la “Perestroika” de Gorbachov se habían empezado a dejar sentir en la forma de aflojar el estrangulamiento de las “libertades” individuales de los soviéticos.

Pero ninguno de aquellos extremos que yo había anticipado tratar con Natalia por teléfono fueron nunca esclarecidos. En julio de 1991 estuve yo en Barcelona en calidad de Vocal de una de esas típicas romerías y/o charlotadas de provisión de plaza casera de profesor así llamado Titular desde que la malhadada Ley de Reforma Universitaria de 1984 de esa manera lo instituyó. Y muy probablemente diese un telefonazo a Elena. También conservo como uno de los puntos de mi prevista conversación con Natalia [conversación, repito, que nunca se realizó] el comentario que ésta me hubiese querido hacer sobre lo que, según Elena, había constituido un rotundo fracaso respecto de su “matrimonio”. Elena me había sugerido que el caso de Natalia no se distinguía de otros muchos, a saber: Que el valeroso novio salvador, con toda la razón y la legitimidad del mundo, esperaba recibir compensación a su favor prestada en forma de comportamiento amable, ya que no volcadamente amoroso. Cuando el novio, ya cónyuge, se tratase de alguien no especialmente dotado de atributos arrebatadoramente atractivos, o simplemente alguien que con toda justicia veía en aquel asunto una transacción de conveniencia y quería recibir su parte de contraprestación, probablemente se generase un formidable foco de disgustos. La Natalia viva, pero resignada; contestataria, pero negociadora, que yo conocí en Leningrado en 1983 acaso tuviera muy poco que ver con una criatura investida de todas las reivindicaciones, fantasmagóricas o no; de todos los derechos, supuestos o reales; enardecida por todas las demagogias, feministas o no, coherentes o panfletarias, de una sociedad tan típicamente de consumo como la italiana. Por testimonios parecidos al caso, las disensiones entre los “cónyuges” suelen erupcionar por las legítimas expectativas del varón de ir cobrándose “en carne” el crédito a su favor; y por la reticencia, cuando no abierta negativa, de la mujer, una vez observado que las virtualidades operativas para alguien preparado –y Natalia era una verdadera mina de conocimientos, habilidades y prestaciones– eran prácticamente inagotables. La humana condición es así de desagradecida. Y en aquel enredo de fechas y de comunicaciones frustradas se disolvieron mis ya

casi nulas conexiones con todo lo que tuviera que ver con la URSS; excepción hecha, claro, de mi contacto siempre vivo con “las rusas” Angelina y Larissa, de un lado; y Marina Babunova, de otro.

Como recuerdo acusatorio del daño que un sistema de rigidez general puede hacer a la imaginación y a la individualidad emprendedora, conservo el último, el definitivamente último y postrero intento de pasar una temporada aprendiendo algo de ruso en la URSS. A primeros de 1987 me encontré con unos programas para aprendizaje del ruso que mediante los correspondientes cursos ofertaba “Idiomas y Cultura, S.L.” Les escribí la siguiente carta:

Cartuja, GRANADA  
17 de febrero, 1987  
IDIOMAS Y CULTURA  
c/ Hiedra nº3, El Soto  
ALCOBENDAS, Madrid

Muy Señores míos:

Tengo en mi poder su atractivo folleto “Cursos de lengua rusa en la Unión Soviética”. Verano 1986, que recogí del Consulado en Madrid, c/ Carbonero y Sol, 34.

Mi consulta es: ¿Podría alguien interesado tomar un curso de lengua rusa que comprendiera, seguido, todo el verano, por ej., del 8 de julio al 29 de agosto, o fechas parecidas? De ser así, ¿cuánto costaría en *habitación individual*, bien en Moscú, bien en Leningrado, o una combinación de ambas ciudades? Obsérvese que solo habría, en dicho caso, un vuelo de ida y vuelta.

De antemano agradecido, y a la espera de su información les saluda,

Muy atentamente:  
Tomás Ramos Orea  
Doctor en Fía. y Letras  
Doctor en Derecho

Su respuesta:



## Idiomas y Cultura, s.l.

C/. de la Hiedra, nº 3 - El Soto - Alcobendas - Madrid - Teléfs. (91) 650 26 11 - 650 14 97 Telex 49634 ICUS E

Madrid, 19 de Febrero 1.987

D. Tomás Ramos Orea  
UNIVERSIDAD DE GRANADA  
Facultad de Letras.- Cartuja  
GRANADA

Muy Sr. nuestro:

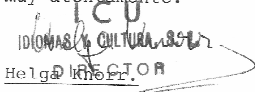
En contestación a su escrito de fecha 17 del actual sobre su deseo de realizar un curso de lengua rusa en la Unión Soviética, por el momento no le podemos dar información, pero nuestro folleto de los cursos está en preparación y tomamos nota para enviárselo próximamente.

Le podemos adelantar las fechas en que se efectuarán estos cursos, que son las siguientes:

- MOSCU.- 4 al 24 Julio
- LENINGRADO.- 8 al 28 Agosto

Como puede ver no se convinan las fechas de los 2 cursos en absoluto, por lo que tendría que elegir uno de los 2, ya que las fechas intermedias entre uno y otro son de muchos días, e incluso le saldría mejor de precio regresar a España y volver al siguiente curso.

Sin otro particular, aprovechamos la presente para saludarle muy atentamente.

  
IDIOMAS Y CULTURA, S.L.  
Helga Kniepp, DIRECTORA

O sea, que en el entero despliegue de sus posibilidades y capacidades no tenía cabida que alguien, entre curso y curso, pasara dos semanas en la URSS. Sin comentarios. No es extraño que ciertos pueblos hayan sufrido tanto y sigan sufriendo los disparates de sus conductores. La URSS o lo que se llama ahora y se vaya llamando en cada caso, seguro que ha agotado su repertorio de señuelos como para hacer que yo vuelva a poner pie en su territorio. La URSS, como parte del haza telúrica, o de la aldea global en que hemos convertido el planeta, ha dejado de interesarme. Si acaso, el gesto, la manera de su identidad quedó a través de Nina para siempre preservado en mi alma.



## ÍNDICE

	Pg
- Gisela: Goethe Institut: Radolfzell (Alemania), noviembre-diciembre 1971. Granada (España) 1986.....	1
- Frau Zieske: Passau (Alemania); Gensel: Linz (Austria); María Pía: Lecce (Italia); prima de Cristina: Antibes (Francia), mayo-junio-julio 1972 .....	46
- Camarera veneciana, verano 1974.....	150
- Helga Patzsch: Berlín (Alemania), verano 1975.....	174
- Angelina y Larissa Macarro; María; Valentina, Svetlana y Ana; Olga: Moscú (URSS), verano 1976.....	194
- Fahtma: El Cairo (Egipto); empleada de Camst Viaggi: Roma (Italia). Navidad-Noche Vieja, 1976.....	211
- Valentina y Ana: Moscu; Nina Bulájova: Leningrado (URSS), 1977.....	239
- Pilar: París (Francia); Brigitte, Robin, Raffi, Silvana: Goethe Institut: Berlín (Alemania), julio-agosto 1978.....	251
- Magdalena; Tania: Moscú (URSS) 1978 .....	276
- Nina: Leningrado; Natalje: Moscú (Rusia, URSS) María José; Vicenta; Marisa Belilla. Excursión marzo 1983....	299



TOMÁS RAMOS OREA (Alcalá de Henares 1936) es doctor en Filosofía y Letras desde 1961 por la Universidad de Madrid, y doctor en Derecho desde 1980 por la de Granada (filólogo entre juristas y jurista entre filólogos). Y desde siempre, poeta. Pasó los veranos enteros de 1957 y 1958 en Oxford (Inglaterra) trabajando de obrero manual polivalente y versátil, y practicando y aprendiendo más inglés. Dio clases de lengua y literatura españolas en un Instituto de Segunda Enseñanza de Market Harborough (también en Inglaterra) durante el curso escolar completo 1959-1960. Ya con el título de Doctor – y al tiempo que estudiaba con avidez – profesó en Universidades USA y canadienses, 1961-1971. Además de un libro de memorias *Un castellano en Granada* sobre sus menesteres como docente–investigador en el Departamento de Filología inglesa de la Universidad de dicha ciudad en España, y de un volumen de *Prosas cosmopolitas*, el resto fundamental de su producción creativa en prosa, hasta el momento y en

razón de los diez libros ya aparecidos, se acomoda bajo el título general de *Mujeres, lugares, fechas...*, sobre viajes de aventura por más de 70 países y/o parajes de las cinco partes del mundo. Su novela *Amor se dice obitcham en búlgaro* discurre, asimismo, sobre asuntos y peripecias de una excursión por Bulgaria, Turquía y Rumanía.

Sabedor de que sólo en la palabra radica la realidad de las cosas, Tomás Ramos Orea, tras muchos afanes, ha conseguido cerrar las dos mitades – viajes y Literatura – de su círculo vital, al otorgar cobertura literaria a las situaciones cuya geografía emocional constituye el objeto de su obra.

Su entera producción poética se contiene, hasta la fecha, en el volumen *Poesía (Reunida y ordenada, 1954-2007)*, Madrid : 2008.

Tomás Ramos Orea está dejando su impronta en la narrativa de viajes, aventuras y encuentros (Memorias); en la creación poética; en la traducción de textos poéticos ingleses; en la crítica y el ensayo literarios, y en la metodología valorativa en la enseñanza e investigación de la literatura, de un lado; junto con la investigación jurídica, de otro, constituyendo con estos cinco campos de señalada independencia entre sí –y acaso con exclusividad en toda España, que sepamos– uno de los muestrarios más completos de producción académica en nuestro país.

ISBN: 931544